José M. Faraldo

Las redes del terror

Las policías secretas comunistas y su legado

Galaxia Gutenberg

José M. Faraldo (1968) es profesor en la Universidad Complutense de Madrid y lo ha sido de la Universidad Europea Viadrina en Fráncfort del Oder. Fue también director de proyecto en el Centro de Historia Contemporánea de Potsdam, Alemania. Ha sido investigador invitado en Bucarest, Varsovia, Leipzig, París, Berlín, Bogotá y Stanford. Especialista en historia de Europa Oriental, sus últimos libros son: *La Europa clandestina. Resistencia contra las ocupaciones nazi y estalinistas (1938-1948)* y *La revolución rusa: historia y memoria*.

Las redes del terror traza la historia de las policías secretas de la Europa comunista, cómo se formaron e iniciaron su actividad represiva. Describe su labor de espionaje, la acción para combatir la disidencia y la vigilancia que ejercieron sobre la población. Se centra primero en la policía secreta soviética (desde la Cheká, el NKVD y el KGB) para analizar después otros tres casos (la Stasi en la República Democrática Alemana, la Securitate en Rumanía y el SB en Polonia). Estudia la influencia de las actividades de las policías en las transiciones a la democracia y los «conflictos de memoria» causados por la exposición al público de los nombres de los delatores y colaboradores. Como ejemplo de la acción de las policías secretas, el autor utiliza documentos inéditos, parte de ellos relacionados con España, los españoles y las labores llevadas a cabo por sus espías en nuestro país. Éste es un libro sobre lo que significa la vigilancia y la represión y, aunque se refiere específicamente a la época comunista, entronca con los debates en torno a Facebook, WikiLeaks y la vigilancia por parte de las agencias estatales y las empresas de redes sociales.

José M. Faraldo

Las redes del terror

Las policías secretas comunistas y su legado

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© José María Faraldo, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-75-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Elena Hernández Sandoica, por su magisterio

Introducción

En 1940 el escritor ruso Isaak Bábel fue asesinado de un tiro en la nuca después de haber sido torturado brutalmente. Uno de los mejores escritores soviéticos, cantor de la Revolución bolchevique, había caído en las redes del terror de la policía secreta soviética.[1] Al filósofo francés Michel Foucault le vigiló la policía secreta polaca durante el año 1958, cuando estaba en Varsovia dirigiendo un centro de cultura francesa. La policía, utilizando la información que había conseguido a través de aquella vigilancia, le puso una trampa con un confidente homosexual para organizar un escándalo. La trampa funcionó y Foucault fue forzado a volver a Francia.[2] El escritor rumano Vintila Horia, exiliado desde 1945, recibió el prestigioso premio francés Goncourt en 1960. La policía secreta rumana, indignada por el hecho, realizó una campaña muy efectiva para sacar a la luz su pasado ultraderechista. Horia, acosado, se vio obligado a declarar públicamente que renunciaría al premio. El cantante y poeta Wolf Biermann, uno de los artistas más reconocidos de la República Democrática Alemana (RDA), hijo de un comunista asesinado en Auschwitz, fue a dar un concierto a Colonia, en la República Federal de Alemania (RFA), en noviembre de 1976 y no le dejaron volver a entrar en su país. Con informes de la policía secreta en la mano, los dirigentes del Partido Comunista de Alemania Oriental decidieron retirarle la ciudadanía.

Éstas son sólo algunas de las vidas que se vieron afectadas por la violencia –física o psicológica– de unas poderosas organizaciones que controlaron países enteros. Son personas famosas, conocidas, de las que hoy sabemos mucho. Pero hubo más, muchas más. Las víctimas nombradas,

anónimas o no, se perciben a veces como meras cifras en el artículo de un historiador o el relato de un periodista. Y, como demuestran los casos que he mencionado arriba, hubo muchas formas en las que las policías secretas de los países del socialismo real combatían y reprimían a sus víctimas. Tampoco sabemos tanto de los perpetradores como, por ejemplo, hemos llegado a saber de nazis o fascistas. Queda aún mucho por explorar del cruel, terrible y, al mismo tiempo, extraordinario experimento comunista.

Examinar una parte de él es el objeto de este libro. Hasta ahora no había obra alguna que analizara en conjunto las distintas agencias de policía política de la Europa comunista, ni ha sido habitual mostrar cómo han sobrevivido a la transición al capitalismo los traumas y las herencias de aquel pasado violento. Lo que el lector puede encontrar aquí es un texto que, en forma espero razonada y clara, muestra cómo se construyó lo que Hannah Arendt consideraba uno de los pilares del totalitarismo en su versión comunista, la policía secreta. La obra espera conceder a quien la lea una perspectiva amplia y compleja sobre el fenómeno de las policías secretas comunistas, mostrando su origen y desarrollo, y las consecuencias de su legado. Me centro en el análisis del caso europeo, comenzando por el origen en la Rusia inmediatamente posrevolucionaria. Esto es en lo que más me detengo, porque creo que permite entender muy bien las diferencias con policías de otras dictaduras y, también, con la propia policía soviética de tiempos posteriores. Tras examinar brevemente la formación de las policías secretas en los otros países del comunismo europeo –centrándome en tres casos específicos, la Securitate rumana, el Ministerium für Staatssicherheit (MfS) germano-oriental y el Służba Bezpieczeństwa (SB) de Polonia–, me acerco luego al ejemplo español y a su relación con las policías secretas de los países del Este en el tiempo de la Guerra Fría. Recapacito después sobre los aspectos técnicos y la realidad de la vigilancia, y concluyo reflexionando sobre la importancia del legado y la memoria de las agencias de policía política, y sobre los problemas creados por ellas durante la transición del socialismo al capitalismo. He introducido historias individuales que iluminan algunos temas con un ejemplo (la vigilancia cotidiana de Laura, el disidente Solzhenitsyn y el confidente Wałęsa). El

libro apenas roza los aspectos de espionaje extranjero –que también formaban parte de todas estas policías– y se ciñe al estudio de la represión y la vigilancia interior, que me parecen menos conocidas. Me interesa sobre todo la construcción del régimen de vigilancia y sus consecuencias tras la dictadura. Quien lea el texto advertirá que, a menudo, se privilegia la perspectiva del perpetrador (y de su castigo) antes que la de las víctimas.

Al principio de mi investigación tomé la decisión de centrarme sólo en tres archivos concretos y, con ello, en tres diferentes servicios de seguridad comunistas: el archivo del Comisionado Federal para los Archivos de la Stasi (*Bundesbeauftragter für die Stasi-Unterlagen*, BtSU, en Berlín), el del Instituto de la Memoria Nacional (*Instytut Pamięci Narodowy*, IPN, en Varsovia) y el del Consejo Nacional para el Estudio de los Archivos de la Securitate (*Consiliul National pentru Studierea Arhivelor Securitatii*, CNSAS, en Bucarest). Para la relación con España me pareció que el archivo rumano era importante porque en Rumanía había habido una colonia de exiliados políticos españoles y también porque España fue un importante refugio para los exiliados políticos rumanos. Berlín era interesante porque en la RDA también hubo exiliados españoles y además se trató del único Estado comunista que tuvo relaciones diplomáticas completas con la España de Franco –aunque fuera brevemente. La República Popular Polaca fue escogida como ejemplo de control, aunque al final ha resultado ser mucho más interesante de lo esperado. A la larga se demostró que también era necesario introducir el eje de lo soviético. La mayor parte de la información sobre esto último la encontré en el archivo de la Hoover Institution en la Universidad de Stanford, que contiene la digitalización y microfilmación de archivos soviéticos realizada sobre todo en los años noventa, pero también los archivos de la sección europea de la Ojrana zarista y numerosas colecciones de documentos del Comité para la Seguridad del Estado (KGB) procedentes de países bálticos.

Madrid-Flensburgo-Madrid, mayo de 2018

Historia de Laura I

Estoy sentado en la Literaturhaus, uno de mis cafés favoritos de Berlín y espero a Laura. He quedado con ella por correo electrónico, estoy nervioso e intranquilo. No la conozco en persona y, sin embargo, siento que me es muy cercana. Hace varios años que su historia da vueltas en mi cabeza, desde que descubrí un dosier olvidado en las profundidades del archivo de la Stasi, la policía secreta de la Alemania comunista. He intentado cubrir con el sentido común del historiador y con ayuda de mi imaginación los huecos de los papeles. Pero no todo es posible y uno nunca sabe si la narración que ha pergeñado y que le parece consistente se ajusta a la realidad de ese caos infinito que es la historia humana. Al final del encuentro estaré más tranquilo: salvo algunos detalles, mi intuición habrá sido correcta.

Pasa un rato y, cuando veo que no llega, me levanto y doy un paseo por el local. Está dividido en varias salas –es una antigua villa berlinesa– y, en efecto, Laura está sentada a otra mesa. Sé que es ella enseguida aunque no por las fotografías que estaban en su dosier, tanto ha cambiado en más de treinta años. Resulta ser una mujer de aspecto juvenil, menuda, pero con gesto fuerte; es amable y calurosa desde el primer momento. La conduzco a la mesa que yo había elegido, algo más alejada del bullicio, para poder hablar en paz.

Enseguida le cuento lo que ando buscando, en qué investigo, le explico que no voy a grabar la entrevista –quizá en una segunda ocasión lo haga–; quiero darle toda la seguridad y la tranquilidad posibles para que se sienta cómoda. No siempre se hace esto con un entrevistado; a veces se prefiere

ponerle en un compromiso, acosarle, para poder extraer aspectos inéditos de la historia. Pero el caso es delicado y no quiero herirla: invado su privacidad con una sensación que me hace pensar en la maldad de los servicios secretos que conozco tan bien, incluso cuando mi intención es muy distinta: no soy un voyeur, no quiero serlo. Pero conozco algunos aspectos de su vida íntima con mayor profundidad, probablemente, que muchas personas que la han tratado durante largo tiempo.

Cuando le asevero que no voy a publicar nada si ella no me da su beneplácito, Laura no está inquieta y me dice que no hay problema, que no tiene nada que esconder. Ésta es la respuesta al interrogante que me ha estado atormentando durante semanas, desde que supe que íbamos a vernos: ahora estoy convencido de que Laura no ha leído su dosier de la Stasi. Se lo pregunto y lo confirma, dice que no sabía si lo tenía, que no le importaba tampoco. Me quedo un tanto pesaroso: no todo lo que tengo que hablar con ella se relaciona con la vigilancia a la que le sometió la policía. Pero hay al menos un acontecimiento de su vida, central, creo yo, que depende de ello, y no sé si soy yo quien deba revelárselo. No tengo derecho.

1

Los comienzos del Estado de vigilancia

> De pronto se abre una puerta: entra silenciosamente el vicio apoyado en el brazo del crimen, Monsieur de Talleyrand camina sostenido por Monsieur Fouché: la visión infernal pasa lentamente por delante de mí.
>
> FRANÇOIS-RENÉ DE CHATEAUBRIAND

La represión, la persecución, la purga del disidente existen desde el origen del ser humano. Pero la recolección sistemática de información sobre los individuos y su uso para la averiguación y castigo de comportamientos e ideologías –más allá del delito concreto– es claramente algo nuevo, algo que podríamos llamar «moderno». La propia idea del *Estado de vigilancia* parece ser una característica definitoria de la modernidad, ligada a la industrialización, al surgimiento del Estado-nación y a las ideologías del progreso. Su nacimiento está relacionado con el uso del archivo, la estadística, la antropología y hasta la etnografía.[3] Si tenemos en cuenta que la propia civilización urbana nació en el Próximo Oriente y en la América precolombina alrededor de los instrumentos y herramientas para contar y clasificar, y si consideramos que el Estado surgió allí como intento de controlar y vigilar a quienes pagaban impuestos, para que no dejaran de pagarlos, lo cierto es que la vigilancia por consideraciones ideológicas y su represión para evitar disenso es, tal y como lo vemos, algo ligado a la creación del Estado y, en su incremento y condensación, a la modernidad.[4]

Es una cuestión sobre todo de *densidad* en el uso de estos métodos de control y vigilancia. La modernidad intensificó y *espesó* las formas de control que en otras épocas apenas se dirigían al mantenimiento del poder,

sin más.[5] A partir de cierto momento, el control de la vida social entrará en los ámbitos más íntimos y en los aspectos más cotidianos. Algunos autores han mostrado hasta qué punto la idea de ingeniería social estalinista, y su modernización violenta y concienzuda, no fue distinta en su esencia a los caminos de la modernidad que se pueden encontrar en muchos otros lugares, incluso dentro de sistemas de democracia liberal.[6] Lo que no invalida el hecho de que las técnicas de dominio desarrolladas por el socialismo soviético poseyeran una absoluta novedad en el grado, las formas y los contextos.

LA VIGILANCIA EN EL PASADO

Pese a su modernidad, hay sin embargo ciertos vínculos entre la sociedad preindustrial y la sociedad contemporánea que son especialmente fuertes desde el siglo XV, que ve cómo la recogida de datos y su uso punitivo pasa de ser local a estatal.[7] Las formas de vigilancia política y social han existido durante mucho tiempo y ciertamente no son exclusivas de la época moderna, pero a partir de finales del siglo XVIII hubo un cambio en el modo en que se llevaba a cabo esta vigilancia. Lo que es más significativo: la vigilancia estatal se volvió más organizada, formalizada y centralizada que antes. A la policía como cuerpo especializado y profesionalizado se le añadieron –a veces dependiendo de ella, a veces no– instituciones que vigilaban y controlaban al disidente, incluso antes de cometer el delito.

Es posible que esto fuera una secularización de las instituciones eclesiásticas clásicas de persecución del hereje, de la bruja, del sodomita, del ajeno, en suma. El precedente más claro de las policías secretas fascistas y comunistas es, posiblemente, la Inquisición en la Monarquía Hispánica.[8] Esta institución adoptó ya muchas de las características que después han constituido el núcleo fundamental de las policías secretas: perseguía tanto delitos de obra –en la legislación de la época– como de pensamiento; buscaba claramente una homogeneización del cuerpo social, antes que la simple punición de delitos; el terror desatado por su actividad era

pedagógico y preventivo, y su fama iba mucho más allá de su propia realidad, lo que servía para amedrantar a los ciudadanos. Era, además, y aunque ejercida por la Iglesia, una institución dependiente del poder secular, del Rey.

La Inquisición hispánica era sucesora de la Inquisición medieval, papal, que surgió para luchar contra los herejes albigenses. En esta forma había existido en Aragón, pero no en Castilla, durante los siglos XIV y XV, cuando empezó a decaer. En el último tercio del siglo XV, los reyes de Castilla y de Aragón, inquietos por el crecimiento de las revueltas antijudías, demandaron una requisitoria al papa Sixto IV para que les autorizara a crear el Tribunal de la Inquisición en Castilla y volver a iniciarlo en Aragón. El Papa se lo concedió en 1478 y, tras unos años de preparación, fue Sevilla la ciudad que albergó el primer tribunal del nuevo modelo. Los primeros inquisidores, en 1480, fueron los dominicos Miguel de Morillo y Juan de San Martín. A finales del siglo XVI había trece tribunales en Castilla y en Aragón, que luego se extendieron a los territorios americanos: Lima (1570), México (1571) y Cartagena de Indias (1610).[9] Contra lo que suele creerse, el auge de las persecuciones inquisitoriales duró apenas unas décadas. Los otros tres siglos y medio de su existencia vieron una acción continuada, pero de baja intensidad, excepto picos temporales y territoriales.[10]

La misma palabra «inquisición», que hoy trae a la memoria instrumentos de tortura, frailes de ceño fruncido y hogueras donde se quema a condenados, no significa otra cosa que «averiguación», «investigación». Su objeto es, por tanto, la búsqueda y construcción de conocimiento sobre un presunto enemigo, todavía sólo de origen religioso o moral. Había en ello elementos de conflicto social, dado que los judíos eran eminentemente población urbana y, a causa de prohibiciones eclesiásticas, ejercían un papel preburgués al que los cristianos no podían acceder. Tras la expulsión de los judíos de los reinos españoles a partir de 1492, la cuestión judía se convirtió en la cuestión conversa. Desde ese momento, todos podían sospechar de todos y surgirá la obsesión por la genealogía y la «limpieza de sangre». La Inquisición hispánica comenzó para perseguir al «falso converso», al «marrano» (de «marrado», «errado», «equívoco»), un

judío convertido pero que mantenía su fe. Era, pues, un enemigo escondido, acechante, de doble filo; era un traidor expectante, un espía dormido, un saboteador posible. Si examinamos detenidamente las medidas tomadas contra los judíos en la Europa bajomedieval y la forma en que luego funcionó la Inquisición, hallamos muchos de los tópicos, métodos y formulaciones utilizados en dictaduras modernas, como la franquista, la nacionalsocialista y, por supuesto, el estalinismo. Algunos autores han incidido en que el antisemitismo hispánico del siglo XVI prefigura el racismo antisemítico moderno y va más allá del mero rechazo religioso.[11] Cabría establecer así un vínculo entre la Inquisición hispánica y el Holocausto.[12]

Esta identificación es claramente exagerada, pero nos remite a un hecho evidente: la Inquisición fue, pese a su cometido de índole religiosa, un elemento de modernidad en el comienzo de la Monarquía Hispánica, dentro del contexto de una Castilla pujante y avanzada, que escapaba de las tenazas feudales de lo medieval, y de un Aragón que se había expandido por el Mediterráneo y miraba hacia el Renacimiento italiano. El Santo Oficio, aunque a la larga contribuyó al estancamiento social y tecnológico de los reinos españoles, fue una institución muy original, moderna, altamente burocratizada y con objetivos de vigilancia y control social. Al igual que muchas policías posteriores, se apoyaba en la acción de confidentes y delatores, usaba la tortura (aunque con cierto comedimiento), censuraba y requisaba libros y papeles. Como hemos dicho, la Inquisición hispánica se centró al principio en perseguir disidencias de tipo religioso (conversos judíos y moriscos), pero la sucesiva persecución de erasmistas, luteranos y luego, en el siglo XVIII, de ilustrados, podría ser fácilmente relacionada con la «policía del pensamiento» típica de los tiempos modernos. De hecho, los tribunales del Partido Comunista eran tribunales de conciencia y no tribunales penales en el sentido estricto del término, del mismo modo que los de la Inquisición. Esta genealogía, según Igor Halfin, «podría proporcionar pistas sobre los orígenes de ciertas prácticas del NKVD [Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos] a partir de los años 1930».[13]

El origen concreto de las policías secretas modernas, sin embargo, se encuentra en la respuesta a las amenazas desatadas por la caída de los Borbones franceses y la transformación revolucionaria europea. La violencia contra el Antiguo Régimen y el no menos violento comienzo del nuevo se unieron a las radicales transformaciones ideológicas impulsadas por una prensa cada vez más barata, activa y resuelta. Ello condujo a la aparición en la esfera pública de una propaganda contra la autoridad extendida e inabarcable, que no respetaba religión ni trono. Surgieron así, para defender el sistema, unas policías políticas que, además, podían ser secretas. La Revolución francesa de 1789 dio las condiciones necesarias para la creación de una Gendarmería nacional que, aunque con raíces en el pasado, se presentaba como un cuerpo nuevo con funciones explícitas de investigación, vigilancia y prevención, cercanas a las que ejerce hoy la que consideramos policía secreta. Establecida como un cuerpo organizado, su papel ganó prestigio cuando el caos de la revolución convirtió el deseo de orden de muchos en una necesidad sentida de presencia policial.

La defensa de la revolución llevó a políticas que auguraban algunos de los horrores del siglo XX. Es la época del «Terror», emanado del Comité de Salud Pública, institución de defensa del nuevo régimen que sería imitado por los revolucionarios de casi toda revuelta posterior a lo largo del siglo. Una figura importante fue Joseph Fouché, que jugaría un oscuro papel en la ejecución de los reyes de Francia y en el posterior desencadenamiento del Terror, y que luego sería jefe de la policía napoleónica y uno de los creadores de las policías secretas. En el currículum de Fouché ocupa un lugar especial la represión de la ciudad de Lyon. En mayo de 1793, los lioneses se habían rebelado contra la Convención. La ciudad fue sitiada por Georges Couthon, diputado de la Convención del 8 de agosto al 9 de octubre de 1793. Cuando la ciudad se rindió, enviaron desde París a Joseph Fouché, como diputado, y a Jean-Marie Collot d’Herbois, miembro del Comité de Seguridad Pública, para organizar la represión. Una comisión

militar y una comisión de justicia popular –al parecer, azuzadas por Fouché– ordenaron los fusilamientos de varios cientos de personas. Esto le valió a Fouché el sobrenombre de «el ametrallador de Lyon». Fouché y Collot d'Herbois redactaron una «instrucción» en la que se ordenaba la demolición material de la ciudad y se suprimía el propio nombre de Lyon, sustituido por el de «Comuna Liberada».

Por su parte, la gendarmería, que fue ganando peso como policía en la provincia, acabó por ser vista como garante de la tranquilidad y el orden. Por ello, cuando Napoleón accedió al poder, anulando los últimos estertores de la revolución, la mantuvo e incluso acrecentó su poder. Algunos autores han afirmado que el Estado napoleónico fue «el primer Estado policial», desambiguando la convicción algo escéptica expresada por Jacques Godechot en el mismo sentido.[14] Cuando Napoleón unió la gendarmería a la nueva institución del «prefecto» y la distribuyó en los departamentos y distritos preparó el camino para una nueva policía de vigilancia.[15]

También Fouché continuó. Nombrado ministro de Policía por el Gobierno del Directorio (1799), usó ese poder para facilitar el golpe de Napoleón, lo que le sirvió para seguir manteniendo el cargo. Con diversos huecos, siguió ejerciéndolo durante una década. Joseph Fouché sistematizó las herramientas de vigilancia y persecución del Antiguo Régimen, y sustituyó el miedo individual por el horror colectivo con el claro propósito de mantener el poder y controlar al posible disidente. Para tal fin se apoyaba en la identificación del Estado con la virtud, algo que encontraremos a partir de entonces en toda policía secreta. La persecución, la tortura y la delación se justifican porque el poder busca el bien y la virtud de los ciudadanos, de la generalidad. Comenzará la idea de la «limpieza» del cuerpo social –la «salud pública»–, y para ello será necesario un cuerpo policial que, respondiendo al peligro escondido, se oculte y mimetice también para combatirlo.

La dictadura napoleónica existió porque la población necesitaba seguridad tras el carnaval revolucionario de los años anteriores. Las gentes estaban dispuestas a aceptar condiciones de libertad recortadas en contraposición a los años que habían seguido a 1789 porque la inseguridad

y el terror padecidos les impulsaban a buscar el sosiego. Gracias a este consenso, Napoleón introdujo las técnicas de la moderna democracia plebiscitaria: la autoridad provenía de arriba, pero la confianza surgía de abajo.[16] Esto sólo era posible sobre dos bases: el control de la población a través de la información y la intimidación, y las conquistas en el exterior, que añadían posibilidades de enriquecimiento, bienestar y movilidad social en el interior. Para lo primero, Napoleón contó con la policía secreta de Fouché, que se extendió como una mancha, primero por París y luego por el resto del Estado.

No se quedó ahí. Tras el final de la Europa napoleónica, los regímenes absolutistas y autoritarios europeos fueron creando cuerpos de policía del pensamiento para, primero, perseguir y reprimir a los disidentes y conspiradores, y luego, para combatir a quienes usaban la propaganda por el hecho y el terror. La Sûreté francesa, fundada en 1812 por Eugène-François Vidocq, se inspiraba en la policía política napoleónica. En principio era una policía criminal, dedicada a acabar con la delincuencia común, pero utilizó tácticas clandestinas y de delación. Su eficacia la convirtió en modelo para muchas otras. En España, la derrota de los liberales tras la restauración de la Monarquía absolutista trajo el «Terror de 1824» (como lo llamó Benito Pérez Galdós), en el que se desplegaron mecanismos bastante modernos de persecución, vigilancia y delación. Las formas en que se elaboraron e inventaron causas, se ejecutó a inocentes y se construyeron los culpables no eran muy diferentes a las que conoceremos luego, durante el terror estalinista, en el año 1937. En Rusia, el alzamiento de los decembristas en 1825, unos militares románticos que se inspiraron en los revolucionarios liberales españoles, condujo al comienzo de una policía contrarrevolucionaria muy activa que derivaría con el tiempo en una de las más eficaces y temidas organizaciones europeas.[17]

A lo largo de todo el siglo XIX, la lucha contra el liberalismo y la revolución se profesionalizó en la forma de unos organismos que comenzaron a usar la infiltración y la delación para prevenir y combatir a los enemigos del régimen. Las policías de la Europa de la Restauración, en especial la gendarmería francesa, desarrollaron programas de acción que se

pueden considerar como los antecedentes directos de las organizaciones modernas. Las crecientes amenazas transnacionales desde la propia Revolución francesa de 1789 fueron impulsando una convergencia de prácticas en los métodos policiales de los diversos países europeos, que se hicieron comunes, científicos y sistemáticos.[18] A su vez, comenzó la colaboración internacional en el continente.

La experiencia durante la revolución de 1848, especialmente en Prusia, de que utilizar el Ejército para aplacar a las masas era contraproducente llevó al establecimiento de una policía permanente y modernizada. Es cierto que en Prusia esta policía estaba militarizada y portaba sable, casco y armas, pero representaba una diferencia importante con la utilización del Ejército.[19] En la segunda mitad del siglo, el surgimiento de los socialismos y anarquismos ideológicos y de los movimientos obreros llevó a la sistematización del uso del confidente y del infiltrado, que jugarían un papel importantísimo tiempo después en las organizaciones terroristas y de propaganda por el hecho.

Desde sus primeros años de existencia, los propios partidos socialistas se vieron obligados a recurrir a métodos encubiertos y clandestinos en el trabajo político. En Alemania, al menos desde 1878, las leyes impulsadas por Otto von Bismarck prohibían a las organizaciones socialistas y socialdemócratas cualquier actividad fuera del *Reichstag* (Parlamento imperial) y el *Landtag* (Parlamento regional). Otras leyes calificaron a los socialdemócratas como «enemigos del Estado» e intentaron limitar los derechos de sufragio a los miembros del partido para expulsarlos del *Reichstag*. Ante esto, uno de los fundadores de la socialdemocracia alemana, Julius Motteler, diseñó una organización encubierta que permitía publicar materiales de propaganda así como el periódico del partido –generalmente en Suiza– y distribuirlos por todo el país. Además de esta organización clandestina, llamada el Correo Rojo *(Rote Feldpost),* Motteler formó la Máscara de Hierro *(Eiserne Maske),* un servicio de protección «proletario» que buscaba desenmascarar a los espías y provocadores de la policía secreta prusiana en el medio socialista. Así narraba el propio Motteler el surgimiento de este servicio de contraespionaje:

> Se buscaban referencias en Alemania de todo el que pedía [el periódico del partido] directamente, si no las daba de antemano o era desconocido. Por eso, el «servicio de seguridad» estuvo unido desde el principio al «servicio de correo». Polizontes, gente que se mantenía anónima, personas que no fueran del partido, periodistas en periódicos del adversario, escritores con referencias insuficientes, recibían sus cartas siempre con el mismo color de sobre y siempre escritas por la misma mano y en la misma oficina de correos. De esta forma se podía localizar a probables policías y similares, y llamar la atención de nuestros amigos en Alemania […] Nuestro servicio de seguridad para los asuntos económicos era una cuestión vital para asegurar todo lo que emprendíamos. Con ello se enlazaba de modo natural (mejor dicho, surgió de ello) un servicio de seguridad político […] el que luego, bajo la denominación colectiva de «La Máscara de Hierro», resultó el terror de todos los malvados e infames.[20]

En Francia, Luis Napoleón, sobrino de Napoleón I, después de tres años como presidente electo de la Segunda República (1848-1851), dio un golpe de Estado que transformó la República primero en una dictadura y luego en un Segundo Imperio. En buena medida, su triunfo se debió al control de la policía, convertida en una extensa red burocrática. Uno de los proyectos para la extensión de la policía a lo largo de todo el país afirmaba que este cuerpo «sólo debe depender del Gobierno» y que no debía tener «ni sentimientos ni patria. Todo lo que necesita son ojos, oídos y manos». El proyecto terminaba defendiendo la necesidad de una «policía política que informaría sobre todo lo que podría ocurrir, incluso en las localidades más pequeñas».[21] Aunque este plan nunca se llevó a la práctica por completo, las reformas realizadas iban dirigidas hacia la construcción de una policía secreta general, cuyas características señalaban ya las de las dictaduras del siglo XX.

Una de las principales policías secretas de la Europa del final del largo siglo XIX, y a la que a veces se ha considerado directamente ligada al origen de las policías secretas soviéticas, fue la Ojrana rusa. Se trató de una agencia que, en un principio, se enfrentó a muchos de los revolucionarios que luego acabarían integrando las primeras organizaciones soviéticas y a la que personajes como Feliks Dzierżyński, el fundador de la Cheká, conocían bien desde el lado de las víctimas. En realidad, la Ojrana era la fórmula usada para referirse a toda una serie de departamentos de gendarmería y de agencias de inteligencia zaristas que combatieron a los revolucionarios y a

los terroristas de izquierda en el Imperio ruso desde 1881 hasta 1917. Era una organización no excesivamente grande que contaba, a la altura de 1914, con unos pocos miles de empleados dentro de un país de más de 140 millones de habitantes.[22] Sin embargo, fue muy eficaz en la vigilancia de los revolucionarios, introduciendo la figura del *agent provocateur* dentro de las organizaciones clandestinas.

El «agente provocador» no era sólo un confidente o espía, sino que, bajo las órdenes y la planificación de la agencia policial, impulsaba a los revolucionarios a cometer crímenes o acciones que permitían a la policía desarticular las células revolucionarias de forma completa o conseguir su deslegitimación ante la sociedad. Uno de los casos más sonados fue el de Roman Malinovski, miembro del Comité Central del Partido Bolchevique y muy cercano a Lenin, que le defendió durante años de todas las acusaciones.[23] Malinovski llegó a ser diputado de la Duma, el Parlamento ruso, en unas elecciones «arregladas» por la policía secreta. También a órdenes de la policía, dejó bruscamente la Duma en mayo de 1914 y, acusado de provocador, un tribunal de honor bolchevique –escogido por Lenin–, le exoneró de toda culpa. Después de la Revolución de Octubre y una vez abiertos los archivos de la Ojrana, el *agent provocateur* fue descubierto definitivamente, interrogado y, tras una quejumbrosa confesión, juzgado y ejecutado.[24] Es como si los bolcheviques, mientras fundaban su propia policía secreta, hubieran querido librarse de los lazos que les unían a la antigua.

Se puede decir que el XX fue el siglo de las policías secretas. Cada dictadura, pero incluso también cada régimen democrático, desarrolló algún tipo de policía secreta. El gran mito del siglo XX, junto con la policía soviética, fue la Gestapo *(Geheime Staatspolizei),* la policía secreta estatal.[25] Impulsada por orden directa del dictador nacionalsocialista Adolf Hitler en 1933 a partir del departamento prusiano de policía política, se convirtió pronto en un poder al margen del Estado de Derecho. Fue la encargada, primero, de eliminar toda disidencia en el establecimiento progresivo de la dictadura y, luego, de mantener el control de la retaguardia durante la guerra. Unida a las SS *(Schutzstaffel),* la milicia del partido y la

organización militar nazi más poderosa, su contribución fue esencial para la represión en Alemania y en las zonas ocupadas, y para llevar a cabo el exterminio de los judíos en Europa, el Holocausto.

En su libro pionero sobre el estudio de las policías secretas, Ernst Kohn-Bramstedt se preguntaba qué escribirían los historiadores sobre aquella época –el tiempo que va desde la Primera Guerra Mundial a la Segunda– en el futuro. Su respuesta era que, por un lado, quedaría el enorme progreso técnico que había roto «las barreras del tiempo y del espacio». Por otro, «el intento por parte de grupos relativamente pequeños de aterrorizar a grandes poblaciones con la ayuda de un sistema de control bien calculado y organizado».[26] Y, continuaba, ambas cosas estaban interrelacionadas.

¿QUÉ ES UNA POLICÍA SECRETA COMUNISTA?

A lo largo de este libro vamos a usar casi indistintamente términos como «policía secreta», «policía política», «servicio de seguridad» o «agencia de seguridad». La razón es que los cuerpos de policía que vamos a ver aquí se diferencian en algunos aspectos esenciales de las otras policías secretas, y su multiplicidad de funciones nos impide una definición unívoca y clara.

Una policía política es un cuerpo, generalmente un departamento de la policía regular, dedicado a perseguir desviaciones ideológicas o activismos políticos que, desde la perspectiva del poder, son peligrosos para el Estado –o el Gobierno. Una policía así puede ser legítima en una sociedad democrática cuando se trata de defender la Constitución o el Estado frente a amenazas terroristas o dirigidas contra el sistema de democracia parlamentaria. Para ello precisa de un control democrático y de la salvaguardia del Estado de Derecho. En otras circunstancias puede desarrollarse como mero mecanismo de represión y contribuir a dictaduras o dictablandas.

Una policía secreta introduce elementos específicos en la investigación y persecución de los delitos que le son encomendados. Éstos suelen diferenciarse de los de la policía regular por su calidad de políticos,

ideológicos o violentos, aunque también pueden ser de otro tipo, más corrientes, pero para los que se precisan de sus métodos. La policía secreta usa identidades falsas, pisos francos, coches encubiertos. Teje redes de confidentes, utiliza el chantaje y la amenaza, puede también torturar, hacer desaparecer a detenidos, generalmente sin juicio. En una sociedad democrática tales policías se dedican sobre todo a investigar crímenes terroristas, grandes bandas de delincuentes, amenazas de gran calibre. El origen de su financiación suele ser oculto y provenir de canales oscuros. Esto hace que, en democracias, a veces se produzcan desvíos, tanto económicos como de su misión, superando los límites de la legalidad e incurriendo en crímenes de Estado más propios de dictaduras.

Los tipos de policía anteriores se describen como «servicio» o «agencia» de seguridad, en especial cuando se les quiere dotar de un sentido burocrático de protección de la nación. Es curioso ver que las memorias y justificaciones de todo tipo escritas por exmiembros de la Stasi, el KGB o la Securitate abundan en ello: eran policías «normales» que cuidaban de la seguridad de su país.

En realidad, y como veremos, las policías políticas comunistas tuvieron a lo largo del tiempo muchas fases e incontables encarnaciones, cambios de dependencia (agencias aisladas o parte de los ministerios del Interior, sobre todo), denominaciones y tareas. Pero, desde luego, no fueron nunca policías «normales». Su afán de obtener información y su labor como sustento del partido («el escudo y la espada», símbolo de la Cheká rusa que pasó al resto de policías del Bloque del Este) las hacían parte de un tipo de sistema específico y diferente. Según Bramstedt, sus métodos consistían en la recopilación de información, la detención colectiva, la intimidación y la eliminación. De diversas formas y en diversos modos, estos métodos se repitieron una y otra vez en todas las policías que aquí tratamos.

Teniendo en cuenta las experiencias nazi y soviética, la filósofa Hannah Arendt consideraba a la policía política como una de las principales peculiaridades del tipo de régimen político que ella denominaba «totalitarismo». Arendt describió con precisión las características específicas de las policías «totalitarias» en comparación con las de las

dictaduras habituales.[27] Dado que los estados totalitarios no son más que «fachadas» para el verdadero poder, que es el partido, el único lugar en el que se encuentran Estado y partido único es en la policía política. Lo ejemplificaba señalando el papel de Heinrich Himmler al mismo tiempo como *Reichsführer* de las SS y como jefe de la policía. También mostraba que la desconfianza de los dirigentes totalitarios hacia el Ejército les llevaba a que, en tiempos de paz, prefirieran conceder mayor importancia a la policía política para el espionaje en el exterior que a las propias agencias tradicionales de inteligencia. Era una cuestión de control, claro, pero también significaba el crecimiento de unas tareas asumidas para el interior en un sistema que lo exigía. El sistema necesitaba vigilar en su interior, aterrorizar en su interior y realizar una pedagogía totalitaria en el interior. Y a medida que las policías políticas se iban transformando en pilar esencial del sistema (hasta el punto de que fue habitual que tuvieran tropas armadas propias, que controlaran la expedición de pasaportes o que tuvieran a su disposición sectores económicos o industriales), sus tareas se hacían tan complejas que era completamente normal que asumieran también el espionaje exterior y el combate contra los enemigos ideológicos fuera de la patria.

Como expuso Sigmund Neumann ya en los años cuarenta, «las dictaduras modernas no son en absoluto las herederas directas de las antiguas tradiciones de la autocracia», sino que en la era de la democracia de masas se puede hablar de «dictaduras populares».[28] Lo cierto es que este tipo de dictaduras, siendo esencialmente antidemocráticas, tienen que acudir a formas seudodemocráticas para legitimarse, pero también, y eso es lo importante, por su convicción real de representar al pueblo, al pueblo verdadero, legítimo, que es definido por el poder a través de criterios raciales, políticos o culturales.[29]

Según Bramstedt, en el fondo de toda acción de policía política totalitaria yace una concepción del ser humano negativa: no sólo las masas –como parte de la nueva concepción de la propaganda– son manipulables. El individuo es susceptible de ser controlado o influido de formas diversas a través del miedo, la coacción, el premio o la amenaza. Las policías políticas

se basaban en modernas técnicas psicológicas y sociológicas, y sus formas de represión pretendían resultados científicos. El Gulag o, en parte, los Lager nazis, enraizaban con la innovación carcelaria de la redención por el trabajo, aunque fuera de forma paródica y cínica. El otro aspecto con el que jugaban las policías era con la participación individual en el gran proyecto, la construcción de una subjetividad adaptada al sistema, la necesidad psicológica, social también, de integrarse en el movimiento.[30] En los archivos se acumulan delaciones de confidentes que ayudan a la policía por «patriotismo», «fe en el socialismo», y otros discursos que intentan explicar su consentimiento al régimen. Había gente que podía oponerse a la dictadura, y lo hacía, pero a la par había quienes querían desesperadamente encontrar un hueco en ella, vivir sin miedo ni amenazas. A veces, con el paso del tiempo, ambos grupos se mezclaban o sus integrantes pasaban de uno a otro. Incluso los vencidos en guerras civiles, declaradas o virtuales, podían cruzar la frontera de la resistencia y buscar su integración en el proyecto dictatorial.

La realidad era, sin embargo, que las policías políticas –como mecanismo de construcción de las dictaduras totalitarias– no buscaban lograr el apoyo, la ayuda ni el consenso de los ciudadanos. No había recompensa para los que delataban porque, en algún momento, la rueda podría volverse contra ellos. Esto sucedió durante las fases «totalitarias» del sistema: especialmente, el estalinismo en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) durante los años treinta, cuarenta y principios de los cincuenta y en la fase de construcción de los gobiernos comunistas en los otros países europeos, entre 1944-1945 y 1953-1956.

Luego, es cierto, las cosas cambiaron. Las policías secretas se volvieron más normativizadas, similares a las de otros sistemas. Eran elementos de conservación del poder que no tenían restricciones, más allá de una legalidad propia y retorcida para su beneficio.

Según Hannah Arendt, en la URSS, la época del totalitarismo se podía datar de 1930 a 1953, es decir, desde el comienzo de la colectivización a la muerte de Iósif Stalin. En esta forma se puede también datar el origen y desarrollo de la policía secreta soviética. Como veremos más adelante, ésta

nació para combatir la contrarrevolución, se expandió para salvaguardar la homogeneidad ideológica en el momento de la construcción del Estado de partido único y luego fue utilizada durante la Nueva Política Económica (NEP) en los años veinte para someter a la sociedad en un momento de expansión económica y ciertas libertades, ejerciendo el papel de una policía económica. Con la llegada del estalinismo la policía secreta soviética tuvo un crecimiento imparable tanto en efectivos como en tareas, que le llevó a hacerse cargo del gigantesco complejo de campos de concentración y a ser verdugo y víctima durante la explosión del terror en los años treinta. Defendió la retaguardia durante la Gran Guerra Patriótica (1941-1945), se convirtió luego en modelo para otras policías a lo largo del recién creado campo socialista y se transformó después, hasta el final del sistema, en un burocrático imperio de vigilancia y represión que, a la hora de la transición al capitalismo, supo sacar beneficios de su posición y contribuyó a crear el nuevo sistema trenzado de mafia y corrupción.

Todas las otras policías secretas comunistas siguieron, en menos años y de forma acelerada, el mismo esquema, con la excepción de su final, que varió a menudo y en el que algunas –la Stasi sobre todo– quedaron completamente desarboladas.

2

El origen de las policías secretas comunistas

> Nací en 1877. Estudié en el gimnasio de Vilna. En 1894, en el séptimo grado del instituto, entré en el círculo socialdemócrata de autodesarrollo; en 1895 me uní a la socialdemocracia lituana y, al tiempo que estudiaba el marxismo, dirigí círculos de artesanos y estudiantes de fábrica. Allí fui bautizado en 1895 con el seudónimo de *Jacek*. Dejé el instituto voluntariamente en 1896, creyendo que la fe debería seguir el curso de la acción y que era necesario estar más cerca de las masas y aprender de ellas. En 1896, les pedí a mis camaradas que me enviaran a las masas, sin limitarme a los círculos. En ese momento, en nuestra organización, había una lucha entre la intelectualidad y los trabajadores, quienes exigían que se les enseñara a leer, escribir, conocimientos generales, etcétera, y que no se entrometieran en sus propios asuntos. A pesar de esto, me las arreglé para convertirme en agitador y penetrar en masas completamente intactas: en fiestas, en tabernas, donde los trabajadores se reunían.[31]

Feliks Edmúndovich Dzierżyński no se hizo revolucionario por la razón, sino por la emoción. Desde pequeño sentía piedad por los obreros y campesinos que padecían bajo los embates de un primigenio capitalismo, especialmente brutal en la efervescente Polonia sometida al Imperio ruso. Polonia era por entonces una de las regiones más avanzadas del imperio, un país que se industrializaba y crecía a pasos agigantados. La tensión social se unía a la tensión nacional: habían pasado algo más de cien años desde la partición y el reparto de Polonia por Prusia, Rusia y Austria, pero la memoria de la estatalidad no había desaparecido. El propio Dzierżyński había nacido en el seno de una familia de la nobleza polaco-lituana, algo venida a menos por las políticas rusificadoras de los zares.[32] Católico ferviente de pequeño, encontró pronto otra fe más acorde con los tiempos y dedicó toda su vida a la revolución. Primero fue miembro de la Socialdemocracia del Reino de Polonia, luego del Partido Socialdemócrata

del Reino de Polonia y Lituania y del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Cuando éste se dividió entre bolcheviques y mencheviques, Dzierżyński se adhirió al bolchevismo más ferviente.

Pese a ser polaco de idioma y cultura, Dzierżyński se sentía «el más acérrimo enemigo del nacionalismo» y consideraba como «el pecado más grande» que los socialistas polaco-lituanos no se hubieran fusionado con los rusos en 1898, durante una conferencia prevista para la unidad. A partir de aquel momento, el Partido Socialista Polaco, liderado por Józef Piłsudski, se convertiría en la formación política esencial del independentismo y el socialismo polacos. Dzierżyński, en los tiempos en los que no estuvo en la cárcel, fue uno de los máximos líderes –junto a Rosa Luxemburgo– de quienes estaban por el socialismo, pero contra el nacionalismo.

FELIKS DZIERŻYŃSKI Y OCTUBRE

A principios de 1897 el partido le envió como propagandista y organizador a Kovno (hoy Kaunas, en Lituania), una ciudad industrial donde por entonces había desaparecido el Partido Socialdemócrata. Allí vio «una pobreza y explotación sin precedentes, especialmente en el trabajo femenino». Al final de aquel año fue arrestado por primera vez, en plena calle, a causa de la denuncia de un chaval, un obrero que había sido «tentado por los diez rublos que le prometieron los gendarmes.» Desde aquel momento se sucedieron toda una serie de deportaciones, huidas, encarcelamientos y detenciones que le hicieron pasar casi diez años en prisión. Y en la cárcel Butirka de Moscú estaba el primero de marzo de 1917 cuando fue liberado, al poco de comenzar la revolución que derribó al zar de todas las Rusias. Dzierżyński participó de inmediato en los acontecimientos, uniéndose al ala más combativa de los bolcheviques. De Moscú fue a Petrogrado, donde apoyó a Lenin. Como miembro del Comité Militar Revolucionario codirigió el pronunciamiento bolchevique de octubre, tras lo que formó parte del núcleo rector de la revolución.

Para entonces la insurrección bolchevique había tenido éxito y la Revolución rusa de febrero había sido subsumida en lo que a partir de aquel momento sería conocida como la Revolución de Octubre de 1917. Pero mientras que la Revolución de Febrero había sido una sublevación popular contra la autocracia zarista y contra la Guerra Mundial y a favor de la instauración de una democracia a la europea, la Revolución de Octubre fue un alzamiento contra un presidente del Gobierno provisional socialista, contra una democracia parlamentaria en sus inicios y a favor de un Gobierno autoritario apoyado en grupos armados de soldados y milicias obreras. Una minoría organizada en unas asambleas arbitrariamente elegidas y dirigidas por un líder de prestigio, Vladímir Ilich Uliánov, Lenin, comenzó a construir la armadura de un régimen nuevo.[33] Controlar el Estado implicó una guerra civil que finalmente ganaron los bolcheviques tras una intensa violencia. Construir un nuevo Estado, que además se quería que tuviera características nuevas, originales, de invención de un socialismo para el que no existía cartografía alguna, necesitó de un uso cotidiano de la violencia. De la intersección entre estos dos factores, conquista del poder desde una minoría y progresiva aplicación de la ingeniería social, surgirían las específicas características de la primera policía política soviética.

Cuando en octubre los bolcheviques consumaron el golpe de Estado, el Congreso de los Sóviets –aunque manipulado y residual– les concedió al día siguiente (el 26 de octubre de 1917) un mandato limitado, temporal, para formar un Gobierno provisional hasta la convocatoria de una Asamblea Constituyente que iba a tener lugar un mes más tarde. Este Gobierno, en principio, tenía que rendir cuentas ante el Comité Ejecutivo del Congreso de los Sóviets y sólo debía funcionar como un Ejecutivo más, organizando el paso al nuevo Estado. Como es sabido, los bolcheviques maniobraron para dividir los órganos de gobierno y aislar a los partidos contrarios a ellos. En enero de 1918, cuando se constituyó la Asamblea Constituyente en la que no tenían la mayoría, la disolvieron.

A lo largo de los años de la Guerra Civil los bolcheviques construyeron un tipo de sistema nuevo, original, basado en la dictadura de partido único, algo inédito hasta entonces. El tipo de estatalidad bolchevique que se

comenzó a crear a las pocas horas de tomar el poder se formó a través de la acción personalizada de los miembros del partido que se hicieron con todos los puestos clave en ministerios e instituciones estatales y cuyas decisiones ejecutivas respondían a la política de un partido que era el depositario de la legitimidad y de la identidad incluso personal de sus miembros. La cualidad distintiva de este sistema fue la concentración de la autoridad ejecutiva y legislativa, así como dejar el poder de hacer todos los nombramientos legislativos, ejecutivos y judiciales en manos de una organización que escapaba a la democracia y al rendimiento general de cuentas: el «Partido».[34] Esta forma de control progresivo del poder, por una mezcla de violencia, intimidación y prebendas, se convirtió en una de las formas específicas de organización política del siglo XX, tanto a derecha como a izquierda. Los bolcheviques fueron pioneros en la construcción de la autocracia moderna, inventores de las técnicas de dictadura de masas. Para consolidar su dominio, los bolcheviques necesitaron tanto de la burocracia –la existente y la de nueva creación, lo que sería su marca distintiva– como de la extensión de una policía de seguridad hasta entonces sólo esbozada en otros regímenes.

En general, los bolcheviques carecían de experiencia de gobierno. Algunos de ellos habían sido miembros de la Duma zarista, otros habían participado aquellos meses en sóviets y asambleas, y un pequeño número había dirigido sindicatos o mandado tropas en los tiempos recientes. Lenin mismo era un simple conspirador que vivía del periodismo y las donaciones, y que había pasado muchos años en el exilio. De lo que sí tenían experiencia era de la clandestinidad, de la persecución por parte de la policía secreta zarista, del combate sordo y ambiguo de la política de facciones. Los documentos de los primeros días del Sovnarkom, el Consejo de Comisarios del Pueblo, el primer Gobierno leninista, muestran toda una sinfonía de amateurismo, improvisación y caos, junto con una voluntad, un tanto cómica, de resultar «creíbles», «serios», como mandatarios. Este primer Gobierno estaba apoyado por los llamados Socialrevolucionarios de Izquierda (SRI), un grupo no marxista y muy popular en Rusia que le proporcionaba una cierta cobertura pluralista. Los SRI se separaron en

noviembre de 1917 del Partido Socialrevolucionario, como su ala más radical, y entraron en el Sovnarkom con siete representantes. Al menos hasta marzo de 1918 y el tratado con Alemania, que fue rechazado por los SRI, el Gobierno leninista no fue sólo de Lenin.[35]

En un intento por alejarse de las formas políticas consideradas «burguesas», aquel Gobierno no se componía de «ministerios», sino de una institución denominada «comisariados populares». Entre éstos se incluía el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (el NKVD, en sus siglas rusas) que sustituyó al Ministerio del Interior del Gobierno provisional. Este comisariado, después de la proclamación de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) –la Rusia Soviética, que luego formaría parte de la Unión Soviética–, comenzó a denominarse NKVD de la RSFSR. Fue uno de los primeros comisariados del pueblo formados sobre la base de un decreto del Segundo Congreso Panruso de los Sóviets el 25 de noviembre de 1917, apenas comenzado el régimen de Octubre. El comisariado tenía como tareas el mantenimiento del orden público en todos sus aspectos –la milicia, la policía obrera, estaba a su cargo–, pero también el control de los bomberos o la gestión de los millones de refugiados producidos por la Guerra Mundial.[36] En el Reglamento sobre el NKVD del 24 de mayo de 1922 se mencionan también aspectos como la gestión de actividades de los órganos administrativos locales, la organización de todo tipo de contingentes humanos de transporte (excepto militares), la administración del paisaje rural y urbano, de los inmigrantes y emigrados (el control de los pasaportes), así como la organización del trabajo forzoso.[37] Apenas unos años después, la extensión de las deportaciones masivas, de los campos de trabajo y de las ejecuciones extrajudiciales se apoyaría en este esbozo institucional.

En cualquier caso, ya en diciembre de 1917 y con el previsible incremento de la resistencia al golpe de Octubre, los bolcheviques decidieron separar la represión extraordinaria –para distinguirla de la delincuencia supuestamente común– creando una organización específica que tuviera poderes especiales. A ello se unió la propia lucha interna contra

sus aliados de izquierdas no bolcheviques, lo que implicaba la necesidad de un organismo represivo que dependiera sólo de ellos.

Hay que tener en cuenta que el estallido de la Revolución de Febrero había eliminado de raíz la policía y los servicios secretos zaristas. La Ojrana, la mítica policía secreta zarista, era uno de los enemigos simbólicos esenciales de los demócratas, y su prohibición y desarticulación fue una de las primeras iniciativas del nuevo Gobierno.[38] La vieja maquinaria de la policía secreta de la gendarmería fue desmontada simultáneamente al derrocamiento de la dinastía Romanov en febrero de 1917. Los agentes, en especial los de alta graduación y los cuadros de mando, huyeron del país. Otros se escondieron. Y quién no lo hizo se puso de inmediato en situación de peligro. Los ciudadanos llevaron a cabo una *lustración* espontánea: cuando algún policía de paisano era reconocido en las calles o junto a las manifestaciones solía ser linchado con pocas contemplaciones.[39]

El hecho de que el Gobierno provisional se quedara sin un cuerpo policial que atendiera sus órdenes fue uno de los grandes problemas a la hora de garantizar la seguridad y la estabilidad. A la larga, esto produjo problemas de mantenimiento del orden público que los propios revolucionarios intentaron suplir con iniciativas desde abajo. En los primeros meses después de octubre de 1917 grupos de obreros y soldados formaron «comités de defensa de la Revolución» espontánea y voluntariamente. Su objetivo era impedir la reacción del derrocado Gobierno provisional y de los partidos y organizaciones de izquierdas que estaban en contra del golpe bolchevique, alguno de los cuales, como los socialrevolucionarios, estaban dispuestos incluso a tomar las armas. Ejercían funciones de control y represión, anárquicas y desconectadas, pero que sirvieron para impedir alguna acción del Gobierno. El intento de Aleksandr Kérenski, el primer ministro del Gobierno provisional que acababa de ser expulsado por los bolcheviques, de lanzar a sus fuerzas leales contra Petrogrado fue, en parte, desarticulado por grupos de obreros unidos en estos comités.

Estas iniciativas, por supuesto, no podían ser del agrado de Lenin, que veía escaparse de sus manos una parte del poder y que consideraba a estos

comités una competencia para una nueva institución de defensa de la revolución que él concebía unitaria, centralizada, y que había de responder tan sólo ante el Consejo de Comisarios del Pueblo, el Gobierno bolchevique que él presidía. Esta institución centralizada sería la Comisión Panrusa Extraordinaria para Combatir el Sabotaje y la Contrarrevolución (VChK), conocida como Cheká o Vecheká.[40]

EL COMIENZO DE LA CHEKÁ

Los bolcheviques habían creado ya una organización armada durante la revolución de 1905 y aparecieron de nuevo órganos paramilitares en 1917. Sin embargo, el verdadero precursor de la VChK fue el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado (PVRK, en sus siglas rusas), dependiente del Sóviet de Petrogrado, del que heredaría luego incluso algunos de sus miembros. Se trataba de un órgano de partido, no de una institución estatal, un hábil instrumento de los bolcheviques y sus aliados para conquistar el poder en octubre. En principio, el Comité Militar Revolucionario estaba destinado a proteger el Sóviet, sobre todo desde el momento en que los bolcheviques se habían hecho con la mayoría de la asamblea. Había sido creado el 12 de octubre de 1917, es decir, poco antes del levantamiento. Al cabo, el PVRK se convirtió en el instrumento de los bolcheviques para preparar y ejecutar la insurrección armada contra el Gobierno provisional.

Lo dirigían un socialrevolucionario de izquierda, Pável Evgenevich Lazimir, y un bolchevique llamado Nikolái Ilich Podvoiski, antiguo camarada de Lenin y uno de los principales creadores de los órganos militares del poder soviético. Conviene entender que la Cheká surgió precisamente en este ámbito de lo militar: la separación entre la defensa externa y el mantenimiento del orden interno, característica de las sociedades modernas desde la Ilustración, desaparecía con este órgano y, con el tiempo, se vería cómo sus sucesores, desde el GPU (Departamento Político del Estado) hasta el KGB (Comité para la Seguridad del Estado),

creaban una cultura policial que les permitía desarrollar sus actividades tanto en el extranjero como en el interior del Estado soviético.

En la primera semana de noviembre de 1917 Lenin, como cabeza del Consejo de Comisarios del Pueblo, el Gobierno bolchevique, escribió un llamamiento al Comité Militar Revolucionario en el que mostraba quizá por primera vez las líneas fundamentales de lo que iba a ser su política de represión posterior. Se refería así a que

> La desorganización en el abastecimiento de víveres, creada por la guerra y la mala administración, se agudiza al extremo por acción de los especuladores, saqueadores y sus cómplices en los ferrocarriles, en las compañías navieras, en las oficinas de transporte, etcétera. En medio de las más grandes calamidades nacionales, los criminales saqueadores, por lucro, juegan con la salud del pueblo y la vida de millones de soldados y obreros.

Ante aquella situación, Lenin y los suyos hablaban de tomar «medidas drásticas, para extirpar la especulación y el sabotaje, el ocultamiento de las existencias, la retención premeditada de cargas, etcétera». Es más, se exponían las medidas a considerar:

> Por disposición especial del Comité Militar Revolucionario todas las personas culpables de tales delitos serán castigadas con arresto inmediato y encarcelamiento en las prisiones de Kronstadt, hasta su enjuiciamiento por el Tribunal Militar Revolucionario.[41]

Tras la Revolución de Octubre, las primeras funciones de persecución de los «contrarrevolucionarios» las asumió el PVRK, deteniendo a los ministros del Gobierno provisional y, luego, a unas decenas de miembros del Partido Democrático Constitucional, más conocido como Kadetes (los liberales). El 22 de noviembre de 1917 se promulgó un decreto que instruía la formación de «tribunales revolucionarios» y empezaron los primeros juicios a opositores a la insurrección bolchevique. Estos *revtribunali* formaron parte de la maquinaria extrajudicial revolucionaria, inspirada –hasta en el nombre– por la Revolución francesa. Cuando, unos meses después, se creó la Cheká, una de sus principales tareas fue la de presentar a los «criminales» para ser juzgados en ellos. Es cierto que, en principio, los

condenados lo eran a penas de prisión, no a ejecución inmediata. Esto fue cambiando con el tiempo y pronto los fusilamientos se harían corrientes. Los *revtribunali* durarían hasta 1923, cuando serían sustituidos por tribunales ordinarios dentro del proceso de normalización posterior a la Guerra Civil. Después se crearon las *troikas*, de las que luego se hablará, otra forma de tribunal especial para combatir la oposición.

Isaac N. Steinberg, un socialrevolucionario de izquierda, que luego sería por un tiempo comisario de justicia en el NKVD, cuenta en sus memorias cómo rechazó en la reunión nocturna del 1 de diciembre de 1917 del Comité Ejecutivo Central Panruso, el órgano de gobierno supremo entre los congresos de los sóviets, la decisión del Consejo de Comisarios del Pueblo del 28 de noviembre de 1917 de declarar a los Kadetes «un partido de enemigos populares» y de ordenar el arresto de sus líderes. Steinberg afirmaba que se había opuesto

> con la mayor energía, lo cual no era sorprendente si se buscaba profundizar en el significado de este breve documento. Aquello significaba ya la legalización del terror sangriento que llegó más tarde. Los Kadetes eran, es cierto, los representantes materiales y espirituales de la contrarrevolución burguesa. Pero había un peligro en el hecho de que el decreto no estaba dirigido contra algunas personas culpables, sino contra una abstracción política bajo la cual se podría incluir a una innumerable multitud de personas inocentes. De esta manera, se creó un chivo expiatorio, una comunidad anónima en la que todos los fracasos y sufrimientos de la revolución podrían ser sofocados.[42]

Steinberg alzó la voz diciendo que «la lucha de clases no era lugar para la represión arbitraria», advirtiendo de lo peligroso que era que se disolviera la Asamblea Constituyente, avisando del terror indiscriminado y comparando los métodos bolcheviques «a los de Kérenski». Por supuesto, esto no cayó muy bien entre los bolcheviques. La respuesta del propio Lev Trotski fue:

> Te indignas con el terror desnudo que estamos aplicando contra nuestros enemigos de clase, pero déjame decirte que dentro de un mes como máximo asumirá formas mucho más espantosas, modeladas sobre el terror de los grandes revolucionarios franceses. No la prisión, sino la guillotina esperará a nuestros enemigos.[43]

Una amenaza que, efectivamente, acabaría cumpliéndose poco después.

De todos modos, y más allá de motivaciones puramente ideológicas, la necesidad de establecer organismos punitivos tenía que ver también con la creciente inseguridad ciudadana (y rural) que afectaba a la República. Uno de los primeros llamamientos del II Congreso de los Sóviets –la asamblea para la que los bolcheviques decían querer el poder– fue para acabar con los pogromos antisemitas.[44] Combatir la «contrarrevolución» y el antisemitismo podía, sin embargo, conducir a la «represión arbitraria» de la que hablaba Steinberg.

En el Comité Militar Revolucionario, Feliks Dzierżyński ya había tenido un papel destacado. Estaba a cargo de la seguridad del Smolny, donde tenía su sede el Sovnarkom y se encontraba el despacho de Lenin, así como de la protección de los líderes del Gobierno. Tuvo también una significativa participación en el levantamiento bolchevique. Durante el pleno del Comité Central del partido del 10 de octubre en el que se votó llevar a cabo la insurrección fue Dzierżyński quien propuso la creación de una comisión de liderazgo a partir del Comité Central, como una especie de Estado mayor de la revuelta.[45]

Pronto se vio que el PVRK tenía diversos problemas. El principal era que, después de la Revolución de Octubre, el Comité de Petrogrado resultaba un simple órgano local que no tenía capacidad para abarcar todo el gigantesco territorio ruso. Aunque había comités similares en otros lugares, parecía irreal poder sumarlos todos y someterlos al de Petrogrado. Esto impulsó la necesidad de un nuevo órgano represor, que tendría que estar o bien bajo la égida del VTsIK (Comité Ejecutivo Central Panruso, la comisión del Sóviet que poseía las funciones ejecutivas) como querían los socialrevolucionarios de izquierda, o bien debía depender directamente del Consejo de Comisarios del Pueblo (el Sovnarkom), como pretendían los bolcheviques.[46] La diferencia es bastante clara: o se sometía a la democracia –aún rudimentaria– del Sóviet o se instituía en organización controlada por un solo partido (y su débil aliado). Esta última opción fue la que ganó, lo que puede considerarse por supuesto como un paso más hacia la dictadura de partido.

De hecho, como contaba Martin Latsis, uno de los primeros dirigentes de la Cheká, lo que llevó al surgimiento de la nueva institución fue en parte la necesidad de librarse del control de los socialrevolucionarios de izquierda:

> Entre los elementos contrarrevolucionarios, el primer lugar lo ocupaban los falsos partidos socialistas. El Comité Militar Revolucionario tuvo que lidiar con ellos primero. Éstos tenían sus «colegas» en el VRK entre los socialrevolucionarios de izquierda. Estos últimos obstaculizaban fuertemente la lucha contra la contrarrevolución presentando su moralidad «universal», su humanismo, y presionaban para abstenerse de limitar la libertad de expresión y de prensa a los contrarrevolucionarios. Para los líderes del Gobierno soviético quedó claro que junto con ellos sería impensable librar una lucha contra la contrarrevolución.[47]

Por esta razón se plantearía la idea de crear un nuevo órgano de lucha, que no incluiría a los socialrevolucionarios de izquierda para evitar sus críticas. Otro problema añadido era que los organismos punitivos del Comité Militar Revolucionario se duplicaban en muchos otros: en el Comité Ejecutivo Central Panruso, la Comisión Extraordinaria para la Protección de Petrogrado, el Comité de Lucha contra los Pogromos o la Comisión de Investigación del Tribunal Revolucionario. El 4 (17) de diciembre, el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado ya había creado una comisión para luchar contra la contrarrevolución, que se añadiría a las facultades que poseía el Comisariado de Justicia. Al día siguiente, el PVRK fue disuelto. Pero ante la evidencia del amplio movimiento huelguístico contra los bolcheviques en Petrogrado, el día 6 (19) se le encargó a Dzierżyński que presentase una propuesta de cómo se podría combatir lo que ellos denominaban «contrarrevolución» y «sabotaje» y «por qué medios» podrían combatirlos. Era necesario centralizar de algún modo la represión.[48]

En efecto, al día siguiente, Dzierżyński emitió un informe y se estableció la Comisión Extraordinaria.[49] Feliks Edmúndovich afirmaba en su informe que no pensaran que estaba buscando

> formas de justicia revolucionaria; ahora no necesitamos justicia. Ahora es la guerra: cara a cara, una lucha final. ¡Vida o muerte! ¡Propongo, exijo un órgano para un ajuste de cuentas

revolucionario, bolchevique, con los contrarrevolucionarios! [50]

Como dice escuetamente Dzierżyński en su autobiografía, «me encargaron organizar el órgano de lucha contra la contrarrevolución –VChK (7 de diciembre de 1917)–, del que me nombraron presidente».[51] Según cuenta Yácov Peters, antiguo bolchevique, miembro del PVRK y vicepresidente de la Cheká,

> el 7 de diciembre de 1917 [20 de diciembre en el nuevo calendario], en una reunión del Sovnarkom, cuando se lanzó la pregunta de cómo combatir la contrarrevolución hubo quienes desearon liderar la comisión. Pero Lenin llamó a Dzierżyński «proletario jacobino». Feliks Edmúndovich [Dzierżyński] advirtió, triste, después de la sesión que si él ahora era Robespierre, al parecer Peters era Saint Just... Pero ninguno de los dos estábamos para reírnos…[52]

Un bosquejo, al parecer ideado por Lenin, sirvió de punto de partida para la orden, aunque parece ser que su intervención –avalada por un esquema enviado a Dzierżyński el mismo día que se aprobó la fundación de la Cheká– se refería en realidad más a medidas a tomar en contra de una situación concreta (los numerosos funcionarios en huelga) que al establecimiento del embrión de una agencia de seguridad completa. En efecto: los funcionarios del Estado se negaban a colaborar con los nuevos dirigentes, hasta el punto de que los bolcheviques no podían ni siquiera utilizar el dinero guardado en los bancos y tenían que ir a buscarlo a punta de pistola. En la nota, Lenin hablaba de que

> con respecto a tu informe de hoy sobre las medidas para combatir a los saboteadores y contrarrevolucionarios, ¿no es posible producir un decreto de la siguiente manera? La burguesía tiene la intención de cometer los crímenes más atroces, sobornar a la escoria de la sociedad, llevar a cabo pogromos. Los partidarios de la burguesía, especialmente los altos dignatarios, funcionarios del banco, etcétera, están saboteando su trabajo y organizando huelgas para detener las medidas del Gobierno para lograr una transformación socialista. Incluso llegan a sabotear los suministros de alimentos, amenazando a millones de personas con el hambre. Las medidas excepcionales son esenciales para tratar con contrarrevolucionarios y saboteadores.[53]

La aportación de Dzierżyński fue superar la mera represión coyuntural y pensarla en un marco más general. Para eso preparó un decreto que debía ser aprobado por el Sovnarkom. El decreto estuvo dando tumbos en las sesiones del Sovnarkom durante el final de 1917 y el principio de 1918, pero nunca se finalizó ni llegó a publicarse. En la sesión del 7 (20) de diciembre de 1917, el Sovnarkom, presidido por Lenin, votó a favor de la sugerencia de Dzierżyński de establecer la «Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje».[54] No se trató de un decreto oficial, sino más bien de una resolución. Esta resolución, como ya se ha dicho, subordinó la Cheká al Sovnarkom, explicando sus tareas, delimitando sus responsabilidades y señalando quiénes iban a ser sus primeros miembros. Se constituía para

> frustrar en su raíz todos los intentos contrarrevolucionarios y de sabotaje, y luchar contra ellos en toda Rusia; llevar a juicio ante el Tribunal Revolucionario a contrarrevolucionarios y saboteadores, elaborar medidas para combatirlos y llevarlas a cabo despiadadamente. La Comisión sólo debe conducir una investigación preliminar.[55]

Es importante observar que, en principio, la Cheká no tenía poder para detener ni mucho menos ejecutar, tan sólo podía llevar a los acusados ante los tribunales. Esto apenas se cumpliría y las competencias se incrementarían a gran velocidad de forma, podríamos decir, casi a-legal, dado que, como se ha dicho, no se publicó un decreto formal. La Cheká fue asumiendo buena parte de las nuevas funciones punitivas a partir de meras órdenes internas.[56] Legislaba para sí misma, con plena autonomía.

3

Del Terror Rojo a la Guerra Civil

En el Archivo Nacional de la Federación Rusa –yo lo encontré en los microfilms de la Hoover Institution– se conserva un protocolo del Colegio del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (el NKVD) del 5 de enero de 1918 (el 23 de diciembre de 1917 según el calendario todavía vigente entonces) en el que se concedía a la Cheká una cantidad determinada de dinero, 200.000 rublos, diciendo que «había sido fundada». Es, creo yo, el primer presupuesto de la organización, todavía pequeño, pero ya en marcha.[57]

PIONEROS DEL TERROR

Según el protocolo por el que se fundó la organización, las funciones estaban claras desde el principio. La Cheká se dividía en tres departamentos: el de información, el de organización y el de acciones operativas. Ya desde el primer momento se unían dos de las funciones básicas de las policías secretas y que no dejarían de ser parte de sus organizaciones sucesoras a lo largo del tiempo: la recolección de información y su uso en acciones concretas. En el mismo protocolo se advertía que sus objetivos primarios eran «la prensa, el sabotaje, los kadetes, los socialrevolucionarios de derecha, los saboteadores y los huelguistas». Asimismo, las medidas que se podían tomar eran: confiscaciones, expulsiones de viviendas, privación de cartas de racionamiento, publicación de listas de enemigos del pueblo y un «etcétera», que no presagiaba nada bueno.[58]

Apoyándose en el personal del PVRK, Dzierżyński reunió a toda prisa a algunas decenas de chekistas –muy pronto comenzarían a llamarse a sí mismos de este modo. En enero de 1918 la organización contaba con unos cien miembros, seiscientos para marzo –cuando la central, siguiendo al Gobierno bolchevique, se trasladó de San Petersburgo a Moscú– y más de 2.000 en julio. La cúspide de la organización la constituía el Colegio de la Vecheká, constituido por diez miembros, con un presidente, el propio Dzierżyński, que dirigió tanto la Cheká, como sus dos organizaciones sucesoras (el GPU y el Departamento Político Unificado del Estado, OGPU) hasta su muerte en 1926.[59]

Dzierżyński fue, pese a todo, un revolucionario íntegro, incorruptible. Posiblemente el mejor ejemplo de aquellos bolcheviques que, dando su vida por la causa, estaban también dispuestos a matar por ella. Aun cuando esto le causara remordimientos y arrepentimientos, y le mantuviera en un estado de permanente lucha consigo mismo. Era también extremadamente sobrio, rechazaba todo privilegio, vivía con lo mismo que cualquier chekista del montón y trabajaba incansablemente hasta caer rendido.[60] Su mujer, Zofia, cuenta un episodio que muestra gráficamente su frugalidad:

> Fuimos a la plaza de la Lubianka, a la Vecheká […] Llegamos a la oficina de Dzierżyński. Entramos. Feliks Edmúndovich estaba inclinado sobre unos papeles. En la mesa, frente a él, había un vaso medio vacío de té de un color grisáceo y un pedacito de pan negro. Hacía frío en la habitación. Una parte de la oficina estaba cortada por un biombo, y detrás del biombo había una cama.[61]

Esta moderación en lo material junto con su carácter inflexible contribuyó a crear una leyenda, la del «Feliks de Hierro», que se trasladó a los propios funcionarios de la Cheká y sus sucesores. El chekista debía ser sólido, íntegro, no dejarse conmover por nada ni corromper por nadie. La Cheká debía ser temida, a la vez que respetada.

La Comisión Extraordinaria tuvo también una rápida expansión territorial, aunque los resultados concretos –por la difusa situación del poder en las provincias– fueran modestos. Su denominación como «panrusa» parecía reducir su ámbito de actuación a la República rusa,

excluyendo otros territorios, como Finlandia, Polonia, el Báltico o el Cáucaso. A mediados de diciembre de 1917 ya se habían publicado anuncios en los periódicos conminando a los distintos sóviets locales a instituir sus propias comisiones. La peculiar forma en que se desarrollaba la política en aquellos momentos muestra que los bolcheviques eran incapaces de implementar su gobierno porque no controlaban el territorio. Debían confiar en lanzar llamamientos y proclamas, que esperaban fueran seguidos por los organismos a los que iban destinados.

Que la Cheká, sin embargo, cumplía una función necesaria se demuestra porque, pese a la ausencia de normativa formal –recordemos que el decreto de la Cheká no se había publicado–, lo cierto es que muchos comités ejecutivos de los sóviets locales imitaron las acciones del centro y establecieron sus propias chekas, a las que dotaron de responsabilidades, tareas y estructuras similares a las de Petrogrado y Moscú. La legalidad rudimentaria de los sóviets hacía que las nuevas instituciones resultaran confusas y sus competencias no estuvieran bien definidas. Se llegaba así a conflictos entre los comités ejecutivos de los sóviets, que respondían ante la asamblea local o regional, y sus departamentos, que, como emanación más o menos fidedigna de los comisariados del Sovnarkom, respondían ante éstos. Por ejemplo, los departamentos de asuntos internos tomaban el control de la milicia local, como el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos lo había hecho con la milicia de la República. Dado que la Cheká dependía del Sovnarkom era lógico que las chekas locales que fueran surgiendo acabaran por estar subordinadas a él. O más bien, dado el caos del momento, era lo que se pretendía. En cualquier caso, a lo largo de 1918 se emitieron órdenes para establecer algún tipo de estructura territorial de la organización.[62]

Los primeros momentos del desarrollo de la Cheká son interesantes para entender también el grado de autonomía y de crítica dentro del partido, una pluralidad interna que duraría hasta al menos 1929 y que finalizaría con el progresivo control total por parte de Iósif Stalin y su «equipo». Como ha demostrado Michael Melancon, «cada discusión sobre la cuestión de la Cheká hallada en los registros del Comité Ejecutivo soviético, en un

momento en que estas instituciones estaban integradas casi exclusivamente por comunistas, sometía a la policía secreta a críticas severas».[63] Una gran mayoría de los comités ejecutivos de los sóviets en todos los niveles del Estado (regional, local) se sentía lo suficientemente fuerte como para desafiar a Dzierżyński y exigir que se establecieran controles estrictos sobre sus chekas. Y es cierto que, durante casi todo el año 1918, la presión popular, la pluralidad dentro del partido, la fuerza de sus aliados políticos así como la amenaza de la oposición de izquierdas mantenían una cierta vigilancia sobre la organización que se reflejaba en las limitaciones para ejercer la violencia o en la necesidad de dar explicaciones y justificaciones por ella. Por ejemplo, en una entrevista que Dzierżyński concedió al periódico *Izvestia*,

> refutó categóricamente la información en *Vperiod*, n.° 63, de que las personas arrestadas que figuran en la lista de la Comisión Extraordinaria se mantengan en terribles condiciones en el sótano y sean sometidas a un trato rudo. Según nuestra información, actualmente no hay 126 personas, como se indica en el periódico *Vperiod*, sino sólo 66 personas, y no están en el sótano, sino en un pabellón seco; todos ellos han sido interrogados y todos han recibido sus cargos.[64]

Los bolcheviques se sentían obligados a dar explicaciones, a contener su percibida necesidad de erradicar –violentamente– a sus enemigos. A ello contribuían con sus objeciones los socialrevolucionarios de izquierda (SRI). Esto no era tan sólo una excusa inventada por ellos para justificarse: el propio Martin Latsis cuenta cómo «[los SRI] votaban siempre en contra de los fusilamientos cuando una decisión unánime era necesaria para la condena».[65]

Ya hemos hablado de que los medios que en un principio se le habían asignado a la Cheká para combatir la contrarrevolución habían sido muy limitados. Sin embargo «la vida» –como decía el propio Dzierżyński– condujo a la organización a ampliar su ámbito represivo.[66] La Cheká introdujo rápidamente instrumentos nuevos, como los campos de concentración y la práctica de la toma de rehenes. Los campos de concentración nacieron de la necesidad surgida durante la Primera Guerra Mundial de tener campos donde internar a los miles de soldados capturados.

Al principio, los primeros prisioneros tomados por el PVRK y la Cheká fueron conducidos a las cárceles, las mismas de donde habían salido al comienzo de la revolución algunos de los bolcheviques. Serguéi Melgunov, socialista, jefe de una organización antibolchevique y uno de los primeros historiadores del Terror Rojo, acabó por tener que irse del país en 1922, tras la guerra. En uno de sus escritos describía algunos de sus propios padecimientos en prisión:

> Aquellos de nosotros que estábamos en la prisión de Butirka en ese momento terrible, en la prisión a la que las personas eran arrojadas a miles sin distinción de estatus social, nunca olvidaremos una experiencia que destrozaba el alma. La vida allí en ese período ha sido descrita acertadamente por un testigo ocular como «una bacanal de locura roja y terrorismo». Especialmente horrible, especialmente desgarrador, era la necesidad de oír, y a veces ver, a los prisioneros que eran retirados para ser ejecutados. A menudo, los vehículos llegaban para llevárselos. Ni un prisionero en el edificio podía dormir. Sólo podía yacer allí y temblar ante cada bocinazo de un camión. De vez en cuando, algunos guardias entraban en una celda y gritaban a uno u otro de sus presos que los siguieran y «trajeran sus pertenencias». Y así irían a la «Cámara de las Almas», al lugar donde los condenados iban a ser atados con alambre de púas antes de la ejecución. ¡Qué horror! Yo mismo fui prisionero en la Butirka, y tuve que pasar por aquella espantosa sucesión de pesadillas.[67]

Melgunov se refería a su estancia en la misma prisión en la que, en febrero de 1917, cuando estalló la revolución, estaba recluido Feliks Dzierżyński. La Revolución de Febrero había liberado a Dzierżyński y la de Octubre metió en prisión a Melgunov. Y después le obligó a huir del país.

Sin embargo, las prisiones no fueron suficientes. Dado el creciente número de detenidos, parecía sencillo delimitar terrenos para albergar prisioneros de la misma forma que se había hecho para los soldados de los imperios centrales capturados durante la guerra. Y, en efecto, los primeros campos que se crearon en agosto de 1918 en Múrom y Arzamas ocupaban el lugar de antiguos campos de internamiento para prisioneros de guerra alemanes y austro-húngaros. A esta orientación pragmática –que no hay que minusvalorar– se sumaba un cierto germen de primitiva ingeniería social, que surgió en parte de las ambiciones totales del marxismo que suponía la base ideológica del bolchevismo y, en parte, de las innovaciones del

pensamiento penitenciario liberal, que creía en la redención del reo por el trabajo. Los campos se dividieron en «campos de concentración» y «campos correccionales de trabajo». Los «campos de concentración» estaban organizados por la Cheká y albergaban a detenidos por simple decisión administrativa, sin juicio, «rehenes» por ser familiares de algún reo, vivir en la misma zona o pertenecer a partidos «prohibidos» (todos menos los bolcheviques). Los «campos correccionales de trabajo» dependían del NKVD y los internos debían haber sido juzgados y cumplir una pena de reeducación por el trabajo. Con el tiempo, los campos crecieron y se diversificaron, y las diferencias desaparecieron en el caos administrativo de un sistema complejo e ingobernable.

La otra gran innovación de la Cheká fue la introducción de la categoría de «rehén», que era un instrumento preventivo –y no sólo punitivo a posteriori. Se podía retener a personas pertenecientes a categorías consideradas «peligrosas» para el régimen por el mero hecho de su profesión (por ejemplo, abogados y profesionales liberales en general), también por categorías sociales y económicas, como miembros de la nobleza, terratenientes agrarios o rentistas, o simplemente a personas consideradas «burguesas», oficiales del antiguo régimen o militantes de partidos ahora prohibidos.

Muy pronto se comenzó con la represión de aspectos en principio casi inocentes, pero que a lo largo del tiempo llegarían a ser predominantes, como los delitos de opinión, las burlas, la sátira. Por ejemplo, en marzo de 1919 un miembro de la Cheká regional de Tsaritsin halló en una habitación un retrato de Lenin rasgado. Tras la investigación, se dio con una mujer, una tal V. V. Pershikova, que era limpiadora en el edificio, y se la arrestó.[68] También se usaba la Cheká para la persecución de delitos comunes, borrando los límites entre la policía habitual y la secreta. Y también para perseguir comportamientos no adecuados a la norma moral o ética del momento, o que podrían ser considerados peligrosos para el régimen desde un punto de vista propagandístico. De este modo, Lenin mismo encargó a la Cheká investigar y, si fuera cierto, castigar duramente, a la Asamblea de

Campesinos Pobres de una aldea que, se decía, había «nacionalizado a las mujeres».[69]

En cualquier caso, analizando protocolos de los enjuiciamientos de los colegios locales y regionales de la Cheká, es evidente que, al menos en los primeros tiempos, muchos de los acusados quedaban libres o con multas.[70] La cosa cambiaría con rapidez. Por un lado, el avance alemán, el traslado de la capital a Moscú y el paulatino comienzo de la Guerra Civil hizo que los bolcheviques se sintieran rodeados de enemigos. Por otro, la rebelión de los socialrevolucionarios de izquierda, sus aliados, les hizo darse cuenta de que también en sus filas se escondía el peligro.

LA REBELIÓN DE LOS SOCIALREVOLUCIONARIOS

Las negociaciones con los SRI para que entraran en el Gobierno mostraron hasta qué punto la recién creada organización represiva era importante para los bolcheviques.[71] Las dos partes llegaron a un acuerdo en la noche del 9 al 10 [22-23] de diciembre de 1917. Los SRI plantearon varias condiciones: levantamiento del decreto de prohibición de la libertad de prensa, inclusión de otros partidos socialistas en el Gobierno y convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente. Y también la abolición de la Cheká. Aunque los bolcheviques cedieron en parte a las demandas acerca de la libertad de prensa –permitiendo la publicación de otros periódicos, pero sin revocar el decreto–, lo cierto es que se negaron en rotundo a desmantelar el recién creado organismo punitivo. Eso sí, permitieron a los SRI tener representantes en el Colegio de la Cheká para controlar que no se extralimitara en el uso del terror. Esto acabaría por ser de gran importancia unos meses después, durante el levantamiento de los SRI contra los bolcheviques, puesto que la Cheká de Moscú tendría un papel fundamental en la revuelta.

Como ya se ha dicho, en marzo de 1918, ante la amenaza de que los alemanes llegaran hasta Petrogrado, el Gobierno bolchevique en pleno huyó a Moscú. La central de la Cheká también lo hizo –aunque dejara una sucursal de gran importancia en Petrogrado, que actuó durante mucho

tiempo de manera casi autónoma. Nada más llegar a Moscú hubo una escaramuza con los anarquistas –entre los que había muchos delincuentes comunes– que supuso una de las primeras acciones de detención masiva de la Cheká. A partir de aquel momento, los chekistas se iban a ir enfrentando a un progresivo aumento de la violencia, en parte impulsado por su acción punitiva, pero también generado por la destrucción generalizada de los mecanismos del Estado de Derecho que venía incrementándose desde febrero de 1917.

El rápido crecimiento de los SRI (de aproximadamente 60.000 a 100.000 miembros entre abril y junio de 1918) se debió sobre todo a la política de reforma agraria que fue conducida por ellos e impuesta a Lenin. Su popularidad tradicional en el campo se reforzó con su clarísima apuesta por los campesinos, algo que serviría para extender el dominio del nuevo régimen. Su fuerza era tal que, incluso después de la persecución bolchevique tras los hechos de julio de 1918 a los que nos referiremos más abajo, Lenin y los suyos continuaron temiéndolos y considerándolos responsables de cada huelga obrera o revuelta en el campo.[72] La represión continuaría durante años, de tal modo que, por ejemplo, su líder, la legendaria terrorista Maria Spiridovna, estuvo en prisiones y campos hasta 1941, cuando fue fusilada.

Sin embargo, el gran acontecimiento que hizo que los bolcheviques se sintieran amenazados desde dentro fue el levantamiento de los SRI. La revuelta adoptó unas formas anticuadas, propias de la tradición de terrorismo individual de los SRI, de su incapacidad para comprender la magnitud de la violencia necesaria para hacerse con el poder en aquellas condiciones, algo que los bolcheviques sí conocían y apreciaban. La excusa de la revuelta, su origen declarado, está en la firma del Tratado de paz de Brest-Litovsk con Alemania, un acuerdo que los SRI rechazaron de plano. En realidad, hubo muchas más razones: ninguna de las dos fuerzas, bolcheviques y SRI, se sentía cómoda con una alianza que, cada vez, parecía menos favorable. Los SRI estaban al borde de la división, con una sección, liderada por Isaac Steinberg, su comisario del NKVD, que aún tenía ciertas esperanzas de participar en el Gobierno, y otra, encabezada por Maria

Spiridovna, que estaba dispuesta a romper con Lenin y los suyos. Esta escisión sólo se materializaría después de la revuelta.

Siguiendo la tradición terrorista, los SRI decidieron asesinar al embajador alemán, el conde Mirbach, para obligar al imperio a romper con los bolcheviques y denunciar el tratado. Parece que todo fue bastante apresurado. Los preparativos para el asesinato del conde Mirbach comenzaron en la noche del 4 al 5 de julio de 1918, justo después de la sesión de apertura del V Congreso de los Sóviets. En un ambiente cargado y tenso, los bolcheviques habían manipulado la elección de los delegados enviados al congreso. El crimen fue llevado a cabo por dos miembros de los SRI, Yakov Blumkin y Nikolái Andreyev, que eran también chekistas. Ambos se acercaron al conde Mirbach en un salón de la embajada de Alemania y lo abatieron. Al mismo tiempo, prácticamente todo el Comité Central de los SRI se había reunido en el cuartel general militar de la Cheká, donde había numerosas tropas dispuestas y dirigidas por un SRI, antiguo marinero de la flota del mar Negro, Dmitri Popov.

Feliks Dzierżyński había sido informado en la embajada de la identidad de los asesinos y de que estaban refugiados en la sede de la Cheká. Sin embargo, no imaginaba que los SRI se hubieran alzado y seguía pensando que se trataba de una venganza aislada. Cuando llegó allí con la intención de detener a los culpables del asesinato del embajador, Dzierżyński se enteró con estupor de la verdad y fue detenido y confinado en sus propias celdas.

Aunque, como hemos dicho, el levantamiento de los SRI era sobre todo una respuesta al Tratado de Brest-Litovsk y no había una verdadera conspiración, Lenin interpretó el asesinato de Mirbach como parte de un intento más amplio de los SRI para derrocar a su gobierno. Estaban en juego su control de la situación y la dirección de sus políticas, además de su tratado con los alemanes que le iba a permitir, estaba seguro de ello, continuar en el poder. Lenin decidió usar mano dura y convirtió a Trotski en su brazo ejecutor. Éste designó a unas unidades letonas, junto con otras mandadas por Nikolái Podvoiski, a quien vimos como principal impulsor del Comité Militar Revolucionario, para asaltar la sede de la Cheká

moscovita. Mientras tanto, otro chekista, Moiséi Uritski, junto con Piotr Zaslavski, secretario del Comité Bolchevique de Petrogrado, fueron enviados de inmediato a esa ciudad para evitar una posible extensión de la revuelta. Se cortaron las comunicaciones y se aisló Moscú. Por la tarde, en el vestíbulo del teatro Bolshoi, donde iba a tener lugar la sesión del Congreso de los Sóviets, los bolcheviques detuvieron a toda la fracción de los SRI, que no sabían nada del atentado organizado por su Comité Central.

Sin embargo, estaban faltos de tropas y el asalto a la Cheká sólo pudo comenzar al día siguiente, el 6 de julio a mediodía. Los bolcheviques usaron artillería en el ataque y, ante el bombardeo, los SRI y los miembros del Comité Central escaparon del edificio, dejando abandonado a Dzierżyński. Éste lo contaba así:

> Con cada nuevo disparo quedaban menos marineros en el patio, porque después de la destrucción del edificio del mando las granadas comenzaron a caer en la casa en la que estábamos. Organizamos una guardia a partir de los soldados finlandeses amigos y fuimos con ellos al taller. Al llegar, nos dirigimos a los soldados reunidos allí diciéndoles si no se avergonzaban de apoyar a los traidores a la revolución. Entonces Sablin saltó y, maldiciendo, comenzó a amenazarles, ordenándoles ocupar sus puestos. Los soldados que estaban en el taller nos dieron armas y bombas. Después de la destrucción de la casa en la que nos encontrábamos, los SR cogieron caballos y armas de fuego tomadas por soldados afines a nosotros y huyeron, diciendo que iban a la estación de Kursk.[73]

Dado que el asesinato de Mirbach no había sido pensado como un verdadero levantamiento, no había planes para lo que viniera después. Los bolcheviques utilizaron el momento para deshacerse de los SRI, deteniendo y ejecutando a varios de sus chekistas, expulsando a sus miembros del Comité Ejecutivo del Sóviet, y logrando la división de sus fuerzas. Pese a ello, los principales miembros del partido detenidos –incluida Spiridovna– fueron liberados al cabo de poco tiempo. Esto no detendría la persecución posterior que, alternando con períodos de tolerancia, deshizo al partido y afianzó al nuevo régimen como una dictadura monopartidista.

A mediados de julio de 1918, Feliks Dzierżyński concedió una entrevista a la revista *Novaya zizn (Nueva vida)*, una publicación dirigida por Maksim Gorki y que, por relacionarse con el partido menchevique –los socialistas moderados–, acabó por ser cerrada al poco tiempo. En esa conversación, Dzierżyński, por entonces presidente del Colegio de la Cheká, explicaba:

> defendemos el terrorismo organizado, esto debe ser admitido con franqueza. El terror es una necesidad absoluta en tiempos de revolución. Nuestro objetivo es luchar contra los enemigos del Gobierno soviético y del nuevo orden de vida. Juzgamos rápidamente. En la mayoría de los casos sólo pasa un día entre la aprehensión del criminal y su sentencia. Cuando se enfrentan con pruebas, los criminales confiesan en casi todos los casos; y ¿qué argumento puede tener mayor peso que la confesión del propio criminal?[74]

Aunque esto muestra cómo el terror estaba entre el abanico de herramientas de la Cheká desde el principio, fue la rebelión de los SRI la que sumió a los bolcheviques en un estado de paranoia. El propio Dzierżyński renunció a su cargo durante unas semanas como consecuencia de su autoasumido fracaso, al no haber sabido reconocer la amenaza. De hecho, al parecer se quejó de que los SRI no le hubieran fusilado «porque habría sido útil a la revolución».[75] De este modo, es comprensible que los dos atentados de agosto de 1918 desataran una ola de violencia sin precedentes.[76] A esto, desde el principio, los propios bolcheviques lo llamaron el «Terror Rojo», enlazando con la Revolución francesa, que se había convertido en una referencia histórica fundamental para ellos.[77]

Los dos atentados a los que nos referimos fueron el ataque a Lenin en Moscú, que le dejaría graves secuelas, y el que acabó con la vida de Moiséi Uritski, el jefe de la Cheká de Petrogrado. Ambos hechos tuvieron lugar el 30 de agosto de 1918, el de Uritski por la mañana y el de Lenin por la tarde. No parece que hubiera nada en común entre ellos: a Lenin le disparó una anarquista, Fanni Kaplán, y a Uritski un cadete militar en venganza por la ejecución de un compañero. Pero hay una evidente implicación de la Cheká en todo esto: por un lado, el hecho de que Dzierżyński fuera a Moscú supuso que la defensa personal de Lenin quedara debilitada. La Cheká, y

sobre todo personalmente Dzierżyński, se ocupaban de protegerlo. Y, por supuesto, Uritski era el jefe de una de las chekas locales más potentes.

Estos dos actos de violencia contra los bolcheviques dieron pie a una respuesta radical.[78] Casi de inmediato, el 3 de septiembre, unos quinientos rehenes «burgueses» fueron ejecutados en Petrogrado. Dos días más tarde, el Sovnarkom promulgó una resolución que tenía como cometido desplegar una violencia sistemática y «planificada». Merece la pena leer la resolución entera:

> El Consejo de Comisarios del Pueblo, después de escuchar el informe del presidente de la Comisión Extraordinaria Panrusa de Lucha contra la Contrarrevolución, la Especulación y los Crímenes de Posición sobre las actividades de la Comisión, encuentra que, ante la situación actual, es necesario asegurar la retaguardia por medio del terror. Para fortalecer la actividad de la Comisión Extraordinaria Panrusa de Lucha contra la Contrarrevolución, la Especulación y los Crímenes de Posición y hacerla más planificada es necesario enviar a ella tantos camaradas responsables del partido como sea posible; es necesario también defender a la República Soviética de los enemigos de clase, aislándolos en campos de concentración, y serán ejecutados todos aquellos que estén relacionados con la Guardia Blanca.[79]

La base de la represión –usada pragmáticamente para afianzar el poder– se convertía así en legal. Con independencia de los cambios en las leyes y de los nuevos marcos de represión, la justificación del aislamiento y la eliminación del contrario por la violencia masiva se convertirían en rasgos cualitativos del sistema. Los poderes concedidos a la Cheká desde este momento fueron utilizados para afianzar un elemento institucional de enorme fuerza y extensión que seguiría –con transformaciones importantes– hasta la caída del socialismo.[80] Y aunque los chekistas intentaran presentar su violencia como mera respuesta defensiva, o reducirla a la dimensión habitual de la acción punitiva de cualquier Estado, lo cierto es que no se trató de una represión meramente negativa –evitar la acción de los opositores–, sino que iba mucho más allá. En una entrevista, Peters decía lo siguiente:

> A pesar del rumor popular, no estoy tan sediento de sangre como se supone. Todo lo que ha sucedido es que unos pocos revolucionarios exaltados perdieron la cabeza y mostraron

demasiado celo. En cuanto a Petrogrado, no se produjeron tiroteos antes del asesinato de Uritski, aunque ha habido muchos desde entonces, y algunas veces han sido indiscriminados; y por lo que respecta a Moscú, su única respuesta al intento contra Lenin ha sido la ejecución de unos pocos antiguos ministros monárquicos.[81]

Sin embargo, terminaba afirmando:

Me gustaría decir que todos los esfuerzos de la burguesía rusa por levantar la cabeza nuevamente recibirán tal rechazo, tal castigo, que incluso harán palidecer al Terror Rojo.

La violencia del Terror Rojo, pues, era amenaza y era defensa, y tenía, entre otras, la misión de salvar la revolución. Pero el terror también incluía un elemento de caos, de inseguridad, de indecisión. Ante el creciente número de ejecuciones, no eran infrecuentes los errores, los abusos, las torturas psicológicas. Melgunov cuenta cómo

también había miles de cautivos sobre cuyas cabezas el Terror Rojo mantenía la espada de Damocles tan larga y tan constantemente suspendida que al final se negaban incluso a abandonar sus celdas si les decía que iban a ser liberados, ya que el anuncio les parecía una trampa para inducirlos a ir mansamente a la ejecución; en otros casos, los presos que habían abandonado sus celdas en la creencia de que iban a ser liberados y habían recibido las felicitaciones de sus compañeros prisioneros, unos días después estarían entre los fusilados o habrían recibido un disparo sin que sus nombres hubieran sido publicados en absoluto.[82]

La Cheká solía conducir a sus reos en camiones y automóviles a las afueras de la ciudad, donde eran fusilados. Algo más tarde comenzaron a ejecutarlos en los sótanos de la Lubianka, la Butirka y otras prisiones. Durante unos meses, la Cheká –que en las provincias había sido liberada de toda responsabilidad ante el centro en el ejercicio de su labor represora– se lanzó a una casi histérica tarea de toma de rehenes y ejecuciones que causó numerosas víctimas. Para el período desde el 30 de agosto de 1918 hasta el final del año las estimaciones del número total de víctimas varían entre 8.000 (Ilia Ratkovski) y 15.000 (Nicolas Werth).[83] La mayoría de los objetivos del terror eran antiguos funcionarios y representantes del régimen zarista. Pero el período del Terror Rojo enlazó directamente con la Guerra

Civil, de modo que es difícil decir cuándo se superó aquél y comenzó la otra. Durante la guerra, los bolcheviques tuvieron que enfrentarse a un tipo de terror aparentemente similar, el llamado Terror Blanco. Éste fue, sin embargo, mucho más pluralizado: dependía de cada uno de los innumerables ejércitos, formaciones, guerrillas y movimientos que, a lo largo del gigantesco territorio del imperio, se enfrentaban los unos a los otros y contra los bolcheviques. Hubo desde pogromos antisemitas, que surgían de odios tradicionales en las aldeas o que eran azuzados por los ejércitos –de ambos bandos– para ganarse a la población, hasta operaciones militares planificadas para limpiar territorios que, en algunos casos, predecían las operaciones de contrainsurgencia que se harían habituales en todo conflicto a partir de entonces. La brutalidad y el salvajismo de buena parte de esta violencia no le iba a la zaga a la practicada por los bolcheviques.

En un informe presentado por la Cruz Roja en 1920 podemos leer detalles sobre las primeras masacres en Ucrania:

> Kiev, que era una de las ciudades rusas del sur más ricas y prósperas antes de la revolución, ha pasado de mano en mano varias veces en los últimos dos años y ha sido escenario de una sangrienta guerra civil. A veces se expresaba en feroces batallas callejeras, a veces en feroces pogromos, cuando los rojos exterminaban sin piedad a sus enemigos, desarmados, sin esperar un ataque. Así, en febrero de 1918, en apenas unos días, los bolcheviques asesinaron en Kiev a más de dos mil oficiales rusos, y en febrero de 1919 comenzó sus acciones una denominada Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje, que se dedica a la destrucción sistemática del enemigo.
>
> Esta peculiar institución, que en parte repite la inquisición medieval, supone el apoyo político del Gobierno soviético. La ausencia total de cualquier tipo de conceptos legales, sin ni siquiera una sombra del Estado de Derecho, la impunidad de los torturadores, la crueldad y el sadismo sobre las víctimas indefensas, son las principales características de la Comisión Extraordinaria, que normalmente se abrevia como Cheká.
>
> Antes de que los bolcheviques ocuparan Kiev en febrero de 1919, [Simon] Petliura reinó en la ciudad durante dos meses. El líder de los nacionalistas de Ucrania permitió el robo, la violencia y el asesinato. También perpetró ejecuciones, pero fueron hechas de forma sigilosa, furtivamente. Si se encontraban en la calle con un oficial ruso o, en general, con una persona de aspecto y edad similares a la de un oficial, se les conducía a un barranco, eran fusilados e inmediatamente arrojados a él.[84]

A menudo se han explicado el Terror Rojo y el Terror Blanco como violencias provenientes desde arriba, impulsadas por motivos ideológicos y por necesidades bélicas, introducidas desde fuera por los ejércitos que ocupaban el terreno una y otra vez, tras ser expulsados por los enemigos y regresar con aún mayor violencia. Hay quien opina que los blancos usaron el terror para vengarse de los revolucionarios y conseguir la recuperación de sus privilegios y propiedades, al tiempo que los bolcheviques se habrían visto en la necesidad de combatir la contrarrevolución. Otros atribuyen el recurso al terror por parte de los bolcheviques a su debilidad y a su necesidad de compensar la escasez de apoyo popular. Para ellos, la estabilización bolchevique dependió de la coerción absoluta, sin freno, sobre todo basada en el uso de la Cheká. Junto a estas visiones que podemos denominar «pragmáticas» hay otras que se centran en el elemento ideológico: el terror bolchevique provenía de su basamento utópico, de la idea de conseguir un mundo nuevo, transformado, que quedara limpio del pasado. Esto, que puede reconocerse en el estalinismo posterior, no resulta, como hipótesis, demasiado convincente para este momento. Es cierto que se practicó la «limpieza ideológica» en determinadas regiones durante el juego de conquista y reconquista llevado a cabo por los múltiples ejércitos y bandas armadas que recorrieron los territorios. El Terror Blanco, que no tenía unas implicaciones ideológicas claras –por la indefinición del propio movimiento, más allá de un retorno al pasado– practicó en algunas zonas verdaderas limpiezas de oponentes ideológicos más allá de los arrebatos incontrolados de venganza. Todas estas visiones de ambos terrores tienen un vínculo: el Terror Rojo y el Terror Blanco estarían dirigidos y ejecutados desde arriba.

Hoy día se tiende a ver de forma mucho más compleja y matizada estas violencias.[85] En primer lugar, porque el contexto de la Primera Guerra Mundial en el que surgió la Revolución y se desarrolló la Guerra Civil rusa implicó también la existencia de poderosas continuidades entre las prácticas violentas de ambos conflictos. La desmoralización de la guerra y del caos institucional desde la Revolución de Febrero se unieron a la experiencia de violencia bélica de muchos excombatientes, lo que incrementó sin duda la

densidad de la brutalidad cívica. Probablemente, los traumas y daños psicológicos de muchos campesinos que se habían convertido en soldados que volvían al pueblo tuvieron también un papel importante en la extensión de la violencia –quizá más que la tradicional falta de escrúpulos del campesinado ante el derramamiento de sangre que, según algunos autores, habría sido primordial para explicar la saña y el sadismo de algunas respuestas violentas durante la guerra. En definitiva: en la Guerra Civil rusa se desplegaron fenómenos que también se estaban dando en otros lugares del continente, violencias por parte de exsoldados o todavía soldados, como por ejemplo los Freikorps alemanes, que acabarían por fusionarse con movimientos sociales y políticos muy diversos de exaltación de la violencia como arma social y política. Otro rasgo más que enlaza al fascismo y el bolchevismo.

Se suele considerar que el Terror Blanco estaba menos «planificado» que el bolchevique; según la visión tradicional –desde el propio Serguéi Melgunov–, los crímenes de los blancos serían «respuestas a los rojos», incluso se los vería como «surgidos del pueblo». El Terror Blanco es un término ambiguo que incluye fenómenos que tienen lugar bajo varias banderas y grupos que lo único que compartían era que se enfrentaban a los bolcheviques: la violencia de los «finlandeses blancos», de la Legión checoslovaca y de ejércitos invasores como los polacos y los alemanes.

Por su parte, la historiografía soviética –y mucha de la rusa actual– veía el Terror Rojo como una respuesta a la situación de acoso y derribo en que se encontraban los bolcheviques. Esta descripción remite a la de los dos terrores de la Guerra Civil española de 1936: en ésta, los crímenes del bando republicano se han visto como «menos sistemáticos», «caóticos», «improvisados», «surgidos de la rabia popular», mientras que los del bando rebelde franquista se contemplan como «sistemáticos» y con la intención manifiesta de eliminar por completo al adversario ideológico.

En cualquier caso, y más allá de la brutalidad de los ejércitos blancos y del resto de las partes contendientes en la Guerra Civil, lo cierto es que la violencia bolchevique tuvo su raíz en el propio golpe de Octubre, que Lenin estaba dispuesto a utilizarla y que los bolcheviques encontraron en la figura

de Dzierżyński un perfecto planificador de estrategias de violencia y represión para ayudarle (a él y a Trotski, que dirigió el Ejército Rojo) a ganar una guerra.

Durante la Guerra Civil, la Cheká estableció numerosos campos de concentración que iban a servir para detener y aislar enemigos potenciales y delincuentes habituales. Sin embargo, la entidad de la resistencia al proyecto bolchevique hizo que el grueso de los detenidos estuviera formado por decenas de miles de participantes en alguno de los muchos grupos y ejércitos insurrectos contra Lenin y los suyos, como, por ejemplo, los campos desplegados en 1921, tras el aplastamiento de la revuelta campesina de Tambov, uno de los mayores retos para los bolcheviques. Se estima que desde 1918 hasta 1921 varios cientos de miles de personas fueron enviadas por períodos de tiempo más o menos largos a un campo de concentración.[86] Esto implicó el comienzo de una tecnología carcelaria que acabó convertida en el Gulag.

La mayor masacre cometida por la Cheká durante la guerra fue, por lo que parece, la eliminación de decenas de miles de civiles en Crimea a finales de 1920. Se trataba de quienes habían seguido hasta allí a las últimas fuerzas de los ejércitos blancos dirigidos por el barón Piotr Wrangel, pero no pudieron ser evacuados.[87]

Por supuesto, las violencias de la Guerra Civil no fueron sólo –ni sobre todo– obra de la Cheká. Sus «destacamentos especiales», verdaderas fuerzas armadas, colaboraban en primer lugar con el Ejército Rojo, pero aparte de ellos, también existieron las tropas de defensa interna de la República (V*oiska Vnutrennei Ojrany Respubliki*, VOJR), los destacamentos especiales (*Chasti Osobogo Naznacheniya*, CHON) y las brigadas de suministro de alimentos *(prodotryady)*, elementos esenciales de la política llamada de «comunismo de guerra» (la requisición de alimentos a los campesinos para destinarlos a las ciudades).[88] La población también es un elemento a tener en cuenta a la hora de analizar la violencia. Hubo un clarísimo apoyo a la violencia bolchevique de campesinos pobres y elementos marginales de la sociedad rural, llevados por el rencor hacia otros convecinos. Los pogromos antisemitas organizados durante la Guerra Civil

por blancos, rojos y nacionalistas ucranianos solían recibir el apoyo de la población local no judía.

En definitiva: a lo largo de la Guerra Civil los bolcheviques lograron tanto control a través de la Cheká que acabaron utilizándola como herramienta de gobierno, construyendo un sistema de represión que mantuvo a la población atada a su recién creado Estado. Por supuesto, no fue lo único que les permitió ganar la guerra: más allá de los errores de los blancos, los bolcheviques supieron mantener la movilización del Ejército Rojo gracias a una organización efectiva y un control draconiano que impidió la deserción masiva. Por otro lado, a la represión aunaron su capacidad de proporcionar suficientes suministros a las áreas más decisivas cuando era más necesario, lo que permitió que parte de la población mantuviera una lealtad interesada, pero sólida. Eso sí, sin perder nunca de vista sus capacidades represivas que estaban a veces por encima de los propios deseos del Estado, como demuestra lo sucedido en enero de 1920, cuando el peligro de contrarrevolución parecía remitir y el Gobierno bolchevique abolió la pena de muerte, aunque manteniéndola todavía para las regiones que estaban en disputa con los blancos y donde se estaban llevando a cabo operaciones militares. Para poder continuar con sus ejecuciones, el mando de la Cheká dispuso que los prisioneros a liquidar fueran transferidos a zonas de guerra para poder burlar la normativa y fusilarlos pese a la orden.[89]

Cuando en 1921 terminó por fin la guerra, y los bolcheviques controlaron por completo el territorio, la función de la Cheká como espada y escudo de la revolución debería haber quedado superada y la organización desarticulada. Pero no fue así. Los cambios dentro de la policía secreta y la reconstrucción de su función al comienzo de la Nueva Política Económica (NEP) sellaron y cristalizaron su papel en el sistema soviético. No olvidemos que la Cheká fue designada como un organismo «extraordinario», «provisional». Tras el final de la guerra y la estabilización de la revolución debería haber desaparecido. Sin embargo, las instituciones sucesoras (el GPU, luego OGPU) fueron capaces de conservar, e incluso de incrementar en algún aspecto los poderes que había disfrutado la Cheká de Dzierżyński

durante los violentos años de la Guerra Civil. Esto no tenía por qué haber ocurrido. Que el sistema resultante del alzamiento bolchevique asumiera como natural el hecho de la necesidad de una policía política en tiempos de paz no estaba predeterminado. Obedeció a una serie de circunstancias muy diversas a las que no son ajenas la propia construcción del sistema del Gulag y la estalinización progresiva del partido y el Estado.

4

Ingeniería social y terror

En 1921 el X Congreso del Partido Comunista soviético acordó adoptar la llamada Nueva Política Económica (NEP). Esto significaba salir del caos que las nacionalizaciones arbitrarias habían causado en las ciudades y que las duras requisiciones habían producido en el campo. Significaba salir del comunismo de guerra e iniciar la reconstrucción de la economía, levantando progresivamente las limitaciones al comercio y la industria. Era una retirada reluctante, a regañadientes, temiendo que aquello acabara con la revolución. Es cierto que los propios bolcheviques no tenían nada claro qué era lo que se podía considerar como socialismo. Podían haber alzado sus ojos a las ideas de la socialdemocracia que se había empezado a aplicar en algunos países, en el Estado del Bienestar incipiente de Alemania o Suecia (aunque el gran impulso comenzaría después de la crisis de 1929 cuando ya el estalinismo había elegido el camino de la industria pesada y la estatalización sin medida). Pero, de momento, se conformaron con reintroducir algunos aspectos de la economía de mercado, manteniendo sin embargo un pleno control estatal de la distribución y de las finanzas.

DE LA NEP AL DOMINIO DE STALIN

En 1924 Nikolái Bujarin, principal ideólogo económico y arquitecto de la NEP, escribió a Dzierżyński diciendo:

> En mi opinión, deberíamos proceder más rápidamente a una forma más «liberal» de poder soviético, con menos represión, más legalidad, más debate, más poder local (bajo la dirección del

Partido, por supuesto), etcétera. Por eso a veces estoy en contra de las proposiciones destinadas a ampliar las prerrogativas del OGPU.[90]

El intento liberalizador de la economía también llevaba aparejada una necesaria transformación de las políticas de seguridad y de la policía secreta. En primer lugar, había que reducir su número. Si al principio de 1919 la Cheká contaba con unos 37.000 funcionarios entre civiles y militares, a la altura de 1921 y la introducción de la NEP las fuerzas de la Cheká llegaron a alcanzar las 260.000 personas: dos tercios en unidades armadas (unidades especiales, guardias fronterizos y batallones de transporte) y aproximadamente un tercio como funcionarios civiles.[91]

En febrero de 1922, por una resolución del Comité Ejecutivo Central Panruso se decidió suprimir la Cheká y sustituirla en el cumplimiento de sus tareas por el Departamento Político del Estado (*Gosudárstvennoye politícheskoye Upravléniye*, GPU). Al contrario que la Cheká, el GPU estaba sometido al Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD) de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR). Es decir, era una instancia del Ministerio del Interior, lo que lo diferenciaba de la Cheká, que sólo respondía –en principio– ante el Consejo de Comisarios del Pueblo, es decir, el Gobierno.

De acuerdo con el decreto del Comité Ejecutivo, el GPU podría hacer búsquedas y detenciones, pero, a diferencia de la Cheká, debía estar sometido a la justicia ordinaria. Las principales tareas del GPU bajo el NKVD de la RSFSR eran similares: luchar contra la contrarrevolución y el bandolerismo; combatir el espionaje; proteger el ferrocarril, las vías fluviales y las fronteras de la RSFSR, y luchar contra el contrabando. Sin embargo, los conflictos propios de la primera mitad de los años veinte provocaron la necesidad de potenciar los derechos extrajudiciales del GPU con respecto a la oposición considerada antisoviética, delincuentes comunes, espías, falsificadores y «algunas otras categorías de delincuentes». El GPU pronto recuperaría muchas de las facultades represivas anteriores.

Básicamente, la estructura del GPU no difería de la estructura de la Cheká. En agosto de 1922 se organizó la Unidad de Contrainteligencia (KRO) del GPU, lo que hacía hincapié en una de las funciones que iban a crecer con el tiempo y que sería muy importante durante los años veinte y treinta: al espionaje se le añadía la represión de enemigos en el exterior que, a lo largo de los años, acabaría con secuestros y asesinatos a lo largo de toda Europa. En ellos, aparte del GPU, participarían los servicios secretos del Ejército y de la Marina y, en especial, el servicio secreto de la Internacional Comunista (Komintern), el OMS (Departamento de Relaciones Exteriores).[92]

Cuando el 30 de diciembre de 1922 se creó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) como Estado federal, se formó sobre la base del GPU un Departamento Político Unificado del Estado (OGPU), que seguiría bajo el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la URSS (NKVD) y manteniendo las mismas funciones que el GPU. La agencia se dividía en varios departamentos que incluían una parte económica de especial interés. Ésta era responsable de la distribución de los pertrechos, del suministro de uniformes y del pago de salarios a los empleados del OGPU. Tenía sus propios almacenes, tiendas, cooperativas, sastrería y talleres de zapatería. La parte económica del OGPU vendía productos de elaboración propia al Departamento de Suministros del Distrito Militar de Moscú para recaudar fondos y garantizar la autosostenibilidad de la agencia. Las finanzas fueron uno de los grandes problemas del OGPU: las grandes requisiciones de los tiempos de la Cheká ya no eran posibles y había que buscar una fórmula mejor.

Hay que hacer un inciso: la Cheká, pero especialmente el OGPU, debía competir con el NKVD y con el Comisariado Popular de Justicia (NKIu). Es decir, no eran las únicas instancias encargadas de la represión. Años después, en 1930, el OGPU se haría con el predominio y absorbería, por un tiempo, parte de las funciones del NKVD.[93] Esto muestra cómo la paranoia del régimen, su miedo a la contrarrevolución y a la resistencia contra el sistema, impulsó a la policía política a ir más allá de los medios normales de represión. A mediados de los años veinte, las ejecuciones ordenadas por el NKVD –que no incluía las del OGPU– no pasaban de unas seiscientas al

año. Tras 1929, la riada de muertes se incrementaría de tal modo que hasta ese número de ejecuciones –no desdeñable para la época en el resto de Europa– pareció pequeño en comparación.

Más allá de la propia función represiva, la Cheká y, en mayor medida, el GPU asumieron también una creciente función de vigilancia enfocada a la recogida de información para los líderes.[94] Es decir, además de la persecución del crimen político, el régimen necesitaba de canales para poder entender qué estaba pasando en el país. Dado que el sistema suprimía toda información independiente y alternativa, la única opción era utilizar las redes de la Cheká –y, más adelante, de las demás agencias. Los informes de las unidades especiales, que se entregaban a los principales líderes del Partido Bolchevique, se convirtieron en la fuente de información más coherente y fidedigna. La información era extremadamente confidencial, lo que hacía a quienes controlaban la policía política ser, con toda seguridad, los únicos dirigentes que sabían de verdad el estado del país. No es pues de extrañar que los jefes de las agencias de policía secreta fueran quienes, más de una vez, iniciaran procesos de reformas del sistema, como Lavrenti Beria o Yuri Andrópov.

En marzo de 1921, el Gobierno estableció un «sistema global de información concerniente al Estado» que, entre otras cosas, obligaba a las organizaciones locales de partidos y a los sóviets a ayudar a la policía política con datos sobre la situación de la población. Surgió así una cultura de la información que sobrevivió hasta el final del sistema. Regularmente, una vez a la semana en tiempos de estabilidad y todos los días durante las crisis, las chekas de distrito enviaban información detallada. Esto se hacía a través de un cuestionario estándar que incluía datos acerca de la situación económica, reacciones de la población, la oposición al régimen, rumores, renuencias, exámenes de las políticas concretas. Se mandaban resúmenes de la información al departamento central de Moscú y éste elaboraba a su vez un informe que se ponía a disposición del primer mandatario (Lenin y luego Iósif Stalin) y de los treinta principales dirigentes de la URSS.[95] El Estado de vigilancia es esencial para entender los antecedentes del estalinismo.

A mediados de la década de 1920, la Dirección Operativa Secreta *(Sekretno-operativnoie upravlenie)* era la división más importante del OGPU –si descontamos las militares y los guardias de fronteras. Estaba compuesta por 19.000 funcionarios pagados con cargo al presupuesto (es decir, esta cifra no incluía a los que estaban financiados con fondos reservados). La distribución del personal era muy desigual y no alcanzaba por igual a todo el territorio de la URSS. Moscú reunía a más de una quinta parte del personal civil, seguida por Ucrania. El Departamento del Este, que comprendía vastos territorios como Transcaucasia, el Cáucaso Norte, Asia Central, Siberia y el Extremo Oriente soviético, tenía más de un tercio del personal civil del OGPU, es decir, casi 8.000 funcionarios. La tarea era descomunal: el OGPU, como antes la Cheká, cubría miles de kilómetros, a menudo magros de población, custodiaba líneas de ferrocarril interminables, fronteras marítimas y terrestres sin límite. Si en las grandes ciudades la acción policial parecía efectiva y real, en las regiones y el campo los efectivos del OGPU parecían estar en una extraña guerra de guerrillas en la que no se sabía bien de dónde provendría la amenaza.[96]

Si contemplamos algunas cifras de las represiones que llevó a cabo el OGPU hasta el comienzo del Primer Plan Quinquenal vemos cómo, pese a la reducción de acciones extrajudiciales en relación a los tiempos de la Guerra Civil, la violencia se mantuvo en niveles importantes: Vasili Petrovich Popov calculó que el número de personas condenadas en 1925 ascendió a 16.000, de las cuales 2.433 fueron condenadas a muerte, 6.851 enviadas a un campo o prisión y 6.274 fueron desterradas, mientras que en 1927, de 26.000 personas, 2.363 fueron condenadas a muerte, 12.267 enviadas a un campo o prisión y 11.235 desterradas.[97]

LA MUERTE DE DZIERŻYŃSKI

Poco antes de morir, Feliks Edmúndovich Dzierżyński escribió:

> Si no encontramos la política correcta y la pauta a seguir, nuestra oposición crecerá y el país hallará a su dictador, el sepulturero de la Revolución, independientemente de las bellas plumas de

su traje... Casi todos los dictadores de hoy, Mussolini, Piłsudski, son antiguos rojos.[98]

Aunque pudiera parecerlo, Dzierżyński no se estaba refiriendo a Iósif Stalin, sino que tenía en mente especialmente a Lev Trotski, pero también a Gueorgui Piatakov, Nikolái Bujarin y otras grandes figuras del partido, personajes de brillo y prestigio, aparentemente mucho más poderosos por entonces que el georgiano. El «Termidor» al que había llegado la revolución, la época de la retirada de las políticas económicas y sociales más radicales y de parte de la violencia más cruda, implicaba, siguiendo la analogía con la Revolución francesa a la que recurrían los bolcheviques a menudo, que tendría que llegar un «Napoleón». Dzierżyński temía que Trotski o alguien similar se convirtiera en dictador tras la muerte de Lenin, asumiendo todo el poder del Estado. Al final, el nuevo Napoleón sería Stalin, alguien que se había ganado su fuerza dentro del partido, lo que, dada la confusión del sistema bolchevique entre partido y Estado, lo hacía virtualmente y de inmediato el amo y señor de la estructura política que daba sentido a todo el constructo. Y Stalin, aunque de modo distinto a lo esperado por Dzierżyński, se convirtió en el verdadero dictador. La Cheká, tal y como la diseñó Dzierżyński, a medias improvisando, a medias planificando, acabó por convertirse en la pieza fundamental, en la raíz y espina dorsal de lo que luego sería conocido como «estalinismo». El subsistema que constituía la policía secreta en el interior del socialismo soviético conectaba a la perfección con todo lo que suponía su especificidad como organización social.

En efecto, a partir de 1929 y, sobre todo, tras 1937 el estalinismo constituyó una desviación específica de la modernidad en la que el uso de la ingeniería social fue masivo e indiscriminado. Pero Dzierżyński ya había hecho también uso de desplazamientos masivos, de coerción y de fuerza para asegurar la distribución de comida, había construido orfanatos que tenían funciones de higiene social, había utilizado la violencia como medio «pedagógico» para dirigir la sociedad (tanto para que funcionaran correctamente las instituciones y los servicios públicos como para que se erradicara la corrupción).[99] Es decir, algunos aspectos considerados

«típicos» del estalinismo fueron introducidos mucho antes por Dzierżyński bajo la supervisión y el concurso de Lenin.[100] Ya hemos hablado de los campos de concentración, que crecerían de forma desmesurada durante la época de Stalin, pero que ya existían con Lenin. Pero hubo otros instrumentos, como los juicios teatralizados, la serie de farsas judiciales que se harían famosas con los procesos de Moscú en los primeros años treinta, pero que comenzarían con los juicios a los mencheviques mucho antes y luego continuarían con los procesos a los ingenieros durante la NEP. Y también fue Dzierżyński el que introdujo la vigilancia sistemática de la población y el uso extensivo de los confidentes, algo que, sobre todo a partir del final de la Guerra Civil, evolucionaría y crecería a gran escala.

Dzierżyński murió durante uno de los plenos del partido, el 20 de julio de 1926. Después de un debate acalorado, tuvo un ataque al corazón, se retiró a un despacho cercano y se tumbó. Aunque llamaron al médico, falleció allí mismo.[101] El día de su muerte, durante una discusión acerca de los problemas del comercio, al que él se había dedicado durante unos años y en el que había sido sustituido por otro viejo bolchevique, Lev Kámenev, exclamó:

> Yo no me engaño a mí mismo, camarada Kámenev, nunca. Y por eso me queréis todos, porque confiáis en mí. Yo nunca oculto mi alma; si veo que hay algo que está mal, me lanzo con todas mis fuerzas a arreglarlo.[102]

LA TORMENTA DEL PRIMER PLAN QUINQUENAL

El entierro de Dzierżyński fue uno de los últimos momentos donde se pudo ver a los vencedores de la Revolución de Octubre aún juntos. Las fotografías en la prensa de la época muestran a Trotski y Stalin llevando el ataúd del creador de la Cheká. Para entonces, como hemos narrado, ésta había sido sustituida por un aparato no menos represivo, pero más burocrático y previsible. Tras la muerte de Dzierżyński ocupó su puesto otro polaco, Wiaczesław Mienżynski, que había sido su vicepresidente y jugó un papel importante en los últimos años, cuando Dzierżyński estaba

muy atareado con su otro cargo de comisario de comercio. Sin embargo, Mienżynski estaba enfermo y, dado su delicado estado de salud, poco a poco el liderazgo real lo llevó su asistente, Guénrij Yagoda. Tras el fallecimiento de Mienżynski, Yagoda acabaría asumiendo en julio de 1934 la primera presidencia del nuevo NKVD, que asumiría la gestión de la policía secreta en todos sus ámbitos durante la época del Gran Terror.

A la altura de 1926, la tarea de control sobre el inmenso país se revelaba complicada, inabarcable incluso, y se convirtió en imposible desde el mismo momento que comenzó el llamado Primer Plan Quinquenal. El plan, aprobado en 1929 pero con fecha retroactiva de 1928, pretendía impulsar la modernización de la economía soviética a través de dos ejes principales: una industrialización acelerada y una colectivización forzosa de la agricultura. Se utilizaron gigantescos recursos humanos y materiales a medias entre la coerción más absoluta (se empleó toda la fuerza de las tropas militares y civiles del OGPU) y la movilización de masas entusiastas, formadas sobre todo por jóvenes, que creían encontrarse al comienzo de un nuevo mundo.

El final de los debates en torno a la dirección que debía tomar el país, con la destrucción política de los trotskistas –y la aceptación por Stalin de buena parte de su programa–, había conducido a una transformación radical de la economía y la sociedad. A partir de 1929 se introdujeron los planes quinquenales que, además de suponer el primer intento en la historia de planificar *totalmente* una economía muy compleja, impulsaron la industrialización acelerada y enfocada hacia la construcción de una gran potencia militar. La economía se centró claramente en la producción de energía y de metal, en las grandes obras públicas y en la agricultura extensiva y mecanizada.

La nueva economía supuso graves sufrimientos humanos. En especial, la colectivización forzosa de la agricultura produjo enormes cataclismos y fue responsable de una gran hambruna en Ucrania y el sur de Rusia durante los años 1931 a 1933 que causó millones de muertos.[103] El cruce de la resistencia encarnizada, sobre todo en el campo, con la presión violenta desde arriba condujeron a lo que Gábor Rittersporn ha llamado «una guerra

civil virtual».[104] Durante el «Gran Giro» (*Velikii Perelom*), el Estado había arrebatado a buena parte del campesinado las tierras que la Revolución de Octubre les había concedido –o que les pertenecían de antes– y les había forzado a entrar en grandes empresas colectivas a las que, además, debían aportar su inventario de herramientas y animales. Esto sólo se pudo llevar a cabo a través de una violencia que, como se ha dicho, asumió caracteres de guerra civil.[105] La industrialización acelerada implicó también gigantescos movimientos de población, desastres ecológicos y el establecimiento de un sistema de producción que, aunque intensivo, a medio plazo resultaba ineficaz y derrochador de recursos.

Incluso antes del comienzo oficial de la colectivización forzada la policía secreta ya había arrestado a casi 100.000 *kuláks* (el apelativo para los agricultores que poseían alguna tierra y sinónimo de «campesino rico»), pero tras el comienzo de la colectivización las represiones aumentaron considerablemente. La actitud del régimen soviético hacia el campesinado había evolucionado desde la acomodación a principios de la década de 1920 hasta una guerra a gran escala contra los campesinos hacia el final de la misma década. El 27 de diciembre de 1929, Stalin pronunció un discurso en el que se oponía a la integración de los *kuláks* en los nuevos *koljós* (granjas colectivas y cooperativas) y llamaba a su «liquidación como clase». No dejó claro lo que significaba ésta, pero un mes después, el 30 de enero de 1930, una directiva del Politburó enumeraba las medidas para hacerlo. El procedimiento partía de la distribución en tres categorías de los campesinos considerados como *kuláks*.[106]

La primera categoría era la de los llamados «*kuláks* contrarrevolucionarios», que incluía a quienes se habían opuesto de alguna forma a la colectivización. Unas 60.000 personas debían ser enviadas a campos de concentración y, en caso de resistencia, se concedía permiso al OGPU para ejecutarlas. La segunda categoría, que debía ser decidida por el Sóviet del distrito basándose en los informes de los «comités de campesinos pobres» de las aldeas, implicaba deportar a los *kuláks* medios y ricos a lugares desérticos o inhabitados del norte, Siberia, los Urales y Kazajistán, lo que afectó a un total de 150.000 familias. Se les deportó en convoyes

ferroviarios, controlados por el aparato del OGPU. La última categoría implicaba reubicar en zonas de la misma región, pero con tierras de mala calidad, a un número indeterminado de personas (que debió de alcanzar a más de 800.000 familias). Se les confiscaron en parte sus bienes y se les obligó a realizar trabajos forzados en labores públicas bajo el control de los sóviets locales.

La policía política fue el agente principal en cada etapa de «deskulakización», aun cuando las necesidades de personal hicieron que se utilizaran miles de miembros del partido, «activistas», «jóvenes comunistas» y miembros de los sindicatos, que formaron «brigadas de deskulakización». Durante estas operaciones masivas se arrestó a 400.000 personas y unos dos millones fueron deportadas sólo en el período de 1930 a 1931. Se utilizó a 25.000 funcionarios civiles y 75.000 militares, incluyendo unidades territoriales del OGPU, guardias fronterizos y milicianos (policía).

Para organizar las medidas de deportación y represión, el 11 de febrero de 1930 se organizó una conferencia secreta de los «líderes» del partido en las repúblicas y regiones.[107] Viacheslav Molotov, por entonces secretario del Comité Central, dijo a los delegados:

> Tengo que advertirles, camaradas. La decisión del 30 de enero es una decisión secreta. No la hemos difundido: os enviamos estas resoluciones para que podáis devolverlas al Comité Central de forma que no se puedan propagar y que las medidas que hemos implementado y estamos llevando a cabo no estén expuestas a nuestros enemigos. […] Lo que se decida en esta reunión obviamente también estará bajo secreto.

¿Cuáles eran esas medidas que tenían que estar tan ocultas, tan escondidas?

> ¿Qué medidas se deben tomar? Yo os lo diré en confianza. Cuando en el pleno de noviembre algunos camaradas me preguntaron qué debían hacer con los *kuláks*, les dije: «Si hay un río adecuado, se les ahoga». Pero no en todas partes hay un río, de modo que la respuesta es insuficiente. Pero es por eso por lo que está claro: hay que destruirlos. Hay muchos cráneos que contar. En verdad hay suficientes calaveras que contar, si lo desean, tantas que incluso el Comité Central no puede establecer una norma para ello. En esto, incluso las normas son muy pocas.

> Daremos la bienvenida a todo lo que se considere adecuado a nivel local. [...] Pero, por supuesto, es imposible resolver esta tarea únicamente a nivel local. Me parece que no hay duda de que no podremos gestionar sin medidas administrativas y que probablemente tengamos que fusilar [una voz clama: ¡deportar!]. La primera categoría: fusilar; la segunda categoría: reasentamiento. […] Pero es obvio que estamos obligados a usar medidas represivas adecuadas.[108]

El discurso y las medidas tomadas dejaban entera libertad a las instancias locales para desarrollar la deskulakización –con el claro peligro de que hubiera abusos, algo, por otro lado, aceptado y hasta impulsado por el poder central. Por tanto, la instancia que debía controlar y ejecutar la labor de deportación y eliminación de los campesinos sólo podía ser la policía secreta, que asumía así labores de ingeniería social a gran escala y, con ello, nuevos poderes.

El OGPU estaba bien pertrechado para esta tarea. Hemos visto cómo al cabo del tiempo el OGPU recuperó buena parte de las atribuciones de la Cheká, aun cuando la forma de usarlas fue muy diferente. Desde 1924 una comisión dentro del OGPU podía imponer por su cuenta penas de destierro y de campo de concentración de hasta tres años, sin juicio alguno. En 1927, Stalin llegó a hablar del OGPU como sus «tribunales político-militares». Fue también a finales de los años veinte cuando se comenzó a utilizar el trabajo de los presos en los campos, integrándolos en el sistema económico.[109] Además, a principios de 1930, se unificó la policía regular con la política, pero de modo que quien ganaba control era el OGPU. La «milicia», la policía «normal», se convirtió en parte de la secreta, que abarcaba así todo el espectro del control y la vigilancia. La dirección del OGPU intentó crear una milicia moderna y efectiva que fuera distinta de la policía secreta, aunque estuviera conectada con las administraciones del OGPU, pero el plan se desmoronó ante el caos de los momentos de la colectivización y la industrialización. El OGPU nunca consiguió controlar adecuadamente sobre el terreno a la milicia ni centralizarla. Lo cierto es que esta fusión dejó en manos de los policías buena parte de las tareas de la policía secreta, sobre todo durante los momentos de las operaciones masivas de represión de los años treinta.[110]

Dentro de los aspectos relacionados con la colectivización, el OGPU asumió también a finales de 1932 la supervisión de las Estaciones para Máquinas y Tractores (*Mashinno-Traktornaia Stantsia*, MTS). Se trataba de una organización que centralizaba la maquinaria para los *koljós* y que debía convertirse en el respaldo técnico de la colectivización. La protección de la maquinaria ante sabotajes y robos resultaba de primordial importancia para mantener y desarrollar el sistema de las granjas colectivas.

Para entonces, tanto el presupuesto como la cantidad de personal asignados al OGPU había aumentado en casi un 30%. Todo lo que había perdido la policía secreta durante los años de la NEP lo recuperó y lo acrecentó a partir de ese gran giro en la política del Estado. El OGPU jugó un papel importante en el «exterminio de los *kuláks* como clase» y en la reorganización del sistema penal.

Esto último es de especial interés. En junio de 1929 había comenzado a elaborarse una nueva red de campos de trabajo que tenía como objetivo transferir a todos los condenados a más de tres años de prisión a campos de trabajo correccional, especialmente a los situados en las zonas más alejadas del país (Siberia, el Lejano Norte, el Extremo Oriente soviético). Aunque, como ya sabemos, los campos existían desde casi el principio del régimen (evolucionando desde campos de prisioneros de guerra hasta campos de concentración de enemigos y condenados), el uso extensivo de su trabajo para la economía comenzó junto con la industrialización acelerada de los planes quinquenales.

Fue en octubre de 1930 cuando se centralizó la dirección de los campos de trabajo bajo una nueva sección dentro del OGPU. Así nació la Administración Principal de Campos de Trabajo Correccional (*Glavnoie Upravlenie Ispravitelno-Trudovykh Lagieriei*, Gulag). Esta nueva entidad asumiría de inmediato unas proporciones monstruosas. El nombre de Gulag acabaría convirtiéndose en sinónimo de la inhumanidad y la crueldad del régimen estalinista.[111] La expansión de los campos fue rapidísima. El número de prisioneros aumentó de varias decenas de miles de personas a fines de 1929 a cerca de 200.000 a fines de 1930, casi todos campesinos envueltos en la represión del proceso colectivizador.

En 1937, veinte años después de la Revolución de Octubre, la Unión Soviética parecía haber llegado a la estabilización. La resistencia había sido vencida, la pauta de industrialización salvaje había demostrado ser –comparativamente– eficaz y, además, la grave situación de crisis económica y política posterior a 1929 en los países capitalistas aparentaba servir de espaldarazo a los métodos de desarrollo elegidos por los dueños del poder soviético.

En realidad, desde 1934, cuando se celebró el XVII Congreso Panruso del Partido Comunista (bolchevique), el denominado «Congreso de las victorias», la situación interna de la Unión Soviética había ido estabilizándose, al menos en apariencia. El partido podía presentar ya un cierto activo ante la población y la opinión pública internacional, y parecía que podría permitirse aflojar la presión sobre la sociedad que había supuesto la estética heroica y afanosa del Primer Plan Quinquenal. El socialismo estaba en marcha y había adoptado un rostro concreto, superando las disputas ideológicas y de poder acerca de la forma que debía tomar. Durante un tiempo parecieron correr vientos de relajación en los estratos de la burocracia, la *intelligentsia* y el partido. Pocos meses después del congreso se abolía el racionamiento del pan, se concedía una amnistía parcial a los *kuláks* y se les devolvía en parte sus derechos. A lo largo de 1934 se llevó a cabo una reforma del aparato administrativo que se puede considerar una de las grandes transformaciones del sistema: se estableció una clara delimitación entre Estado y partido, y se introdujo la *edinonachalia*, la dirección de un solo hombre, lo que implicaba una mejor definición de las responsabilidades.

En este contexto se produjo también la reorganización del OGPU incorporándolo dentro del NKVD, lo que significaba, en principio, una cierta «normalización» de la policía política. También significaba un refuerzo de su control por el partido, algo que parecía preocupar a Stalin. Ya hemos visto, sin embargo, cómo las tareas de la policía secreta habían crecido tanto

con el Gran Giro que, a la larga, la situación fue justo la contraria: el NKVD se convirtió en el sinónimo de la policía secreta. El Comisariado fue dirigido por Guénrij Yagoda hasta septiembre de 1936, por Nikolái Yezhov desde septiembre de 1936 hasta noviembre de 1938 y, a partir de ahí, por Lavrenti Beria, quien sería el único que sobreviviría a Stalin.

Dentro del NKVD, se concentró la policía política en el Directorado Principal de Seguridad del Estado (*Glavnoie Upravlenie Gosudarstvennoi Bezopasnosti*, GUGB). Hacia fines de 1934 había unos 1.500 funcionarios empleados por el aparato central del GUGB, encabezado por el comisario del Pueblo para Asuntos Internos, Guénrij Yagoda. Sin tener en cuenta a los confidentes, que sumaban varios cientos de miles, el personal del GUGB reunía a algo más de 27.000 funcionarios civiles y 90.000 militares.

Esta reorganización fue realmente importante porque precedió al lanzamiento de la gran acción que buscaba eliminar de una vez por todas a los presuntos o reales enemigos de Stalin en la clase política y a la no menos presunta resistencia al socialismo en la sociedad. El aldabonazo para el comienzo del terror lo dio el asesinato de Serguéi Kírov, un miembro del partido de Leningrado de gran popularidad. El 1 de diciembre de 1934 Kírov fue asesinado por un joven comunista llamado Leonid Nikoláev, que con toda probabilidad había sido instigado por la policía secreta. Aunque el mayor beneficiario de su muerte fue Stalin, para quien la creciente popularidad de Kírov comenzaba a ser una amenaza, se extendió una campaña de caza de brujas por la que fueron detenidos decenas de miembros del partido de gran prestigio.[112] Muchos de ellos fueron sentenciados en juicios-farsa y luego fusilados, pero lo peor llegaría a partir de 1937. En ese año y parte del siguiente más de un millón y medio de personas fueron arrestadas por el NKVD y condenadas por la jurisdicción extraordinaria de la policía política. De éstas, más de 700.000 fueron ejecutadas y el resto enviadas a campos de concentración.

Buena parte de estas muertes y deportaciones tuvieron lugar a lo largo de una serie de las llamadas «operaciones de masas» en las que resultaron perseguidas, deportadas o asesinadas cientos de miles de personas.[113] La infame orden n.º 00447 del NKVD («Sobre la operación para reprimir a

exkuláks, criminales y otros elementos antisoviéticos») proponía cuotas territoriales de personas a fusilar, sin importar el delito probado, que se añadía después. La campaña contra lo que se denominaba desde arriba «terroristas, espías y saboteadores» gozó de una amplia participación popular. El partido, los sindicatos, las Juventudes Comunistas y las organizaciones sociales y de masas instaron a sus miembros a buscar enemigos y a denunciarlos. Amigos, vecinos, familiares, todos podían parecer sospechosos y acabar siendo denunciados. Tampoco el delator estaba libre de peligro: se le podía acusar de no haber denunciado con suficiente antelación o de tener motivos ocultos. Al final, la espiral de denuncias y detenciones envolvió a toda la sociedad en una paranoia sin fin.[114]

Como parte de las disposiciones represivas emanadas de la orden n.º 00447 se crearon las *troikas*, que tenían precedentes en la Guerra Civil. Las *troikas* (tríos) fueron instauradas en 1937 como órganos especiales en todos los niveles territoriales, ya fueran republicanos, regionales, provinciales o locales. Estaban formadas por tres miembros: un presidente, que era el jefe del departamento local del NKVD, y dos miembros, que eran el fiscal local y el primer secretario del comité regional, territorial o republicano del partido.[115] Sirvieron como arma contra el «terrorismo», el «espionaje» y la «contrarrevolución» durante la segunda etapa del Terror. Dictaron centenares de miles de condenas –muchas de ellas a muerte–, pero no eran tribunales, sino órganos administrativos que formaban parte del Ministerio del Interior. Se constituyeron como un elemento de justicia que, de alguna manera, se puede llamar «revolucionaria», esto es, extraordinaria y parajudicial. Una legalidad que se podría considerar marginal a la ley, aunque actuaba con apariencia de ajustarse a Derecho. Servían para legitimar la represión.

Otras de estas operaciones de masas iban dirigidas contra «elementos extranjeros», es decir, contra individuos de cualquiera de las muchas nacionalidades presentes en la URSS, que, de pronto, se consideraban «enemigas» de la patria socialista. Unos 140.000 polacos o personas de origen polaco fueron encausados, de los que al menos 100.000 fueron

fusilados o murieron durante la deportación que siguió a la orden n.º 00485 del NKVD.[116] Las órdenes establecían que «los polacos deben ser completamente destruidos». No importaba si los acusados eran comunistas o no: casi todos los miembros de la sección polaca de la Internacional Comunista fueron asesinados y el Partido Comunista Polaco tuvo que ser disuelto en agosto de 1938 porque la mayor parte de sus miembros que habían emigrado a la URSS habían sido arrestados o asesinados.[117] Como cuenta Władysław Gomułka, quien luego fuera secretario general del Partido Comunista Polaco, sólo se salvaron los que, como él, estaban en la cárcel en Polonia.[118]

El Terror llegó a todas partes.[119] Un telegrama de Moscú a una provincia nos sirve de ejemplo para entender qué significaba el Gran Terror a miles de kilómetros de la capital:

> El Comité Central propone organizar un juicio acelerado para el caso de los cargos por incendio intencionado en siete días, condenar a todos a muerte y anunciar la ejecución en la prensa local.[120]

No había posibilidad alguna de escapar. Stalin y el Comité Central enviaban miles de telegramas de este tipo, instigando a los organismos locales del NKVD a actuar sin tener en cuenta ningún tipo de prueba o necesitar siquiera establecer un delito con antelación. Tras la tortura –a veces de los hombres de aldeas enteras–, se fusilaba. Con las declaraciones que arrancaban de este modo redactaban un informe («un álbum») que se enviaba al centro, donde ya no importaba que se decidiera si eran culpables o no, porque muchos ya llevaban tiempo muertos.

Los campos de concentración se llenaron. De algo más de 700.000 internos el 1 de julio de 1937 pasaron a más de un 1.300.000 a principios de 1939. La masificación convirtió los campos en lugares aún más duros, donde la tasa de mortalidad creció exponencialmente.

El Terror alcanzó su apogeo durante el mandato de Nikolái Yezhov, por lo que en ruso se denomina a este período *yezhovschina*.[121] A partir de agosto de 1938, cuando Beria se hizo con la vicepresidencia del NKVD, el

Terror comenzó a reducir su ritmo y se paró de súbito en noviembre, cuando una comisión del Politburó emitió una directiva en la que se enjuiciaban los «errores» del proceso. En ella se afirmaba que «los enemigos» se habían infiltrado en el NKVD y habían dañado a la sociedad soviética. Esto convirtió al propio Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos en el mejor chivo expiatorio y a los chekistas les llegó el turno de ser purgados. El propio Yezhov fue detenido y ejecutado, así como numerosos cuadros del NKVD. Lavrenti Beria sustituyó a Yezhov como jefe de la policía política y se encargó de purgarla. A lo largo de 1939 se sustituyó a casi la mitad de los agentes operativos. Beria continuaría la persecución de «los enemigos del pueblo» y «los espías», pero, hasta la guerra, no se llevaron a cabo más operaciones masivas.

Sin embargo, la personalidad de Beria no parecía augurar nada bueno. Jörg Baberowski cita un episodio que nos muestra muy bien quiénes eran los «verdugos de Stalin»:

> Cuando Robert Eiche, que había sido miembro del Politburó y líder del Partido en Siberia, iba a ser ejecutado, Beria ordenó a sus ayudantes Rodos y Esaulov que maltrataran al condenado. En presencia de Beria, lo golpearon con porras, lo patearon y un ojo cayó de su cara. Luego le dispararon. Beria mató a adversarios y competidores, disparó contra personas con su propio revólver, violó a niñas menores de edad, pero nunca cometió el error de engañar a su maestro. Stalin siempre había sabido cómo usar a esos ejecutores.[122]

¿CÓMO INTERPRETAR EL TERROR?

La desmesurada violencia y el terror desarrollados por el estalinismo tuvieron su origen sin duda en el fracaso de la clase dirigente bolchevique, en su obstinación por realizar una ingeniería social dogmatizada e inflexible sobre una población que ni la deseaba ni la entendía.[123] Un sistema que carecía por completo de legitimidad estaba abocado a verse envuelto en una sensación de amenaza constante, de paranoia sin tregua. El papel que jugó Stalin en los hechos que directa o indirectamente acabaron con la vida de dos millones de personas fue mucho más concreto y decisivo de lo que se pensaba. Iósif Stalin, hombre cruel y sin escrúpulos, pero ideólogo tenaz,

fue el principal impulsor de la extensión de una violencia desmedida e innecesaria que hizo del tiro en la base del cráneo uno de sus principales métodos de gobierno. Como hemos visto, la colectivización que él impulsó parecía más una guerra civil que un proceso de cambio económico y social. El sistema social y económico resultante fue, a trechos, poco menos que insoportable para sus ciudadanos, lo que se reflejó en las penurias de la vida cotidiana.[124]

El Terror fue, sin duda, el núcleo esencial del estalinismo: cumplió unas funciones y dejó como herencia unos traumas.[125] Pero, según Peter Holquist, el Terror estalinista –como el uso de la policía política– no puede comprenderse fuera de su contexto moderno ni de su geopolítica paneuropea.[126] A lo largo de los años que transcurrieron desde 1929 hasta la muerte de Stalin la policía secreta se convirtió en herramienta de construcción de una nueva sociedad. Su misión era clasificar, controlar y eliminar a parte de la población para hacer sitio al mundo del porvenir. La violencia es inherente a todo régimen político comunista, pero el Terror estalinista fue específico de un momento concreto: cuando murió el dictador desapareció. Todos los socialismos de Estado en Europa fueron dictaduras crueles, estúpidas, mezquinas. Sin embargo, el baño inmenso de sangre de los años treinta no se repitió de la misma forma en ninguno de ellos.

En cualquier caso, durante los años treinta la organización respondía únicamente a Stalin, lo que explica el alcance concreto del Terror. La línea oficial era –en última instancia– enunciada por él. Recordando el asesinato de Kírov, por ejemplo, un chekista cuenta en sus memorias:

> Todos creíamos entonces tan ciegamente en Stalin, y tan poderosa era la fuerza de la propaganda, de la radio y de la prensa, que de forma sistemática lanzaban proclamas acerca de las conspiraciones de los trotskistas-terroristas, que la mayor parte de los comunistas –yo entre ellos– no albergaba la menor duda acerca de que a Kírov lo habían matado los trotskistas.[127]

5

El Estado de vigilancia: de Stalin al KGB

A comienzos de 1941, el personal del Directorado Principal de Seguridad del Estado (GUGB) incorporaba a más de 46.000 funcionarios civiles, 120.000 militares y varios cientos de miles de informantes. Desde 1939 la situación geopolítica de la URSS había cambiado por completo. En agosto de ese año, la Unión Soviética había suscrito un pacto de no-agresión con la Alemania hitleriana que escondía un reparto del este de Europa. La rápida ocupación de Polonia por parte de los dos países fue prueba fehaciente del desprecio por la democracia, la soberanía y el statu quo de ambos totalitarismos, pero para el caso soviético significó aún algo más. La inmediata anexión de los territorios polacos a las repúblicas socialistas de Bielorrusia y Ucrania, y, al cabo de unos meses, la ocupación de Estonia, Letonia y Lituania, Moldavia y la llamada guerra de Invierno contra Finlandia eran la primera continuación de la revolución desde hacía casi dos décadas. Y se hacía, como lo había intentado el Ejército Rojo en 1921, confiando en la punta de las bayonetas.

EL NKVD Y EL IMPERIALISMO ESTALINISTA

La invasión de Polonia por parte de Alemania y la URSS hizo patente lo que significaba la alianza entre los dos totalitarismos. La parada militar conjunta de ambos ejércitos en la ciudad de Brest en el acto de entrega de la ciudad, capturada por los alemanes, a los soviéticos mostró de forma gráfica cómo los dos sistemas podían colaborar. También la cooperación entre las respectivas policías políticas, la Gestapo nazi y el Comisariado del Pueblo

para Asuntos Internos (NKVD) soviético, se puso de manifiesto en la persecución conjunta a resistentes polacos y comunistas alemanes, y en el intercambio de información para la represión de los nacionalistas de diversos tipos en los territorios recién anexionados a la URSS.[128]

Pero aún hubo más: la policía secreta fue la encargada de sovietizar los territorios anexionados. La ingeniería social aplicada por el estalinismo en el proceso de colectivización e industrialización de los planes quinquenales se extendió rápidamente a las zonas incorporadas. Unos plebiscitos trucados justificaron la anexión de los territorios a la URSS y el modelo aplicado fue estrictamente el ya probado durante los años treinta. El control y desarrollo de la integración territorial estuvo desde el principio en manos del NKVD, aun cuando el partido fuera la fuerza de inspiración y la fuente del discurso político y de la planificación concreta.

La URSS extrajo toda una serie de enseñanzas de la invasión de Polonia y de las sucesivas anexiones de Estonia, Letonia, Lituania y Moldavia, unas lecciones que luego le serían muy útiles cuando invadiera Europa Central en 1944-1945 y se instauraran los regímenes de «democracia popular».[129] La combinación de amenaza, propaganda y quintacolumnismo, sellada con referéndums trucados, dio sus frutos para la primera anexión de estos territorios y más adelante sería reutilizada –de forma diferente– para la construcción del sistema de estados socialistas de posguerra.[130] En estas anexiones, la policía secreta tendría un papel fundamental. El Ejército podía ocupar el territorio y aplastar la resistencia militar, pero asegurar la retaguardia y, sobre todo, la sovietización de la población, sólo lo podía llevar a cabo la policía secreta. Y el NKVD lo hacía de la forma a la que se había acostumbrado en los años cruciales de la construcción del sistema: con deportaciones, campos de trabajo, ejecuciones y la propagación del miedo.

En una tendencia clara hacia la normalización, en febrero de 1941 se disoció del NKVD, dirigido por Lavrenti Beria, un denominado Comisariado Popular de Seguridad del Estado (*Narodnyi Komissariat Gosudarstvennoi Bezopasnosti*, NKGB), dirigido por Vsevolod Merkulov, que asumía la policía secreta en todos sus aspectos. No duró mucho.

El ataque de Alemania y el comienzo de la guerra entre los dos colosos llevó a la reintegración de los comisariados en julio de 1941, bajo la dirección de Beria, en el NKVD. Luego, cuando la guerra pareció ya ir encaminada, en abril de 1943, la Seguridad del Estado volvió a constituirse una vez más en un comisariado independiente (el NKGB, encabezado de nuevo por Merkulov). El llamado Departamento Especial (la inteligencia militar) se colocó bajo el mando directo de Stalin con el nombre de SMERSH (*Smert Shpionam,* muerte a los espías).

El nuevo proceso iniciado por la Segunda Guerra Mundial supuso un gran número de cambios en el Estado: fin de políticas izquierdistas en lo social, afianzamiento de la relación con el pasado prerrevolucionario, consecución y expresión de un nacionalismo estatalista férreo, incremento de la inseguridad y del sentimiento de amenaza, lo que hizo que la cúpula recurriera de nuevo a la presión violenta sobre la sociedad. Durante la guerra hubo una ola de delitos comunes relacionados con la escasez y la falta de constreñimientos morales, lo que impulsó un rapidísimo crecimiento de la red de informantes. Al final de la guerra, el personal civil ascendía a más de 115.000 personas (un 130% más que en 1941).

Cuando el 29 de diciembre de 1945 Lavrenti Beria fue reemplazado como jefe del Ministerio del Interior, éste tenía 846.000 funcionarios civiles y 655.000 militares sirviendo en las tropas especiales del ministerio, incluyendo fuerzas operativas, guardias fronterizos y guardias responsables de la supervisión de campos y «aldeas especiales» *(spetsposelki)* del Gulag, un total de un millón y medio de personas.

En este sentido, y pese a que el Gulag alcanzó su mayor número de prisioneros justo después de la guerra, la justificación ya no era la ingeniería social, sino la contención de los cambios que podría producir una supuesta «contaminación» exterior –por el regreso de soldados que habían estado en Europa. A principios del conflicto los campos de trabajo del sistema del Gulag tenían más de tres millones de internos, pero este número se rebajó ligeramente durante esos años. En julio de 1945 Iósif Stalin concedió una amnistía que liberó a casi medio millón de presos comunes y redujo significativamente las condenas de otro medio millón, aunque los

convictos por delitos «políticos» no se vieron afectados por ella. Sin embargo, el número de detenidos siguió creciendo con los prisioneros del Eje, con las decenas de miles de soldados soviéticos que volvían de los campos alemanes –considerados desertores– y con nuevas olas de depuración, sobre todo de minorías, deportadas de los nuevos terrenos conquistados. En 1953, el año de la muerte de Stalin, en los campos había cinco millones y medio de prisioneros, el mayor número de su historia.

En mayo de 1946, con la guerra ya definitivamente terminada, el NKGB se transformó en un Ministerio de Seguridad del Estado (*Ministerstvo Gosudarstvennoi Bezopasnosti*, MGB), dirigido por Víktor Abakumov, al que se le añadió el aparato de SMERSH. Aparte de los cometidos que ya realizaba, había toda una serie de nuevas tareas creada por la situación de posguerra: los cientos de miles de desplazados, los soldados que volvían del frente y aquellos que regresaban de los campos de prisioneros alemanes debían ser «filtrados» para evitar la supuesta entrada de espías, saboteadores o indeseables. También se dio paso a deportaciones en los países del Báltico anexionados que estaban relacionadas con la colectivización de la agricultura, pero también con la desarticulación del movimiento de resistencia. La mayor de ellas, la llamada «Gran Deportación», se produjo durante la noche del 25 al 26 de marzo de 1949 y afectó a los tres países. En Estonia fueron deportadas 20.700 personas, en Letonia 44.000 y en Lituania 30.000. Hubo, sin embargo, otras olas de deportación que concernieron sobre todo a Lituania, donde el movimiento partisano fue más fuerte. Tanto, que el NKVD (luego Ministerio del Interior, MVD) envió unos 20.000 soldados a combatir contra los partisanos.[131]

El inicio de la Guerra Fría trajo un nuevo juego de espionaje y contraespionaje que implicó un refuerzo de los servicios exteriores, pero también de lucha interior contra la resistencia de los países ahora incluidos en la URSS, como Ucrania o los bálticos. Los servicios secretos británicos empezaron muy pronto, ya en 1945, a enlazar con la resistencia en los países bálticos. Hubo varios envíos de agentes que consiguieron entablar contactos, pero a menudo fueron descubiertos y atrapados. Con el progresivo debilitamiento de los partisanos bálticos a partir de 1950, el

Ministerio del Interior, luego el KGB, consiguió introducir confidentes en el movimiento de resistencia y acabó capturando a los agentes que iban siendo enviados.

Para entonces, los «comisariados» habían pasado a llamarse «ministerios». Ello entraba dentro de la estrategia de «normalización» que Stalin había desarrollado en principio para evitar recelos de los aliados (como la disolución de la Internacional Comunista), pero también como muestra de que, de alguna manera, la Unión Soviética era ya un país «normal». La excepcionalidad revolucionaria había pasado a ser cosa del pasado.

Esta retirada revolucionaria –es decir, de renuncia consciente a la ingeniería social– constituyó el preludio a la fase quizá más estable del sistema en su época totalitaria: el estalinismo de posguerra. Fue un proceso distinto al que tuvo lugar en los años treinta. Tras la guerra se consiguió un equilibrio en las bases económicas del régimen y en sus presupuestos políticos. En lo que concierne a la policía secreta, la acción policial violenta sobre la sociedad tuvo un sentido conservador, de mantenimiento del orden y defensa del sistema, antes que constituirse en nuevo agente de transformaciones sociales como lo había sido durante los años de los primeros planes quinquenales y el Gran Terror. No es lo mismo perseguir a posibles opositores o enemigos del régimen que deportar a millones de personas, eliminar a cientos de miles o impulsar la colonización e industrialización a través del trabajo forzado.

Esto continuaría siendo así, e incluso se incrementaría, tras la muerte de Stalin. Apenas fallecido el dictador, una serie de «revueltas de masas» *(massoviie bespariadki)* se extendieron por toda la URSS, en especial en los campos de concentración.[132] La amnistía de 1953 arrojó a la calle a miles de presos comunes y contribuyó a la llamada «hooliganización» del país, con un crecimiento de la inseguridad ciudadana y una lumpenización de determinados sectores sociales.[133] El desempleo encubierto se hizo notar y la criminalidad creció.[134]

De hecho, éste fue otro gran cambio. Después de la guerra, los crímenes denominados o entendidos como «políticos» (a los que se aplicaba el

artículo 58 del Código Penal que implicaba el envío a campos de trabajo) perdieron entidad en relación a lo que habían sido en la década de 1930. Los «políticos» se convirtieron en tan sólo una pequeña proporción de todos los criminales juzgados y condenados. En los años inmediatos a la posguerra, los crímenes contra la propiedad estatal, el robo y la enajenación de bienes públicos fueron los delitos a los que se les aplicó la ley con mayor dureza.[135]

GUERRAS PALACIEGAS

Tras su fusilamiento en 1953, los libros de historia soviéticos atribuyeron a Lavrenti Beria el intento de poner a la policía secreta por encima «del Gobierno y del partido».[136] Esto era lo que temían los miembros del «equipo de Stalin» en vida de éste: que ni siquiera ellos, como se había demostrado con los casos de Nikolái Bujarin, Alekséi Rýkov o del propio Nikolái Yezhov, estaban protegidos del poder de la policía. Ésa es la razón por la que, una vez eliminado Beria, la policía secreta estuvo siempre bajo control de la cúpula y no volvió a perseguir a ninguno de los líderes comunistas.

La atmósfera de los últimos años de la dictadura de Stalin había sido de una constante paranoia. Los miedos de siempre a saboteadores y espías se habían incrementado con el comienzo de la Guerra Fría y el conflicto entre los comunistas yugoslavos y Stalin. No sólo el MGB, sino también las demás agencias de policía secreta de todo el ahora Bloque del Este habían sido encargados de llevar a cabo cazas de brujas contra imaginarias conspiraciones «titoístas» (de Josip Broz, *Tito*, el líder comunista yugoslavo). Otro grupo a perseguir eran los llamados «sionistas» (palabra clave para «judíos») y las denominadas «desviaciones nacionalistas» (comunistas que durante la ocupación nazi habían estado dentro del país y no en la URSS, como Władysław Gomułka, en Polonia). Esto condujo a juicios sumarios y a algunas ejecuciones de miembros de los partidos comunistas.

En enero de 1953 se acusó al MGB de «falta de celo» en la caza de conspiradores. Rumores sobre una conspiración de un «grupo terrorista» de «médicos sionistas» que tenía por objetivo «asesinar a los líderes soviéticos» fueron confirmados de pronto por la propia agencia de noticias soviética Tass. Durante los últimos dos meses del gobierno de Stalin, el MGB comenzó a construir el caso, persiguiendo a los perpetradores de aquel plan inexistente. Como muestran los documentos, los propios chekistas estaban sorprendidos por lo difícil que era probar cargo alguno.[137] La repentina muerte de Stalin impidió que comenzara una más que probable ola de represión. Unas semanas después del funeral de Stalin, el propio Beria anunció que el complot nunca había existido.

Hay razones para creer que Beria tuvo algo que ver con la muerte de Stalin o que, al menos, permitió que, por inacción, un ataque fortuito acabara por matar al dictador, al negarle ayuda médica hasta que ya fue tarde. El caso es que el final del líder quebró instantáneamente muchos de los presupuestos de la dictadura. Con independencia de que los aspectos cotidianos del sistema continuaran, el propio hecho de que de inmediato se parara la ola de represión es prueba suficiente de la responsabilidad concreta de Stalin en el mantenimiento de la dictadura.

Aunque tras la muerte de Stalin se conformó un liderazgo colectivo de tres personas, entre los que Beria era sólo uno más, las sospechas contra él fueron continuas. Beria se veía como un impulsor de las reformas del sistema y, de hecho, comenzó con algunas de ellas. Apoyado en su control de las fuerzas de seguridad se estaba alzando con el liderazgo poco a poco, lo que despertó los miedos de sus compañeros. Al cabo de pocos meses, un oscuro miembro del Comité Central, Nikita Jrushchov convenció al resto de dar un golpe palaciego contra Beria. Con la ayuda del Ejército, lo que impidió la reacción de la policía secreta, Beria fue detenido, juzgado, condenado, fusilado y su cuerpo incinerado.

Comenzó un tiempo de agitación. Al mismo tiempo que miles de presos de los campos de trabajo comenzaban a regresar a casa y se iniciaba la rehabilitación jurídica de muchos de ellos, Nikita Jrushchov, que había conseguido librarse de sus enemigos políticos más acérrimos, daba un golpe

de mano gracias a los argumentos de la memoria histórica y la justicia transicional. En la medianoche del 25 de febrero de 1956, utilizando un informe elaborado por una comisión que había tenido acceso a los archivos de la policía secreta, Jrushchov describía de forma detallada y concienzuda los crímenes de Stalin en un discurso famoso que se suponía secreto, pero que estaba pensado para lanzar al mundo la verdad acerca de lo que había sucedido en el país en los años 1937-1938. Jrushchov sólo se refirió a las represiones que habían afectado a miembros del partido, no se atrevió a ir más allá. Pero éste ya fue un paso de gigante. Su decisión estaría en la raíz del cisma ideológico con los camaradas chinos e implicaría un definitivo desprestigio de la imagen de Stalin fuera del país. Pero también permitiría un replanteamiento del comunismo que, durante los años sesenta y setenta del siglo pasado, alcanzaría sin duda el punto de mayor influencia social, cultural e incluso política de su historia. El discurso fue enviado a la organización del KGB en el partido en una carta secreta del Comité Central y, como en otras instituciones, el debate produjo una auténtica conmoción.[138] La era de Jrushchov supuso un momento de cambio para los servicios de seguridad soviéticos. Los ecos de la condena del papel que había tenido la policía secreta durante el Gran Terror en el discurso secreto de Jrushchov resonaron durante mucho tiempo.

La muerte de Stalin, al permitir el final de la política violenta de conservación del liderazgo –las purgas y ejecuciones extrajudiciales–, dio paso a una estabilización de los elementos característicos del sistema de seguridad. El Estado soviético posterior a Stalin evolucionó hacia la profesionalización de las instancias ejecutivas y administrativas sin renunciar a las principales «vacas sagradas»: el papel rector del partido y la economía planificada. Entre estas instancias estaba el KGB, cuya penetración en la sociedad tenía ahora las características de una burocracia de la represión, pero no ya la de un organismo de creación de una nueva sociedad a través del terror.

El desastre político de Jrushchov, que llevó a enfrentamientos absurdos como la crisis de los misiles de Cuba, y sus caóticas medidas económicas condujeron a su destitución en un golpe palaciego, esta vez sí, incruento. El

Gobierno que surgió del golpe llevó a cabo una política más conservadora, aunque con algunas intenciones reformistas en lo económico. En el interior del aparato rector se desarrollaron alternativas que contemplaban la transformación, e incluso la eventual desaparición, de algunas características hasta entonces consideradas fundamentales. El discurso ideológico fue la primera víctima, lo que trajo consigo la necesidad de una pluralidad o apertura en la libertad de expresión. Aunque la censura se mantuvo constante y una de las tareas más habituales del KGB siguió siendo perseguir disidencias políticas, lo cierto es que ya no se trató de estalinismo.

En 1958, Aleksandr Nikoláievich Shelepin, un chekista de cuarenta años, dinámico y con prestigio, sucedió al conservador Ivan Serov como presidente del KGB. Rápidamente, Shelepin sustituyó a los viejos estalinistas por jóvenes recién graduados. Aunque luego dejó el órgano para ejercer una importante función en el Comité de Control del Partido y el Estado, siguió relacionado con los servicios secretos (a través del nuevo presidente del KGB, un protegido suyo, Vladímir Semichastni). Shelepin fue uno de los principales líderes del golpe que derrocó a Jrushchov en 1964, gracias a los servicios secretos controlados por Semichastni. El miedo a un secretario general que controlara la policía secreta era, sin embargo, demasiado fuerte. Del liderazgo colectivo surgió una figura de consenso, Leonid Ilich Brézhnev. En 1967 Brézhnev se sintió lo suficientemente fuerte como para librarse de Semichastni y de Shelepin, a los que degradó a posiciones poco influyentes.

El principal beneficiario de la caída de Semichastni y Shelepin fue Yuri Andrópov, que se convirtió en presidente del KGB. Andrópov tenía lo que algunos de sus colaboradores llamaron un «complejo húngaro». Era embajador en Hungría durante el levantamiento de Budapest en 1956 y desde su embajada pudo contemplar cómo los alzados ahorcaban a los oficiales del servicio de seguridad húngaro colgándolos de las farolas. Eso se convirtió en una obsesión para el resto de su vida: un Estado aparentemente sólido podía disolverse en cuestión de días.[139]

Por ello, Andrópov estaba convencido de que sólo usando la fuerza se podían parar las crisis que padecerían otros regímenes comunistas (Praga en

1968, Kabul en 1979, Polonia en 1981). Desde que salió de Hungría en 1957, Andrópov había sido jefe del departamento del Comité Central responsable de las relaciones con los partidos comunistas en el Bloque soviético. Su designación en 1967 como el primer alto funcionario del partido que llegaba a ser jefe del KGB fue pensada por Brézhnev para asegurar el control político de los sistemas de seguridad e inteligencia. Andrópov acabó siendo el jefe del KGB que más tiempo ocupó el puesto. Su prestigio político fue creciendo: se le eligió miembro del Politburó y participó en todas las decisiones del poder. De hecho, en muchos de los aspectos relacionados con la seguridad, Andrópov tomaba decisiones soberanas sin tener en cuenta al Politburó. Como uno de los pocos que tenía verdadera consciencia de la situación real del país, se convirtió en secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética tras la muerte de Brézhnev en 1982. Por primera vez, un chekista pasaba a ser directamente el máximo dirigente soviético.

El agotamiento del impulso desestalinizador, algo que se manifestó claramente en la tragedia de la invasión de Praga en 1968 por los ejércitos del Pacto de Varsovia, había llevado, paradójicamente, a una estabilización clara pero engañosa, como demostraron tanto los acontecimientos posteriores como muchos conflictos, sobre todo en el nivel internacional, que estaban sucediendo por entonces. Gracias a acuerdos económicos y a un mayor impulso al consumo, para la sociedad soviética –como para otros países socialistas– los años sesenta y setenta constituyeron una cierta Edad de Oro.

Al mismo tiempo, a finales de los años sesenta salió a la luz pública un movimiento democrático y de oposición cuyo aldabonazo fue precisamente la invasión de Praga, cuando un grupo de disidentes se concentró en la plaza Roja para protestar y fueron detenidos de inmediato.[140] El *samizdat*, la autoedición clandestina a base de manuscritos mecanografiados o fotocopiados que se pasaban de mano en mano, se convirtió en el medio de unión y de toma de conciencia de una parte de la *intelligentsia*, mientras surgían también ciertas formas colectivas de disenso: cartas de grupos, protestas masivas, lecturas poéticas en lugares públicos, verdaderas huelgas

de trabajadores o de minorías étnicas... A través del KGB, el Estado reprimió duramente estas actividades, comenzó a encerrar a los disidentes en hospitales mentales y endureció la censura. A lo largo de los años setenta, la férrea voluntad de los disidentes por ampliar los márgenes de libertad, espoleados a mitad de la década por los argumentos de los acuerdos de Helsinki, se enfrentaría frontalmente a los métodos del KGB. El mismo Andrópov, presidente del KGB, dirigió el llamado «noveno departamento», que había sido creado «para llevar a cabo las operaciones más importantes sobre personas sospechosas de actividades organizadas antisoviéticas».[141] De él se separó un departamento de estructura independiente, que se ocupó de los disidentes más notables, como Aleksandr Solzhenitsyn o Andréi Sájarov.

En los años ochenta, la estructura básica del KGB consistía en nueve consejos de dirección o «directorios» (aunque con otros menos importantes llegaban hasta más de quince): el primer directorio principal (*Piervoje Glavnoje Upravleniie*, PGU) se dedicaba a la inteligencia en el extranjero; el segundo (*Vtoroje Glavniei Upravleniie*, VGU) se ocupaba de la seguridad interna y de la contrainteligencia en el territorio del país; el tercero estaba a cargo de la contrainteligencia y de combatir acciones subversivas en las fuerzas armadas soviéticas con determinados departamentos especiales (*Osobie Otdiely*, OO); el cuarto era el de gestión, transporte y seguridad de las embajadas; el quinto se encargaba de la lucha ideológica, de los disidentes y luego de la protección del orden constitucional; el sexto se centraba en la contrainteligencia y protección de instalaciones industriales; el séptimo era el de vigilancia; el octavo llevaba la inteligencia electrónica y los cifrados, y, por último, el noveno directorio se ocupaba de la protección de la dirección del partido y de dispositivos de especial importancia, incluyendo la Guardia del Kremlin. A esto se unían los destacamentos armados, la guardia de fronteras y las distintas agencias de las repúblicas de la URSS. La complicada organización del KGB cambió a menudo con el tiempo y las nuevas tareas que fue asumiendo, pero su misión general de vigilancia continuó invariable.

La imposibilidad de una gestión conjunta de la economía y del vasto y desigual territorio constituyó el fundamento del principio de las reformas gorbachovianas que, empezando por la cúpula, pretendieron cambiar algo para que nada cambiase en realidad. De nuevo, como en la transformación de los años treinta, las bases respondieron de modo distinto al deseado y la ingeniería social se reveló impotente para conseguir sus fines.

El origen de las reformas fue el KGB. Quizá no se ha dicho lo suficiente: la agencia de seguridad era la única instancia del país que estaba tan bien informada como para conocer de primera mano el lamentable estado de la economía y la necesidad urgente de aplicar algún tipo de cambio. No es que el liderazgo no lo hubiera intentado: Leonid Brézhnev, el secretario general entre 1964 y 1982, pese a su innegable instinto conservador, apoyó inicialmente las reformas de Alekséi Kosyguin en la segunda mitad de los sesenta. Aunque hubo algunas mejoras, la situación, a la larga, no cambió.

Cuando murió Andrópov en febrero de 1984, apenas poco más de un año después de haber sido elegido, y tras el breve interregno de Konstantín Chernenko, le sustituyó un joven secretario general que conocía muy bien los problemas, había viajado al extranjero y sabía que era inevitable cambiar las cosas.

El proceso de la elección de Mijaíl Gorbachov como secretario general del Partido Comunista fue una sucesión de oportunidades aprovechadas y de felices casualidades: las rapidísimas y sucesivas muertes de los gerontócratas impulsaron la necesidad de escoger a alguien más joven. Gorbachov no era temido por los más conservadores –entre otras cosas, porque apenas se le conocía– y él mismo supo ganarse el apoyo de algunos pesos pesados del partido, como Andréi Gromyko, ministro de Asuntos Exteriores, que, entendiendo que su edad lo dejaba al margen, dio su beneplácito al candidato.

A lo anterior hay que añadir el apoyo explícito del KGB. Su jefe tras la elección de Andrópov como secretario general, Víktor Chebrikov, informó

en marzo de 1985 al Politburó de lo siguiente:

> Nuestro trabajo es tal que debemos saber no sólo de política exterior sino también de la situación social del país. Teniendo en cuenta esto, los chekistas me han pedido lanzar la candidatura del camarada Gorbachov al puesto de secretario general del PCUS [Partido Comunista de la Unión Soviética]. Habéis de entender, camaradas, que la voz de los chekistas, de nuestro personal, es la voz del pueblo.[142]

Gorbachov, que tenía cincuenta y cuatro años por entonces, traía con él un cambio generacional clave, un «estilo Gorbachov». No sólo porque fuera un gobernante «que no avergonzaba» a su país, como manifestó el famoso disidente Andréi Sájarov, sino también porque era un hombre educado que hablaba sin la jerigonza típica de los comunistas soviéticos, que había viajado y que, además, contaba con el importante activo de su mujer, Raisa. La pareja Gorbachov representaba un síntoma de modernización y de apertura hacia la mujer en un mundo político extraordinariamente cerrado y masculinizado.

En la policía secreta también se había producido un cambio generacional. Desde la muerte de Stalin, y con su culmen en los años ochenta, el KGB se había convertido en la institución soviética que tenía un mayor porcentaje de miembros del PCUS. Controlada por el partido y cada vez más entrelazada con sus miembros, la politización de la agencia era inevitable.

Gorbachov había expulsado por diferencias personales a Chebrikov en 1986 y lo sustituyó por Vladímir Kriuchkov. Era un intento de tener cerca de él a alguien de confianza que pudiera asumir las reformas que planeaba hacer. Sin embargo, la radicalidad de éstas y los problemas que comenzaron a surgir, la inestabilidad, el riesgo de fragmentación y de guerra civil, asustaron a mucha gente dentro del KGB. Esto llevó al propio Kriuchkov a organizar, junto con otros altos funcionarios de la agencia, un golpe de Estado de la línea dura durante las vacaciones de Gorbachov en agosto de 1991. El golpe tenía como objetivo no tanto sustituir a Gorbachov como hacerle darse cuenta de la situación y envolverle en la represión que ellos consideraban necesaria para mantener el país. Gorbachov no se mostró

dispuesto a ceder y el golpe fracasó. Esto hizo desmoronarse al partido y, con él, al KGB.[143]

Mientras tanto el KGB había estado intentando ocultar los medios económicos y los inmuebles de que disponía en los países socialistas de Europa Oriental. Ante la desaparición de sus camaradas en la República Democrática Alemana, Polonia y otros países parecía urgente cortar los lazos existentes y ocultar lo que se pudiera de su trabajo operativo. El miedo –justificado– de que el fin de las policías secretas en los otros países del socialismo real supusiera el desenmascaramiento de sus funcionarios y confidentes impulsó una rápida campaña para replegar sus fuerzas.

Poco antes de que el Estado soviético se disolviera, el KGB fue dividido en una serie de agencias que pronto quedaron bajo el control directo de la Federación Rusa. Después del colapso de la URSS, esas estructuras fueron abolidas formalmente, aunque en la práctica algunas de ellas se transformaron en el Servicio Federal de Seguridad (FSB).

6

Un ejemplo de disidencia: Aleksandr Solzhenitsyn

Un buen ejemplo de la influencia que tuvieron las distintas encarnaciones de la policía secreta sobre los disidentes es la vida de Aleksandr Isáievich Solzhenitsyn, que fue premio Nobel de Literatura en 1970. Solzhenitsyn nació en Kislovodsk, hoy perteneciente al Estado de Ucrania, el 11 de diciembre de 1918. Su padre murió seis meses antes de su nacimiento, parece ser que en un accidente de caza. Su madre era mecanógrafa en Rostov del Don y allí pasó Solzhenitsyn su infancia y juventud. Desde pequeño mostró una temprana inclinación por las letras y un destacado activismo político y participó en las tareas propagandísticas y de sostenimiento ideológico del régimen.

Solzhenitsyn cursó Matemáticas y Física en la Universidad de Rostov, aunque él hubiese deseado formarse literariamente, como afirma en su autobiografía para el premio Nobel. Pero no pudo ir a Moscú, «en parte porque mi madre estaba sola y enferma y en parte porque nuestros medios eran sumamente modestos».[144] No obstante, simultaneó con dicha carrera los estudios de Literatura como alumno libre en el Instituto de Moscú de Historia, Filosofía y Literatura entre 1939 y 1941.

Procedía de una familia de hacendados y se había criado, pese a su pobreza, en un ambiente de *spets* («especialistas burgueses» comprometidos con la construcción de la economía socialista) y de *intelligentsia* al viejo estilo ruso. Ese círculo era «naturalmente antibolchevique» y por ello la educación política, religiosa y social que Solzhenitsyn había recibido en su casa «se diferenciaba tremendamente del mundo soviético que le rodeaba».[145]

Solzhenitsyn terminó la licenciatura en 1941, pocos días antes del comienzo de la invasión nazi y del inicio de la guerra contra Alemania. Durante el conflicto fue enviado al frente como comandante de una unidad de artillería y permaneció en Prusia Oriental, en primera línea. Casi al final de la guerra fue detenido. Se le arrestó el 9 de febrero de 1945 cuando la censura encontró veladas críticas a Iósif Stalin en su correspondencia a un amigo. Fue enviado desde Prusia Oriental a la prisión de la Lubianka de Moscú desde donde contempló los fuegos artificiales que marcaban el fin de la guerra en Europa. Tras una serie de interrogatorios se le sentenció a ocho años en prisión por agitación antisoviética e intento de organizar un grupo antisoviético.

Según se desprende de sus declaraciones posteriores, tanto él como el otro amigo implicado, Nikolái Vitkevich, habían comenzado, ya en la universidad, a encontrar objeciones a la política estalinista. En un modo que se repitió en buena parte de la oposición al sistema hasta su final, la disidencia se inclinaba por un *retorno* a Lenin, a la pureza revolucionaria, a las fuentes originales del nuevo Estado. En unas cartas cruzadas, ambos habían escrito libremente, si bien con ligeros retoques –palabras en clave para Stalin, por ejemplo–, acerca de estas ideas e incluso habían redactado un pequeño manifiesto. Tras ser interceptadas las cartas por la censura, su condena resultaba, en estas fechas –coincidiendo con la purga del fin de la guerra y principio de la posguerra– completamente natural.[146]

Enviado a la prisión Butirka de Moscú –la misma donde había estado encerrado Dzierżyński–, Solzhenitsyn trabajó en la construcción cerca de dicha ciudad. Después fue trasladado a la prisión de Marfino (un instituto de investigación en los suburbios de Moscú), donde entre 1947 y 1950 le pusieron a investigar en comunicaciones de radio y televisión. Esta prisión era una *sharashka*, es decir, un tipo de campo de régimen especial donde se encerraba a los científicos para que realizasen investigaciones a cuenta del Estado. Solzhenitsyn describe este campo en su novela *El primer círculo*. Después fue enviado a un campo de trabajo en Ekibastuz (Kazajistán), donde se le empleó como albañil y carpintero en la construcción de una planta de energía. Éste es el campo que describe en *Un día en la vida de*

Iván Denísovich. Allí desarrolló un tumor cancerígeno, del que se le operó con éxito momentáneo.

Solzhenitsyn ha contado repetidas veces cómo su verdadera «educación» se llevó a cabo en los campos. Los personajes que conoció en estos lugares le pusieron en contacto con toda suerte de opositores al régimen, desde «viejos bolcheviques» hasta nacionalistas ucranianos, desde algún monárquico hasta cristianos ultraconservadores, miembros de la vieja *intelligentsia* rusa y de la nueva *intelligentsia* soviética, campesinos iletrados descontentos con la colectivización o izquierdistas extranjeros cuyo refugio en la tierra del socialismo les deparó un destino no menos cruel que los fascismos imperantes en sus países de origen. Con un estilo de «pecador arrepentido», Solzhenitsyn nos ha dejado el testimonio de la transformación que se llevó a cabo entonces en su espíritu: las páginas de *Archipiélago* GULAG están repletas de arrepentimiento por su vieja fe marxista y en ellas describe la forma en que, poco a poco, se fue escapando de ella para llegar a recuperar «la fe religiosa» y el «patriotismo ruso» de su infancia.

Liberado de su prisión el 5 de marzo de 1953, no le fue permitido regresar a Rusia. En una medida corriente por aquel entonces, se le desterró a Kok-Terek, en el sur de Kazajistán, donde enseñó matemáticas. En 1954 sufrió un empeoramiento del tumor que le aquejaba y se le permitió viajar a Tashkent, donde pasó algunos meses recibiendo radioterapia para el cáncer. De sus experiencias en el hospital extrajo el material para la novela *Pabellón de cáncer*. El tratamiento surtió efecto y, tras ser dado de alta, se le hizo regresar a Kok-Terek.

Rehabilitado en junio de 1956, volvió a Rusia, primero a la región de Vladímir, luego a Riazán, donde enseñó matemáticas y física en un instituto.[147] Allí se dedicó casi con fanatismo a la tarea literaria. El carácter de sus obras y la experiencia del campo de concentración le impulsaron a mantener su actividad creativa en el más absoluto secreto, recurriendo a extravagantes técnicas para esconder los manuscritos y evitar que los descubriese un posible registro del KGB. De este modo, lo único que pudo publicar fue un pequeño artículo, más bien neutro, en un periódico regional.

El ascenso de Nikita Jrushchov significó una relajación de los controles de la censura, tímida y vacilante, pero que permitió la posibilidad de publicar obras algo más críticas. Solzhenitsyn decidió aprovechar este ambiente y envió un manuscrito a la revista *Novy Mir*, dirigida por Aleksandr Tvardovski. Éste, un poeta muy conocido, candidato al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y miembro prominente de la Unión de Escritores, hizo de *Novy Mir (Nuevo Mundo)* la revista liberal por excelencia de la URSS durante los dieciséis años que estuvo a su cargo.

Después de un largo año de tira y afloja en el que Tvardovski en persona fue el apoyo y sostén de Solzhenitsyn frente a la censura, en noviembre de 1962 se publicó *Un día en la vida de Iván Denísovich (Odin dien Ivana Denisovicha)* en la revista *Novy Mir*. Se trataba de una novelita no demasiado extensa en la que Solzhenitsyn analizaba la vida en un campo de concentración estalinista de una manera dura, creíble y eficaz. En pocos días, la figura hasta entonces desconocida del escritor de provincias creció hasta extremos difícilmente concebibles fuera de la URSS. En una entrevista aparecida en la revista *Literaturnaya Rossia* el 25 de enero de 1963, tan sólo un par de meses después de la publicación de la obra, se afirmaba que «a veces protesta un poco por el número creciente de admiradores que llaman a su puerta...». Otras fuentes, cartas de exprisioneros remitidas a Solzhenitsyn con motivo de la publicación de esta novela, nos hablan de las grandes colas que se formaban para conseguir el ejemplar de la revista, de préstamos de pocas horas para poder leerlo, de listas de espera de seis meses...[148]

Con la publicación de *Un día en la vida de Iván Denísovich* adquirió una gran fama, con toda seguridad porque la sociedad soviética necesitaba una voz que expresara lo que el estalinismo había reprimido. Las palabras de Solzhenitsyn llegaban a parte de la *intelligentsia* creadora (en desacuerdo con la censura, que impedía no sólo la publicación de obras literarias, sino también las científicas), a los supervivientes de los campos de concentración (con pocas razones en general para mostrarse adeptos al régimen), a las nacionalidades desplazadas y oprimidas por Stalin (que

estaban adquiriendo cada vez más una conciencia de su situación), a las diversas «leales oposiciones» de «leninistas puros» (una muestra de cómo la posibilidad de una Unión Soviética distinta pudo llevar a la acción a marxistas-leninistas más o menos ortodoxos) y a los estudiantes (educados en la mitología épica revolucionaria y cuya experiencia cotidiana les devolvía una imagen de una sociedad poco épica y poco revolucionaria). En ese momento Solzhenitsyn, cuya obra había sido publicada en una revista de prestigio «liberal» y con la sanción expresa del propio Jrushchov, en parte como una pieza más en el juego político de éste y en parte como consecuencia de uno de los arranques generosos de un personaje muy dado a la impulsividad, aparecía como el hombre honesto, capaz de narrar sus sufrimientos personales y, con ellos, los del pueblo soviético.[149] Incluso pudo ser presentado al principio como un ciudadano soviético ortodoxo e incluso ejemplar.

Enseguida, Solzhenitsyn se profesionalizó como escritor a tiempo completo. En 1963 publicó, en un mismo número de *Novy Mir*, los relatos «Incidente en la estación Kriechetovka» *(Sluchai na stantsii Krechetovka)* y «La casa de Matriona» *(Matrionin Dvor)*, que fueron mal acogidos por los medios oficiales. Pocos meses más tarde, consiguió publicar otro relato, «Por el bien de la causa» *(Dlia polzy dela)*, de nuevo en *Novy Mir*. A partir de 1963 le resultó cada vez más difícil que sus obras fueran editadas en el interior de la URSS. El KGB fue cortando poco a poco sus posibilidades de publicación. Sólo pudo dar a la luz, oficialmente, una polémica sobre la lengua rusa, publicada en 1965 en *Literaturnaya Gazeta* de Moscú, y *Zachar-Kalitá*, otro relato, aparecido al año siguiente en *Novy Mir*.

Una vez depuesto Jrushchov, los problemas se incrementaron. En la Segunda Conferencia de la Unión de Escritores de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR), que se celebró en 1965, se acusó a Solzhenitsyn de que *Un día en la vida de Iván Denísovich* «hipertrofiaba» hasta tal punto las consecuencias del culto a la personalidad que «cayó como un fuerte torrente en los periódicos, el cine y la escena teatral».[150] La acusación de «exagerar» la crítica servía para atacar a los antiestalinistas, sin defender directamente los crímenes ya declarados por el partido. Por

supuesto, esto no era casual e implicaba una acción del KGB para destruir la reputación de Solzhenitsyn. Los ataques, aunque fueran de forma velada, se habían hecho notar ya en los principales medios conservadores a los pocos meses de que apareciera la novela. En parte, habían sido una forma de debilitar al mismo Jrushchov y a los estandartes de la liberalización como la revista *Novi Mir.*[151]

Aparte de un incremento de artículos en la prensa atacándole, tuvo lugar entonces un hecho de gran repercusión y significado: su expulsión de la organización oficial única que encuadraba a los escritores, la Unión de Escritores. De esta forma se privaba a Solzhenitsyn de una serie de privilegios –tanto culturales como sociales– y se le impedía cualquier relación legal con los mecanismos de su oficio –editoriales o revistas– al dejar de ser considerado como «escritor». Carecer de un puesto en la distribución jerárquica de las estructuras sociales –más que de un «empleo» en el sentido habitual– era de por sí peligroso: unos años antes, la misma acusación de «parásito social» le había valido a Iósif Brodski la condena a un período de cárcel y la «invitación» a que abandonara la Unión Soviética.

Pero para entonces ya había comenzado la expansión del *samizdat*, y las obras de Solzhenitsyn encontrarían frecuente acomodo en él. De hecho, su reputación en el interior de Rusia se fue haciendo a base de manuscritos de este tipo, unas veces «soltados» por él mismo, otras puestos en circulación por medios complejísimos y no fácilmente documentables (como, por ejemplo, copias realizadas por los mecanógrafos de *Novy Mir* por su propia iniciativa). En ciertas ocasiones, cuando se trataba de obras cuyas copias habían sido requisadas en algún registro por el KGB, parece que, ya fuese como estrategia policial o como especulación económica (o simple aprecio literario de algún miembro anónimo de la policía), las copias partían de los propios mecanismos de seguridad del Estado. Y parece, también, que este mismo medio fue utilizado para hacer llegar algunas obras a editoriales occidentales, en general propiedad de emigrados rusos, con lo que posiblemente se intentara minar la situación del autor en la propia Unión Soviética.

De este modo circularon, bien en ediciones piratas y no autorizadas en el exterior o bien en *samizdat*, las novelas *El primer círculo (V piervoi krugom)*, y *Pabellón de cáncer (Rakobui korpus)*, la colección de poemas en prosa *Miniaturas (Krojotki)*, los relatos «Oración» *(Molitva)*, «La mano derecha» *(Pravaya Kist)* y «La procesión de Pascua» *(Pasjalnii kriestnii jod)*, y las obras de teatro *El inocente y la prostituta (Olien i Salasovka)* y *Una candela al viento (Svena na vetru)*. Con todo ello, Solzhenitsyn fue adquiriendo una muy amplia, aunque secreta, audiencia.

En 1970, inesperadamente, a Solzhenitsyn se le concedió el premio Nobel. El Gobierno soviético recibió la noticia como un insulto o una provocación. Las críticas despiadadas arreciaron en la prensa y las amenazas hicieron temer al autor que, si acudía a recibir el premio a Estocolmo, no le permitirían volver a entrar en la URSS. Así que decidió no ir a la ceremonia de entrega de los premios, y todas las gestiones que realizó para recibirlo en Moscú fueron inútiles. Desde este momento el KGB presionó a Solzhenitsyn de múltiples formas: amenazas de todo tipo, intimidaciones telefónicas, extraños episodios de uso de dobles para desprestigiarle, y, en definitiva, marginación de cualquier aspecto de la vida oficial soviética. Su nombre no era mencionado en ninguna enciclopedia, diccionario u obra de crítica literaria, se le negaba el acceso a una vivienda mejor, se le espiaba constantemente, se le sometió a registros y le confiscaron sus manuscritos al menos en un par de ocasiones, registraron las casas de sus amigos e intentaron expulsar a su segunda esposa de la enseñanza.

A finales de los años sesenta el KGB había formado una unidad especial para investigar a Solzhenitsyn e intentar someterlo. Parece haber pruebas de que en 1971 intentó eliminar físicamente al escritor: durante un viaje a Novocherkask le inyectaron a través de un paraguas o algún instrumento similar una sustancia tóxica desconocida que, aunque no le mató, le produjo una larga enfermedad. El uso de venenos por parte del KGB para asesinar a disidentes en el extranjero parece haber sido relativamente frecuente, pero no hay tantos datos de su uso en el interior.

En agosto de 1973 el KGB interrogó a una mecanógrafa de Solzhenitsyn, Elizaveta Voronianskaia, y la obligó a entregar una copia de *Archipiélago GULAG*. Tras hacerlo, la mujer se suicidó. Por esta razón, Solzhenitsyn, que había enviado un microfilm del libro al extranjero para protegerlo, autorizó su publicación en Francia. A causa del revuelo que se creó en la prensa occidental con esta obra la situación del autor en el interior de la URSS se hizo insostenible. El 12 de febrero de 1974 fue arrestado en su propia casa y conducido a la prisión de Lefortovo, donde se le acusó de traición. Durante su interrogatorio leyó una declaración ya preparada en la que proclamaba que no reconocía a ningún tribunal soviético, que rehusaba responder a cualquier pregunta y que no realizaría trabajos forzados. En estas circunstancias, el 13 de febrero, pocas horas después de su arresto, sin darle explicaciones, fue privado de su ciudadanía soviética y expulsado en avión a la República Federal de Alemania.[152] El KGB lo había exiliado utilizando una forma de represión muy diferente a la de los años treinta, lo que evidenciaba una clarísima transformación de su papel. Pero lo mantendría férreamente vigilado durante todo el tiempo de su destierro.

Solzhenitsyn tardaría veinte años en volver a su tierra, ya tras la caída del comunismo.

7

La expansión por Europa: el Bloque del Este

Cuando finalmente en mayo de 1945 Berlín fue ocupado por el Ejército soviético se planteó el problema de la reconstrucción de Europa en términos apremiantes.[153] En los vastos territorios que discurrían a lo largo de la orilla oriental del río Elba la tarea de la reconstrucción posbélica se veía ligada al uso de la violencia. Si descontamos la zona de ocupación soviética de Alemania (la posterior República Democrática Alemana), la liberación de la ocupación nazi fue realizada por el Ejército soviético en colaboración con un número más o menos grande de ciudadanos de las sociedades liberadas.[154] Así, los comunistas polacos y el llamado Ejército Popular –formado por polacos huidos o deportados a la URSS y, más tarde, conscriptos de las zonas liberadas– se hicieron con el poder en Polonia bajo los auspicios y el control militar soviético. Los comunistas checos y eslovacos también entraron en el país con los soviéticos y del mismo modo lo hicieron el pequeño número de comunistas rumanos y húngaros que intentaron legitimar la ocupación de sus países anteriormente aliados de los nazis. El establecimiento de los nuevos regímenes no fue automático ni parece que hubiera un plan previo para establecer repúblicas socialistas. Pero lo que sí hubo desde el principio fue una intervención importante de la policía secreta.

LA VIOLENCIA DE LA POLICÍA SECRETA

Cuando a partir de 1944 el Ejército Rojo fue expulsando a la Wehrmacht de Europa Central, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD) y

los servicios secretos militares (incluyendo el servicio de contraespionaje, SMERSH) fueron extendiendo sus redes a lo largo de los países liberados.[155] En colaboración con los comunistas locales, la organización soviética se encargó de preparar amplias campañas de represión y desarticulación tanto de los antiguos miembros de los regímenes derechistas y de los colaboracionistas como de la oposición y la resistencia antifascista no comunista. El ejemplo más evidente de esto fue el arresto y la deportación (y en ocasiones la posterior ejecución) de oficiales y altos cargos del Ejército clandestino polaco *(Armia Krajowa)*.[156] Estas campañas tenían como objetivo debilitar la oposición a la influencia soviética y, con el comienzo de la Guerra Fría, abrir camino al dominio de los partidos comunistas y a la instalación de regímenes de democracias populares. Al tiempo que se fueron estableciendo las estructuras de los nuevos estados socialistas entre 1947 y 1950, el NKVD se encargó –a través de «consejeros»– de ayudar a construir las policías secretas de cada país.[157] También se enviaba a miembros de las nacientes fuerzas policiales a la URSS, donde les impartían cursos especializados en técnicas de investigación y operaciones.[158] Las formas, métodos y estructuras de todas ellas se vieron, pues, muy influidas por el ejemplo soviético, aunque en algunos casos concretos hubo ciertas peculiaridades debidas a la persistencia de los servicios secretos propios de cada país.

La violencia policial fue necesaria para la instalación del sistema y se aplicó de una forma que, a lo largo de los primeros años y con distintos vaivenes, acabó remedando la ingeniería social de los años de construcción del sistema estalinista. Pese a que el socialismo de Estado tenía mucho que ofrecer a unas sociedades exhaustas por la larga guerra y que recordaban las turbulencias económicas y políticas de los años veinte, no fueron sus aspectos positivos –su capacidad de organizar la miseria o la modernización acelerada–, sino la violencia inicial –el aplastamiento de las guerrillas, las deportaciones, los encarcelamientos selectivos de opositores, las ejecuciones de colaboracionistas, reales o imaginarios– los que permitieron su instalación.

Con el tiempo, esta violencia sólo fue un recuerdo, pero su memoria fue esencial a la hora de mantener el sistema: la violencia no propiamente vivida, pero no por ello menos real, el recuerdo omnipresente de las represiones en la URSS y de la primera década de posguerra en el resto de países del centro de Europa. Para el ciudadano medio de la zona el comunismo iba unido a una imagen de violencia extrema, reforzada por la experiencia de la guerra y la liberación, que era, a la vez, una ocupación. La modernización, la industrialización y las oportunidades de ascenso social que el socialismo permitía fueron claves a la hora de lograr legitimación y asegurar continuidad al sistema. Pero los socialismos fueron sistemas inestables por naturaleza y sus habitantes eran conscientes de ello. Primero, durante los años del comienzo de la Guerra Fría, muchos estuvieron aguardando un conflicto, la Tercera Guerra Mundial, que acabara con los soviéticos y les liberara de su abrazo mortal. Luego, cuando las naciones se convencieron de que esto no iba a suceder e intentaron acomodarse a lo realmente existente, cuando las primeras generaciones criadas en el socialismo comenzaron a llegar a la madurez, la imposible situación económica y de abastecimientos hizo inevitable el deseo de cambios que mejoraran al menos esa situación. Esta sorda renuencia –que implicaba incluso a quienes se beneficiaban más del sistema o a quienes creían firmemente en él– se mantuvo a bajos niveles gracias a la policía política como instrumento de ejercicio de la violencia.

En la segunda mitad de 1944 se produjeron infiltraciones de comunistas en las policías políticas de las hasta entonces dictaduras de derecha de Bulgaria y Rumanía. Aunque, en principio, los regímenes sucesores eran democracias y los comunistas estaban en coalición con otros partidos, rápidamente se hicieron con el dominio de las policías –tanto de las uniformadas como de las secretas.[159] Los primeros meses de 1945 vieron la creación de la policía secreta polaca, a imagen y semejanza de la soviética, así como el surgimiento de un departamento de seguridad en la recién resucitada Checoslovaquia, que se apoyaba en el existente hasta entonces, pero lo doblaba y acabaría por suplantarlo. También a principios de 1945, antes incluso de la ocupación soviética del país, se fueron formando los

primeros servicios secretos comunistas en Hungría, que luego serían, hacia 1950, unificados y formalizados en el Departamento de Seguridad del Estado (*Államvédelmi Hatóság*, ÁVH).

LA SECURITATE

Las instituciones de seguridad rumanas que todavía existían se redujeron considerablemente en varios pasos después del 23 de agosto de 1944 (el golpe de Estado impulsado por el rey Miguel I para sacar a Rumanía de la guerra y pasarla al bando aliado). Sin embargo, se mantuvieron inicialmente las estructuras institucionales con su personal. El aparato de seguridad rumano quedó intacto, bajo un control soviético limitado. Hubo una política de personal basada en la integración de los servicios secretos anteriores (la llamada *Siguranță*, Seguridad). La represión fue también relativamente laxa hasta 1946, con el uso de tribunales especiales pero no tanto de la policía secreta. En 1945, Rumanía, con 16 millones de habitantes, tenía alrededor de 15.000 presos políticos.

Hasta este momento el enemigo principal de la oposición a la sovietización era el NKVD soviético que, con el apoyo de las tropas del Ejército Rojo, estaba llevando a cabo la represión y el desarme de los potenciales antagonistas a la asunción del poder por parte de los comunistas. La siguiente etapa de represión, ya a cargo de la nueva policía política, la Securitate, comenzó en 1948, con la plena instauración del socialismo de tipo estalinista. Fue el momento en que la resistencia armada anticomunista se mostró de forma más compleja y amplia, con representación en todas las partes del país. Durante este tiempo existían doce zonas de resistencia compuestas de múltiples organizaciones. Según las estadísticas de la Securitate, hasta 1969 se habían liquidado 1.196 grupos, lo que nos da una idea de la amplitud del fenómeno. Los medios que usó la Securitate para combatirlos –miles de hombres– nos dan cuenta también de la importancia que el régimen comunista le otorgaba a la lucha contra quienes se oponían a la comunistización del país. La metódica y

continua represión de la Securitate acabó por desactivar toda la resistencia organizada en Rumanía. De hecho, la presión fue tan grande que hasta los años ochenta no se volvió a organizar una oposición anticomunista digna de ese nombre.

En agosto de 1948 se creó la Dirección General de Seguridad del Pueblo (*Direcţia Generală a Securităţii Poporului*, DGSP) o Securitate. Su jefe era el ciudadano soviético Pantelimon Bodnarenko, que tomó el nombre rumano de Gheorghe Pintilie para esconder su proveniencia. No fue el único. Un número importante de «asesores» soviéticos con nombre falso se insertó en las fuerzas de seguridad.

Formalmente, la Securitate continuó bajo la advocación del Ministerio del Interior, pero a través de la participación de Pintilie en el Comité Central se aseguraba el control de la organización por parte del Partido Comunista. El hecho de que Pintilie fuera un agente soviético permitió que se espiara y vigilara incluso a los cargos de mayor relieve del partido sin conocimiento de nadie más que de las autoridades soviéticas (algo bastante poco habitual dentro de las policías comunistas).

Durante un breve tiempo en la época estalinista, el Ministerio del Interior se disoció del Ministerio de Seguridad, aunque luego volvieron a unirse. Una de las tareas de la Securitate era la protección de los campos de trabajo *(colonii de muncă),* que en 1950 habían quedado bajo el control de un departamento especial del Ministerio del Interior conocido como Dirección de Unidades de Trabajo *(Direcţia Unităţilor de Muncă).*[160] Las unidades de trabajo (llamadas así hasta 1952) y las colonias (hasta su desaparición en 1954) constituyeron el equivalente rumano del Gulag, una herramienta represiva que fue usada contra quienes eran tachados de «enemigos del régimen». A veces las acusaciones eran absurdas, como por ejemplo, la de un campesino, Dumitru Hriscu, detenido por «lanzar bufidos alarmistas y decir injurias contra el camarada Stalin, la Unión Soviética y la República Popular Rumana».[161] Las condenas se producían sin juicios, por decisiones administrativas del Ministerio del Interior, en actos generalmente ilegales y secretos. Según las estadísticas propias de la Securitate, al menos 29.000 personas fueron encarceladas en unidades de trabajo y colonias.

Durante los años 1949 a 1951 se desarrolló, especialmente en la prisión de Piteşti, un terrible experimento de «reeducación». Estudiantes que habían sido miembros del movimiento Legionario –un partido fascista de la Rumanía de entreguerras– fueron torturados durante largas temporadas por sus propios compañeros:

> Algunos de ellos [de los estudiantes] eran «bautizados» todas las mañanas: sus cabezas se sumergían en un cubo de orina y materia fecal mientras los presentes cantaban el rito del bautismo. Esto continuaba hasta que el contenido del cubo comenzaba a burbujear. Cuando el prisionero recalcitrante estaba a punto de ahogarse paraban, dándole un breve respiro para tomar aliento, y luego se le sumergía una vez más. Uno de los «bautizados», a los que se aplicaba sistemáticamente la tortura, adquirió un reflejo automático que duró unos dos meses: todas las mañanas se levantaba y metía la cabeza en el cubo, para la diversión de los reeducadores.[162]

La iniciativa había sido de Eugen Ţurcanu, un antiguo fascista, que diseñó una operación en varios estadios que comenzaba con la humillación continua y una violencia permanente para quebrar la voluntad de los detenidos y hacerles delatar a sus compañeros. El proceso terminaba con la participación de los presos aniquilados moral y físicamente en la tortura de otros. Tras algunas denuncias en el extranjero, el Ministerio del Interior acabó con el experimento, juzgó a Ţurcanu y a sus camaradas y los fusiló en 1954.[163]

En Rumanía no hubo una desestalinización en el sentido habitual del término, sino que, tras los hechos de 1956 en Hungría, comenzó un proceso de alejamiento de la URSS sin rechazar su modelo. En algunos aspectos el régimen continuó siendo más estalinista que la propia Unión Soviética, pero intentó mostrar, hacia la población y hacia el exterior, una actitud más nacional, endógena. Pero el camino hacia la soberanía tuvo también consecuencias. Cuando en 1964 Jrushchov fue derrocado, el líder rumano Gheorghe Gheorghiu-Dej lo vio como una oportunidad para eliminar a los asesores del KGB de Rumanía. El director del KGB, Vladímir Semichastni, amenazó a los rumanos y llegó incluso a volar a Bucarest, pero al final se vio obligado a transigir. Desde ese momento, Rumanía fue el primer país del Bloque del Este que no tuvo que tolerar la presencia de los observadores

soviéticos. Ello no implicaba, por supuesto, que no fuera a seguir colaborando de forma operativa con el resto del bloque en campañas comunes, pero la decisión estaría a partir de entonces en sus manos.

Tras la llegada al poder de Nicolae Ceauşescu en 1965, el proceso de independencia con respecto a la URSS continuó. El nuevo gobernante también se enfrentó directamente a la Securitate, un organismo que se veía demasiado ligado a los veinte años anteriores de terror. No olvidemos que Ceauşescu comenzó con una reputación de reformador, que se incrementó cuando en 1968 se mostró firmemente en contra de la intervención soviética en Praga. Pero incluso ya antes había introducido limitaciones legales a los arrestos de la policía secreta y había expulsado al ministro del Interior, considerándolo demasiado conservador. A lo largo de los años siguientes se hicieron varias remodelaciones de la Securitate, que consistieron sobre todo en ponerla bajo el control del Ministerio del Interior (con el nombre de Departamento de Seguridad, *Departamentul Securităţii*, DS), añadir entre sus funciones el espionaje extranjero y, más tarde, crear en su seno un centro de cifrado.

Aunque el Gobierno de Ceauşescu había comenzado con una clara apertura al exterior e intentos de reformas económicas, con el paso del tiempo sus políticas empezaron a ser más erráticas. La acumulación de créditos solicitados al extranjero y su decisión de pagarlos a costa del nivel de vida del país hicieron que el descontento fuera en aumento. Durante los años ochenta, su megalomaníaca política de construcción acabó convirtiendo al Ejército en mano de obra barata, lo que implicó que se ganara su enemistad. Ceauşescu se dio cuenta de que cada vez debía apoyarse más en la Securitate e impulsó una política de incremento de efectivos y de fortalecimiento, así como la creación de nuevas unidades antiterroristas y de gestión de revueltas.

La Securitate tuvo una importante acción exterior dirigida tanto a extender una imagen positiva del régimen como a perseguir y anular la disidencia y la crítica de los exiliados. Una de las acciones habituales del DS en el exterior fue expandir el culto a la personalidad de Ceauşescu, ya desarrollado en el interior del país, pagando publicaciones de hagiografías

del presidente y de los libros de su mujer –en realidad no escritos por ella. Esto dio pie a numerosos problemas, como la defección de algunos de los encargados de esta propaganda, que huían del país dejando al régimen en ridículo.

A lo largo de los años setenta y primeros de los ochenta se sucedieron los atentados y envenenamientos de disidentes, algunos con éxito: una bomba contra la sede de Radio Europa Libre (Radio Free Europe) en Múnich y el envío de cartas bomba desde Madrid contra opositores en el exilio.

En marzo de 1978 se reorganizó la policía y se creó el Departamento de Seguridad del Estado (*Departamentul Securităţii Statului*, DSS) dentro del Ministerio del Interior. Su jefe se convertía en ministro secretario de Estado. El DSS heredó toda la estructura del DS con pequeños cambios y la conservó hasta su abolición el 30 de diciembre de 1989.

LA STASI

Aunque entre 1946 y 1950 existió el precedente de la Administración Alemana de Interior *(Deutsche Verwaltung des Innern)*, la policía secreta germanooriental sólo surgió como tal a partir de 1950.[164] Para entonces, el Partido Comunista alemán (KPD) se había unido con el Partido Socialdemócrata (SPD) para formar el Partido Socialista Unificado de Alemania (SED), que sería el partido rector de la Alemania comunista hasta 1989.

Tras la decisión occidental de formar la República Federal Alemana, tanto los comunistas alemanes como la URSS optaron por la solución de los dos estados. En la «zona soviética» (la República Democrática Alemana, RDA) se estableció una fuerza policial completamente nueva. Aunque había determinadas disposiciones del Consejo de Control Aliado después de la derrota de Alemania que imponían a la policía alemana como únicas tareas el mantenimiento de la ley y el orden, las autoridades soviéticas impulsaron una policía secreta. En los primeros años hubo una fuerte presencia de

instructores soviéticos que incluso decidían los ámbitos de trabajo. La URSS, como potencia ocupante, diseñó la estructura, la ideología y la orientación práctica de la policía secreta recién creada siguiendo el modelo de la soviética. También influyó en el trabajo político-operativo a través de una gran cantidad de instructores, alrededor de 2.200 empleados hasta 1953, que bajaron a unos quinientos tras la muerte de Stalin y se quedaron en sólo 32 a partir de 1958. La organización de la policía secreta se hizo ya dentro de un ministerio propio, el Ministerio para la Seguridad del Estado (*Ministerium für Staatssicherheit*, MfS), nombre que mantendría hasta el final. La población se referiría a la organización con nombres como «la Stasi», «la Firma» o «la Compañía».[165]

El anclaje social del KPD era, incluso después de la dictadura nazi, bastante más amplio que en otras zonas de Europa. Muchos de los resistentes clandestinos contra Hitler fueron comunistas y estuvieron en campos de concentración o tuvieron que partir al exilio. El primer ministro para la Seguridad del Estado fue Wilhelm Zaisser, que asumió el cargo en 1950. Zaisser, miembro del KPD desde su fundación, participó en la Guerra Civil española, primero como asesor de política militar y luego, desde noviembre de 1936, como comandante de la XIII Brigada Internacional con el nombre de «general Gómez». Durante 1937 comandó la base de las Brigadas Internacionales en Albacete, pero en 1938 fue llamado a Moscú, donde fue empleado del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. De este modo trabajó durante la Segunda Guerra Mundial con los prisioneros de guerra alemanes en su desnazificación. Tras el fin del conflicto volvió a Alemania. Su carrera de comunista internacionalista era ejemplar y esto lo intentó trasladar a la Stasi.

Ingeborg Dummer, militante del SED y empleada de la oficina de distrito del Ministerio para la Seguridad del Estado en Greifswald de 1950 a 1952, cuenta en sus memorias los inicios del MfS en la provincia:

> La primera oficina del MfS en Greifswald, que estaba en construcción, se encontraba en un edificio residencial bastante discreto al final de la Bahnhofstrasse [la calle de la Estación]. Yo pertenecía al personal operativo [...] fuimos clasificados inmediatamente como «Oberkommisar» [comisario superior]. Mis dos colegas masculinos iban a trabajar «operacionalmente». Yo, por

> otro lado, tenía una tarea especial: la de buscar «cuadros» [contratar nuevos funcionarios], una labor que estaba muy en línea con mis experiencias e inclinaciones.[166]

Refiriéndose al primer jefe del departamento en Greifswald, Dummer comenta:

> El jefe, Erich Kistowski, era un camarada de Danzig de unos cuarenta años de edad, que había pertenecido al KPD antes de 1933, había sido encarcelado por los fascistas y, por lo tanto, tenía experiencia en el trabajo clandestino. Era un hombre alto, moreno y atractivo. Como superior, siempre tranquilo y objetivo, intentó enseñarnos los principios básicos de la inteligencia. Uno de los principios más elevados era la clandestinidad.

Los primeros años de la Stasi siguieron la típica dinámica estalinista: persecución de toda oposición (incluyendo, en este caso, a criminales de guerra y nazis destacados), implementación de la reforma agraria por la fuerza, control de la Iglesia evangélica –y, en menor medida, de los escasos católicos que habían quedado en la zona– y, sobre todo, la lucha contra el espionaje «imperialista». En este caso, hubo un punto de razón. El Grupo de Lucha contra la Inhumanidad (*Kampfgruppe gegen Unmenschlichkeit*, KgU), formado por socialistas que habían estado en la resistencia contra Hitler, llevó a cabo numerosos sabotajes contra líneas telefónicas, redes eléctricas, maquinaria de trenes y vías férreas, acciones que costaron millones de marcos. Financiado por la Agencia Central de Inteligencia americana (CIA) al menos desde 1949, se le ha acusado de haber provocado algunas muertes, aunque los documentos disponibles no parezcan confirmar la hipótesis.[167] Sí es cierto que en 1951 el KgU realizó un atentado con ampollas de fósforo en unos grandes almacenes de Leipzig. El grupo fue perseguido con dureza: al menos 1.072 miembros fueron arrestados, de los que 121 fueron fusilados por los soviéticos y cinco por la justicia de la RDA. El KgU desapareció en parte por la represión y en parte porque perdió el apoyo de los servicios secretos americanos.

Wilhelm Zaisser fue el encargado de diseñar los primeros pasos del MfS. Pero cuando en 1953 la Stasi demostró no haber sido capaz de detener o siquiera intuir el levantamiento popular del 17 de junio de 1953 cayó en

desgracia. La revuelta, iniciada por los obreros de la reconstrucción de Berlín, que se quejaban de excesiva presión en el trabajo y escaso sueldo, alcanzó una enorme repercusión en todo el país. Tuvo que ser aplastada por las fuerzas de ocupación soviéticas y causó numerosas víctimas. Zaisser, junto con Rudolf Herrnstadt, un miembro del Politburó, fue acusado de faccionalismo, depuesto como ministro, expulsado del Politburó y del Comité Central y, unos meses más tarde, en enero de 1954, expulsado del partido.

Ernst Wollweber, un comunista de origen proletario que había participado en el envío de armas a la República española, sucedió a Zaisser en su cargo. El partido ató ahora más corto al MfS y evitó toda independencia. La desestalinización enfrentó al secretario general Walter Ulbricht, viejo estalinista, con la Stasi, pero el alzamiento revolucionario de 1956 contra el Gobierno de la República Popular de Hungría y su aplastamiento violento por la URSS reforzó la posición del secretario. Wollweber fue, a su vez, destituido. En 1957 su viceministro, Erich Mielke, otro comunista de la primera hora, que había vivido la lucha contra la República de Weimar y luego contra el régimen nazi, y que estuvo también en la guerra de España, fue nombrado ministro. La elección de Mielke, que era de la cuerda de Ulbricht, significaba afianzar la subordinación del aparato del MfS a las instrucciones del secretario general del SED. Sin embargo, la supervisión de la Stasi por parte de las autoridades del partido formalmente responsables, como el Departamento de Asuntos de Seguridad del Comité Central o su secretario de Seguridad, Erich Honecker, siguió siendo relativamente débil.

Tras el nombramiento de Honecker como secretario general del SED en 1971 y la destitución de Ulbricht, Mielke ganó influencia dentro del partido. Fueron los años dorados de la Stasi, cuando mantuvo una manifiesta independencia y un crecimiento importante. La reputación de omnipotencia, la creencia de que lo conocía todo y estaba en todos lados, se asentó entonces.

La *Perestroika* cambió las cosas. Incapaz de comprender el espíritu del tiempo, Erich Mielke se enfrentó a los soviéticos, criticando a Mijaíl

Gorbachov y el nuevo rumbo. Después de la caída de Honecker en octubre de 1989, su sucesor, Egon Krenz, proclamó el inicio del «diálogo». Esto hizo que la Stasi no persiguiera ni utilizara la violencia contra los manifestantes –algo muy criticado entre sus propios miembros, que se daban cuenta de que sin represión el sistema no iba a poder durar. Mielke fue arrestado el 7 de diciembre. El nuevo primer ministro de la RDA, Hans Modrow, anunció que el MfS se convertiría en la Oficina de Seguridad Nacional (*Amt für Nationale Sicherheit*, AfNS). La Cámara del Pueblo, el nuevo Parlamento, eligió al viceministro de Mielke, Wolfgang Schwanitz, para liderarla. Sin embargo, al poco tiempo se decidió disolver por completo la Seguridad del Estado. Con la inmediata reunificación con la otra Alemania, toda posibilidad de que la Stasi continuara quedó vedada.

EL SB

Según fueron ocupando el territorio de Polonia a partir de 1944, las tropas del Ejército Rojo y del NKVD y los temidos destacamentos del SMERSH desarticularon progresivamente la organización militar y civil del poderoso Ejército del Interior polaco, la mayor organización clandestina europea de oposición a los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Los soviéticos detuvieron a muchos de sus miembros y torturaron y asesinaron a otros. Las instituciones legales establecidas por el Gobierno polaco en el exilio fueron anuladas y sustituidas por otras dependientes del Gobierno comunista apoyado por la URSS que tenía su sede en la ciudad de Lublin. En 1945 el NKVD contaba con más de 10.000 soldados, sus propios campos de concentración y sus propias cárceles.

En general, con la ayuda soviética, el nuevo poder trató a los miembros de la resistencia polaca antinazi como enemigos. Se les acusó incluso de absurdos y falsos crímenes de colaboración con los alemanes. El caso seguramente más terrible fue el de Witold Pilecki, militar de larga carrera que en 1940 se había dejado capturar voluntariamente para poder entrar en Auschwitz. Sus 945 días en el campo sirvieron para crear una red de

inteligencia y resistencia en el interior. Cuando, tras 1945, Pilecki prosiguió su lucha contra el totalitarismo, ahora comunista, fue detenido, torturado y, en un proceso público, condenado a muerte. Fue ejecutado de un tiro en la nuca y enterrado en una fosa común.

Los comunistas polacos comenzaron muy pronto a construir un aparato de seguridad sobre la base del modelo soviético. Se creó un Departamento de Seguridad Pública (*Resort Bezpieczeństwa Publicznego*, RBP), al que sucedió desde el 1 de enero de 1945 un Ministerio de Seguridad Pública (*Ministerstwo Bezpieczeństwa Publicznego*, MBP). Ambas instituciones fueron dirigidas hasta el final del estalinismo por Stanisław Radkiewicz, un comunista de primera hora que había tenido una actuación destacada en el Partido Comunista Polaco y en el exilio en la URSS. El crecimiento de la institución fue extraordinario: en 1953 tenía más de 14.000 empleados operativos y casi 20.000 empleados civiles (por ejemplo, médicos, mecanógrafos, contables), además de los alrededor de 13.000 funcionarios de la Guardia de prisiones, los 47.000 de la Milicia Ciudadana (la policía regular), y los funcionarios de fronteras y de otros cuerpos que llegaban a contar casi con 200.000 miembros.[168]

Justo por entonces comenzó la desestalinización, que trajo la disolución del resorte y la creación de dos instituciones: un Ministerio del Interior y un Comité de Asuntos de Seguridad Pública (*Komitet do spraw Bezpieczeństwa Publicznego*, KBP). Esto fue acompañado de una reducción importante en los efectivos. La crisis política y social de 1955 y 1956 colapsó el aparato de seguridad y debilitó la red de agentes. La revuelta obrera de Poznań el 28 de junio de 1956 terminó con una violenta lucha en la que la sede de la policía política fue atacada y se llegó a un cruce de disparos entre los miembros de la policía secreta y los manifestantes que duró horas. A lo largo de la tarde y parte de la noche unos cuatrocientos rebeldes se enfrentaron al Ejército con armas robadas y con cócteles molotov. Los insurgentes consiguieron hacerse con dos tanques e intentaron usarlos contra los soldados. Pero no pudieron imponerse al Ejército. Al mismo tiempo que los rebeldes iban siendo controlados, la policía secreta comenzó a detener masivamente a los que se había identificado como

iniciadores de la protesta, miembros del comité de huelga o manifestantes delatados por sus vecinos. En los dos días siguientes, más de setecientas personas serían detenidas, obreros en su mayor parte. El resultado final del alzamiento fue de al menos 57 muertos, de los que unos nueve eran soldados o *ubekos*, miembros de la policía secreta, alguno de los cuales había sido linchado.

Se produjo entonces una reestructuración importante de la policía secreta que consistió sobre todo en ocultar el aparato de seguridad estatal y general dentro de las estructuras del Ministerio del Interior y distribuir dentro de la Milicia Ciudadana (*Milicja Obywatelska*, MO) los niveles más bajos del aparato de seguridad en las provincias. En el ámbito del distrito, los funcionarios del Servicio de Seguridad (*Służba Bezpieczeństwa*, SB) estaban subordinados formalmente a los comandantes de la MO locales.

A lo largo de los años siguientes, el ministerio sufriría una cierta inestabilidad (seis ministros diferentes entre 1968 y 1981). En julio de 1981, el presidente Wojciech Jaruzelski nombró ministro del Interior al general Czesław Kiszczak, que ocuparía la cartera hasta julio de 1990. Este nombramiento supuso un cambio muy especial. Kiszczak, que había sido jefe de la inteligencia y la contrainteligencia militar durante mucho tiempo, llevó al ministerio a muchos otros oficiales de los servicios secretos del Ejército. Esto reflejaba la creciente militarización introducida por el general Jaruzelski, que daría paso a la promulgación de la Ley Marcial en diciembre de 1981.

Durante la Ley Marcial (1981-1983), el SB fue ayudado sobre todo por una especie de élite parapolicial, la Reserva Motorizada de la Milicia Ciudadana (*Zmotoryzowane Odwody Milicji Obywatelskiej*, ZOMO). Su actuación de represión desaforada ocasionó numerosas víctimas.

Uno de los crímenes más extraños atribuidos al SB durante los años ochenta, fue el secuestro y asesinato del conocido párroco Jerzy Popiełuszko. El sacerdote estaba muy comprometido con los sindicatos libres y era ferozmente anticomunista. Tras una serie de ataques en la prensa, el 19 de octubre de 1984 fue raptado por tres miembros de la policía secreta, torturado y arrojado aún vivo a un pantano. El asesinato produjo

una enorme conmoción en Polonia. Lo sorprendente es que pronto los agentes fueron detenidos, juzgados y condenados. El responsable real de la acción nunca fue encontrado y continúa habiendo mucha confusión acerca de si fue un crimen encargado por el SB, o fueron los propios agentes los que lo perpetraron por cuenta propia. El asesinato contribuyó a crear una atmósfera de odio a la policía secreta que adquiriría vigor tras la caída del sistema.

La derrota electoral del Partido Comunista en las elecciones semilibres del 4 de junio de 1989 desencadenó la desintegración de la estructura organizativa del SB para camuflar sus actividades y eliminar su importancia en el Ministerio del Interior. En abril de 1990, cuando el Partido Comunista se había transformado en socialdemócrata y la dictadura había caído formalmente, se produjo una reestructuración fundamental del aparato de seguridad. Se creó una policía regular, sustituyendo a la Milicia y se fundó una Oficina de Protección del Estado para sustituir al SB. Cuando en mayo de 1990, Krzysztof Kozłowski, periodista y opositor católico, sustituyó a Kiszczak como ministro del Interior realizó una *lustración* de todos los funcionarios del organismo y expulsó a quienes no habían pasado la purga. Pero la policía secreta mantuvo aún la posibilidad de una segunda existencia.

CARACTERÍSTICAS

Las diversas policías sufrirían distintas reorganizaciones, formando a veces parte integrante del Ministerio del Interior respectivo o bien funcionando como agencias independientes bajo la autoridad de la Presidencia del Gobierno. En cualquier caso, el control real durante toda la época socialista le correspondía al Comité Central o Politburó de cada partido comunista.

La dualidad típica de todo Estado del socialismo real se reflejaba también en sus policías secretas: por un lado, se hallaba la estructura completa del Estado, en apariencia democrática, con elecciones y parlamentos, y por otro, el poder último –real– que pertenecía al Partido

Comunista, que controlaba directamente los resortes básicos del país. Uno de éstos eran las policías secretas. El nivel de control sobre ellas se incrementó a partir de 1953: las purgas estalinistas –que habían castigado duramente al propio partido– dejaron traumatizadas a las élites comunistas. Por lo general se confió el mando de las policías a funcionarios del partido de toda confianza, con muchos años de militancia, que a menudo eran miembros del Politburó y, por tanto, formaban parte del centro del poder político. Las relaciones entre el partido y su respectiva policía eran jerárquicas. El partido velaba por que las policías no acumularan demasiado poder: estaban sujetas a las órdenes del partido y a veces carecían de competencia sobre sus miembros.

En general, las policías secretas tenían una estructura complicada, de muchos departamentos, y se ocupaban de una serie de tareas que a menudo estaban muy alejadas entre sí. Por ejemplo: en 1989, la Stasi germanooriental albergaba dentro de su estructura el Departamento VI, que servía para el control y la emisión de pasaportes –de modo análogo al resto de policías, lo que constituye el grueso de los materiales de archivo conservados. También existía un secretariado que se ocupaba del club de fútbol del Dínamo –cada policía política del Bloque del Este tenía su equipo de fútbol. Junto a estos departamentos había otros más propios de policías secretas como el XI (cifrados), el III (escuchas y contraespionaje radiofónico) o el secretariado «M» (control de correspondencia).[169]

Las cifras de miembros de las policías secretas variaron mucho a lo largo del tiempo y no son fáciles de establecer: ¿los informantes y confidentes eran miembros? ¿Se puede considerar informante a una persona que estaba registrada como tal pero no aportaba información? Muchos de estos problemas de definición han marcado las disputas posteriores acerca de cómo enjuiciar a los confidentes. En cualquier caso, hacia 1989 la Securitate tenía unos 15.000 miembros oficiales y entre 400.000 y 700.000 confidentes (para una población total de 23 millones), la Stasi contaba con 90.000 miembros y unos 174.000 confidentes (para una población de 17 millones) y el SB polaco tenía 24.000 miembros y unos 98.000 confidentes (para una población de 37 millones).[170]

En cuanto a las víctimas totales, las cosas no son mucho más fáciles de definir: depende de si se cuentan las víctimas ocasionadas por el NKVD o el Ejército Rojo durante los procesos de pacificación y sovietización, los criminales de guerra nazis o fascistas, los pequeños criminales detenidos y otros muchos tipos de delitos no políticos o relacionados con el fin de la guerra. Para hacernos una idea: la Stasi llevó a cabo casi 90.000 procedimientos preliminares entre 1950 y 1989, que generalmente involucraban encarcelamiento y la mayoría de ellos terminaban con condenas. En cuanto a muertes por violencia, entre 1945 y 1950 cerca de 63.000 prisioneros perecieron en campos de internamiento soviéticos y los tribunales militares de la URSS pronunciaron al menos 1.963 sentencias de muerte hasta 1955, de las que no menos de 1.201 se llevaron a cabo (1.140 hombres y 61 mujeres). Entre 1945 y 1989, los tribunales de la RDA fueron responsables de 373 condenas a muerte, de las cuales se ejecutaron al menos 208, la mayor parte (148) hasta 1956. El número de personas que murieron intentando escapar o cruzar la frontera ilegalmente asciende a 765. La RDA abolió finalmente la pena de muerte en 1987.[171]

En Polonia, el número de víctimas choca con los mismos problemas para los primeros años: no sabemos si las cifras disponibles incluyen a criminales no políticos, soldados alemanes o desertores soviéticos. En cualquier caso se habla de 243.066 personas detenidas hasta 1956. El número de muertos en la represión hasta entonces –lo que incluye la lucha contra la insurgencia polaca y ucraniana– ronda entre los 9.000 y los 10.000. Aparte de esto hubo unas 9.000 sentencias de muerte, de las que al menos 3.000 fueron ejecutadas hasta 1954. A partir de entonces y hasta 1981 hubo un goteo de condenas, pero no demasiadas a muerte. Esto cambió el 13 de diciembre de 1981 con la introducción de la Ley Marcial: unas 5.000 personas fueron internadas a partir de listas preparadas de antemano; más de 3.000 fueron arrestadas y condenadas por organizar huelgas, y al menos diez personas fueron asesinadas durante huelgas y manifestaciones. A ellas habría que añadir otras treinta más muertas en situaciones extrañas durante los años siguientes, incluyendo el caso famoso

del sacerdote Jerzy Popiełuszko en 1984 (aunque sus autores pronto fueron arrestados y juzgados).

La Securitate, en sus diversas encarnaciones, supuso tan sólo una parte de los mecanismos de represión del régimen, que, en sus primeros tiempos sobre todo, usó el Ejército para combatir la elevada insurgencia armada. Las cifras de víctimas más o menos establecidas serían las siguientes: 73.310 personas fueron condenadas a prisión en el período 1945-1964, de las cuales 335 recibieron la pena de muerte (aunque no todas fueron ejecutadas). Otras 24.905 fueron absueltas o se desestimó su caso. Además, 21.068 personas fueron enviadas a campos de trabajo forzado en el mismo período. El número de los que murieron en detención asciende a 3.847, de los cuales 2.851 perdieron la vida mientras cumplían su sentencia (203 bajo interrogatorio, 137 como resultado de la ejecución de una sentencia de muerte y 656 en los campos de trabajo forzado).[172]

Con la caída de los regímenes de socialismo de Estado en 1989, las policías políticas fueron desactivadas en la mayoría de los países. En algunos casos radicalmente –como en la exRDA, Checoslovaquia o países del Báltico– y en otros de forma más pausada –como en Polonia. En Rumanía y Bulgaria las respectivas policías mantendrían una enorme cuota de poder y condicionarían en cierta forma el paso hacia la democracia parlamentaria. De las diferencias en la disolución de las policías dependería también en buena medida su *Aufarbeitung*, es decir, la evaluación histórica y política de sus actuaciones y de sus crímenes. Esta evaluación ha sido posible gracias al legado que las policías secretas dejaron en forma de grandes cantidades de materiales de archivo.

8

Las policías políticas comunistas y España

Laura, de quien hemos hablado al principio de este libro, fue perseguida por la Stasi en la Alemania Oriental. No fue la única, ni allí ni en otros países comunistas, ni siquiera dentro de la propia España. Como parte beligerante en el conflicto de la Guerra Fría, en ese aspecto, sus ciudadanos corrieron la misma suerte que los de otros países occidentales.

España puede ser un buen ejemplo de la vigilancia de las policías secretas. Este capítulo expone diversos casos centrados en el país o sus ciudadanos, aunque también examinaremos aquí numerosas formas de acción y episodios concretos del trabajo de la Stasi, la Securitate y el SB, las tres policías que, para este tema, he investigado.

La relación de España y de los españoles con las policías secretas de los estados socialistas se enmarca en dos ámbitos temporales e históricos concretos: la Guerra Civil española de 1936-1939, entendida como combate entre el fascismo y el bolchevismo, y la Guerra Fría entre los bloques occidental y oriental. En el primer ámbito, el papel fundamental le correspondió a los servicios secretos soviéticos y a la acción transnacional de la Internacional Comunista; en el segundo hubo más actores y más campos de acción: no sólo actuaban en España los otros servicios secretos del Este –aunque, como veremos, de forma muy diferente y variable– sino que también había una serie de elementos, como los emigrados y los exiliados, el terrorismo o las relaciones diplomáticas, que añadían complejidad a ese contacto.

LAS POLICÍAS SECRETAS SOVIÉTICAS Y LA GUERRA CIVIL

En los años noventa tuve la oportunidad de traducir del ruso al castellano una parte de los documentos sobre la guerra de España conservados en el antiguo archivo de la Komintern, la Internacional Comunista, en Moscú. Lo que más me asombró entonces es que, pese a los mitos acerca de la intervención soviética en España, sobre la que se pensaba que había sido realizada con la clara intención de extender la revolución, lo cierto es que los documentos a nuestra disposición mostraban con contundencia que no había sido así. Las comunicaciones de la jerarquía comunista soviética con el Partido Comunista de España (PCE) antes de la guerra seguían todas las normas, un tanto ridículas desde el punto de vista actual, de reafirmar a los comunistas en un radicalismo político extremista y vacío que había hecho del partido apenas una nota al margen de la vida política española (como en realidad, de casi cada país europeo, si descontamos la Alemania anterior a Hitler).[173] Pero el material de los archivos posterior al comienzo de la guerra mostraba claramente que Iósif Stalin y su círculo no tenían intención alguna de sovietizar España iniciando una revolución bolchevique a la manera rusa. En las cartas y en los telegramas cifrados se repetía la necesidad de no ir más allá de una «república democrática burguesa». El mito de que Stalin quiso hacer de España un país «comunista» es, eso, pura ficción.

Desde los años noventa los investigadores lo han demostrado una y otra vez. Las detalladas monografías de Ángel Viñas, el bien informado libro de Boris Volodarsky así como la parte dedicada al tema por Jonathan Haslam en su revisión de los servicios soviéticos son concluyentes.[174] Incluso la colección de documentos de Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Nikolaevich Sevostianov, extraídos del mismo corpus de la Internacional Comunista, muestran poco más que un uso cínico, pero comprensible en el mundo de la *Realpolitik*, de la Guerra Civil española como medio para obtener réditos políticos y económicos.[175] La URSS utilizó a España para adquirir divisas y oro –vendiendo armas legalmente, aunque a precios

abusivos– y participó en la Guerra Civil intentando conseguir ventajas diplomáticas y evitar que Francia –su alianza soñada– quedara rodeada por los fascismos. Pero sólo el final victorioso de la Segunda Guerra Mundial cambió la estructura geoestratégica de Europa lo suficiente para que el riesgo diplomático de extender la revolución a otros países le pareciera aceptable. Stalin era en el fondo un pragmático.

La imagen creada durante el franquismo y alentada en los últimos tiempos por seudohistoriadores de una Guerra Civil a la medida soviética y centrada en el fenómeno de las «chekas» es completamente falsa. Las «chekas» españolas fueron, como bien ha demostrado Fernando Jiménez Herrera, un fenómeno muy distinto al de la policía secreta soviética (y, de hecho, al de cualquier policía secreta, incluida la republicana). Las «chekas», que se deberían llamar «comités», como se denominaron en su momento, eran instituciones creadas en el momento del golpe de Estado de los generales contra la República alrededor de ateneos libertarios, casas del pueblo, radios comunistas y otras organizaciones sociales ya existentes. Su primera función fue agrupar a los defensores de la República contra el golpe, pero, casi de inmediato, se convirtieron en los «micropoderes» (así los nombra Jiménez Herrera) que impulsaron la revolución iniciada por la descomposición del Estado: es decir, las «chekas» son consecuencia directa del golpe.[176] Sin éste no habría habido revolución ni «chekas». Por tanto, estas últimas no se construyeron a imagen y semejanza de la homónima soviética –porque, en realidad, tampoco fueron nunca homónimas, ya que «cheka» se trata de una denominación peyorativa que se dio a posteriori– ni en ningún caso fueron diseñadas o creadas por una fantasmagórica policía secreta soviética activa en España. Además, algo que resulta difícil de entender a quienes todavía, como en el franquismo, siguen considerando todo lo izquierdista como «comunista», los comités propiamente comunistas fueron minoría (había anarquistas, socialistas y hasta de izquierda republicana, es decir, liberales de izquierda).[177]

Los comités asumieron toda una serie de funciones diversas. Las de suministrar a la población pertrechos y alimentos, ocuparse de la educación de los niños (algo que en parte ya se hacía antes de la guerra) e interesarse

por el bienestar material de los refugiados fueron, con toda seguridad, las tareas más extendidas en el tiempo y el espacio. Pero también, en los primeros meses de la guerra, actuaron como organismos de orden y castigo para consolidar un proceso revolucionario que había estallado de pronto. En general, los comités crearon organismos de vigilancia que, armados y organizados, se dedicaron a perseguir, controlar y asesinar a centenares, quizá miles de personas (el caso del asesinato de más de 2.000 personas en Paracuellos y Torrejón fue algo diferente y con sanción estatal).[178] Se parecían a las policías secretas totalitarias en el origen político e ideológico de la represión, en su necesidad de clasificar y definir quiénes eran enemigos y en el uso de la delación –pero no del confidente. En cambio, diferían radicalmente de ellas en su impulso desde abajo, quebrando el consenso sobre el monopolio de la violencia por parte del Estado, absorbido también por el bolchevismo tras 1917, y en muchas de las motivaciones de determinados asesinatos, en los que a menudo estaban presentes aspectos de violencia vecinal o local.

Parece que hubo hasta tres tipos distintos de policías secretas soviéticas actuando en España, cada uno con diferentes propósitos: la sección exterior del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), el Servicio de Inteligencia Militar (GRU), y la inteligencia de la Internacional Comunista. Pero ninguno de ellos intentó crear una policía como la que existía en el país de los sóviets. Aparte de los objetivos de inteligencia militar y diplomática habituales en las organizaciones de espionaje, de los constantes intentos directos e indirectos de influir en la política del Gobierno republicano y de su participación en el entrenamiento del servicio de seguridad de la República, la mayor preocupación fue contener la amenaza, real o supuesta, del trotskismo, la herejía comunista que amenazaba la hegemonía de Stalin y los suyos en la patria soviética. Pero, como bien ha demostrado Boris Volodarsky, ni siquiera pudieron llevar a cabo la persecución de la forma en que lo estaban haciendo en la URSS: los supuestos trotskistas fueron conducidos a juicio por la República y, tras ello, exonerados de todo cargo. Esto debió de ser la causa principal para que el NKVD hiciera desaparecer al dirigente del Partido Obrero de Unificación

Marxista (POUM) Andreu Nin, el gran crimen –éste sí– de la policía secreta estalinista en la España republicana. En cualquier caso, e incluso añadiendo los otros crímenes atribuidos a los soviéticos en España, no da la impresión de que se tratara de un gran despliegue ni de un escenario de importancia capital para Stalin. De hecho, a la altura de noviembre de 1937, España ya no significaba nada para la política exterior soviética.[179]

Contra todas las leyendas acerca de la presencia del NKVD en la Guerra Civil española, Boris Volodarsky calculó que sólo hubo cinco agentes permanentes, que, además, no se dedicaron a tareas de espionaje y recogida de información, sino a labores de apoyo y entrenamiento de otros policías secretos y de los guerrilleros que luchaban en la retaguardia enemiga. Sí hubo otros miembros del GRU, que organizaron tareas más propias del espionaje así como de apoyo al esfuerzo de guerra republicano, incluso a través de su integración en las Brigadas Internacionales. Pero en ningún caso puede considerarse que la presencia de los agentes secretos soviéticos fuera decisiva para la marcha de la guerra.

Volodarsky también ha desmitificado el papel de Alexander Orlov en la guerra de España, que fue exagerado y escenificado tanto por él mismo como por los servicios secretos norteamericanos y soviéticos. Orlov, que huyó a Estados Unidos en 1938 para escapar de las purgas estalinistas y que vivió en la clandestinidad hasta 1953, defendió haber sido un antifascista destinado a España para asesorar en cuestiones de seguridad, contrainteligencia y guerrilla. Para el KGB y sus sucesores, Orlov habría sido un gran espía enviado por el propio Stalin, el captador del famoso «espía de Oxford» Kim Philby –cosa que era cierta–, y su entrenamiento soviético le habría permitido vivir escondido en Estados Unidos durante más de una década. Sin embargo, Volodarsky afirma que Orlov «desempeñó un siniestro papel en España» y que, «enviado a ayudar al PCE a crear su propio servicio secreto para compensar las actividades de otros partidos políticos, su misión pasó a ser gestionar informadores, reclutar y entrenar agentes para futuros trabajos contra Occidente, conspirar contra los trotskistas y eliminar físicamente a los *literniks*, gentes de diversas nacionalidades a las que Moscú condenaba a muerte».[180]

Para Volodarsky, Orlov fue un agente muy ineficaz que fracasó en la mayor parte de sus empresas: crear un servicio secreto para el PCE –cosa que no se logró–, para la República –el Servicio de Información Militar (SIM), infiltrado por los comunistas y luego desmantelado– o la provocación contra el POUM, que «desembocó en el brutal y absurdo asesinato de su dirigente Andreu Nin».[181] En realidad, Orlov –y con él todo el NKVD– sólo tuvo éxito en organizar el asesinato de un número muy reducido de personas, unas dos docenas (aunque precisamente la muerte de Nin podría considerarse un crimen producto de una operación que salió mal). Según Volodarsky no hubo purgas estalinistas en España, «sólo» crímenes aislados. También queda claro que no se produjo una estalinización de la República en guerra (lo que no impide que la influencia del PCE y de Stalin a través de éste fuera esencial). La España republicana no fue, durante la contienda, una especie de Gulag soviético controlado por aviesos agentes del NKVD. La URSS no controló a la República, aunque tuvo ascendencia sobre ella.

Comenzando por los primeros espías enviados a España y continuando con el renovado interés por la República tras el 18 de julio, la actividad de estos agentes se insertó por completo dentro del contexto general de la acción exterior secreta del NKVD. Esto muestra que, pese a la Guerra Civil y sus particularidades ideológicas y significado simbólico, España «no fue diferente» y formó parte de la acción global del NKVD –y de los servicios secretos militares y de la Komintern.

Tampoco se sostiene la afirmación, repetida en los últimos tiempos, de que los asesinatos de más de 2.000 personas en los alrededores de Paracuellos del Jarama y de Torrejón de Ardoz en noviembre de 1936 fueron instigados y planeados por la policía secreta soviética. Mientras no tengamos evidencia documental real debemos partir de la idea de que la matanza, relacionada con la llegada de las tropas facciosas a los alrededores de Madrid y con la violencia desplegada por los bombardeos sobre la población civil, hay que apuntarla en la cuenta de las vergüenzas de la República.

Por otro lado, es casi seguro que algunos miembros de los servicios secretos de la Komintern permanecieron en España tras la Guerra Civil, aislados y sin posibilidades de comunicación. Se puede relacionar con ello tanto el intento de reconstrucción del PCE por Carmen de Pedro (casi con toda seguridad agente secreto del NKVD, nombrada para organizar la clandestinidad) como luego, autónomamente, por Heriberto Quiñones (un moldavo con años de servicio a la Komintern), que terminaron en tragedia, tortura y fusilamiento en una España negra, ocupada por el franquismo.[182]

No quiero extenderme sobre un tema que está ya suficientemente estudiado y que se escapa del objeto concreto de este libro. Queda, sin embargo, la constatación de que, aunque en menor medida de lo que siempre se ha considerado, la policía secreta soviética tuvo presencia en la España de la Guerra Civil.

LA GUERRA FRÍA Y ESPAÑA

El concepto de «Guerra Fría» aplicado a España se suele restringir generalmente a la perspectiva trasatlántica –las relaciones con Estados Unidos–, mientras que las relaciones o enemistades con el Bloque del Este han solido quedar relegadas.[183] Y ello pese a que el anticomunismo, el antibolchevismo y el antisovietismo constituyeron siempre alguno de los más importantes argumentos ideológicos y estrategias narrativas del régimen de Franco. Las repercusiones de la Guerra Fría en España merecen ser estudiadas en su perspectiva europea oriental porque, excepto algunos datos sobre las relaciones internacionales y comerciales, apenas sabemos nada sobre ellas. Por ejemplo, no conocemos en qué forma se estructuró la enemistad manifiesta que existía entre las ideologías enfrentadas del franquismo y el socialismo real, cómo se cruzaron sus discursos, cómo llegaron a acuerdos en el terreno internacional, ni tampoco sabemos en detalle cómo se produjeron encuentros que dieron lugar a la sucesiva apertura de relaciones, pese a la constante anticomunista del régimen.

Las relaciones comerciales con Rumanía y Polonia existían desde 1967, con Hungría desde 1969, con Bulgaria y Checoslovaquia desde 1970, y a partir de 1973 con la URSS. El primer intercambio de embajadores con la República Democrática Alemana (RDA) se produjo en enero de 1973, pero después de las últimas ejecuciones del franquismo en septiembre de 1975, la RDA suspendió las relaciones con España, que se reanudaron en marzo de 1977. Fue ese año cuando se establecieron relaciones diplomáticas con el resto de los países socialistas: el 21 de enero con Rumanía, el 27 con Yugoslavia y Bulgaria, el 31 con Polonia y el 9 de febrero con Checoslovaquia, Hungría y la URSS.[184]

Tampoco sabemos si realmente existió un enfrentamiento sordo de los servicios secretos del franquismo con los de sus oponentes ideológicos, siguiendo la regla de otros países occidentales. Es decir, ¿participó España –país de dictadura de derechas durante casi todo el período– de las mismas circunstancias y enfrentamientos que el resto de países del denominado «Mundo Libre»? Sabemos que los servicios secretos franquistas se apoyaban en los norteamericanos y los israelíes (el MOSAD) para introducir topos en las redes de espías soviéticos en Marruecos.[185] A partir de 1978, la sede de Aeroflot –la compañía aérea soviética– en Madrid servía como tapadera para algunos agentes soviéticos, del mismo modo que la embajada de la URSS tenía, al menos, un *residente* (encargado del espionaje). Pero no conocemos hasta ahora más que retazos y fragmentos que han de ser investigados si se quiere comprender mejor la profundidad del fenómeno de la Guerra Fría para España.

Debido a que se suponía que los materiales de los archivos de las policías secretas comunistas sólo iban a ser usados para perseguir a los disidentes, combatir amenazas exteriores y defender el dominio del partido en el propio país, los historiadores extranjeros han tendido a pensar que su importancia era secundaria para ellos. En particular, se ha pensado que, respecto a los países de Europa occidental –excepción hecha, desde luego, de la República Federal de Alemania (RFA)–, estos materiales tan sólo podrían arrojar luz sobre labores de espionaje en el sentido tradicional del

término.[186] Una reflexión que, parece, debiera ser especialmente válida para países lejanos y «marginales» como España.

Sin embargo, investigando en los archivos, encontré también una serie de informaciones que mencionaban acciones concretas de la Stasi u otros servicios secretos del Este en España o en relación a españoles. La pregunta a plantearse es si, en definitiva, España fue lo suficientemente importante para los estados del socialismo real como para que dedicaran los esfuerzos de su policía secreta y su servicio de inteligencia a escrutar un país económicamente débil situado al otro lado de Europa. Había algunas razones a priori que parecían indicar en esta dirección.

En primer lugar, es cierto que la Guerra Civil española fue un importante elemento simbólico y discursivo para todos los partidos comunistas, ya estuvieran en el poder o no. Para los regímenes de socialismo de Estado, la guerra de España –la *Guerra de Liberación Nacional*– se convirtió desde el principio en una parte significativa de su identidad política e histórica y de su legitimidad.[187] La derrota de la República española, la traición de las democracias, las luchas románticas bajo el sol de España fueron importantes incluso en un sentido biográfico: muchos funcionarios comunistas y miembros del partido en todas las democracias populares habían luchado en España o habían estado allí en calidad de consejeros de la Komintern.[188] Como, por ejemplo, el primer director del Ministerio para la Seguridad del Estado de la RDA, la Stasi, Wilhem Zaisser.[189]

Los libros de texto en las escuelas, las conmemoraciones oficiales, la cultura de masas –cine, televisión, literatura popular– no permitieron olvidar la Guerra Civil española a lo largo de los cincuenta años transcurridos entre 1939 y 1989. El mito bélico republicano español se confundía en casi todos estos países con su propia experiencia de la Segunda Guerra Mundial, transformándose en parte del ritual cotidiano del comunismo. La narración primaria de la historia de las naciones comunistas integraba en general la guerra española como parte sustancial de su autodefinición.[190] Algunos historiadores han puesto a la Guerra Civil en «el centro de la historia del comunismo internacional», subrayando la

importancia de España como «un punto de referencia personal y político para los comunistas».[191]

Por otro lado, se podría pensar que la ideología comunista y el tipo de antifascismo propio de la RDA les habrían hecho posicionarse en contra de la dictadura franquista y que ello hubiera llevado a un apoyo claro a la resistencia y la oposición contra el régimen. Si esto se podía observar en la prensa y las declaraciones oficiales, era pues posible que las policías secretas hubieran mantenido algún tipo de interés en España y su resistencia antifranquista. No olvidemos que, por ejemplo, la condena del régimen franquista en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la retirada de los embajadores en 1945 había sido impulsada por el Gobierno filocomunista polaco –a instancias de la URSS, que no quería aparecer como protagonista.[192] Los guerrilleros comunistas antifranquistas recibieron al principio apoyo militar concreto de Yugoslavia y luego, en alguna medida, de la URSS. Los países del Este sirvieron de lugar de descanso y apoyo a antifranquistas perseguidos, albergaron centros de formación y lugares de entrenamiento para los militantes comunistas, el PCE recibió fondos y donaciones procedentes del Este, y niños de las escuelas de esos países escribieron cartas colectivas o individuales protestando por las ejecuciones de Julián Grimau u otros presos del franquismo… La causa antifranquista fue –sobre todo en determinados momentos– uno de los numerosos elementos de movilización popular con que los estados comunistas intentaron aglutinar y encauzar a su población.

En cualquier caso, la solidaridad tenía sus límites. El PCE se fue alejando de los regímenes de Europa Oriental quizá a causa de la progresiva normalización de las relaciones entre países como Polonia o la RDA y la España franquista, en la ola de la *Ostpolitik* de Willy Brandt (que pretendía suavizar las dictaduras comunistas por medio del acercamiento) y, luego, de la *détente* (la política de reducir la tensión entre el este y el oeste). Polonia, por ejemplo, vendió carbón a Franco durante una de las largas huelgas mineras de Asturias, mientras que las conexiones comerciales entre España y la URSS se fueron incrementando. El PCE consideraba una traición la perspectiva de establecer relaciones diplomáticas completas entre los países

socialistas y la España de Franco y protestó contra ella repetidamente.[193] En 1970, en una reunión a puerta cerrada con los cuadros del partido, Santiago Carrillo, su secretario general, se vio obligado a explicar que la apertura de relaciones diplomáticas no era un castigo al PCE por haber criticado a los países del Este por la invasión de Praga en 1968.[194] Cuando en 1973 la RDA fue el primer país socialista que estableció relaciones diplomáticas completas con España, el Partido Unificado de los Trabajadores Alemanes (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*, SED) menospreció las protestas del PCE.[195]

Por último, habría que reflexionar acerca de si la situación geopolítica y geoestratégica de España fue importante para las policías políticas. Como parte integrante del sistema de alianzas del mundo occidental, como nación radicalmente anticomunista durante el régimen franquista, como engranaje tembloroso en Occidente durante la transición a la democracia y país socialdemócrata a favor de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), pero no necesariamente dirigido contra el Bloque del Este después, parece claro a primera vista que España merecía ser vigilada y observada por las policías comunistas. Esta hipótesis sólo podría ser confirmada con los materiales empíricos.

VIGILANCIA A ESPAÑA COMO ESTADO

España, como Estado, no era diferente a otros países occidentales. A la Stasi le interesaron desde el principio los asuntos relativos al Ejército, es decir, las capacidades militares reales de España y su situación dentro de los esquemas defensivos occidentales. Los servicios secretos españoles (los formados por Luis Carrero Blanco, pero incluso el Centro Superior de Información de la Defensa (CESID) en la etapa democrática) también estaban en su mira, aunque no parece que la Stasi consiguiera datos de primera mano.[196] Buena parte de estas informaciones provenían de fuentes abiertas (prensa, monografías publicadas, literatura, etcétera), y recabarlas, pese a

los estereotipos, constituye el trabajo habitual de todo espía o integrante de una policía de seguridad.

Así es, por ejemplo, cómo veía la inteligencia militar polaca la transición española en un informe muy detallado de 1988, recogido por el Servicio de Seguridad (SB):

> Las acciones del Gobierno dirigidas a adaptar el Ejército a las nuevas condiciones, llevadas a cabo de una manera muy delicada, con el temor de un nuevo golpe, no dieron los resultados previstos. Esto quedó atestiguado por el intento derechista de golpe de Estado/alzamiento contra el Parlamento en febrero de 1981 por un grupo de oficiales del equipo de Franco, así como de la organización católica «Opus Dei». El intento antes mencionado y la detección de los preparativos para el próximo golpe de Estado en 1982 contribuyeron a la renuncia del Gobierno y la desintegración del partido gobernante (UCD) y, consecuentemente, a la derrota electoral en noviembre de 1982. La adhesión de España a la OTAN en junio de 1982 también tuvo un impacto significativo en el fracaso, dado que no fue aceptada por la mayoría de la sociedad.[197]

También solían hacerse interrogatorios a repatriados. Así, por ejemplo, la Stasi entrevistaba sistemáticamente a todo ciudadano de la RDA que regresaba de España. La mayor parte declaraban querer volver «por reunificación familiar» o porque en España «las condiciones materiales eran cada vez peores».[198] En la década de 1970, por ejemplo, tenemos constancia de entrevistas a alemanes orientales que habían sido miembros de la Legión extranjera en España y Francia, y que habían viajado por el Marruecos español. Los datos son bastante concretos, hay croquis detallados de instalaciones militares y plazas fuertes. Una entrevista a otro repatriado arroja un informe muy denso sobre la base norteamericana en Tarifa, donde éste había estado trabajando varios años. El informe incluye un recuento de las tropas, del armamento, así como un plano de la base. También hay una serie de interrogatorios a una mujer que durante los años sesenta vivió y trabajó en muchos lugares de la costa española. En el informe se describen concienzudamente las transformaciones de la estructura turística y se aportan datos sobre los alemanes que vivían allí y los posibles miembros de las *Schutztaffel* (SS), los nazis que se habían refugiado en aquella zona de España.

> Este L. había venido con su esposa de Alemania Occidental. La Sra. S. hablaba frecuentemente con la Sra. L. y se enteró de que los L. habían abandonado repentinamente su hogar en Alemania Occidental y se habían mudado a España, ya que iba a tener lugar un juicio por crímenes de guerra en Núremberg, donde el Sr. L. comparecería como testigo. Se quedaron en España durante aproximadamente tres meses. Durante este tiempo, L. no trabajó. Luego L. se mudó a Marruecos y, poco tiempo después, su esposa también fue a Marruecos. Cuando ya se habían ido de España, llegó un representante del Consulado y preguntó por ellos.[199]

Sin embargo, otras fuentes eran más directas y estaban relacionadas con el espionaje convencional: la Stasi siguió con cuidado todas las negociaciones de España para ingresar en la OTAN, en parte a través de informaciones generales, pero también gracias a sus agentes en el comando central de la Alianza.[200] Es sabido que la Stasi tenía un hombre clave en el centro de las decisiones militares de los aliados, Rainer Rupp, *Topas*.[201]

Es interesante comprobar cómo la Stasi afirmaba –citando fuentes internas norteamericanas– que, a finales de la década de 1970, Estados Unidos no parecía muy entusiasta con la posible participación española en la OTAN porque los tratados bilaterales le eran más ventajosos. Después la situación fue cambiando y las tres policías políticas aquí tratadas dedicaron muchas páginas a glosar las variaciones de los sucesivos gobiernos en su aceptación o no de la OTAN, especialmente en el caso del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) de Felipe González. La Stasi conseguía una gran cantidad de información fidedigna sobre los gobiernos socialistas a través de sus topos en el Partido Socialdemócrata de Alemania occidental (SPD).[202]

El período de la Transición española fue seguido con gran interés. En los archivos abundan los informes acerca de los cambios y transformaciones que van surgiendo a partir de la muerte de Franco.[203] Era también la época en la que comenzaban a establecerse las relaciones diplomáticas directas. La Securitate, por ejemplo, examinaba detenidamente los acuerdos del Ministerio de Asuntos Exteriores y hacía informes sobre ellos.[204]

LA RELACIÓN CON EL PCE: VIGILANCIA Y SOLIDARIDAD

La trayectoria del Partido Comunista de España fue un tema que preocupó a las policías a lo largo del período de la Guerra Fría. Durante las décadas de 1940, 1950 y 1960 los estados del Bloque del Este mostraron una solidaridad, a veces profunda, para con los comunistas españoles, que fue, en todo caso, muy real en el caso de la RDA, algo menor en Polonia y bastante contundente en Rumanía. La solidaridad se mostraba de muchas formas como, por ejemplo, concediendo asilo a los expulsados de Francia durante la operación Bolero-Paprika del Gobierno francés para desmantelar las organizaciones de republicanos españoles y ciudadanos del Este. También albergando a los sucesivos miembros del PCE que acabaron quemados en la lucha clandestina y que a veces llegaban a un determinado país con sus familias, o incluso permitiendo y financiando centros de entrenamiento en los países del Bloque. Hay también suficientes datos que atestiguan que el operativo de la radio del PCE –Radio España Independiente, *la Pirenaica* (REI)–, que tenía su sede en Bucarest desde 1956, fue organizado por la Securitate. Por ejemplo, hay testimonios que cuentan cómo un coche de la Securitate recogía cada mañana a los locutores de la REI y los llevaba hasta la emisora. Sin embargo, no he podido encontrar ni un solo documento relativo a esto último en el archivo de esta policía secreta.

La solidaridad disminuyó con los años, sobre todo debido a los cambios geopolíticos. La condena del aplastamiento de la Primavera de Praga provocó la furia del SB y de la Stasi, mientras que la evolución democrática del PCE y el surgimiento del eurocomunismo alejaron a todos los partidos del Este, el rumano incluido. A partir de este momento, los partidos del Este reaccionaron con frialdad a las peticiones del PCE e intentaron leer en los arcanos de los posicionamientos comunistas españoles la posibilidad de una vuelta al redil del dogma. En 1977, un encuentro en Madrid de los partidos eurocomunistas, que tenía el objetivo de apoyar al PCE en su legalización, se presentaba –según las informaciones de un topo en la cúpula del SPD– como un intento de los tres partidos comunistas de demostrar su seriedad al hablar de libertad y democracia. El hecho de que no departieran acerca de la problemática de los derechos humanos deja bastante claro que algunos de

los eurocomunistas unían la autonomía de su acción con no inmiscuirse en los asuntos de los partidos comunistas gobernantes.[205]

El eurocomunismo era uno de los fenómenos que más les interesaba. El peligro que veían en la «desviación ideológica» que para ellos representaba el intento de combinar comunismo y democracia era clarísimo. La Stasi vigiló al movimiento con mucho cuidado; seguían y archivaban toda declaración política y teórica de Santiago Carrillo y los suyos, así como los ataques de sus detractores.[206] Fueron tan lejos que incluso monitorizaron cuidadosamente a los exiliados españoles en el socialismo real, especialmente a aquellos que se mostraban críticos hacia la política eurocomunista, como, por ejemplo, un militante del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) que había abandonado el partido.[207] Se trataba de convertirlos en confidentes, algo a lo que, a menudo, accedían. Pero no sólo actuaba así la Stasi: también la Securitate o el SB vigilaban con cuidado al PCE por miedo al contagio del eurocomunismo a sus propios países.[208]

Las policías controlaban con cuidado la relación del PCE con la disidencia intelectual dentro de sus propios territorios. El PCE trataba sobre todo con aquellos que, como Wolf Biermann y Rudolf Bahro, se consideraban a sí mismos de izquierda. Biermann, un cantautor crítico del régimen de Alemania Oriental, no pudo regresar a su «patria socialista» después de actuar en Colonia en 1976, y tuvo que quedarse en la República Federal. Había estado cantando canciones sobre la resistencia española antes de su exilio forzado, y a partir de entonces se convirtió en «miembro de la delegación de exilio del PCE» en Hamburgo y fue a España como un comunista español.[209] Tenía fuertes vínculos con el movimiento de oposición a Franco. De hecho, como relató en sus memorias, mientras participaba en un congreso antifranquista de Alemania Occidental un año antes, la Stasi organizó una operación para expulsarlo. El servicio secreto de Alemania del Este consideró que, si cantaba canciones contra la RDA en un concierto antifascista, perdería la simpatía de los intelectuales occidentales, a los que se consideraba procomunistas.[210]

El caso de Rudolf Bahro era diferente, debido a su importancia como pensador político y al hecho de que, después de haber sido expulsado de

Alemania Oriental, se había convertido en miembro fundador del Partido Verde de Alemania Occidental. En 1980, la embajada de la RDA en Madrid informó a la Stasi que Bahro se alojaba en España por invitación de la revista *Argumentos*. Esta publicación era un órgano no oficial del PCE, orientado a los jóvenes intelectuales. Bahro fue, de hecho, un invitado del PCE. Esto quedó resaltado por un encuentro con Carrillo en el Parlamento. El 4 de octubre de 1980, *Mundo Obrero*, el órgano central de comunicación del PCE, incluía en sus páginas una foto de Carrillo y Bahro, identificando a este último como un «teórico alemán». Bahro dio una conferencia en la Fundación de Estudios Marxistas, un grupo de expertos del PCE, y participó en otros actos en Barcelona y Valencia. Anteriormente, el 10 de abril de 1980, *Mundo Obrero* había discutido brevemente su encarcelamiento en Alemania Oriental, pero, como señaló la Stasi, el diario «se abstuvo de ataques directos contra Alemania Oriental».[211]

El PCE utilizó claramente su solidaridad con los disidentes como una forma de distanciarse de la Unión Soviética. Pero la conexión con la disidencia también fue parte de una búsqueda de nuevas ideas para el eurocomunismo. El filósofo Manuel Sacristán contribuyó decisivamente a la introducción de diferentes corrientes intelectuales del pensamiento de Europa del Este en España y fue bastante influyente en el Partido Comunista.[212] Sacristán, miembro del PSUC, había sido muy activo en 1968, facilitando la publicación en España de algunas obras de los comunistas de la reforma checoslovaca. En su introducción al libro de Alexander Dubček, *La vía checoslovaca al socialismo*, de 1968, fue bastante crítico con la invasión del Pacto de Varsovia y delineó algunas propuestas para renovar el socialismo basadas en la experiencia checoslovaca.

Años más tarde, Sacristán publicó las obras del disidente de Alemania Oriental Wolfgang Harich, cuyo ecomarxismo estaba muy cercano intelectualmente a sus propios puntos de vista.[213] A Sacristán le gustaba la idea de Harich de la «feminización de la política», una tesis que influyó en su propio trabajo. Por supuesto, la publicación de la obra de Harich por Sacristán fue cuidadosamente monitorizada por la Stasi, que veía el contacto entre ambos comunistas críticos como una amenaza ideológica.[214]

Sacristán conoció a Harich en mayo de 1979 en un taller en Barcelona, y ese encuentro dio lugar a una entrevista célebre.[215] El filósofo español era muy crítico con el eurocomunismo y, como muestra su lectura de los escritos de Harich, ayudó a establecer en España las raíces de una nueva izquierda ecológica, más libertaria, que bebía de las experiencias de Europa del Este. Sin embargo, 1979 fue también el año en que Sacristán declaró abiertamente que había dejado el PCE, buscando un tipo diferente de ideología de izquierda.[216]

También es conocida la contribución del socialismo real a la financiación del PCE en esta época: aunque hasta los años setenta probablemente funcionaban viejas formas de trasladar dinero (empresas encubiertas, maletines y transportes en moneda corriente, suscripciones a la prensa del partido, donaciones de sindicatos y organizaciones femeninas o de juventudes socialistas), hay indicios de pagos directos realizados por el KGB.[217] Alguno de esos pagos acabó redundando en beneficio de ciertos intermediarios que, procedentes de sindicatos españoles, desviaron fondos y los invirtieron en negocios privados tras la caída del socialismo real. En 1994 hubo una comisión del Congreso de los Diputados que investigó esta financiación y que, pese a contar con los documentos del Partido Comunista de la URSS publicados tras la prohibición de éste en Rusia por Borís Yeltsin, lo cierto es que apenas hizo más que constatar su existencia.[218]

En los años ochenta a las policías secretas les interesó sobre todo la ruptura y la reconstrucción de la unidad de los comunistas tanto en la coalición de Izquierda Unida (IU) como en los sucesivos intentos de reunificar el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE) y el carrillismo con el antiguo PCE.[219] No olvidemos que los tres partidos responsables de los países que estudiamos llevaron a cabo la política de apoyar al PCPE como partido prosoviético surgido del comunismo español, pero manteniendo al mismo tiempo los lazos con el PCE como partido oficial y siguiendo la tradicional doctrina comunista de «un país, un partido».[220] Un informe del SB de 1985 acerca de una visita de miembros del partido a España habla claramente de su intento de apoyar una reunificación de los partidos comunistas.[221] Algo que también declaraba la Stasi:

> Básicamente, el SED [Partido Socialista Unificado de Alemania] se atiene al conocido principio del movimiento comunista de «un país, un partido». Dada la situación deplorable del PCE, se requiere un largo proceso para superar la crisis y reconstruir los partidos sobre una base marxista-leninista. En interés de esta unidad futura de los partidos, el SED está por la labor de mantener las relaciones con ambas partes. La determinación unilateral de la continuación de las relaciones con una sola de las partes supondría subjetivamente una interferencia y objetivamente alargaría el proceso de unificación y favorecería la división.[222]

Pero los problemas del PCE durante la Transición no eran nada inesperado para las agencias de seguridad comunistas. Ya en un informe de la Stasi de mayo de 1977 se preveía cuál iba a ser la evolución del partido a partir de su legalización: aunque se aseguraría un lugar en el Parlamento, la «falta de claridad» relativa a las concesiones a la democracia (bandera, himno, Monarquía, etcétera) le auguraba problemas y divisiones internas.[223]

LA VIGILANCIA DE LOS ESPAÑOLES EN EL EXILIO

En los tres países que tomamos como ejemplo había exiliados españoles.[224] La mayor parte de ellos eran comunistas que llegaron allí a través de Francia tras la Guerra Civil española o la Segunda Guerra Mundial.

Muchos fueron expulsados hacia el este en 1950, cuando Francia prohibió la actividad del PCE y organizaciones afines en su territorio.[225] Algunos de ellos llegaron a Polonia o Rumanía desde la URSS por muy diversas razones: en general el partido les envió allí, aunque otros buscaban países donde la vida resultara más fácil que en Rusia o que –como Rumanía– fueran culturalmente más cercanos a España. Algunos más jóvenes llegaron a Rumanía en los años sesenta para trabajar en Radio España Independiente.[226]

Rumanía era también un lugar de descanso para la élite comunista española. El secretario general del PCE, Santiago Carrillo, o la presidenta de honor, Dolores Ibárruri, *Pasionaria*, pasaban largas temporadas allí. Durante la década de 1950, Carrillo recibió visados polacos en repetidas ocasiones para viajar a la URSS, por lo que el SB le abrió expediente pese a ser un miembro importante del movimiento comunista.[227] En Polonia hubo

pequeños grupos, algunos trabajaban en las emisiones en lengua castellana de la radio polaca, otros –como el antiguo amante de Pasionaria, Francisco Antón– fueron enviados a este país como «castigo».

Por supuesto las tres policías políticas vigilaban a todos estos exiliados, pero el grupo de emigrantes sobre el que he encontrado mayor información ha sido el de los refugiados en la RDA.[228] Aunque eran inmigrantes privilegiados, al principio su integración fue difícil. Los informes muestran un creciente rechazo de las autoridades contra los españoles. La Stasi era muy consciente de los diversos conflictos políticos y luchas entre los exiliados, batallas que conducirían a fracturas en el partido durante la década de 1970. Por ello tenía incluso informantes entre los españoles, a los que atraía presionándoles con la necesidad de defender el movimiento comunista contra el reformismo y el desviacionismo. Hay mucho material sobre la repercusión de la división en el PCE después de 1968 entre los comunistas españoles en la RDA. Encontramos, por ejemplo, diversos informes sobre conversaciones con un miembro del PCE que vivía en Berlín en las que explicaba la forma en que se había llevado a cabo la escisión en 1973.[229] El confidente afirmaba que sus convicciones marxistas-leninistas eran las que le llevaban a delatar a sus compañeros, a los que trataba de desviacionistas.

Extrañamente, no he encontrado apenas referencias a la comunidad española en Rumanía en los archivos de la Securitate. Es posible que la razón sea que los documentos referidos estén todavía en el Ministerio de Asuntos Exteriores, mantenidos bajo secreto de Estado. Quizá el compromiso del dictador rumano Nicolae Ceaușescu con España –que le llevó incluso a mediar entre el Rey y el PCE durante la Transición– está todavía demasiado cercano para algunos miembros de los sucesivos gobiernos poscomunistas.

Todo español que visitaba alguno de los países del Bloque del Este podía ser sospechoso, aunque en general no se vigilaba a todos, por supuesto. Se interrogaba especialmente a personas que entraban de forma ilegal o «extraña». En 1987, por ejemplo, un polaco que había emigrado a España y que no encontraba trabajo volvió a Polonia con un español,

también parado, que pretendía buscar empleo allí. El SB estaba tan intrigado que realizó una detenida observación: sin embargo, ésta no arrojó más resultado que el español era… un desempleado.[230] También hay informes acerca de un camionero murciano que, al parecer, apiadándose de un ciudadano de la RDA que conoció en un bar, fue capturado mientras llevaba a esta persona escondida en su camión para cruzar la frontera. Tras ser encarcelado, se le juzgó culpable y se le expulsó de inmediato, aunque la Stasi confiscó su camión. La embajada de España se lanzó a hacer gestiones y cruzar cartas con el Gobierno de Erich Honecker hasta que consiguió que le fuera devuelto.

También eran vigilados con cuidado los periodistas españoles que pedían acreditaciones durante las visitas de políticos importantes. Cuando Adolfo Suárez se disponía a visitar Polonia en 1978 –aunque luego fue sustituido por Marcelino Oreja–, el SB dispuso un elaborado dispositivo para mantener bajo vigilancia a los periodistas españoles y a los miembros de la delegación.[231] En la constante justificación de su propia existencia los servicios de seguridad se veían impulsados a sospechar de todo el mundo y, por supuesto, de todo extranjero.

La Securitate también mantenía bajo su foco de atención a los estudiantes extranjeros, aunque muchas veces intentara limitarse –por cuestiones técnicas– a los relacionados de algún modo con el terrorismo o que pudieran representar un peligro para el país.[232] Por eso controlaron con especial cuidado a los estudiantes musulmanes y palestinos en Bucarest,[233] mientras la Stasi vigilaba a quienes tenían algo que ver con el apoyo al nacionalismo vasco.[234]

LA COLABORACIÓN CON ETA

El 21 de febrero de 1981 era sábado y por la noche en Múnich hacía mucho frío. La ciudad se hallaba cubierta de nieve. El edificio donde estaba situada la emisora de Radio Europa Libre, que emitía programas anticomunistas hacia Europa del Este en muchos de los idiomas de sus países, estaba casi

desierto. La oscuridad de los alrededores, donde apenas había farolas, permitió que un coche aparcara casi enfrente, un viejo Ford blanco con matrícula francesa. Tres hombres y una mujer salieron del coche. Se trataba de Johannes Weinrich, un conocido terrorista alemán, miembro fundador de las Células Revolucionarias, Bruno Breguet, del grupo terrorista suizo Prima Linea, y de dos miembros de ETA-pm, José María Larretxea Goñi y una mujer que nunca se pudo identificar y que era llamada «la Secretaria».[235] El grupo, que había estado varios meses vigilando las instalaciones y conocía bien las escasas medidas de seguridad del edificio, colocó un potente explosivo junto a una de las alas que, según creían ellos, albergaba la redacción de la sección dedicada a Rumanía en la emisora. Se equivocaron. Pusieron la bomba en la sección checa, donde tres empleados se afanaban en preparar un programa que nunca saldría al aire.

La explosión fue tan violenta que la detectaron los servicios de monitorización de terremotos. Cuatro empleados de la radio y dos personas del vecindario resultaron gravemente heridos. Una parte importante del edificio quedó destruida por completo. Hubo daños serios en decenas de metros a la redonda.

El atentado había sido perpetrado por un grupo internacional de terroristas comandados por Carlos, *El Chacal*, un siniestro personaje que en aquellos momentos actuaba a sueldo de la Securitate rumana.[236] Carlos, que vivía en la clandestinidad en Budapest y al que la policía secreta húngara, preocupada por sus actividades, le estaba animando a cambiar de sede, había recibido de la Securitate una serie de encargos relacionados con los exiliados políticos rumanos en el extranjero. Debía eliminar a varias personas y debilitar la influencia de Radio Europa Libre (RFE), atacando la emisora o a sus colaboradores. Para llevar a cabo esta tarea, El Chacal había contactado con una serie de grupos terroristas internacionales entre los que estaba Euskadi Ta Askatasuna (ETA). En un informe de la Stasi de febrero de 1981 se habla de que hay constancia de al menos seis encuentros entre miembros de ETA-pm y el grupo de Carlos en los que participaron cinco miembros de la banda terrorista vasca. Carlos les consiguió armamento y les ayudó a trasladarlo.[237] Como contrapartida, ETA-pm ayudó a su grupo al

menos en el atentado contra RFE, proporcionándole los automóviles y, como hemos visto, participando como conductores en el atentado.

A lo largo de los años setenta, la prevención del terrorismo proveniente del exterior se convirtió en una de las prioridades de las policías secretas comunistas.[238] También en relación a España. Los servicios de seguridad vigilaban atentamente la evolución de los movimientos radicales izquierdistas y nacionalistas en España, así como la de sus organizaciones armadas.

Aunque todas las policías secretas comunistas mantenían un estrecho seguimiento de la evolución de ETA y otros grupos terroristas españoles,[239] parece ser que sólo la Stasi y la Securitate llegaron a mantener contacto directo con ETA-pm. La posibilidad de que ETA instalara una base de operaciones en su territorio –intentos que al menos para la RDA están documentados– podría acarrear problemas diplomáticos para ambas.[240] A principios de los ochenta, unos miembros de ETA-pm, encabezados por el belga Luc Edgar Groven, responsable de relaciones exteriores por aquel entonces, viajaron a Berlín Oriental para probar suerte y comprobar si podían utilizar el país como refugio.[241] La Stasi les detuvo, les interrogó y finalmente les dejó partir. La historia de su viaje en furgoneta puede resultar un tanto patética, pero movió a la Stasi a lanzar una búsqueda en el Sistema Unificado de Evidencia de Datos del Enemigo (SOUD), el servicio internacional de colaboración de las policías secretas comunistas, una especie de internet *avant la lettre*. A esta actitud tibia de los servicios de seguridad comunistas tampoco era ajeno el miedo a que estas organizaciones llegaran a atentar en sus territorios contra intereses españoles o de gobiernos considerados enemigos. Así, un informe de la Stasi advertía sobre la posibilidad de un ataque del terrorista palestino Abu Nidal a las instalaciones diplomáticas españolas en la RDA.[242] Durante el período de mayor actividad del terrorismo europeo (décadas de 1970 y 1980), los países comunistas se habían integrado de alguna manera en Europa y la comunidad internacional. Intentaban mantener una buena reputación porque, entre otras cosas, dependían de los préstamos que recibían del mundo occidental y la deuda externa crecía a velocidades

considerables. Mezclarse con pequeñas sectas de radicales no les aportaba ningún beneficio. Y, por supuesto, siempre había la posibilidad de que las organizaciones armadas extranjeras intentaran ataques contra objetivos en su área. Por ello se interesaban también por los métodos de lucha contra el terrorismo de los países occidentales, incluyendo España y su Grupo Especial de Operaciones (GEO) y unidades especiales.[243]

Los servicios de seguridad vigilaban a los terroristas, pero no les permitieron establecerse de manera permanente en sus países ni les ofrecieron casi ninguna ayuda directa. Por otro lado, también es cierto que no persiguieron en sus territorios a la gente de ETA, incluso cuando había órdenes concretas de búsqueda de la Interpol. Durante la relación de ETA-pm con Carlos, las policías habrían tenido muy fácil detenerlos y quizá entregarlos, como muestra de buena voluntad, a las autoridades españolas. En los documentos jamás vemos evidencia de que se planteara tal posibilidad. Pero, en general, los muy conservadores gerifaltes de la policía comunista no entendían a los jóvenes radicales del oeste y su búsqueda de las libertades nacionalistas y revolucionarias.[244] Con el tiempo, su actitud parece haberse endurecido. Tan tarde como 1988, un informe de la Stasi sobre los grupos extremistas citaba como principales objetos de preocupación al Ejército Republicano Irlandés (IRA) y a ETA, y se mostraba decididamente en contra de permitir sus actividades logísticas en la RDA, algo que, parece, intentaron a menudo.[245]

Aparte de los contactos personales que hemos mencionado, el seguimiento de ETA y las otras organizaciones terroristas se llevaba a cabo fundamentalmente a través de prensa y materiales de libre acceso. Pero también podían consultar informes reservados de gobiernos occidentales –generalmente norteamericanos–, que muchas veces les llegaban desde la URSS y traducidos al ruso, lo que hace suponer que los había conseguido el KGB y luego los había repartido en el proceso de colaboración entre servicios de seguridad comunistas.

VIGILANCIA A LOS DIPLOMÁTICOS

Las embajadas de España siempre eran vigiladas, aunque con distinto grado de éxito. En la década de 1980, la Stasi poseía imágenes, mapas y todo tipo de información sobre la ubicación física de la legación y los lugares donde vivían los diplomáticos, incluyendo fotos y descripciones completas de su interior. Habitualmente, los teléfonos estaban intervenidos y controlados. El personal de apoyo del embajador actuaba a menudo como informante de la Stasi. Durante cierto tiempo, también pasó información a la Stasi una mujer española que trabajaba en la legación («IM Sophia»), a la que captaron en 1982 valiéndose de un incidente fronterizo y apoyándose en sus convicciones izquierdistas. Una amiga de Berlín Este le había robado el pasaporte a «Sophia» en su casa y lo usó para huir a Berlín Occidental, ayudada por un chófer de la embajada. Tras examinar la situación, la Stasi decidió que había posibilidades de convertirla en IM (colaborador no oficial). Con la excusa de hablar del incidente del robo del pasaporte y aclarar su intervención en la fuga, le invitaron a un encuentro:

> Tras un examen provisional, existen posibilidades de una paulatina expansión de los contactos. Los siguientes encuentros tendrán lugar únicamente en relación con la necesidad de aclarar la situación con respecto a ciudadanos de la RDA y la RFA.[246]

En realidad, con esos pequeños pasos, a menudo casi inocentes, la Stasi consiguió enredarla en su red y animarla a firmar un compromiso. Finalmente lo hicieron en un piso franco, lo que añade un factor de especial coacción, el 7 de junio de 1984, casi dos años después del incidente en la frontera.[247] «Sophia» pasó información –también de «Laura»– aunque ella no tenía acceso a grandes secretos de Estado. Se trataba, más que nada, de asuntos de la vida interna, cotidiana, de la embajada. Con el tiempo, la mujer no pudo soportar la tensión y cayó en una enfermedad nerviosa, ante lo que el agente que la tenía a su cargo, para evitar la «deconspiración» (que le delatara), decidió romper los lazos con ella. La ruptura de los contactos tuvo lugar en 1987.[248]

En las embajadas, quienes llevaban a cabo las mudanzas del personal diplomático o incluso quienes les instalaban la televisión eran agentes de la

Stasi que escribían largos protocolos relacionando todos y cada uno de los objetos existentes en las casas.

Por supuesto, los diplomáticos españoles de mayor rango eran observados con persistencia. En Varsovia, hay informes continuos acerca de cada diplomático o empleado de la embajada, donde se prestaba también atención a la posible actuación de espionaje por parte de alguno de ellos.[249] Los medios que usaban los españoles para su «espionaje» eran «los clásicos: organización de fiestas, encuentros, conversaciones de tono político, etcétera».[250] El intercambio de información con los americanos y los británicos era –según el SB– continuo. Por ello, todos los servicios de seguridad controlaban atentamente los contactos entre los diplomáticos de diversos países, así como sus círculos de amistades.

La vigilancia de personas concretas tenía el objetivo de lograr información que pudiera ser útil para influir en ellos y controlarlos. Así, por ejemplo, uno de los miembros de la representación comercial española en Varsovia fue vigilado desde su llegada en 1970. El SB consideraba en sus documentos que era culpable de «tener contactos íntimos» con mujeres de vida alegre e incluso añadía que «se dedica a hacer fotos pornográficas de ellas».[251] Con independencia de la realidad de estas acusaciones, resulta evidente en el informe el intento de usar las presuntas actividades del diplomático para encontrar algo contra él y poder chantajearlo. La acción asustó al hombre –a quien el SB consideraba espía en favor de la OTAN. Cuando se dio cuenta de que era vigilado terminó por irse precipitadamente del país.[252]

Otra forma de construir las operaciones y de cómo la información recibida podía hacer que se replantearan los objetivos nos la muestra la investigación por parte de la Stasi a uno de los diplomáticos de la embajada española a finales de los años ochenta.[253] Al empleado se le denomina «encargado de seguridad», lo que para la Stasi señalaba al miembro de los servicios secretos españoles dedicado al contraespionaje. Al menos dos informantes secretos lo tenían controlado. A la Stasi le interesaba porque en los informes se le consideraba «consecuente defensor del fascismo de Franco. [dice que] en la España actual todo es caótico y socialista, hasta los

curas son comunistas, no se puede ni dejar ir a la iglesia a los niños». La IM «Roberta» (una española, hija de exiliados comunistas con toda seguridad) afirmaba que «a su modo es accesible y creo que se podría crear una relación oficial y privada con él». Por ello, algún tiempo después se le encargó a otra confidente (IM «Ana», también española, que trabajaba en la legación) que redactara un informe personal sobre el investigado. En él hizo constar que «dentro de la embajada se mantiene a distancia de todos». Estos informes llevaron al responsable de la Stasi a suponer que «las posibilidades objetivas del IM para llegar a X. son muy limitadas». Por eso la operación había de conformarse con «establecer el número de visitas de X. a la embajada», «examinar el carácter de la correspondencia de X. que en parte la lleva el IM» y «el registro de las actividades de X. dentro de la embajada».[254]

Dentro de las estrategias de la policía secreta también cabía el uso de cebos para hacer caer a la víctima y poder doblegar su voluntad. En 1976, uno de los diplomáticos españoles se encaminó a una universidad del sur de Polonia para tratar con los profesores de allí la promoción de la lengua castellana. El SB consideró desde el primer momento que se trataba de un sujeto propicio y decidió organizarle una trampa poniéndole dos mujeres como cebo.[255] La operación fracasó porque el diplomático mostró poco interés en las dos «unidades relativamente atractivas» (así en el informe) que pusieron a su alcance. Sin embargo, mientras estuvo en aquella ciudad, los agentes registraron todo su equipaje en la habitación del hotel en el que se alojaba y sacaron fotos de todas sus pertenencias.[256]

También vamos a ver en más detalle el caso de Laura, que al principio fue objeto de vigilancia por la Stasi, pero a quien, al cabo de algunos años, envuelta en una red conspirativa, trataron de tentar para que se convirtiera en agente. Ella no aceptó, pero no todos ofrecieron la misma resistencia (o tuvieron los mismos escrúpulos).

Otro español empleado en la embajada de la RDA y del que la Stasi descubrió que formaba parte de una red de contrabando de cigarrillos –los compraba baratos en la RDA y los vendía más caros en Berlín Occidental–

fue coaccionado para informar. El hombre firmó el compromiso con tan mala –o buena– fortuna que apenas unos días después cayó el Muro.[257]

Las vigilancias podían ser de larguísima duración, pese a no tener muchas veces lógica alguna. Hemos encontrado evidencia de la vigilancia a la secretaria de la representación comercial de Varsovia desde mayo de 1971 ¡hasta mayo de 1989! Durante todos estos años el SB acumuló un dosier de centenares de páginas, cargado de fotos de ella, sus amigos y pareja, pero no pudo encontrar nada especialmente subversivo (o no le interesó crearlo).[258]

El SB también desarrolló un enorme operativo para vigilar a un diplomático español que viajó con su hijo a la ciudad de Breslavia en 1987... A ver un partido de fútbol en el que jugaba la Real Sociedad contra el Sląsk, el equipo de aquella ciudad.[259]

Estas estrategias relacionadas con los extranjeros eran muy similares en los tres países, aunque las prioridades variaban con el paso del tiempo.

EXILIADOS DEL ESTE EN ESPAÑA

Las policías secretas tenían como una de sus prioridades en el extranjero vigilar y desactivar a los exiliados políticos, particularmente a los relacionados con actividades de propaganda contra el régimen. Esta propaganda se llevaba a cabo por medio de las numerosas publicaciones de los exiliados (en España, especialmente de los rumanos) pero también a través de Radio Europa Libre o de los servicios exteriores de Radio Nacional de España (que emitieron en diferentes idiomas de Europa Central y Oriental desde finales de los años cuarenta hasta 1975 y que, sobre todo al principio, fueron de bastante relevancia para esos países).[260]

Durante la Segunda Guerra Mundial, un número indeterminado de personas –alrededor de 80.000– cruzaron España huyendo de la ocupación nazi.[261] La mayoría de ellos fueron a Lisboa, donde intentaron obtener un visado para América. Polacos, checos y exsoldados de otras naciones ocupadas viajaron hasta Reino Unido para continuar luchando contra

Alemania junto con los aliados.[262] Unos 5.000 fugitivos de todas las nacionalidades fueron capturados en España. La mayoría de las mujeres y los niños fueron internados en varias cárceles y la mayor parte de los hombres y jóvenes ingresaron en el campo de concentración de Miranda de Ebro.[263] Todos los prisioneros de Miranda vivían en condiciones extremas, eran maltratados, sufrían escasez de alimentos, bajas temperaturas, trabajo duro, ropa insuficiente e inseguridad sobre su futuro. Pocos podían contar con la ayuda de sus embajadas porque provenían de países que estaban bajo ocupación nazi, y las autoridades españolas se mostraron casi por completo proalemanas. Sólo después de la batalla de Stalingrado la situación comenzó a cambiar, y la Cruz Roja y otras instituciones internacionales pudieron intentar ayudar a los prisioneros. El campo de concentración de Miranda de Ebro se cerró en 1947 y muchos de sus internos salieron de España. Debido al establecimiento de los regímenes comunistas, buena parte de los refugiados no pudieron volver a sus países. Se impuso una reemigración, esta vez hacia América del Sur o del Norte y hacia Gran Bretaña.

Algunos se quedaron en España, aun cuando ninguna de las ciudades del país, posiblemente a causa de la dictadura franquista pero también de los problemas económicos de posguerra, se convirtió en un gran centro para los exiliados como sí lo fueron Londres, París, Múnich o Toronto. El número de exiliados de Europa del Este que se quedaron en España después de 1945 no era demasiado alto: se puede estimar en sólo 2.000. Hasta 1990 había en territorio español alrededor de 140 ucranianos y 150 polacos.[264] En el período comprendido entre 1945 y 1956, vivían en España alrededor de 425 húngaros y un número similar de rumanos.[265] Pero estas cifras no muestran su importancia para el régimen. La trascendencia de los emigrados del este y centro de Europa creció con el inicio de la Guerra Fría. Antiguos nazis, fascistas y colaboradores que escaparon a España después de la caída del Eje se convirtieron en un problema para el régimen de Franco hasta 1948 porque reforzaron la opinión pública mundial de que España también era un país fascista.

La posición del régimen hacia los refugiados fascistas era ambigua.[266] Para Franco lo más importante era la supervivencia de su gobierno, pero al mismo tiempo su sentido del honor militar lo llevó a aceptar ocasionalmente a algunos de ellos. Después del caso de Vidkun Quisling, el colaborador noruego que escapó a territorio español, pero fue entregado por Franco a los aliados y luego ejecutado, España no extraditó a los refugiados fascistas tan fácilmente. Así fue con Otto Skorzeny y Leon Degrelle. Por lo general, el régimen los ayudó a cruzar la península y a desaparecer en América del Sur. Sin embargo, algunos de los emigrados nazis se escondieron en España, posiblemente incluso con el consentimiento de los aliados occidentales. Algunos exiliados, como los fascistas rumanos, encontraron cierto patrocinio de los partidarios de la línea dura de la Falange o, como los croatas y los lituanos, de la Iglesia católica. Hubo fascistas húngaros que lograron un bienestar perceptible al apropiarse de los bienes de la embajada de Hungría y crear negocios bajo los nombres de camaradas falangistas. En la vida cotidiana española, los refugiados más visibles –a excepción de determinados aristócratas como Otto von Habsburg y Simeón de Bulgaria– eran de Rumanía, como Jorge Uscătescu y el escritor Vintilă Horia.

La Securitate vigilaba de cerca las actividades de la comunidad rumana en España, en particular a los antiguos miembros de la Guardia de Hierro, un partido fascista que controló Rumanía durante parte de la Segunda Guerra Mundial.[267] La fuerza que había tenido ese partido en el período de entreguerras y su carácter militarista y activista seguramente producía escalofríos a una policía secreta que había estado combatiendo movimientos de resistencia armada hasta el final de los años 1950. De ahí que se acumulen los informes acerca de las actividades de los «legionarios» –como se llamaban a sí mismos– en todo el mundo. Por ejemplo, vigilaban a Aurel (Aureliu, Aurelio) Răuţă (1912-1995), un ingeniero escapado a España y que desde el año 1946 y hasta el curso 1982-1983 fue el encargado de la enseñanza de la lengua rumana en la Universidad de Salamanca. Todavía el año 1989 la Securitate le acusaba de organizar encuentros de «legionarios».[268] En un informe acerca de los rumanos en España, la

Securitate mostraba una organizada red de antiguos miembros de la Guardia de Hierro que, según la policía, mantenía contactos con los servicios secretos norteamericanos, españoles e, incluso, con el Vaticano. Las informaciones son tan concretas, pero a la vez tan poco realistas, que producen la sensación de que se trataba de una extrapolación que otorgaba carácter político a lo que, con toda probabilidad, no eran más que meras relaciones personales.[269] Cualquier pequeño encuentro de algunos antiguos miembros del movimiento, cualquier minúscula facción, se vigilaba con tesón y gasto de medios. Sólo al cabo de los años fue cediendo el miedo de la Securitate a presuntos o reales «legionarios», aunque nunca acabó de desaparecer.

A partir de los años setenta, la Securitate intentó atraer también a algunos de sus más destacados personajes, como el ya mencionado catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, Jorge (George) Uscătescu (1919-1995). Uscătescu, filósofo y escritor, fue, junto con Vintilă Horia, el intelectual más importante del Este europeo que vivió en España en todo el siglo XX. Nacido en la provincia rumana, Uscătescu estudió Derecho y Filosofía en la Universidad de Bucarest. En 1940 se fue a Roma, donde hizo su tesis doctoral como discípulo de Giovanni Gentile. En 1943 abandonó Italia y se trasladó a España, donde se quedó porque Rumanía todavía formaba parte del frente, estaba parcialmente ocupada por la URSS y existía la perspectiva de la instauración de una dictadura comunista. Algunos contactos anteriores, la evidente tolerancia de Franco a los exiliados de los países del Eje, y quizá las similitudes entre las lenguas española y rumana, contribuyeron a la decisión de Uscătescu de vivir en una dictadura de derechas.

En un informe de la Securitate de 1947 ya se le menciona como «enemigo del país».[270] Aunque probablemente no lo había planeado, se instaló en España –con breves interrupciones– donde permaneció toda su vida. Allí se casó en 1950 con una conocida cantante española y allí escribió la mayoría de sus obras. En 1955 se convirtió en ciudadano español. Obtuvo diferentes puestos en universidades y, por último, en la Universidad Complutense, donde fue catedrático de Teoría de la Cultura y

Estética General. Uscătescu participó en la vida de la colonia rumana en España, incluida la cofundación de la editorial Destin, que publicó libros en rumano y español y una revista muy influyente durante más de veinte años. Era un poeta dotado, un excelente ensayista y publicó cientos de artículos en prestigiosos periódicos como *ABC* de Madrid. En general, Uscătescu era un intelectual bien integrado dentro de la sociedad española.

A comienzos de la década de 1980 la Securitate empezó a considerar la posibilidad de que Uscătescu decidiera regresar a Rumanía. De hecho, había visitado el país dos veces, en 1968 y 1970, en viaje privado. En la Securitate creían que podrían convencerlo de que los ayudara en temas de propaganda.[271] En su informe escribieron que «demuestra una actitud realista hacia nuestro país», lo que significa que parecía aceptar el régimen comunista. La Securitate intentó persuadirle de que escribiera algunos artículos para las revistas culturales rumanas como una expresión de aceptación del régimen. De hecho, Uscătescu escribió los artículos, aunque eran en gran medida apolíticos y es difícil creer que fueran útiles para el régimen. Pero el simple hecho de que aceptara participar en publicaciones del país fue una victoria para la Securitate.[272] En la década de 1980, la prensa socialista elogió repetidamente a Uscătescu por «no hacer oídos sordos y no permanecer insensible a los logros irreversibles» del régimen.[273] Él era «alguien que ha entablado un diálogo con su patria».[274]

Había sido diferente en 1969, cuando la revista literaria *Ramuri* publicó unos poemas de Uscătescu. Fue su primera publicación en el país después de la toma del poder por parte de los comunistas en agosto de 1944 (y después de su primera visita a Rumanía). Los versos, que eran inofensivos políticamente, provocaron un pequeño escándalo y la revista –una de las más independientes de una época de estricta censura– recibió críticas del partido.[275] El problema era que a Uscătescu se le consideraba un «fascista», un «miembro de la Guardia de Hierro». Representaba a la antigua Rumanía, contra la que luchaba el Partido Comunista. En su dosier de la Securitate podemos leer que lo mantenían bajo vigilancia precisamente por esta causa, como a muchos exmiembros de los viejos partidos que entonces vivían en

el exilio. Aunque los documentos muestran que este juicio cambió con el tiempo y la policía secreta llegó a pensar que estaba muy lejos de ser un «fascista», el hecho es que, si creemos en los registros, formó parte del movimiento de la Guardia de Hierro en el exilio durante muchos años.

Considerando todo esto –su cercanía constante a la derecha ideológica durante muchos años y su decisión de quedarse en España, una dictadura autoritaria–, podría parecer sorprendente que Uscătescu aceptara colaborar con la policía política comunista, la terrible Securitate. Es fácil de entender que en la década de 1980 el régimen nacional-comunista de Nicolae Ceauşescu quisiera utilizar a los exinmigrantes de derechas para fines de propaganda. Pero no podemos despreciar el deseo de Jorge Uscătescu de publicar en su país y regresar a él como si hubiera sido motivado únicamente por el afán de obtener ventajas materiales o un acceso más fácil a amigos y familiares en Rumanía. La Securitate parecía haber hallado un modo de acercarse a él, apelando a su patriotismo, algo que usó a menudo para influir sobre los exiliados. Esta relación con el servicio secreto era totalmente «fría», dado que no parece haber existido una colaboración continua o que incluyera, en caso alguno, el acercamiento ideológico al régimen. Sin embargo, no es difícil imaginar que en algún momento Uscătescu, que en sus obras mostraba predilección por modelos políticos autoritarios, pudiera haberse visto tentado a considerar positivamente la parte nacionalista del régimen de Ceauşescu, más que a enjuiciar negativamente su orientación comunista, algo que había hecho a menudo. La cronología de las primeras visitas de Uscătescu a Rumanía a partir de 1968 coincide con el entusiasmo nacional en el país por la oposición de Ceauşescu a la invasión de Praga por las fuerzas del Pacto de Varsovia y a su acercamiento –que luego resultó superficial– a Occidente.

El SB polaco –que fue muy activo en la infiltración del exilio en Londres y Múnich– también usaba el suelo español y el enorme número de turistas que llegaban cada año a España para hacer pasar desapercibidos a sus informantes entre la emigración inglesa y contactar con ellos. Ése fue el caso de Wiktor Trościanko, poeta y miembro de Radio Europa Libre,

anticomunista acérrimo, que sin embargo espió para el SB durante varios años. Sus viajes a España debieron acostumbrarle al país, porque cuando se jubiló se instaló allí hasta su muerte en 1983. Poco después, el SB envió un coche con algunos agentes desde Polonia para que asaltaran su casa y se llevaran documentos comprometedores.[276]

El SB también tenía informantes en la exigua comunidad de exiliados polacos en España. Por ejemplo, dos mujeres con el seudónimo «Redaktorka» y «Saska» presentaron informes acerca del poeta Józef Łobodowski, que vivía en Madrid desde la Segunda Guerra Mundial y que era una de las voces más importantes (y ácidas) de la emisión en lengua polaca de Radio Nacional de España.[277]

Józef Łobodowski (1909-1988) fue el emigrante polaco más prominente en España y, en cierto modo, era lo opuesto a Jorge Uscătescu. La historia de Łobodowski es la historia del siglo XX polaco. De niño, su familia estuvo involucrada en las turbulencias de la Revolución y la Guerra Civil rusa. Łobodowski perdió a su padre, y su madre le llevó a la recién nacida Polonia, a la ciudad de Lublin, en el este. Allí comenzó a escribir poesía, publicó su primer libro cuando tenía veinte años y se convirtió en parte de la bohemia literaria de la ciudad. Durante la primera parte de la década de 1930 fue muy activo en las batallas políticas y literarias de la época. Después del colapso de 1929 y el surgimiento del fascismo toda Europa se encontraba en un estado de virtual guerra civil. Los jóvenes tenían que decidir si eran partidarios del proyecto comunista o del autoritarismo fascista, no parecía quedar ninguna otra salida. Łobodowski eligió el primero. En su archivo de la policía secreta comunista se le define así: «comunista al principio, formó parte de un grupo revolucionario de poetas [...] firmó como uno de los autores más importantes un manifiesto de poetas comunistas [...]. Al parecer estuvo en la cárcel, y como comunista no pudo ir al Ejército».[278]

Es un ejemplo perfecto de una generación que creció entre extremos, en un mundo en rápido cambio donde se perdieron todos los valores. Esta generación quería cambios y los quería de forma radical y rápida. Pero la realidad acabó atrapándolos. Łobodowski, que fue censurado, proscrito y

perseguido por su comunismo, pudo contemplar de primera mano los efectos de la colectivización soviética en Ucrania. La hambruna creada por el desastre y la violencia de la radical transformación en el campo le apartaron de la idea comunista. Tras un intento vago de construirse una identidad nacional-comunista, acabó apoyando la dictablanda del mariscal Józef Piłsudski, antiguo socialista. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial Łobodowski se enroló en el Ejército. Tras la caída de Polonia huyó a Francia y desde allí, tras la ocupación del país por los nazis, cruzó la frontera hacia España. Estuvo internado en la cárcel de Figueras y, al cabo de un tiempo, logró llegar a Madrid. Aunque su idea había sido ir a Londres para unirse al Ejército en el exilio, al final acabó quedándose en Madrid y siguió viviendo en esta ciudad hasta su muerte en 1988.

En documentos de los archivos del SB se señala que Łobodowski trabajaba en 1964 como «principal locutor de las emisiones polacas en la radio española».[279] Radio Nacional de España (en Polonia generalmente llamada «Radio Madryt») comenzó a transmitir en polaco el 11 de enero de 1949 y pronto se convirtió en la emisora anticomunista más importante en Polonia antes del establecimiento de Radio Europa Libre (RFE) en 1952-1953. Incluso Jan Nowak-Jeziorański, que sería director del Servicio Polaco de RFE, utilizó el ejemplo de las emisiones de Madrid para encontrar un patrocinador en la British Broadcasting Corporation (BBC) para una sección polaca más amplia.[280] Aunque la Unión Soviética y la Polonia comunista intentaron bloquear las transmisiones, no pudieron hacerlo por completo y, después de 1956, Polonia ni siquiera lo intentó.[281]

Karol Wagner-Pieńkowski, que durante la guerra había sido director de la Radio Polaca en Londres, dirigía las transmisiones.[282] Uno de sus principales colaboradores desde el principio fue Józef Łobodowski.[283]

Las emisiones de radio eran importantes para las comunidades de exiliados en España, ya que legitimaban su presencia y estatus en su tierra de adopción.[284] Los miembros de la comunidad podían ser vistos no sólo como exiliados, sino como luchadores contra el comunismo y leales a su patria desde su refugio en España. Además, las transmisiones podían ayudar a los exiliados como Józef Łobodowski a sobrevivir. Sabemos que les

pagaban mil pesetas al mes y que recibían doscientas pesetas por cada texto que escribían. Los guiones para la radio tenían una extensión de nueve páginas, Łobodowski redactaba al menos tres al mes, y a menudo cinco o seis. Dos veces a la semana preparaba las noticias, y los lunes y los viernes se dedicaban a cuestiones culturales.[285] En un informe de los archivos de la SB, que comenta su trabajo en las emisiones, se decía de él que era «un seudomarxista que desempeña el papel de experto en Europa del Este». Se le describe como un individuo de izquierda, anticomunista, pero comprometido con una especie de nacionalismo socialista, independiente de la URSS.[286] Esto era algo que los jerarcas polacos, los jefes del SB, no podían soportar.

Es cierto que, según un informante, Łobodowski vio «positivamente» los cambios que se produjeron en Polonia tras 1968 referidos al crecimiento del antisemitismo y a la expulsión, primero del partido, y luego, a la larga, del país, de buen número de intelectuales y artistas de origen judío. Este dato daba al SB una oportunidad para poder «usarlo» como informante acerca del gran centro de exilio literario y político de París en torno a la revista *Kultura*. Hay huellas de un intento de acercarse a él para ganárselo como informante, pero no parece que el asunto llegara a nada.[287]

La gran tragedia de la vida de Łobodowski tuvo que ver con su mujer. El poeta había dejado a su esposa en Polonia durante la guerra y, al acabar la contienda, intentó ponerse en contacto con ella. Aunque el conflicto había desarbolado millones de familias en toda Europa, parece ser que fue el SB quien influyó en la mujer para que se divorciara de Łobodowski desde Polonia. De hecho, este tipo de acciones de presión está documentado en otras personas.[288] Łobodowski no pudo olvidarla y siempre se consideró su cónyuge: de hecho, en su expediente del SB aparece como «casado». Tras su muerte y la caída del comunismo, su mujer dejó constancia de cómo la había presionado la Seguridad del Estado. El SB impulsó aquella acción porque, con su voz potente y su dicción teatral, Łobodowski se convirtió por un tiempo en un enemigo de importancia en las ondas.

UN ESPÍA –O DOS– EN MADRID

En las memorias de Horst Kopp, funcionario del Departamento X de la Stasi, se describe de forma completa y vívida su misión en Madrid durante la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) que se celebró desde noviembre de 1980 hasta septiembre de 1983. Kopp fue quien compró uno de los votos que sirvieron para que Willy Brandt fuera elegido canciller. Luego cayó en desgracia, fue detenido, encarcelado y, tras salir de la cárcel, relegado a trabajos burocráticos.[289]

Su misión en Madrid fue diseñada con mucha antelación. Como le dieron varios meses para que se preparara, pudo crearse una leyenda creíble, la de un empleado del Departamento de Prensa del Consejo de Ministros. Esto no era fácil, puesto que los periodistas de la RDA no eran demasiados y se conocían entre sí. En cualquier caso, su leyenda funcionó. Llegó a Madrid como miembro de una delegación de unas veinte personas entre traductores, secretarias y «periodistas». Durante un año y medio «compartió baño y retrete» con el jefe de la delegación, un embajador. El viaje hasta Madrid ya mostraba la precariedad de la RDA: para ahorrar costes, la delegación viajó en un avión soviético de carga que tenía que llevar unos materiales a Cuba y hacía una parada en España: «la RDA ahorraba siempre donde podía».

Kopp describe cómo era su vida en el Madrid de la época. El edificio de enfrente de la embajada de la RDA estaba, según él, ocupado por los servicios secretos españoles: «todo el que entraba o salía de la casa era fotografiado». Los miembros de la delegación solían aprovechar los fines de semana para viajar por el país en uno de los Renault propiedad de la embajada. Pero para él era muy difícil, dado que cada viaje tenía que ser aceptado con antelación en la central de Berlín. Tampoco le estaba permitido alejarse más de doscientos kilómetros y cuando sus compañeros planeaban un viaje así de largo él tenía que buscarse una excusa para no ir con ellos.

Entre los siete puntos que le habían encargado ejecutar estaban, por supuesto, la seguridad de la delegación, evitar «provocaciones», pero también enviar informes sin filtrar, verídicos y realistas. De otro modo la central no podría cumplir su cometido de orientar las decisiones del poder político. Pese a esa exigencia de veracidad, también era necesario tener cuidado: los informes que él enviaba eran paralelos a los que despachaba por su parte el jefe de la delegación, el embajador Peter Steglich. Que hubiera demasiadas diferencias «podía traer consecuencias personales». Por ello, Steglich y él acabaron por ponerse de acuerdo cada día en lo que enviaban.

A Kopp se le había prohibido expresamente buscar confidentes entre las personas que asistían a la conferencia, aunque debía recopilar información que permitiera que, en otro momento, se pudiera contactar con algunos objetivos. Otra de las tareas principales era colaborar con los IM, los informantes que hubiera en Madrid –habla de dos que ya conocía y de otros tres que hizo venir como reemplazo.

En las embajadas de los países del Bloque del Este siempre hubo gente que se dedicaba a labores de espionaje. En la embajada de la RDA en Madrid había una radio que era secreta hasta para el personal. Un agente más o menos fijo cuidaba de ella y la usaba. De vez en cuando se enviaba a un sustituto, un agente que se dedicaba a recorrer las embajadas germano-orientales y a dictaminar sobre el estado y el uso de las emisoras, así como a informar del personal de la policía secreta residente.

En los años ochenta, la Stasi contaba en Madrid con un «legalista» –un agente que actuaba legalmente–, que utilizaba como ayudante a su esposa –sin que ésta fuera miembro de la Stasi– y al que las cosas no se le daban del todo bien. Le resultaba difícil conseguir informantes y, para colmo, le robaron el coche y asaltaron su vivienda varias veces. Aunque él afirmaba que podía tratarse del contraespionaje español, sus superiores parecían más inclinados a pensar que su agente no era más que otra víctima de la ola de inseguridad ciudadana que azotaba a la España de la época.[290]

En sus memorias, Kopp habla de él y de su trabajo como radiotelegrafista con cierta ironía. Dado que no solía haber mucho trabajo,

«se había acostumbrado a una existencia tranquila bajo el sol del sur». Al cabo, Kopp pidió que le reemplazaran, ya que no era capaz de seguir el ritmo de trabajo impuesto por la conferencia.

También hubo un tal Paasch en la embajada de Madrid en 1983 como «oficial en servicios especiales». Paasch era descrito en el informe de sus superiores como «políticamente seguro, posee un lazo férreo con su patria y es fiel a las decisiones del partido y el Gobierno», «callado y siempre sigue las reglas del trabajo conspirativo». Aunque su relación con lo material era descrita como «normal», del mismo modo que su consumo de alcohol, el informe añadía que «en el futuro precisará de un cierto autocontrol». Este último parecía ser su gran problema.

La embajada de la RDA en Madrid era la más pequeña de las que había en los países de Europa Occidental. Esto puede ser una muestra de la escasa importancia que le concedían a España, pese a toda la retórica ideológica. O bien, de todo lo contrario: quizá les parecía tan importante que era «El Gran Hermano», la URSS, quien reclamaba toda la vigilancia para sí misma.

UN PAÍS EN GUERRA FRÍA

Podríamos resumir todo lo aquí expuesto diciendo que las policías secretas comunistas vigilaban con atención a los diplomáticos españoles y a los exiliados políticos en cada país. En el caso de los diplomáticos, su interés radicaba en evitar futuros peligros para el régimen –por su posible labor de espionaje–, pero también en acumular la mayor información acerca de ellos para poder utilizarlos en algún momento. Los exiliados políticos –por su condición de extranjeros– resultaban siempre sospechosos en regímenes tan cerrados como los comunistas, y ello en un doble sentido: la desviación ideológica de sus luchas intestinas podía contagiar a la sociedad, pero también su incapacidad para asimilarse a la sociedad podía convertirles en asociales o marginados.

Había también una vigilancia estándar de España como Estado enemigo a través de fuentes abiertas y publicadas, y también –lo que es muy

relevante– usando los informes aportados por los agentes que la Stasi y el KGB tenían en organismos internacionales occidentales. Esta vigilancia se centraba sobre todo en problemas militares (capacidad militar de España, su ingreso en la OTAN, su participación en ella…) así como en las transformaciones políticas de la dictadura (con especial atención a las actividades del PCE). La RDA utilizó en gran medida su excelente red de agentes en el Gobierno alemán occidental y en la sede de la OTAN en Bruselas. Esto es muy relevante para los gobiernos de Felipe González después de 1982. El hecho de que las pruebas que hemos encontrado sobre las actividades de agentes del Este en España sean bastante escasas –más allá de la actividad de información de las embajadas– puede deberse a la destrucción de archivos que afectó especialmente a estos fondos o a su ocultación posterior. O también, y esto es un tema que aún no está claro, a la división del trabajo por parte de los diversos servicios secretos del Este. Tenemos indicios de que el KGB introdujo agentes más allá de los *rezidenty*, que estaban en las embajadas. Pilar Urbano relata la historia de un agente doble del Centro Superior de Información de la Defensa (CESID) español que consiguió ganarse la confianza de los agentes soviéticos en Marruecos y que, con la excusa de ayudarles a captar informadores dentro de las bases norteamericanas en España, les enzarzó en un largo proceso de desinformación y les puso en contacto con agentes del contraespionaje militar americano que se hacían pasar por traidores.[291] Es posible, por tanto, que el KGB se reservara para sí el espionaje en España, al menos en lo que considerara importante. Sin embargo, la sensación que dan los documentos disponibles –su distribución en las listas de orden del día, por ejemplo– es que España no era en modo alguno un país esencial para las policías secretas del Este. Las informaciones que les eran precisas las podían encontrar sin necesidad de establecer una costosa red de agentes en el país.

Parece que el tema más importante para los servicios de seguridad comunistas fue la actividad de sus propios exiliados políticos en España. Constituyó una vigilancia de larga duración, desde el principio de los regímenes comunistas hasta su final. Muchos informadores no oficiales,

dentro del exilio o enviados desde otros lugares, controlaron durante muchos años las colonias de exiliados anticomunistas en España.

Pese a su innegable significado simbólico dentro del movimiento comunista, España fue sólo de relativa importancia para la Stasi y las otras policías políticas. En este aspecto, también fue –incluso durante la Guerra Fría– un país normal.

Historia de Laura II

He llegado hasta Laura –éste no es su nombre real– a través de una hija suya. Al principio me resultó muy difícil dar con ella, hasta que se me ocurrió que la gente más joven está conectada. Sabía el nombre de sus hijos por los dosieres. Una red social me permitió contactar con una de ellas y, por su intermediación, pude hablar con Laura. Ha sido muy amable, sigue viviendo en Berlín y allí acudo a entrevistarla. Yo he vivido muchos años en la capital alemana, así que compartimos impresiones por unos momentos. Luego le pido que me cuente su historia, que ella considera trivial y sin interés. Pero para mí no lo es. A lo largo de la conversación le iré proponiendo algunos interrogantes, algunos temas, algunas cuestiones. La conversación se enfocará unas veces en ellos y, otras, Laura discurrirá por un camino propio.

Me cuenta cómo llegó a aquella ciudad, a mitad de los años setenta. Tenía poco más de veinte años y trabajaba en una empresa en el norte de España. Un verano se fue de vacaciones con una amiga a Berlín Occidental. No era un destino muy habitual para el turismo español en julio de 1974.[292] Hacía sólo un año escaso que la España todavía franquista había abierto su embajada en la Alemania comunista.[293] Por entonces comenzaba también un tímido turismo hacia aquellos países, que no era sólo –aunque también– de tono ideológico. Había, claro, militantes prosoviéticos que se engañaban a sí mismos, comparando las seguridades sociales que creían detectar en el este con las miserias del franquismo terminal y de la España inmersa en la crisis del petróleo. Había adustos comunistas de partido que recordaban la Guerra Civil e identificaban aquellas ciudades de escasa iluminación

nocturna con las esperanzas de una juventud derrotada, pero nunca olvidada. Había estudiantes curiosos por experimentar un viaje que se las daba de pecaminoso, de semiprohibido, hacia territorios que para sus padres todavía parecían habitados por diablos rojos de cuernos y rabo. Pero Laura me contó que a ella siempre le había interesado Alemania y que, de hecho, había estudiado algo de alemán en España. Por eso no lo dudó cuando su amiga le propuso viajar a la ciudad-isla, rodeada por todas partes por el mar de la República Democrática Alemana (RDA).

Uno de los días de sus vacaciones decidieron pasar al otro lado. En la frontera tuvieron que cambiar a marcos de la RDA los seis marcos y medio de la República Federal que eran obligatorios por día –una forma de la RDA para hacerse con divisas. Dieron un paseo y, al cabo, se sentaron en un bar. Allí comenzaron a hablar con dos chicos alemanes muy simpáticos. A ella le gustaba uno, al que vamos a llamar, con poca imaginación, Hans: «es que era alto y rubio y de ojos azules», comenta. Como ellas todavía iban a estar algunos días más en Berlín Occidental, los chicos les pidieron que cambiaran dinero todos los días y cruzaran, y así lo hicieron.

Laura me cuenta que se enamoró. Volvió a España y se carteó durante meses con Hans. Sintió la necesidad imperiosa de volver a verlo y regresó en otoño a Berlín. Estaba decidida a quedarse, a vivir con él. Y cumplió su propósito. Según el dosier de la Stasi, se asentó en la RDA el 25 de febrero de 1975.[294] Se alojó en casa de Hans, decidió quedarse allí y planearon casarse. Laura presentó ante las autoridades competentes de la RDA un formulario en el que exponía su deseo de que se le concediera un visado de estancia permanente en el país. Quería casarse con su novio. Algo que podría haber sido tan fácil, tan sencillo. Faltaban apenas unos meses para que muriera Franco, más de una década para que cayera el Muro.

En un documento de la Stasi se revelan las razones de las autoridades. Quizá no hubiera sido tan complicado que se les concediera un permiso para casarse, ¿por qué no? ¿No tenían acaso todos los papeles en regla, no habían expuesto su caso a plena luz y con toda legalidad? Pero la policía política tenía su propia opinión: «en principio, no permitirlo», decía secamente una nota en el papel. El documento añadía después más razones:

«ella trabaja en la embajada española y está siendo investigada operativamente por nuestro departamento».[295]

Casi por casualidad, Laura había conseguido encontrar un trabajo en la representación española, quizá lo único que le era posible por entonces, en aquella economía cerrada. Pero a raíz de los últimos fusilamientos del franquismo, la RDA interrumpió sus recién iniciadas relaciones diplomáticas con España, la embajada española se suspendió y los asuntos consulares y diplomáticos pasaron a la embajada suiza, que se hizo cargo de ellos. Laura reaccionó rápido y, con ayuda del embajador, encontró otro trabajo en una embajada de un país latinoamericano.[296] Continuó pidiendo que se le concediera el visado permanente. Lo consiguió y por fin se casaron. En 1977, cuando las relaciones entre España y la RDA volvieron a su cauce –ahora con una España que se dirigía a saltos hacia la democracia parlamentaria–, Laura vivía en Berlín Oriental con su marido alemán y pensaban en tener hijos.

Había, sin embargo, problemas en el matrimonio. El marido era nervioso, se expresaba siempre en forma muy crítica con la RDA, mientras que Laura, que conocía el mundo capitalista, era más escéptica. La pareja estaba rodeada por un círculo de buenas amistades, algunas de la familia del marido, personas en las que Laura aprendió a confiar muy pronto y cuyo apoyo le duraría muchos años. Laura me dijo, no obstante, que pronto se dio cuenta de que «se había equivocado» al casarse con Hans.

Un día el marido le presentó a Laura a cierto amigo suyo, Edgar, con el que Laura pareció congeniar muy bien. Edgar resultaba simpático y secundaba a Laura en sus críticas a la actitud que el marido tenía hacia la RDA, le apoyaba en su intento de lograr que de alguna manera éste se sintiera más contento con su existencia, que se conformara con su suerte de vivir en la RDA. Al menos, esto es lo que el tal Edgar –en realidad un agente de la Stasi– escribía en sus informes.

No quedaba claro en los documentos a mi disposición que Laura llegara a enterarse nunca de que su marido había sido captado por la Stasi casi al principio de su relación. La entrevista con ella me reveló que era cierto, que no lo sabía ni lo había sospechado. Hans, llevado seguramente por el miedo,

había accedido a darles información, firmando un compromiso y recibiendo a veces algún dinero. Da la sensación de que nunca reveló nada especialmente comprometedor –tampoco había en la embajada española acceso a grandes secretos ni decisiones trascendentales.

Según la Stasi, Hans «fue contactado el 28.1.1976 bajo leyenda [por alguien con falsa identidad]. El objetivo de la toma de contacto era ganar a Hans como informante y que condujera posteriormente a su esposa, que trabaja en la Embajada de España hacia el MfS [la Stasi]».

Al principio, Hans había parecido muy activo, voluntarioso incluso para colaborar con la Stasi:

> Durante los encuentros realizados H. siempre se mostró positivo, algo que luego contrastó con su comportamiento en el trabajo y con su esposa. El propio H. fue el que presentó al agente la propuesta de conocer a su esposa personalmente. En retrospectiva, resultó cada vez más claro que H., debido a su actitud política inestable y posiblemente también a la falta de intelecto, estaba poco dispuesto y era incapaz de evitar sin reservas que su esposa se diera cuenta.

Para evaluar hasta qué punto Hans se estaba volviendo inestable, la Stasi introdujo la llamada «medida B»: instalaron escuchas con micrófono, lo que confirmó la impresión del agente:

> [Hans] había prometido y confirmado una y otra vez en las reuniones llevadas a cabo que hablaría con su esposa sobre cuestiones políticas y que la influiría en nuestro sentido. Sin embargo, la medida produjo un resultado completamente opuesto. H. siempre influía negativamente sobre su esposa y glorificaba el estilo de vida occidental.

En un informe se explica cómo, debido a la buena relación que pareció surgir entre el agente de la Stasi y Laura, Hans desarrolló «ciertos signos de celos». Para evitar este problema, el agente de la Stasi les presentó a una agente femenina, Nadine, bajo la ficción de que era su prometida. Sin embargo, el conflicto entre Hans y el oficial de la Stasi no cedía.

La relación de Laura con su marido empeoraba. Éste bebía mucho, cada vez más. Fue entonces cuando Hans empezó a realizar peticiones oficiales para emigrar, primero a España –esto no lo sabía ella–, y luego a Berlín Occidental, a la República Federal. Tras una serie de intentos durante los

que su relación se fue deteriorando progresivamente y Hans iba derivando hacia el alcoholismo, logró que se le permitiera salir del país.[297] Según los papeles de la Stasi, era el año 1978.

Laura, por el contrario, se quedó en la RDA. Me contó algo que no aparecía en su dosier: durante mucho tiempo tuvo dos viviendas, una en el este y otra en el oeste, muy cerca la una de la otra. Laura cruzaba con el coche por el Checkpoint Charlie y en unos minutos se encontraba en su casa. Conoció a otra persona, volvió a casarse y tuvo hijos. Durante aquel tiempo su vida fue feliz.

En algunos de los informes sobre ella da la sensación de que el oficial de la Stasi que los escribía tuviera una especie de admiración por Laura. Se refleja en ellos cómo, pese a todos los problemas con Hans –del que se divorció a primeros de los ochenta–, Laura tuvo fuerzas para seguir ocupándose de él, incluso tras la ruptura de su matrimonio, para impulsarlo a que iniciara curas de desintoxicación –que siempre abandonaba– y mantener contacto con él y con su familia alemana. Los informes posteriores muestran la vida de Laura en Berlín como tranquila y normal, con viajes de placer a colonias de vacaciones de la Alemania Oriental –donde por lo general el encargado informaba a la Stasi de lo que allí se hacía–, con visitas a amigos alemanes –a los que ayudaba con pequeñas compras en las tiendas especiales para diplomáticos y que eran puntualmente reseñadas por la policía secreta– y con la rutina y el trabajo de la embajada –donde había toda una serie de informantes de la Stasi, generalmente entre el personal de apoyo.[298]

Años más tarde, en julio de 1984, la Stasi volvió a elaborar un plan para ganársela de nuevo como IM, «colaborador no oficial». Diseñaron una compleja estrategia para ello. El coronel de la Stasi que había llevado su caso –y que se había hecho pasar por un amigo del marido– debía visitar a Laura haciéndose el encontradizo y volver a tejer una red conspirativa. Al mismo tiempo, la agente «Sophie», que informaba desde la embajada, intentaría hacerse amiga suya e influir en ella.

En sus informes, el coronel era muy positivo: parecía que iba a poder ganársela. Por razones que no están claras en los documentos, no lo

consiguió. Laura me contó que ella no supo nada de todo esto. Daba la sensación de que el agente no se atrevía a realizar su misión. En 1988 otro agente distinto, un tal mayor Wernitz, le pidió directamente a Laura su colaboración. En su informe afirma que «su relación con "Dornburg" [el seudónimo del agente que se había hecho pasar por amigo] había sido valorada operativamente en exceso».[299] Pero de nuevo algo falló, y el mayor, quizá para ocultar su fracaso o porque tuvo la sensación de que no iba a poder extraer nada de ella, consignó algunos datos falsos en el expediente, cerrándolo. Escribió que Laura se había dado cuenta del seguimiento y que, por ello, se había trasladado a Berlín Occidental. Perdido el contacto, no había necesidad de seguir intentando ganarse a la mujer.

Sin embargo, Laura me lo contó de otro modo. El embajador había hecho organizar un ciclo de cine español y quería incluir en la vida de la embajada a los españoles republicanos refugiados en la RDA. Así es como ella conoció a los hijos de una pareja de republicanos, periodistas huidos de España, que habían vivido primero en Budapest y luego en Berlín. Aunque los padres parecían ser totalmente adictos al régimen, la Stasi no estaba tan segura de los hijos, en particular del hombre.

Un día, cuando Laura caminaba por la calle, el agente de la Stasi la llamó mientras iba cruzando hacia su casa y fueron a tomar un café. Aquello le dio mala espina. Él le dijo que le iba a visitar en casa, que tenía que hablar de algo muy importante, pero ella tenía cierta aprensión y le pidió a una amiga que estuviera presente. Cuando él llegó y vio que estaban las dos dijo que tenía prisa y se fue. Laura se lo contó al embajador y éste, conocido por su optimismo e ironía, afirmó que llevaba años esperando una conversación así. Le pidió que siguiera viendo al agente para comprobar qué es lo que quería.

Otro día, el coronel de la Stasi la estaba esperando a la puerta de su casa. Por fin hablaron. Empezó diciendo cosas muy extrañas: que la RDA atravesaba una época horrible, que estaba llena de enemigos, que tenían que protegerse. Laura, molesta, le apremió a que le dijera qué quería exactamente de ella. Y entonces, el coronel de la Stasi le propuso que

siguiera al hijo de los españoles, que según él era un vivalavirgen. La Stasi se fiaba de los padres, pero no de los hijos. Ella se negó. Aunque el otro parecía muy insistente, la dejó en paz.

Laura siguió con su vida. Cayó el Muro. La RDA, y con ella la Stasi, desaparecieron. Poco a poco, el otro Berlín, el Occidental, se fue haciendo más y más central para ella, ya que su nuevo marido trabajaba allí. La embajada en la RDA se cerró a finales de 1990 y, algún tiempo después, la que había en Bonn se trasladó a Berlín Occidental, al antiguo edificio construido en la época nazi. Laura jamás contó a sus amigos que se había negado a espiarles.

****

Cuando conocí por fin a Laura en aquel café de Berlín me sorprendió que no hubiera percibido el seguimiento del que había sido objeto durante tanto tiempo. No comprendí que se hubieran quedado en el aire las señales que su primer marido había lanzado, desesperadamente, me parecía a mí. Ella me hizo ver de inmediato –y luego le pregunté de forma directa– que no había ido a ver su dosier en el archivo de la Stasi, el BStU. Que ni siquiera había pensado que existiera.

Lo entendí mejor durante la conversación con ella. Laura era una mujer fuerte que había sufrido mucho por razones personales, que no vienen aquí al caso. Pero su talante era optimista, positivo, siempre lo había sido. Incluso teniendo en cuenta las cosas con las que no había estado de acuerdo, y reconociendo que ella era una privilegiada –«teníamos tiendas especiales para los diplomáticos»–, la RDA había tenido mucho de bueno. Su vida, pese a los problemas con su marido, había sido interesante y la recordaba con cariño. Su visión de la RDA nunca había sido dramática.

Mucho más dramático era el final que el oficial de la Stasi había añadido a su historia, quizá para esconder su fracaso. La estrategia, diseñada concienzudamente, iba destinada a poner a Laura en un aprieto:

Se sugiere enviar una carta de Dornburg a Laura pidiendo una reunión con ella y su apoyo activo. Como resultado, Laura tendría que ser forzada a una situación de conflicto que ella sola no pudiera manejar. El contenido de la carta también debería ser apto para que quisiera impedir su divulgación a la embajada de España y su pareja, ya que tendría que responder a una variedad de preguntas desagradables. Además, se sabría que ella no había informado de un contacto de larga duración con un miembro de los órganos de seguridad de la RDA ni de un intento de captarla.

La falsa carta narraba una lúgubre historia:

Seguramente te sorprenderá saber de mí de esta manera después de tanto tiempo. La situación me obliga a hacerlo porque tengo miedo de llamarte o visitarte. Estoy perdido y necesito la ayuda de un amigo de fiar. Por eso tengo que hablar contigo y te esperaré el 26.2.88 a las 18.00 horas frente al cine Kosmos en el Karl-Marx-Allee. Una amiga mía te llamará el 25.2.88 a las 20.00, con el nombre de Monika y te preguntará sobre la cita. Tú sólo tienes que confirmarla o enviar una nueva propuesta. El lugar sigue siendo el cine y no puedes nombrarlo. Disculpa mis precauciones, pero son necesarias. Es importante que vengas sola y que tengas tiempo luego para viajar directamente a Berlín (Occidental). ¡Ayúdame, por favor!

Como ya sabemos, la estrategia fracasó. No está claro por qué el agente decidió hacer algo tan extraño y fuera de lugar, sobre todo teniendo en cuenta que llevaban años recogiendo información acerca de Laura y era fácil imaginar que aquello no iba a funcionar. La presión del oficial de la Stasi que llevaba su caso fue evidente y, sin embargo, Laura afirma que no la percibió como amenaza. Pero es posible que esa coacción del servicio secreto fuera también la que estimuló el alcoholismo de su marido y contribuyera en parte a destruir aquella relación. Nunca sabremos si fue la presión la que le condujo a emigrar o si todo había sido parte de un vago plan de Hans para salir del país. En cualquier caso, la Stasi se había introducido en la vida cotidiana de estas personas. Una vida cotidiana que había estado bajo una vigilancia política y una presión policial.

Hay unos datos más en el dosier, magros, escasos, acerca de la estrategia: «Sobre la Operación *Laura*. Las medidas planeadas se realizaron sin éxito. No está el coche en la casa. No se pudo localizar a Laura al teléfono».

9

Almacenes de la memoria

Los funcionarios de la Stasi tenían miedo. Desde principios de octubre de 1989, un día tras otro, se sucedían las manifestaciones que acababan a las puertas de las sedes de la organización en Berlín, en Leipzig, en Dresde, en más de ochenta ciudades de la República Democrática Alemana (RDA). La gente estaba indignada, enfadada y, al mismo tiempo, los acontecimientos de aquellos días –la caída del Muro, la democratización de Europa Central– les animaban a combatir a la bestia. Desde mediados de noviembre de aquel año, todas las organizaciones locales de la Stasi poseían planes para reaccionar en caso de ser asediadas o invadidas con violencia. Mientras el nuevo ministro del «Departamento para la Seguridad Nacional» –el nuevo nombre de la Stasi–, Wolfgang Schwanitz, concedía entrevistas en las que intentaba mejorar la imagen de la organización, los detalles de sus crímenes que iban saliendo a la luz pública incrementaban la ira ciudadana. Atemorizados por lo que podría pasar, los funcionarios de la Stasi comenzaron a destruir expedientes y materiales a toda velocidad.[300]

El 2 de diciembre de 1989, unos activistas ciudadanos entraron en una nave cerca de Rostock que pertenecía a la Stasi. Allí se encontraron con decenas de vagones de mercancías totalmente cargados, incluyendo más de 20.000 metralletas. Se trataba de unos materiales dispuestos para ser exportados y, posiblemente, con el objetivo de esconder los beneficios en el extranjero. El responsable máximo de estos envíos, temiendo un linchamiento, huyó a la República Federal de Alemania (RFA) y pidió asilo.

Al día siguiente, la oposición de la RDA lanzó un manifiesto avisando de la destrucción masiva de los archivos de la Stasi, de la huida de los

culpables y de la evasión de divisas. Surgía la idea de que la Stasi se preparaba para una clandestinidad que no presagiaba nada bueno. El 4 de diciembre, en respuesta a este llamamiento, se formaron milicias ciudadanas que establecieron controles a la puerta de las sedes de la Stasi –y, a veces, del Partido Comunista– para evitar que se llevaran documentos. Las milicias obligaban a los agentes de la Stasi a mostrar lo que llevaban en sus bolsas, bloquearon las puertas con automóviles y se concentraron, a menudo masivamente, frente a las sedes. Tras largos debates y movilizaciones en contra de la transformación de la Stasi en otra policía secreta, de tono democrático, análoga a la que existía en la RFA, la oposición lanzó un llamamiento para una manifestación el 15 de enero de 1990 ante la sede central de la Stasi en Berlín. La manifestación, que alcanzó las 100.000 personas, terminó en una confusa ocupación de la sede, momento que aprovecharon los servicios secretos norteamericanos para robar los expedientes sobre los espías de la Stasi en el oeste. La ocupación se convirtió en un símbolo de la acción ciudadana contra la policía secreta.

LOS «CENTROS DE LA MEMORIA»

Gracias a estas acciones, en algunos países se pudieron conservar, al menos en parte, los archivos de las policías secretas. Éstos contenían incalculables recursos de muy distintos tipos: expedientes de confidentes posibles y reales, documentación sobre personas perseguidas, informes sobre percepciones sociales de hechos del momento, expedientes sobre acciones de la Seguridad del Estado y también diarios, cartas, escritos y obras literarias confiscadas. Algunas de estas policías, como la Stasi germano-oriental, guardaban incluso tubos y frascos con pruebas de olores de las personas investigadas, con la esperanza de desarrollar en un futuro alguna técnica que les permitiera utilizarlos de modo sistemático. Toda esa riqueza material conservada para la posteridad permite, por un lado y desde el punto de vista de la historia, analizar multitud de problemas sociales, culturales y políticos del siglo XX. Pero no se puede olvidar que los materiales se

recopilaron durante una acción continua de vigilancia para la represión y que, en buena medida, conservan información sensible y peligrosa para muchos inocentes, aunque también para muchos culpables.

Después de la caída del Muro de Berlín, estos archivos sufrieron destinos muy diferentes y tuvieron cometidos muy variados en cada país. Como hemos visto en el ejemplo de la Stasi, muchos expedientes y papeles resultaron destruidos en los primeros momentos de caos. Con el tiempo en algunos países excomunistas fueron apareciendo nuevas instituciones centralizadas que tienen la tarea de preservar y evaluar el legado de las policías políticas y generalmente también de abrir a investigadores, juristas y a las víctimas buena parte de los materiales conservados.[301] Son los llamados «institutos» o «centros de la memoria».[302] Aparte de esa función básica, estos «centros» pueden desempeñar tareas muy diversas, dependiendo de la legislación de cada país, como por ejemplo labores jurídicas (persecución de crímenes por medio de fiscales especiales) y educativas (propaganda y educación cívica sobre las dictaduras).[303]

La especial relevancia y la incidencia de los fondos de estos archivos en las sociedades en cuestión han levantado considerables polémicas y producido durísimos debates, influyendo en la consideración que se tiene de la historia como disciplina en los países afectados.[304] Los escándalos producidos por las revelaciones de los archivos han sido de gran calado político. Por ello, la importancia de estas instituciones dedicadas, entre otras cosas, a la preservación de fuentes históricas y a su valoración científica es tan desmesurada que un análisis pormenorizado puede aportar mucha luz acerca de la evaluación del pasado dictatorial, el uso público de la historia, los procesos de transición de la dictadura a la democracia, la organización archivística y los límites sociales y políticos de la apertura de archivos. El hecho de que en todos estos países hubiera una amplia red de informantes y colaboradores de la policía política, quienes, a veces por convicción, a veces por dinero y otras por chantaje o presión, accedían a delatar a sus próximos, ha tenido gran relevancia social. Al analizar los escándalos producidos por las revelaciones de estos materiales nos encontramos con fenómenos que van desde el abuso de determinados poderes políticos para

dañar a sus contrincantes hasta las consecuencias que las acciones de las antiguas policías políticas y la represión comunista tienen sobre las sociedades que han salido de las dictaduras.

Tras la caída del Muro, pocos fueron los países que se permitieron el lujo de purgar activa y eficazmente a los antiguos gobernantes. Por un lado, la situación era todavía demasiado insegura, los soviéticos aún mantenían bases militares en muchos de estos países, la posición de los excomunistas seguía siendo demasiado fuerte y su control de muchos resortes políticos y económicos era todavía excesivamente grande. Esto explica quizá cómo se desarrollaron estas instituciones especiales que, a la vez que se encargaban de conservar los archivos de las policías políticas, llevaban a cabo una labor relacionada con la construcción de una conciencia general del daño causado por las dictaduras comunistas y, en especial, por sus órganos de represión.

EL CASO SOVIÉTICO

Para el caso de las policías secretas soviéticas no existe un centro de estas características, al menos en lo que se refiere a la parte más sustancial del imperio soviético: en Rusia no se ha producido la creación oficial, institucionalizada, de un «centro de la memoria».[305] Todo lo más, han surgido asociaciones de la sociedad civil que han intentado cubrir este vacío. En especial, cabe referirse a la Fundación Memorial, que a menudo ha sido perseguida y atacada desde el poder judicial, acusada de «agente extranjero», pese a una intensa (y pacífica) labor de evaluación del pasado y de salvaguarda de la memoria de las víctimas. Una labor que hunde sus raíces en la época de la disidencia contra el sistema, sobre todo durante la *Perestroika*, cuando se formaron las primeras organizaciones de la sociedad civil que intentaban rescatar del olvido a las víctimas del estalinismo. Los nuevos gobernantes rusos no parecen muy atraídos por la reconstrucción de la memoria de los represaliados ni por la investigación de los crímenes de Estado soviéticos. No es de extrañar, si tenemos en cuenta la extraordinaria continuidad del aparato de seguridad ruso actual con el de la época

soviética. El prestigio de los «chekistas», como se siguen llamando con orgullo, no ha cesado. Y el presidente Vladímir Putin, antiguo miembro del Comité para la Seguridad del Estado (KGB) e imbuido de su *ethos*, no ha perdido ocasión de realzar la importancia que considera tiene una policía secreta para un Estado moderno.

Aunque ha habido una constante investigación histórica desde el mundo académico sobre la represión en todos sus aspectos, lo cierto es que el uso de los materiales de las policías secretas soviéticas ha sido irregular, confuso y cortocircuitado por los acontecimientos políticos. Es cierto que durante la *Perestroika* hubo historiadores, sobre todo rusos, que accedieron a esos materiales, aunque desde que los archivos se cerraron a principios de 2000, muchos de ellos se han visto obligados a usar una y otra vez las notas que tomaron entonces, que son citadas con fruición por otros historiadores dado que no hay ningún otro material disponible.

Sin embargo, ciertas zonas de la antigua URSS, ahora independientes, han creado instituciones análogas, en especial los tres países bálticos, Moldavia y Ucrania. Estos centros de la memoria sí atañen al legado de la policía secreta soviética y, además, parte de sus documentos han sido digitalizados y puestos a disposición de los investigadores en otros lugares, sobre todo en el Archivo de la Institución Hoover, en la Universidad de Stanford.

BSTU

El primer centro de memoria de este tipo que se constituyó fue el Comisionado Federal para los Archivos de la Stasi de la antigua RDA (BStU). La leyenda fundacional de este centro se creó, como hemos visto, en torno al final de la dictadura, cuando integrantes del movimiento cívico asaltaron los edificios de la Stasi para evitar que se destruyeran los archivos. Aun cuando es posible que una parte de esos manifestantes fueran «informantes no oficiales» de la Seguridad del Estado, que querían borrar las huellas de su colaboración con el régimen, la repetición de este hecho en varias de las

divisiones regionales de la Stasi nos muestra la conciencia ciudadana del problema. Este movimiento culminó con el asalto y la ocupación de la sede central de la Stasi en Berlín el 15 de enero de 1990. El primer –y último– Parlamento libremente elegido de la RDA fue el que promulgó la ley por la que se disolvía la Stasi y se abrían sus archivos. Poco después desaparecía la propia RDA y el Parlamento federal de la Alemania reunificada aprobó el 29 de diciembre de 1991 la llamada Ley de los Archivos de la Stasi *(Stasi-Unterlagen-Gesetz)*, que sentaría las bases para el desarrollo del BStU. De este modo se puede decir que la situación en Alemania fue muy distinta a la del resto de países poscomunistas: la evaluación de la dictadura se producía en cierta medida «desde fuera». Tampoco fue ajeno a la relativamente rápida acción estatal el hecho de que la nueva Alemania contara con el precedente de la evaluación del pasado de la dictadura nacionalsocialista, lo que propició que la *Vergangenheitsbewältigung*, la «superación del pasado», cobrara un nuevo sentido.

Desde su creación, el BStU está constituido por una central y diversas delegaciones (doce en la actualidad), se halla dotado de un presupuesto que ronda los noventa millones de euros y trabajan en él unas 1.750 personas –de las que sólo una docena se dedican a tareas de investigación estricta. Los materiales conservados por la institución ocupan 111 kilómetros, contando los archivos propios de la Stasi y los materiales que se encontraban sin archivar en el momento de la disolución de la organización.

Aunque ha habido leves cambios en la legislación, las tareas que se le encomendaron desde un principio al BStU han continuado y no han variado con el paso de los años: dar acceso a cada ciudadano a los resultados de la vigilancia que padeció por parte de la Stasi y permitirle impedir que se usen estos datos en su perjuicio; garantizar el derecho de la ciudadanía a conocer en qué medida influyó y actuó la Stasi en la vida pública; asegurar el uso de los archivos para la rehabilitación de las víctimas y la posible reparación de los daños, para la persecución de los culpables y para la investigación científica. El primer objetivo citado –la posibilidad de hojear los materiales que tenga el archivo sobre uno mismo– es el que prima en la actividad del BStU y al que se subordinan todos los demás. Es también el que justifica la

creación y el mantenimiento de un organismo propio, en vez de entregar todos esos materiales al Archivo Histórico Federal.

El BStU no está dotado de capacidad judicial ni puede ejercer funciones propias de la policía, aunque la publicación de informes, textos y noticias relacionadas con los crímenes del pasado puede activar la apertura de procesos o investigaciones por parte de las fiscalías correspondientes. La labor pedagógica del comisionado se inscribe en la poderosa y bien dotada maquinaria de la educación cívica *(Bildungspolitische Arbeit)* típica de la Alemania Federal. De este modo ofrece un servicio impagable a los historiadores y ha sido durante mucho tiempo, junto con el Instituto de la Memoria Nacional polaco (IPN), el archivo más accesible al público. Sin embargo, sobre todo a partir de algunas decisiones judiciales para proteger la intimidad de algunos políticos (el antiguo canciller Helmut Kohl, por ejemplo), se ha interrumpido su liberalización y muchos documentos se entregan en copias despersonalizadas (es decir, con nombres propios y lugares borrados).

También hay un debate de larga duración sobre el destino del BStU. Muchos historiadores y algunos de los responsables de la política archivística alemana dudan de la necesidad de mantener la condición especial del archivo. Dado que la mayor parte del legado de la RDA se conserva en el Archivo Federal (sobre todo en Lichtenberger, en Berlín) y es utilizado por el público no menos libremente que el BStU, cada vez parece más difícil justificar el hecho de que los expedientes de la policía secreta se encuentren separados de éste, en un archivo específico y con condiciones particulares. Sin embargo, las organizaciones de víctimas temen que la fusión perjudique la accesibilidad y que quienes quieran examinar sus dosieres no se sientan cómodos teniendo que ir a un archivo normal, con sus requisitos y sus pautas. La orientación personalizada que reciben las víctimas, afirman, sería mucho más difícil.

El otro centro esencial y que ha acabado por constituir un modelo en Centroeuropa es el Instituto de la Memoria Nacional polaco (*Instytut Pamięci Narodowej*, IPN). Y esto resulta curioso porque Polonia es uno de los países donde la evaluación del pasado fue más lenta a nivel oficial, aunque al final acabara por acelerarse. Como acostumbra a suceder en este país, la sociedad civil había tomado la delantera a base de asociaciones muy activas que honraban a las víctimas e investigaban el pasado. También la historiografía polaca, ayudada por una política generosa de acceso a los archivos del Partido Comunista y del Estado, se situó pronto a nivel internacional en el estudio de la dictadura comunista.

Sin embargo, los archivos de la seguridad del Estado continuaron cerrados durante mucho tiempo. Una ley de 1998 que creaba el Instituto de la Memoria Nacional fue vetada por el presidente del Gobierno polaco, el poscomunista Aleksander Kwaśniewski, con argumentos legalistas. Este instituto debía albergar los archivos de la policía política y encargarse de otorgar certificados de no haber colaborado con las fuerzas represivas siendo agente o confidente (el llamado proceso de *lustración*). Por supuesto, esto hubiera significado el fin de la carrera política de muchos excomunistas. La discusión fue bastante agitada y hasta el año 2000 el IPN no pudo comenzar sus trabajos. La relevancia social del instituto llegó con el cambio de Gobierno de 2006, cuando Jarosław Kaczyński y su partido Ley y Justicia (*Prawo i Sprawiedliwość*, PiS) llegaron al poder. El IPN se convirtió entonces en un brazo armado del intento de descomunistización a marchas forzadas impulsado por este partido. Los expedientes de presuntos colaboradores con la policía política en tiempos comunistas salieron a la luz en los momentos más provechosos para el nuevo poder y se usaron como forma de combatir con desprestigio y desinformación a sus contrincantes políticos. La apertura de los archivos a periodistas sin escrúpulos y las «filtraciones» a la prensa afín convirtieron durante dos años al instituto en el centro de un violento y agrio debate que dividió a la sociedad polaca y que sólo se moderó cuando en las elecciones anticipadas de 2008 Kaczyński perdió el poder. Debido en parte a la política de colocar personas de confianza de los gobernantes en puestos clave del IPN –incluyendo al

propio director–, el instituto continuó muy politizado, convirtiéndose en un bastión de la oposición nacional-conservadora contra los nacional-liberales en el poder.

No obstante, todo cambió tras el trágico accidente de Smolensk, en abril de 2010, cuando, durante un vuelo para acudir a la conmemoración de la matanza de Katyń (episodio de la Segunda Guerra Mundial en el que el NKVD soviético asesinó a más de 22.000 presos de guerra polacos), murieron 96 personas y, entre ellas, el director de entonces del IPN, Janusz Kurtyka. Con Kurtyka, medievalista de profesión, el instituto había mantenido una cercanía clara al poder –aunque comparado con otros momentos todavía conservaba el prestigio académico. El nombramiento como sucesor de Łukasz Kamiński, especialista en la era comunista y, aunque conservador en lo político, de talante académico estricto y profesional, permitió la entrada en el IPN de toda una serie de jóvenes historiadores que podríamos considerar «liberales», de gran profesionalidad y perfil internacional. Los proyectos acometidos no abandonaron los ejes primarios de la política histórica del instituto, pero asumieron una visión mucho más plural y rica que la de la mera historia de buenos y malos.

La importancia del proceso de *lustración* y de construcción de una nueva política histórica –que estaba en la base del cambio de Gobierno de 2006– explica el sorprendente tamaño y la multiplicidad de tareas del instituto. En 2009, el presupuesto del IPN era de unos cincuenta millones de euros. En el instituto trabajaban 2.145 personas, de las que un 13 % eran investigadores. Con ello se convirtió en el centro de investigación historiográfico mejor nutrido del país. Los historiadores de este instituto realizaron una importante labor de investigación en los últimos años. Se publicaron varios cientos de libros, organizado decenas de conferencias y congresos y preparado multitud de exposiciones. No hay institución en Europa del Este que haya tenido un papel más activo en la promoción de la historia contemporánea que el IPN, aunque, como hemos visto, su instrumentalización política ha sido muy clara desde el principio.

El IPN conserva más de 86 kilómetros de archivos, de los que el 35 % están en su central de Varsovia. Existe además una red de once sedes

regionales con funciones educativas, científicas y judiciales. El instituto –al contrario que el BStU– es sede también de una fiscalía especial, que en 2008 contaba con 139 fiscales, dedicada a perseguir los crímenes «contra la nación polaca» desde 1939. Porque, a diferencia también del BStU, el IPN no sólo tiene el encargo de perseguir los crímenes de la era comunista, sino que también investiga la época de las ocupaciones alemana y soviética entre 1939 y 1945. Uno de sus primeros retos, nada más comenzar su actividad, fue elaborar una profunda investigación del pogromo contra la población judía de la ciudad de Jedwabne llevado a cabo por sus vecinos polacos en 1941.[306] Esta investigación fue considerada necesaria a raíz del escándalo levantado por el libro *Vecinos* del historiador polaco de origen judío y nacionalizado estadounidense Jan Tomasz Gross.[307] Gross sacó a la luz que la violencia perpetrada por algunos polacos contra sus vecinos judíos no había sido impulsada por los ocupantes nazis, lo que provocó un enorme revuelo. Vemos así cómo ocupaciones y regímenes dictatoriales que se sucedieron unos a otros fueron dejando huellas que al final acabaron por enlazarse con los problemas de las dictaduras que los siguieron.

CNSAS

Hasta 1999 no hubo una ley en Rumanía que diera la posibilidad a los afectados de ver sus expedientes. A lo largo de los años los debates han sido intensísimos, debido también, no lo olvidemos, a que Rumanía fue el único país que salió del comunismo a través de una violenta revolución en la que murieron al menos 1.104 personas y se produjeron miles de heridos.[308] Aunque en 1990 se disolvió la Securitate, casi de inmediato se crearon otros nueve servicios de información diferentes, sujetos unos al Ejecutivo y otros al Parlamento. Todos ellos mantuvieron a los antiguos agentes del cuerpo mientras que los archivos de la Securitate no se abrieron. Hubo una clarísima continuidad de la policía política del régimen comunista en las nuevas instituciones políticas. También los cuadros altos y medios de la Securitate menos expuestos al público contribuyeron a repartirse el botín de

las empresas estatales. Algunos de ellos –como ocurrió en Rusia– hicieron grandes fortunas. Todo esto impidió que hubiera una verdadera discusión sobre el pasado hasta tiempos recientes.

La Ley 187/1999, por la que se regulaba la *lustración* de empleados públicos, establecía también el Consejo Nacional para el Estudio de los Archivos de la Securitate (CNSAS). Sin embargo, al año siguiente ganaron las elecciones los poscomunistas y hasta 2005 el CNSAS no fue otra cosa que un archivo sin materiales (en noviembre de 2005 sólo había 9.142 legajos). Con el cambio de Gobierno de 2004, en el que los conservadores llegaron al poder y el populista Traian Băsescu fue elegido presidente, la situación se transformó. En diciembre de 2005 se produjo una transferencia masiva de archivos del servicio secreto rumano al CNSAS (1.555.905 legajos, comprendiendo 1.894.076 expedientes). Sin embargo, el tribunal constitucional declaró la inconstitucionalidad de la Ley 187/1999, lo que produjo una parálisis en el desarrollo del instituto que sólo se superó en 2008, cuando una nueva ordenanza –muy suavizada– permitió una especie de refundación del CNSAS.

A partir de 2010 con el nuevo director, Dragoş Petrescu, comenzó una apertura de los archivos y la adecuación del instituto a las ya habituales normas de los otros institutos. El archivo del CNSAS es, comparativamente, el que con toda probabilidad ha perdido más materiales por destrucción intencionada de los antiguos miembros de la policía secreta, pues la continuidad organizativa de ésta la ha permitido durante más de quince años. El archivo posee unos dos millones de expedientes y de casi la mitad de ellos existe también un microfilm. El presupuesto del CNSAS fue creciendo desde 2004 y en los últimos años está en torno a los tres o cuatro millones de euros. La contraposición con los otros dos institutos aquí presentados muestra las dificultades materiales a las que se enfrenta este instituto.

OTROS CASOS

Checoslovaquia llevó a cabo una rapidísima purga de antiguos comunistas que en un principio resultó modélica para la región. Ya en 1989 el ministro del Interior prohibió actuar a los integrantes de la policía política y acabó por disolverla. Una ley de octubre de 1991 obligaba a buena parte de los funcionarios y a quienes trabajaban para el Estado a conseguir una certificación de que no habían sido informantes de la policía secreta. Para ello se creó un organismo especial, dependiente del Ministerio del Interior, el Departamento de Documentación y Persecución de los Crímenes del Comunismo (*Úřad dokumentace a vyšetřování zločinů komunismu,* ÚDV). La acción de este departamento era sobre todo oficial y no permitía el acceso a los archivos, aunque en teoría estaban en su mayoría abiertos (los de la Seguridad del Estado se abrieron a partir de la Ley de 26 de abril de 1996). En comparación con el caso de la RDA o el de Polonia, los historiadores checos parecían tener menos prisa por revisar la documentación de la dictadura comunista. Excepto en algunos campos, las investigaciones fueron bastante despacio. Cabría destacar el trabajo del Instituto de Historia Contemporánea de la Universidad de Praga *(Ústav pro soudobé dějiny),* en el que un buen conjunto de jóvenes historiadores comenzaron a trabajar en niveles homologables a los del resto de Europa desde principios de la década de 2000.

El escaso eco de la primera purga junto con el ejemplo de los países vecinos fueron precisamente los que llevaron al Parlamento checo a crear en agosto de 2007 el Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios (*Ústav pro studium totalitních režimů,* ÚSTR) y el Archivo de la Seguridad del Estado (*Archiv Bezpečnostních Složek,* ABS). Como vemos, el caso checo es, en cierta medida, distinto, pues la función punitiva, de investigación para castigar presuntos crímenes, está completamente separada de la investigación científica, por un lado, y del archivo que conserva los materiales de la policía secreta, por otro. El Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios se centra sobre todo en la investigación académica, busca aclarar la historia reciente –incluyendo el período de la ocupación nazi a partir de 1938– y tiene también una misión

pedagógica y de educación cívica, plasmada en exposiciones, publicaciones y charlas.

He hablado de Checoslovaquia, pero habría que matizar. La Ley de 1991 tenía también validez en Eslovaquia, pero los políticos poscomunistas eslovacos no la aplicaron. Cuando, en 1994, Checoslovaquia se dividió en dos estados independientes, la ley dejó de ser vinculante (de hecho, en 1996). Hasta 1998, cuando cayó el Gobierno autoritario de Vladimir Meciar, no comenzó el verdadero proceso de limpieza. En 2002 se promulgó la ley que daba acceso a los archivos de la policía política y se creó un Instituto de la Memoria del Pueblo (*Ústav Pamäti Národa*, ÚPN) encargado de investigar, como en la República Checa, no sólo los crímenes del comunismo, sino los llevados a cabo entre 1939 y 1945 en el Estado eslovaco fascista. Sin embargo, al contrario que en la República Checa, la ley no aleja de sus puestos a quienes colaboraron con la seguridad del Estado, aunque sí se ha hecho sentir una cierta presión social en los casos conocidos, obligando a dimitir a algunos acusados. El Instituto de la Memoria del Pueblo echó mano a medios expeditivos como fue publicar en internet las listas de quienes estaban registrados en las actas de la policía secreta como colaboradores. Esto levantó una dura polémica, puesto que en esas listas no se diferenciaba entre los colaboradores voluntarios y quienes habían sido utilizados para conseguir información sin saberlo ellos mismos.

En Hungría hubo un temprano intento de purga, pero la victoria de los poscomunistas no permitió hasta 1994 que se llevara a cabo la apertura de los archivos y, aun así, se hizo de modo muy lento. Sólo a partir de 2003, cuando se descubrió que el primer ministro había sido informante, se creó el Archivo Histórico de los Servicios Secretos Húngaros (*Állambiztonsági Szolgálatok Történeti Levéltára*, ÁBTL), que es similar a los centros de la memoria aquí analizados. El desarrollo del régimen de Viktor Orban, sin embargo, con sus diversos vaivenes en política memorial (llegó a amenazar incluso con cerrar los archivos por completo) sigue planteando dudas en cuanto a la profundidad de la revisión del pasado en el país magiar.

En Bulgaria hubo varios intentos de abrir los archivos de la policía, pero hasta 1997 no se promulgó la correspondiente ley, que implicaba también

que el funcionariado había de someterse a una prueba para saber si habían sido informantes de los servicios secretos. Sin embargo, en 2002, con la Ley de Secretos de Estado, se volvieron a cerrar los archivos. Simeón de Bulgaria y su partido, Movimiento Nacional, querían mantenerlos cerrados, pero un cambio político hizo que en 2006 se aprobara una nueva ley y se creara el Comité para la Apertura de los Documentos y la Pertenencia de los Ciudadanos Búlgaros a la Seguridad del Estado y a los Servicios de Inteligencia del Ejército Popular Búlgaro (*Komitsiia za razkrivane na dokumentite i za obyavyavane na prinadlezhnost na bŭlgarski grazhdani kŭm Dŭrzhavna sigurnost i razuznavatelnite sluzhbi na Bŭlgarskata narodna armiya*, COMDOS). Pese a su extremadamente burocrático nombre, este comité es, en esencia, una réplica –adaptada a la idiosincrasia de la sociedad búlgara– de los centros de la memoria centroeuropeos.

Poco a poco, a través de comisiones conjuntas, publicaciones y un elevado número de seminarios y congresos internacionales –de los que el IPN polaco ha sido pionero–, los centros de la memoria han ido creando un estilo de trabajo y una estructura de colaboración internacional que permiten ya hablar de un modelo establecido de evaluación del pasado y de investigación histórica sobre los materiales de las policías políticas. En parte, este libro se ha construido sobre este legado.

10

Materiales de la memoria

La carpeta de «Laura» está sobre la mesa y a su lado hay otra pequeña montaña de informes y de legajos. Estoy en la sala de lectura del Comisionado Federal para los Archivos de la Stasi (BStU), el centro de investigación donde se conservan estos materiales. Me hallo en Berlín, en la Karl-Liebknecht-Straße, en la parte oriental de la ciudad. A través de la ventana se ve un paisaje límpido y gris de calles todavía con una estructura racional y ordenada, reliquia del pasado comunista. A veces el tiempo es malo, otras rebrilla ese sol frío y puro de la ciudad. La experiencia de entrar en el archivo, de pedir que te traigan los materiales que habías encargado, es parte importante de la investigación propia, del trabajo a medias entre explorador y detective que realiza el historiador. Es todo un ritual, con una parte física que no se puede evitar: desatar las cuerdas que sujetan los papeles, abrir los legajos, sentir el polvo que siempre se te pega a los dedos, cuarteándolos, y que te irrita los ojos y a veces te afecta la respiración. Hay que tener la mirada atenta, cualquier rastro en el papel puede conducirte a entender mejor lo que quieres contar. Y a veces, esos rastros te cuentan historias.

CARPETAS, LEGAJOS Y DOSIERES

Como, por ejemplo, aquella vez en Stanford, en el archivo de la Institución Hoover, cuando estaba trabajando con los materiales de un antiguo agente de la CIA, biógrafo de Iósif Stalin.[309] Los primeros documentos que saqué de la caja estaban manchados de sangre. En principio pensé que eran

manchas de café. Pero encontré pegado un pequeño recorte de periódico que alguien había introducido. En él se hablaba de que mi personaje, del que yo entonces sabía muy poco, había muerto atropellado por un borracho que se había dado a la fuga. En el artículo, y en otros que encontré más tarde, se describía claramente que, en el momento de su muerte, el agente llevaba una cartera con papeles y documentos, aquellos que en ese momento tenía yo entre mis manos.[310]

Todo había sucedido en Palo Alto, California, a principios de los años ochenta. A unos bloques y a tres décadas de donde yo estaba sentado en aquel mismo momento. Pocas veces el lazo que une el presente y el pasado me había sido más claro. Porque un historiador no es, ni siquiera aunque investigue las épocas más remotas, alguien que se aleje nunca de la realidad que le rodea, ni de lo que a él, como individuo, le concierne. Si uno se deja las pestañas examinando microfilms, se hace grietas en los dedos con los papeles, dobla la espalda sobre documentos y objetos diversos hasta que le duelen todos los huesos, es porque quiere poder entender también su parte del pasado. Una parte que ha escogido porque espera que le servirá para resolver algunos enigmas, clarificar algunos comportamientos y, quizá, enriquecer la profesión con algunos ejemplos o modelos que puedan ser útiles a otros algún día. Hay que tener el aguante de estar días y días repasando hoja tras hoja, generalmente sin valor para el trabajo, hasta que por fin se encuentra un párrafo, un informe, una alusión que permite entender que la hipótesis de partida era cierta. O que no lo era, y esto obliga a cambiar por completo lo que se tenía previsto. Los historiadores son como pescadores que echan redes a ver si así encuentran algo que dé su fruto.

Si la experiencia del archivo es, en general, esencial para entender cómo se enfrenta el historiador a su objeto, lo cierto es que, para comprender las policías políticas comunistas, la importancia de «estar en el archivo» es aún mayor. El archivo recoge información, la conserva, la ordena, la segrega, la elimina. Y esto mismo era la tarea crucial de las policías. No nos equivoquemos. El ejercicio del terror era sólo accesorio, ya que para llevarlo a cabo no se precisa de una policía secreta: cualquier cuerpo de policía, el Ejército, las milicias, los voluntarios, pueden hacerlo. La policía

secreta ejerce el terror de una manera específica porque cuenta con la información que ha recopilado de las formas más diversas. Y construye archivos y los gestiona. O se los apropia.

Es bien sabido cómo, durante la Guerra Civil española, las tropas franquistas iban incautando archivos de organizaciones e instituciones a medida que ocupaban ciudades y cómo esos materiales eran puestos a disposición de la policía secreta para la detención y aniquilación de los republicanos. Lo mismo hicieron los nazis en los territorios que iban ocupando y, en algunos casos, como en Francia, los archivos pasaron luego a ser incautados por los soviéticos, cuando los encontraron tras terminar la guerra.[311] La Cheká rusa, la primera policía secreta bolchevique, utilizó los archivos de la policía secreta zarista para perseguir a los confidentes y, más tarde, a sus enemigos políticos. Lo mismo, pero sistemáticamente, hizo el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD) estalinista cuando fue ocupando territorios, primero en el Báltico, en 1939, luego en Polonia Oriental, en Besarabia, en el resto de Europa Central y en Alemania hasta 1945 (y algo después). Hubo una llamada Circular n.º 1 de 1942 que exigía que tanto la documentación de las autoridades de ocupación nazi y de las administraciones auxiliares que se fuera encontrando en los territorios recién ocupados como los materiales de las organizaciones bolcheviques y las unidades partisanas se pusieran a buen recaudo y almacenaran de inmediato para poder dedicarlos a posteriores usos de la investigación policial, pero también, y expresamente, para la académica.[312]

Es fundamental comprender con exactitud y en toda su complejidad los archivos y los materiales conservados en ellos, la forma en que fueron recopilados, cómo sobrevivieron a la transición tras el final del comunismo y de las agencias que los habían creado para tener una imagen real de lo que fueron las policías secretas comunistas. Y no se puede entender tampoco lo que significaba cada papel y cada carpeta para la represión y la vigilancia si no se sabe lo que fueron esas policías, en qué lugar se encontraban de la cadena de vigilancia y qué querían decir todas aquellas siglas, códigos y frases hechas.

Otro ejemplo. Estoy en la pequeña sala del archivo del Consejo Nacional para el Estudio de los Archivos de la Securitate (CNSAS) de Bucarest, en la Strada Matei Basarab, sentado a una mesa. Hay otras personas a mi alrededor. Algunos son historiadores realizando su trabajo, como yo (nos detectamos, nos percibimos enseguida los unos a los otros; de hecho, mirando bien reconozco a un historiador de Varsovia, Błazej Brzostek, del que he leído un buen libro; hablaré con él y luego nos iremos los dos a tomar vino rumano y comer algo de *mamaliga*, la polenta rumana).

Pero otros de los presentes no están allí para analizar el pasado como científicos, ni para arrancarle al archivo materiales con los que componer un próximo libro o un artículo académico. Son personas por lo general mayores, o de edad avanzada, algunos apenas parecen saber cómo han de leer los documentos. Suele haber con ellos algún archivero que pasa largo rato ayudándolos, asesorándolos. En el caso de estas personas, el archivo cumple una de las principales funciones para las que fue diseñado: dar acceso a los individuos a los datos e informes que la policía secreta comunista recopiló sobre ellos a lo largo del tiempo. El archivo guarda esos materiales y, poco a poco, desde que se abrió al público, han ido acudiendo personas que tenían interés en comprobar si habían sido vigiladas y cómo, quién lo había hecho y por qué razón. En definitiva, cuánto sabía la Securitate sobre sus vidas.

Una de las archiveras –la misma que me atendió a mí– habla pausadamente y en voz baja con una anciana de aspecto frágil que mueve, torpe y reticente, las páginas de un dosier que le han entregado. La archivera le está contando, imagino, cómo ha de leer los papeles, qué significan, qué problemas pueden tener. No es tarea fácil.

Los dosieres personales no son asequibles al primer intento.[313] Antes que nada, hay que comprender su estructura. Por lo general, las policías secretas segregaban los materiales de los confidentes en dos secciones principales. Por poner el ejemplo de la Stasi, en la *Personalakte*, el dosier

personal, estaban los datos del confidente y de quienes le rodeaban, la forma en que se le había reclutado, las facturas y las cuentas del dinero que se le había pagado. La otra parte del archivo, la *Arbeitsakte*, el dosier de trabajo, contenía los informes que el encargado, el oficial de la agencia, elaboraba tras las reuniones con el confidente. Generalmente los dosieres se entrecruzaban con los «asuntos»: objetos de investigación muy diversos, divididos por temas, hacia los que desarrollaban vínculos esencialmente similares a lo que hoy conocemos en las redes. En un dosier, el nombre de cada persona allí citada –generalmente bajo seudónimo o código– podía llevar a otro dosier personal o a una investigación de la que, estuviera abierta o cerrada, siempre se guardaban los materiales. En Polonia, por ejemplo, a este tipo de dosier se le llamaba «acta operativa» *(akt operacjny)* y recogía «documentación de todo tipo de asuntos operativos, de investigación, control y supervisión, archivos de personal y trabajo de colaboradores secretos, archivos de personas observadas, documentación de informes y correspondencia operativa» y «todas las disposiciones, tales como ordenanzas, órdenes, circulares, instrucciones y directrices para el trabajo operativo [...] archivos de movilización».[314] Como todo archivo, los de las policías eliminaban duplicidades y consolidaban documentos, pero los casos cerrados no desaparecían nunca y siempre estaban dispuestos para ser abiertos de nuevo.

Como ya he señalado, en general los confidentes no aparecían con su propio nombre, sino con un seudónimo o código que se recogía en unas tarjetas. A través de ellas se podía llegar a saber quién era exactamente la persona que informaba. Los códigos podían cambiar con el tiempo o con los asuntos, y un mismo confidente podía tener varios nombres o seudónimos. Por tanto, muchas veces resulta bastante complicado extraer sentido a los documentos: no siempre se han conservado las tarjetas u otros elementos, y no es fácil saber quién era el delator.

Por poner un ejemplo, cuando un agente del Servicio de Seguridad (SB) polaco realizaba una acción operativa respecto a alguna persona estaba obligado a registrarla en el Departamento de la Primera Oficina de Evidencia Operativa/«C», en distintas formas. A saber: 1) Decisión de

apertura de un caso; 2) informe de apertura de un caso; 3) documento de registro para cada *figurant* (persona bajo vigilancia, en general como parte de un caso operacional); 4) cartas de registro (que podían ser bastante complicadas: para los casos o asuntos, para las personas, para los grupos, divididas en temas, lugares).[315]

La complicada estructura de las policías también puede confundir. Cada departamento tenía sus formas de trabajo, que podían variar mucho; sobre todo había una diferencia importante entre el espionaje interior y el exterior, o entre quienes llevaban a cabo operaciones encubiertas y quienes perseguían los «delitos» abiertamente y detenían a los implicados. Como los departamentos cambiaron mucho a lo largo del tiempo, desaparecían, se fusionaban, se disociaban o se creaban otros nuevos, lo cierto es que a veces no se sabe muy bien cuál era el objeto de aquella información ni el sujeto que la construía.

Los dosieres suelen ser carpetas que tienen una portada donde se explica el nombre del asunto o de la persona, generalmente codificados, y contienen además signaturas, a veces antiguas, borradas, a veces sólo las nuevas. Suelen tener el año de apertura y de cierre, los departamentos que los elaboraron y la leyenda de «secreto» o «confidencial». Dentro de la carpeta hay diversos tipos de documentos: informes de los confidentes, generalmente dispuestos en orden cronológico; informes redactados por los policías secretos en los que dan su opinión sobre los informes de los confidentes y los ponen en contexto; órdenes operativas para realizar determinadas acciones (como en el caso de un intento de captar a un nuevo informante); autorizaciones de medidas especiales (como escuchas telefónicas, seguimientos en automóvil, registros de casas). A menudo se pueden encontrar transcripciones de conversaciones grabadas o escuchadas, muchas veces banales y carentes de sentido. Fotografías de personas u «operativas» realizadas sin conocimiento del investigado. También planes de cómo actuar teniendo en cuenta las informaciones recogidas, de acciones necesarias o posibles.

Hay dosieres de cientos y hasta miles de páginas. Antes de guardarlos, a veces se microfilmaba una parte. La información debía fluir.

Como dice Robert Gellately, «ninguna fuerza policial en la historia europea moderna ha podido funcionar sin la cooperación o la participación de la población».[316] Pero una denuncia no es lo mismo que un informe, ni un denunciante es un confidente. Podríamos definir una denuncia como una comunicación no solicitada de un ciudadano a un representante de la autoridad sobre crímenes, delitos o ilegalidades –supuestos o reales– cometidas por otra persona. Sin embargo, los informantes o los confidentes son reclutados por los servicios secretos y sus informes no son necesariamente denuncias, sino que pueden referirse a otros tipos de actividades o a perfiles psicológicos o morales de la persona denunciada.[317] A lo largo de los años del socialismo real hubo varios tipos de confidentes y fueron denominados de diversas formas en los distintos países, aunque, por lo general, quien sentaba la norma era la policía secreta soviética y los cambios en la nomenclatura de otros países la seguían.

Por ejemplo, en Polonia, «agente» era la categoría de cooperación con la policía secreta que funcionó en los años 1945-1960; luego se llamó «colaborador secreto» (*tajnego współpracownika*, TW). En la época del KGB, en la URSS, las normas internas definían a un «agente» como un ciudadano soviético o extranjero que cooperaba secretamente. Un «residente» era el ciudadano soviético que llevaba o dirigía a varios agentes y se comunicaba con ellos. El «titular de casa segura», proporcionaba alojamiento a la agencia para trabajar con agentes y residentes de forma clandestina y conspirativa. El «titular de piso franco» no era parte del personal secreto del KGB, pero proporcionaba una vivienda segura para el trabajo operativo. A todas las categorías de confidentes se las conocía colectivamente como *agentura*. En la República Democrática Alemana (RDA) la palabra más usada fue «colaborador no oficial» (*Inoffizielle Mitarbeiter*, IM), mientras que para la Securitate eran «informantes» (*Informatorul*).

En la Stasi el grupo más numeroso de confidentes era de unos 93.000 «colaboradores no oficiales de seguridad» (IMS) que informaban por lo

general sobre sus lugares de trabajo y la gente que les rodeaba. Luego otros 7.000 «IM expertos» (IME) que eran especialistas altamente cualificados que investigaban sobre temas complejos u ofrecían informes sobre asuntos o personas. Los colaboradores no oficiales eran supervisados por 4.000 agentes de enlace con los empleados oficiales de la Stasi. Había también más de 30.000 «colaboradores no oficiales para asegurar la conspiración y los contactos» (*Inoffizieller Mitarbeiter zur Sicherung der Konspiration und des Verbindungswesens*, IMK) que ponían sus viviendas a disposición de los oficiales de la Stasi, permitían reuniones conspiratorias en sus casas o el uso de sus teléfonos o direcciones de correo para encubrir los contactos.[318]

Por lo general, los confidentes, firmaban un formulario y, a menudo, recibían cierta cantidad de dinero. Incluso si no lo querían, los oficiales que llevaban su caso solían obligarles a aceptarlo: era la marca que les dejaba manchados. Habitualmente no se trataba de grandes cantidades, pero a veces iban unidas a privilegios o beneficios materiales: un apartamento mejor, unas vacaciones en algún balneario o un puesto más alto en la lista de espera de un automóvil. Los confidentes recibían un nombre clave y en ocasiones una leyenda (una historia falsa o plausible) para poder encontrarse con su oficial de control sin levantar sospechas.

A los confidentes se les reclutaba de muchas maneras. A veces, a través de otra persona, en su lugar de trabajo, a veces forzando alguna situación, aprovechando alguna necesidad. En uno de los casos que hemos visto, el robo de un pasaporte y su uso por otra persona para escapar del país, supuso amenazas y coacciones a su verdadero titular, hasta el punto de que se vio impulsado a firmar la declaración. A otro lo pillaron pasando contrabando de tabaco por la frontera y le convencieron de que firmara para evitar males mayores, aunque escribió en su informe a mano –era un ciudadano español– que apreciaba «la seguridad en esa nación, su política, su hospitalidad hacia los extranjeros sin pizca de discriminación».[319] De todas formas, la coacción no se usaba a menudo para conseguir informantes porque un confidente a la fuerza no era de fiar (otra cosa era la coacción o la tortura para declarar durante un interrogatorio). Era mejor crear situaciones que

propiciaran la colaboración, aprovecharse de sentimientos patrióticos o idealistas o de perspectivas de ganancias materiales.

Un confidente podía no colaborar, y de hecho esto era habitual. Muchos firmaban el compromiso, pero no cumplían luego con la obligación. Se excusaban, daban informes inocuos o no aparecían por las reuniones concertadas. Algunos eran capaces de romper el compromiso «deconspirándose», voluntaria o involuntariamente, es decir, haciendo que otras personas supieran que trabajaba para la organización.[320]

Por ejemplo, un confidente informó a su oficial de la Securitate acerca de una charla con otra persona que, bajo los efluvios del alcohol, reveló que también era confidente:

> La fuente también declara que el actor B. F. –muy simpático, de hecho– le dio seriamente al whisky y finalmente llegó demasiado lejos, dejando en claro a la fuente que por la mañana debía hacer un informe y que no tenía nada que escribir en él, que nada le parecía importante. [321]

Como ocurrió en este caso, a veces el confidente dejaba de ser útil o había peligro de que se «deconspirara», y entonces la policía secreta cortaba todo contacto con él.

Había también personas que se negaban a ser confidentes, sin importarles las consecuencias. En el estalinismo, éstas podían ser fatales. Pero con el paso del tiempo negarse a colaborar comenzó a ser más fácil e incluso, a veces, sin consecuencias directas. Aunque esto último no se sabía nunca a ciencia cierta, por lo que tomar esa decisión requería mucho coraje. La leyenda del terror de las policías secretas funcionaba.

Con el paso de los años es difícil saber quién era confidente o no. En un contexto hostil, ¿quién no hubiera firmado? En los archivos se encuentran dosieres de personas a las que no se les podría pasar por la cabeza estar allí. Se ha demostrado que a veces los policías, para cumplir con su cuota de confidentes, añadían fichas de gente a las que no se habían ganado. Una simple conversación casual en un bar, unas preguntas generales sobre algo o alguien bien dirigidas y el policía inscribía la información obtenida como dicha por un nuevo confidente. La persona implicada ni siquiera se había

enterado. Cuando, años después, sus nombres aparecen en las listas de delatores, estas personas se llevan una desagradable sorpresa. Nadie suele creerlos y los esfuerzos llevados a cabo para demostrar la falsedad de la acusación remarcan todavía más la posible culpabilidad.

OBJETIVOS DE LA VIGILANCIA

Más allá de la inteligencia militar, técnica, comercial o política –relacionada con el espionaje extranjero– la vigilancia tenía objetivos muy diferentes. En la vida cotidiana el más evidente era descubrir delitos contra la seguridad del Estado, entendiendo esto en el modo amplio y casi sin límites de los sistemas de socialismo de Estado. Así, desde poseer libros prohibidos hasta formar grupos musicales, o directamente políticos o de oposición, podía ser perseguido.

Otro objetivo era la posible coacción sobre una persona cuando se hallaba algún tipo de comportamiento o hecho que fuera ilegal, extraño o inmoral sobre ésta. La posibilidad de ser coaccionados afectaba tanto a los ciudadanos del propio país, para los que era algo habitual, como a los extranjeros. Esto último lo atestigua el caso de Timothy Garton Ash, que llegó como estudiante a la RDA y fue vigilado, según consta en su expediente de la Stasi.[322] De hecho, escribir un libro sobre el propio informe de la policía secreta se ha convertido en un género literario en muchos de estos países. El escritor húngaro Péter Esterházy tuvo que escribir una «versión corregida» de su libro *Harmonia Caelestis*, un homenaje a su familia, cuando, recién publicado, tuvo acceso a su dosier y encontró –«me temblaba la mano», dijo– la firma de su propio padre en los informes sobre él.[323] Stefan Trobst, investigador especializado en Bulgaria, contaba que lo que más le había divertido al leer su informe era la afirmación de la policía secreta de que él tenía que ser un espía porque nadie podía creer que viajara a menudo al país a aprender el idioma e investigar. Porque ¿quién querría ir a Bulgaria voluntariamente?

Una práctica habitual en las policías secretas desde siempre –recordemos las actividades de desprestigio de la Ojrana zarista– alcanzó modulación teórica y práctica a través de un concepto difícil de traducir, pero claramente definido por la Stasi: la *Zersetzung* («descomposición» o «desestructuración»).[324] Gracias al conocimiento adquirido a través de informes y vigilancia, la *Zersetzung* servía para destruir la reputación, la resistencia psíquica y moral de la persona afectada o para acabar con sus anhelos vitales o su carrera profesional. Podía tratarse, por ejemplo, de evitar o retrasar que una pareja se casara, que es lo que hizo la Stasi durante un tiempo con «Laura».

A menudo consistía en impedir los estudios superiores o cerrar el paso a la carrera que se quería hacer con una decisión administrativa, algo que se hacía sistemáticamente con los hijos de sacerdotes protestantes o con los familiares de opositores. Podía ser la mera propagación de rumores de todo tipo o la revelación intempestiva de noticias sobre traiciones, infidelidades o enemistades. A veces eran operaciones muy complejas en las que entraban aspectos de desinformación, de «cebos» (a menudo con implicaciones sexuales). Se tejían redes oscuras de varios informantes en torno a la persona implicada y se creaban situaciones en las que ésta se veía impulsada a reaccionar de una determinada manera para atraparla en la red y hacer que colaborara (como con las últimas fases de la operación sobre «Laura», que pretendían convencerla de que cooperase con la Stasi a través de un complejo montaje que simulaba la necesidad de ayuda a un «amigo»). Algunas medidas eran mucho más diabólicas: por ejemplo, el caso de una mujer que se dio cuenta de que todos los días, cuando no estaba en su casa, alguien cambiaba pequeños objetos de sitio, una sensación que fue creciendo hasta que acabó enfermando mentalmente.[325]

El alcance y la naturaleza de las medidas de desestructuración eran, por lo general, desconocidas para los afectados. Cuando, años después, muchos de éstos se sentaban a la mesa del centro de memoria para leer sus dosieres el golpe emocional que sufrían solía ser enorme. Entonces, y sólo entonces, comprendían algunas de las miserias de sus vidas, de sus fracasos, de sus derrotas. Muchos se negaban a creer que amigos o familiares hubieran

contribuido a su destrucción. Su primera reacción era tomar por falsas las informaciones recogidas por la policía secreta.

DELACIÓN EN FAMILIA

A menudo, las personas investigadas aparecen en los libros como estadísticas, como números, como fuentes anónimas y a veces deformadas. Sin embargo, estoy seguro de que cada una de ellas, víctimas del sistema comunista en formas diversas –a veces han pasado por largos años de cárcel o campo de trabajo, en ocasiones tan sólo han sido rechazadas en algún trabajo al que querían acceder– se acerca a la sala de lectura del archivo con el corazón encogido. Ni siquiera la persona más endurecida puede no tener miedo a encontrar en esos papeles la revelación de que un amigo íntimo, un familiar cercano, el propio cónyuge quizá, cedieran a la presión o se dejaran llevar por algún rencor inesperado y le delataran a la policía, que informaran sobre sus más ocultos deseos y pecados.

Sucedió a veces. Ya conocemos la historia de «Laura». Pero hay muchas más, en diferentes países, por diferentes agencias. Está, por ejemplo, la historia de Peter Raina, un hindú, estudiante en Oxford, que llegó con una beca a Varsovia en 1962.[326] Allí conoció a Barbara, una hermosa mujer rubia a la que apreció enseguida:

> La conocí por casualidad en la fiesta que daba un amigo, estudiante de la Universidad de Varsovia. Vestía con elegancia, era modesta, divertida, alegre, estaba dotada de sentido del humor, hasta de humor negro. Fascinaba con su belleza, inteligencia, con sus lecturas. Conocía muy bien la literatura universal, se interesaba por la política, aunque no se comprometía. Con el tiempo me di cuenta de que no le faltaba cinismo. Solía ser muy cortés, pero si alguien le molestaba reaccionaba con lengua afilada. [327]

Empezaron a quedar a menudo para ir al cine, al teatro, a conciertos. Ella le ayudaba a preparar sus clases, le corregía los textos. Se enamoraron. A él le molestaba que ella fumara mucho, que bebiera a veces hasta desmayarse.

Mientras tanto, Raina seguía escribiendo su tesis de doctorado. Un día, en 1964, un grupo de estudiantes repartió un panfleto en el que se reproducía una carta abierta, firmada por numerosos intelectuales polacos y dirigida al presidente del Consejo de Ministros, en la que se quejaban de la censura. Raina fue «uno de los primeros que tuvo en su mano aquella hojita». Poco después comenzó a participar en la vida política polaca. Eran unos años turbulentos. Tras las promesas de cambio que siguieron a la muerte de Stalin y la desestalinización, el régimen se había endurecido. La oposición, en especial la de de los estudiantes, había crecido. Fueron los años en que comenzó, tímidamente, una oposición de izquierdas dentro del partido, que desembocaría en la revuelta estudiantil de 1968 y la agitación antisemita del Gobierno comunista, intentando hacer pasar a sus integrantes por «sionistas».

Peter Raina decidió quedarse a vivir en Varsovia. Tras una conversación que debía haber durado quince minutos y se extendió durante horas, se ganó la confianza del cardenal Stefan Wyszyński, el gran primado de Polonia, guía espiritual de los católicos durante el régimen comunista. Gracias a ello, Raina tuvo a su disposición documentos inéditos que le sirvieron para hacerse un nombre en la investigación sobre la oposición católica en Polonia, los conflictos entre la Iglesia y el poder comunista y la colaboración de ciertos católicos. Años después sería el encargado de publicar varios gruesos volúmenes de las memorias del cardenal.

En 1966 acudió a una tumultuosa asamblea en la que algunos de los profesores críticos, todavía marxistas y miembros del partido, el filósofo Leszek Kołakowski y el historiador Krzysztof Pomian, departieron acerca de la situación polaca diez años después de la desestalinización. Fue un acto de abierta oposición en el que se criticó explícitamente al régimen. Tras los discursos de los profesores, los estudiantes, entre ellos Raina, tomaron la palabra enjuiciando muy duramente el comunismo.

En el acto estuvieron presentes varios agentes de la policía secreta. Los dos profesores acabaron siendo expulsados del partido y, más adelante, del país. El propio Raina fue interrogado por el SB y su visado fue cancelado. Le dieron dos días para irse de Polonia. Emigró a Berlín Occidental, desde

donde seguiría con su labor de historiador y con su actividad de apoyo a la oposición anticomunista. Con él se fue también Barbara, con la que se casó al año siguiente y con la que viviría hasta la trágica muerte de ella en 1982. Eran una pareja feliz, adorada por sus conocidos y amigos, bien enraizada en el extenso *milieu* de exiliados y emigrados polacos en la ciudad alemana. Barbara murió de un ataque al corazón, repentinamente. Era cierto que en los últimos años su alcoholismo había empeorado y su salud se había deteriorado. Aun así, su muerte fue todo un golpe para Raina.

Años después, tras la caída del comunismo y con los documentos de la policía secreta puestos ya a disposición del público, Peter Raina acudió al Instituto de la Memoria Nacional (IPN) a leer su dosier. Lo contaba así:

> No hace mucho que descubrí que, durante nuestro matrimonio, [Barbara] había sido *colaboradora secreta* del Servicio de Seguridad de la República Popular Polaca y que durante todo este tiempo había estado informando sobre mí. La noticia me produjo un auténtico shock. No podía dejar de llorar.[328]

Los documentos simplemente abruman. Barbara informaba con detalle de cada aspecto de sus vidas, de sus relaciones. No importaba si las informaciones contenían o no aspectos políticos, de oposición al comunismo, o se trataba tan sólo de la vida cotidiana de ambos. Invitaba a agentes del SB a su casa con distintos pretextos, facilitaba la instalación de micrófonos y la grabación de conversaciones. De muchos de los documentos se desprende una cierta aversión o malquerencia de ella hacia Raina, aunque él dice que jamás notó nada y describe su pareja como idílica.

Barbara estuvo escribiendo informes hasta su inesperado final. De hecho, el propio SB tuvo dudas sobre las causas de su muerte e inició una investigación que finalmente cerró por falta de pruebas. Ni siquiera con los documentos en la mano podremos saber nunca cuál fue la intimidad real de la pareja, su relación profunda, más allá de la apariencia que ambos dieran a quienes les rodeaban o de la narración que ella ofreció en sus informes. Pero convendría no juzgar demasiado a nadie. Años después, una conocida

directora teatral polaca, Agnieszka Lipiec-Wróblewska, realizó un telefilm acerca de esta historia.[329] Tras examinar los documentos, la directora centró su trabajo en la tragedia de Barbara: no tanto en sus motivos, como en su decadencia moral y física.

Hubo un caso muy similar de otro escritor polaco, Paweł Jasienica, a quien Raina tuvo la oportunidad de conocer en Varsovia antes de su muerte en 1970. Jasienica, antiguo oficial del Ejército clandestino antinazi y luego miembro de la resistencia armada anticomunista, se había convertido en un popular escritor de libros sobre historia de Polonia. Su relación con la intelectualidad más o menos opuesta al sistema fue continua y, como tal, la SB le mantuvo constantemente vigilado.

A mediados de los años sesenta, el SB comenzó a enviar a las apariciones públicas de Jasienica, a sus conferencias y presentaciones de libros, a una estudiante que, hasta entonces, apenas había hecho otra cosa que redactar insulsos informes sobre otros estudiantes y algunos profesores. Por aquel entonces había muerto la primera esposa del escritor. La estudiante, Zofia O'Bretenna, se sentaba en la primera fila y se hacía notar con preguntas que, en muchos casos, le habían preparado los oficiales del SB.[330] Al cabo de un tiempo, el escritor la invitó a tomar un café y se inició un romance. Acabaron casándose. Zofia tenía cuarenta y tres años y Jasienica, sesenta. Ella se ocupó de él, que cayó enfermo muy pronto. Lo acompañó hasta la muerte. No hay pruebas de que el SB fuera quien organizara la boda, pero ella no dejó los informes. De hecho, su prestigio y posición dentro de la operación subió de grado: ahora tenía acceso al mundo de los intelectuales de la oposición desde dentro.

> Zofia O'Bretenna, llamada Nena, redactaba sus informes en el baño para que Jasienica no lo supiera. A menudo iba a escribir los informes a un «piso franco» de la secreta y le decía a su esposo que estaba yendo de compras. A veces, apenas tres horas después de la visita a Jasienica de Melchior Wańkowicz o Stefan Kisielewski [conocidos escritores], un informe detallado de Nena se encontraba sobre el escritorio del oficial de la SB. Y la mujer recibía pingües honorarios por los informes sobre su marido. [331]

El capitán de la SB que se encargaba de ella, Adam G., pensaba: «vaya una puta, y al mismo tiempo me frotaba las manos. Ella hacía más de lo que le tocaba hacer. Me enseñaba cartas privadas antes de que se lo pidiera».[332]

Cuando Jasienica murió, Zofia siguió informando durante varios años. Como heredera del escritor, cuidó de su legado y de la reedición de sus obras. Supo bregar con la censura, quizá gracias a sus contactos con el SB. Las obras de Jasienica, que eran muy populares, dieron mucho dinero.

En 1992 se publicó un libro, *Konfidenci są wśród nas... (Los confidentes están entre nosotros)*, en el que se entrevistaba a oficiales de la SB que hablaban en detalle sobre su trabajo.[333] Uno de ellos era Adam G., quien, al describir su investigación sobre un escritor oculto bajo el seudónimo X., dio las primeras pistas sobre las delaciones de Zofia. El libro causó un fuerte impacto, pero la falta de pruebas concretas impidió cualquier reacción de la familia de Jasienica. Zofia enfermó, se quedó paralítica y murió en 1997, en una residencia de ancianos. Los derechos de autor se repartieron entonces entre su hijo y la hija del primer matrimonio de Jasienica, Ewa.

Cuando, en 2002, Ewa tuvo por fin acceso a los documentos del IPN sufrió un verdadero shock. La densidad de los informes, a menudo banales y sin sentido político alguno, era increíble. Zofia había descrito cada momento de su vida con el escritor, mucho más allá de lo que le pedían. Ewa decidió entonces no compartir los derechos con el hijo de Zofia, a quien acusaba de haberlos conseguido por su trabajo para la policía secreta. Durante años, los libros de Jasienica no se pudieron publicar en Polonia.[334] Por fin, la justicia reconoció que Ewa era la única heredera legítima. En 2010, una polémica película, *Różyczka (Rosita)*, inspirada en la historia, se hizo muy popular en Polonia.

Pese a todo lo anterior, las investigaciones muestran que el espionaje dentro de la familia no era tan frecuente.[335] Durante el comunismo, con sus enormes problemas de escasez, con la necesidad constante de escapar a la dureza de la vida pública y a la constante presión para participar en ella, la familia era un lugar de refugio, una institución que ayudaba a asegurar la supervivencia física y la integridad moral. Ante el caos que significaban las

transformaciones de la modernización brutal y acelerada, sólo quedaba el núcleo familiar para resistir. Casos como el de Pavlik Morozov, el niño soviético que denunció a su padre y fue asesinado por sus vecinos (al menos ésa es la leyenda creada por el estalinismo), fueron escasos.[336]

PERPETRADORES: EL *ETHOS* DEL CHEKISTA

Como ya se ha dicho, el término «chekista» es el genérico derivado de la Cheká rusa del período de la Guerra Civil. Es un título que, independientemente del nombre que asumieran las instituciones de seguridad (GPU, OGPU, NKVD, NKGB, MGB, KGB, y hasta el FSB postsoviético actual), se ha seguido usando sin cambios para los empleados de las policías secretas. El «culto al chekista» ha sido constante desde Feliks Dzierżyński y, además, a partir de entonces se ha practicado casi en la misma forma.[337] El nombre y el culto fue heredado también por otras policías secretas comunistas, en especial por la Stasi. En muchas de sus oficinas colgaban cuadros de Dzierżyński o había estatuas suyas. Ser chekista era algo positivo: se pertenecía a una élite que luchaba por el país y por el socialismo.

En un libro de una colección llamada «Hablan los chekistas» (y de la que se publicaron hasta siete tomos), aparecido en Moscú en 1970, se dice lo siguiente:

> Los órganos de Seguridad del Estado de nuestro país llevan más de cincuenta años en la defensa de los intereses del Estado soviético. Junto con todo el pueblo soviético han cruzado un camino famoso y heroico, desde las primeras salvas del *Aurora* hasta los sonoros estallidos de los cohetes partiendo al cosmos, escribiendo en el manuscrito de la lucha contra los enemigos de nuestra patria no pocas páginas excelsas.[338]

Esta visión de la policía secreta soviética, fuera o no compartida por todo el mundo en la URSS, impregnó la forma en que se entendía su actuación. Había enemigos a los que se debía combatir, y quienes lo hacían, los chekistas, eran además gente eficiente:

> En la lucha contra los enemigos de nuestro Estado se formaron y se crearon los maravillosos cuadros de los agentes soviéticos de inteligencia y contrainteligencia, personas de honestidad cristalina y enorme valor personal, listos para sacrificarse por el bien de la causa del pueblo.[339]

Continuaba, pues, la imagen del chekista que daba miedo, pero que a la vez era honesto, duro pero justo, que se sabía que podía matar, pero siempre en beneficio del pueblo. El *ethos* del chekista no retrocedía ante la violencia:

> Fueron y siguen siendo la espada punitiva de la revolución socialista, revelando hábilmente los planes de numerosos enemigos del poder soviético. Y esto, en palabras de V. I. Lenin, gracias a la «[...] represión despiadada, rápida, inmediata, apoyada por la simpatía de los obreros y campesinos [...]» con el objetivo de desmantelar las intrigas de la contrarrevolución.[340]

La construcción de la autoimagen del chekista como figura vital en el sistema iba paralela a la normalización de una agencia cuya existencia se pensó que, en principio, tenía carácter extraordinario y temporal. A través de un uso extensivo de la propaganda, la URSS consiguió de alguna manera una banalización del chekista que, a la larga, serviría de base para garantizar su continuidad tras el derrumbe del comunismo. Sin embargo, en otros países fue muy distinto: en Polonia el símbolo de la caída del comunismo fue la destrucción por una turba de manifestantes de la estatua de Dzierżyński en una plaza de Varsovia.

Resulta imposible generalizar acerca de los motivos que llevaban a una persona a participar en la represión como agente de los servicios de seguridad, sobre todo teniendo en cuenta las diferencias entre todas las policías secretas y las distintas épocas y contextos. Hubo de todo, y eso se lee en los documentos: algunos lo hacían por puro patriotismo o idealismo comunista, particularmente en los primeros tiempos y entre los cuadros dirigentes; otros lo hicieron porque les ofrecían un buen sueldo y ventajas en la vida cotidiana (como tiendas y cooperativas especiales); muchos eran oportunistas que veían coyunturas favorables para sus carreras o les habían captado a través de su trabajo en la policía o en el partido.

Ingebor Dummer nos cuenta cuáles fueron sus motivaciones para entrar en la Stasi:

> [un superior le pidió que] iba a tener que ayudar a crear la oficina del distrito de Greifswald y me ofreció un salario de 500 marcos. Eso era más del doble de lo que me pagaba el partido. Lo pensé por un tiempo. Ya estaba cansada de trabajar en la dirección del distrito del SED porque el jefe, que provenía del SPD, era muy autoritario. También me atrajo la participación en algo tan nuevo y, por supuesto, el salario. Por fin podría comer hasta hartarme otra vez. Estaba convencida de la importancia y la necesidad de crear un servicio de seguridad. Al fin y al cabo, todos los estados del mundo necesitan dicho servicio.[341]

Como vemos, todo influía: el sueldo, huir de otro trabajo, incluso un poco de patriotismo comunista. En la mayor parte de los casos esta mezcla de motivos sería lo más probable.

PERPETRADORES: LA HIJA DEL HOMBRE CON PASADO

Ser miembro de la policía secreta también traía consigo algunas desventajas. El juicio popular a los perpetradores no era algo nuevo, ni tuvo que esperar al final del sistema. En la RDA la prensa del partido denominaba a los confidentes «patriotas y luchadores en el frente invisible». En general, ésa era la idea que se expresaba en toda la esfera pública comunista acerca de los informantes. La realidad era muy distinta: la sociedad los temía, odiaba y despreciaba, y esto ha dejado huella en la forma de verlos tras la caída del comunismo.

En 1966, con apenas dieciocho años, Krystyna K. escribió en un pequeño pueblo del occidente de Polonia unas memorias que se encuentran en un archivo de la ciudad de Poznań. Las páginas, escritas a mano, comenzaban diciendo que «fue hace mucho tiempo y, en cualquier caso, yo era muy pequeña». Desde el principio de su texto Krystyna revelaba que la suya no era una historia feliz: «Yo fui un bebé prematuro y a esto echo la culpa de mi carácter». Pero sus problemas tenían su origen, al menos eso creía ella, en su padre. Porque su padre, decía Krystyna, era un «hombre con un pasado».[342]

¿Qué clase de pasado tenía el padre? Tal vez sea sorprendente, pero no era un exconvicto o un criminal de guerra, ni un colaborador de los alemanes ni tampoco un pervertido. Su crimen era pertenecer al Departamento de Seguridad (*Urząd Bezpieczeństwa*, UB), la odiada policía secreta de los tiempos de los estalinistas, y éste era el peor de los pecados posibles en un pueblo polaco donde todos se conocían.

Krystyna sólo nos lo revela al principio de la tercera página, casi como si de repente hubiera decidido abrir su corazón y hablar con claridad. Lo hace como de soslayo, pero, una vez que lo cuenta, la narración completa de las memorias girará en torno a este punto.

Ella era la hija de un perpetrador. Su padre perteneció a la policía secreta polaca en el que fue el peor período de su historia: los años cuarenta. Durante esa época, la UB persiguió a quienes habían combatido a los alemanes en la clandestinidad, a quienes se oponían de manera activa o pasiva a la implantación del régimen, a las guerrillas anticomunistas y a sus enlaces en los pueblos y ciudades. La brutalidad de la policía se debía a tres factores: las enseñanzas de los monitores soviéticos; la procedencia de muchos de los agentes, jóvenes, pobres, psicológicamente afectados por la guerra, y el grado de resistencia de quienes, habiendo luchado contra los nazis, se enfrentaban a su vez a los comunistas:

> Nunca le pregunté a papá cómo se unió a la UB. Sin embargo, este paso de mi padre influyó en mi psique. Tal vez no sea el hecho de unirse, sino lo que sucedió después. Las personas (vecinos y otros), que lo sabían, explotaron este período con insistencia. Cuando caminaba por la calle, iba a la guardería, y luego a la escuela, siempre oía: *ubowiek*, *ubowiek*.

Ubowiek (léase «uboviek») era un insulto extraído de las siglas del UB. Incluso cuando tras la muerte de Stalin el departamento cambió sus siglas a SB *(Służba Bezpieczeństwa)* la gente siguió usando el apelativo en forma despreciativa. Es cierto que, tras la época estalinista, el miedo que se les tenía ya no era tan agudo; pero el odio y el desdén no terminaron nunca. Aunque, por lo que cuenta Krystyna, parece bastante claro que el padre ya no pertenecía al cuerpo, la marca no desaparecía. Habría que comprender esto en el contexto de la desestalinización: la disolución de la policía

secreta y su sustitución por el SB significaron la parcial desaparición de la violencia estalinista. Miembros importantes de la policía secreta fueron juzgados y condenados por «extralimitarse», y algunos desertaron y huyeron al extranjero para librarse del castigo. Muchos agentes fueron expulsados del cuerpo y se redujo el número de activos.

Por ello, para quienes, como el padre de Krystyna, ya no podían beneficiarse de la protección del terror, haber sido miembro de la policía secreta era algo a esconder. No sólo por necesidades del servicio –que se suponía era secreto–, sino por vergüenza ante los que le rodeaban. La marca social por participar en la represión era muy distinta para los policías de uniforme, los milicianos, que no eran especialmente odiados, y los miembros de la secreta. Como vemos, esto se extendía a sus familias. Krystyna continúa:

> Cuando no entendía el significado de la palabra ésta no dolía tanto. Sin embargo, siempre hay un momento en que todo se explica. Descubrí quiénes eran esas personas, qué hacían, etcétera. Quería mucho a papá, no creía a la gente, no creía lo que decían. No necesitaba explicaciones, excusas. Pero la gente es malvada. A partir de ese momento, al escuchar la palabra, tenía ganas de gritar: «¡No, no, no!». Me tapaba los oídos y me iba lejos para que nadie me viera llorar. Las lágrimas no ayudaban: buscaba confort y apoyo en mis padres. Ellos siempre me protegieron.

La marca de la vergüenza perseguía a la chica:

> El año 1955 fue un shock para mí. Fui a la primera clase. Había muchos niños allí, engreídos e imprudentes. Los apodos se pusieron de moda entre mis compañeros.

Krystyna experimentaba un caso clásico de lo que hoy llamaríamos *bulling*, pero el origen de ello estaba en la pertenencia del padre a la policía secreta. Lo vivía con angustia: «Pensé que algún día acabaría tirándome al río y ahogándome».

Un día sucedió algo que le produjo un dolor intenso. Uno de los muchachos le quitó un lápiz de colores. Era un regalo del padre. Pese a que Krystyna le pidió que se lo devolviera, el chico, por supuesto, se negó. Ella comenzó a llorar y él se alejó. Lo siguió, con lágrimas en los ojos, mientras

le pedía que le diera el lápiz. Finalmente, el chico se dio la vuelta y comenzó a reírse:

> «Mirad, chicos, su padre era un *ubowiek*, y ved cómo ella llora. Mirad, le voy a pegar y ella no dirá nada.» Me empujó contra un banco, contra la esquina. Me golpeé la oreja. Estuve todo un mes en la clínica. Me dolían mucho los oídos. Me quedé sola entre niños desconocidos para mí. Las enfermeras fueron muy amables, pero me sentí abandonada.

El padre fue a verla y ella no le dejó entrar en la habitación. Él se fue llorando y cuando Krystyna salió a buscarlo ya no le encontró. Según cuenta en sus memorias, aquello la hizo encerrarse en sí misma, ser desconfiada, triste. La vida cotidiana se le hacía insoportable. Nada parecía tener sentido. Incluso cuando conoció a un chico y se enamoró, las familias les obligaron a separarse. La maldición del perpetrador, el pecado original del padre se transmitía inevitablemente a la hija.

No sabemos qué pasó con Krystyna más allá de sus dieciocho años, la fecha en la que escribió sus recuerdos. Pero de la descripción de su tristeza nos queda claro que debió de acarrear un trauma profundo y complejo, quizá durante años. El estigma de los chekistas no desapareció nunca, ni siquiera cuando desapareció el comunismo. Ser hija de un miembro de la policía secreta conllevaba un cierto silencio, una cierta soledad:

> Nadie puede entender lo que significa ser hija de un hombre que lleva con él un pasado, es necesario experimentarlo. Los niños sufren, en mayor o menor grado.

DEMASIADA INFORMACIÓN

Si sumáramos los documentos elaborados por las policías secretas y los pusiéramos uno detrás de otro, las cajas, los metros cúbicos de papel, ocuparían centenares de kilómetros. Incluso con las destrucciones debidas al tiempo, fortuitas o con las que se produjeron intencionadamente durante la transición, lo cierto es que la cantidad de información es inabarcable. Surge así una pregunta: ¿para qué servía recopilar tanta información?

Está claro que en casos concretos de acciones determinadas el conocimiento recopilado tenía un uso claro: la punición de alguien, su persecución para evitar que perjudicara al sistema. Se guardaba tanta información por si en un futuro pudiera ser de utilidad: podría surgir un cruce y hallarse un nuevo delito, un peligro insospechado para el sistema. Pero, con toda seguridad, casi todos esos materiales nunca se usaron ni nadie los leyó, aparte de aquellos que los recogieron. Los inmensos medios que se destinaron a recolectarlos y las tragedias que pudieron causar durante su acumulación no sirvieron muchas veces para nada.

Ni siquiera entre los ejes de la paranoica construcción mental del sistema había un uso para informaciones como el seguimiento de la visita turística a un monasterio medieval, la captación de la conversación de unos amigos sobre el mal tiempo, la concienzuda documentación de las paredes del cuarto de un adolescente, llenas de pósteres de estrellas del pop. O sí. La visita al castillo medieval podía denotar una nostalgia por el pasado capitalista, la conversación sobre el mal tiempo ser una clave acerca del Gobierno, los pósteres del adolescente mostrar un deseo de huir a Occidente y su decadencia.[343]

Se podían quebrar vidas con esos papeles. Y aun así, la cantidad de información hacía posible que se escaparan muchas cosas entre los dedos. Las policías secretas no fueron nunca infalibles, no eran capaces de controlar todo lo que querían. La idea de que lo veían todo o lo vigilaban todo era pura propaganda.

11

El legado: comunismo entre crimen y nostalgia

En sus memorias, Joachim Gauck, el pastor protestante disidente en la República Democrática Alemana (RDA) que entre 2012 y 2017 llegó a ser presidente de la Alemania unificada, recordaba uno de sus primeros sermones en los mítines de la oposición, al final del sistema:

> En el otoño de 1989 en la iglesia de Santa María en Rostock, ya formulé mis sueños: Voy al trabajo y puedo decir la verdad. Estoy sentado en el bar, hablando, despotricando y riendo, y no buscando a mi alrededor a la «compañía». Entro en las salas de reuniones y en los puestos de la Policía Popular y me tratan como un ciudadano maduro.[344]

Eran los momentos en los que el agotado régimen comunista se desmoronaba, cuando en Hungría y Polonia ya habían comenzado los primeros gobiernos semidemocráticos y en la Unión Soviética Mijaíl Gorbachov defendía una apertura política y económica que desembocaría en la desintegración del imperio. Gauck soñaba con no tener que mirar a su alrededor a ver si «la compañía» (la Stasi) le vigilaba y seguía sus palabras. Porque sabía que lo estaban haciendo y que, si la cosa cambiaba, los materiales recogidos podrían ser utilizados algún día para delimitar responsabilidades y exigir justicia.

LA CRIMINALIZACIÓN DEL COMUNISMO

Muy pronto, ya desde el inicio de la transición, se empezó a dar una gran importancia a los documentos obtenidos por las policías secretas, incluso como parte de las reivindicaciones contra el sistema. Junto con la necesidad

de más libertades, una de las exigencias esenciales de los disidentes y los manifestantes en los años finales del comunismo fue la disolución de las policías secretas. Como Gauck cuenta en sus memorias, la propia organización de la oposición tuvo que poner guardia a los locales de la Stasi en su ciudad, Rostock, para evitar que «jóvenes ardientes» los asaltaran. Sin embargo, esta defensa no sirvió porque, como hemos visto, meses después, ya tras la caída del régimen, hubo asaltos y ocupaciones de las sedes de la Stasi por todo el país.

A lo largo de los años que siguieron al final del sistema comunista, el problema de la reparación de las injusticias cometidas durante la dictadura se convirtió en una de las cuestiones fundamentales de las nuevas –y frágiles– democracias. La vuelta al poder de los partidos excomunistas en muchos de estos países durante las tormentas de la privatización y la transición al mercado de los años noventa hizo que –entre acusaciones de la oposición y de muchos antiguos disidentes– la «recuperación de la memoria histórica» quedara momentáneamente paralizada. Pero, con el tiempo, se fueron creando los centros de la memoria que hemos descrito, esos institutos oficiales de investigación de los crímenes e injusticias del pasado, a menudo relacionados con la preservación de los archivos de las policías políticas y cuyo foco de investigación fue siempre la represión. En todos estos países, la investigación sobre los «agentes» –los confidentes de la policía política– ha sido uno de los temas principales, al que hay que unir el redescubrimiento de las guerrillas anticomunistas del período inmediatamente posbélico.

Desde la caída del Muro de Berlín la memoria del comunismo en Europa Central y Oriental se ha construido entre dos polos: la criminalización de los regímenes dictatoriales y la nostalgia por la vida cotidiana en ellos. Esta dinámica se ha reflejado claramente en la historiografía y, aunque abundan las posiciones intermedias –que suelen ser las más sólidas e innovadoras–, tanto la academia (en general dominada por la criminalización) como el mercado editorial (donde la nostalgia tiene un gran peso, aunque también el escándalo sobre agentes y crímenes) parecen rendirse a estas dos tendencias. Es cierto que cada vez parece haber mayor

pluralidad, pero también lo es que la consolidación de los organismos oficiales de la memoria –Instituto de la Memoria Nacional (IPN), Comisionado Federal para los Archivos de la Stasi (BStU), etcétera– parece haber puesto a la defensiva a quienes pretenden comprender el comunismo antes que evidenciar sus crímenes. Las transformaciones políticas en Hungría y Polonia –con el triunfo de partidos que hacen del anticomunismo su razón de ser– así como la ocupación de Crimea y la guerra de Ucrania están transformando el marco de referencia. Analizar el comunismo de forma serena y equilibrada se ha ido haciendo progresivamente más difícil.

Esto tiene que ver, entre otras cosas, con cómo ha variado la idea que se tiene del comunismo, que ha llegado a contemplarse, no como el resultado de los «errores» de una filosofía política, sino como el causante del «crimen» cometido por unas élites, en general consideradas foráneas. Y además esta idea se ha entrelazado con la evaluación y consideración de los crímenes del nacionalsocialismo.

Ya en noviembre de 1945, apenas acabada la Segunda Guerra Mundial, con las ciudades en completa ruina, un decreto del Consejo de Ministros del nuevo Gobierno de Polonia fundaba la Comisión Principal para la Investigación de Crímenes Alemanes en Polonia, una institución estatal que operaba adscrita al Ministerio de Justicia de la República, dominado por los comunistas. Sus tareas se centraban en «la investigación y la recolección de materiales sobre los crímenes alemanes cometidos en 1939-1945 en Polonia o en el extranjero en relación a los ciudadanos polacos o personas de nacionalidad polaca y a los extranjeros que en ese momento vivían en Polonia».[345] A esta tarea se le añadía la coordinación con un Instituto de la Memoria Nacional que habría de crearse y, sobre todo, «la publicación de materiales y resultados de investigación relacionados con los delitos de los alemanes, así como su distribución en el país y en el extranjero». De este modo, la memoria de los crímenes del agresor se situaba en el centro de la elaboración de una política histórica, dirigida a la construcción de una «memoria histórica» que, una vez que se demostrara el fracaso de la revolución socialista, se convertiría en la seña de identidad del régimen. El nacionalismo antialemán serviría para cimentar un sistema que era incapaz

de satisfacer las demandas mayoritarias de su población. Como en el resto de los países del mundo comunista, el nacionalismo sólo se utilizaría en algunos momentos y de algunas formas y, a la larga, contribuiría a la propia destrucción del sistema.[346]

La comisión funcionó durante décadas. En diciembre de 1998, más de medio siglo después de su creación y caído ya el comunismo, fue subsumida en un nuevo Instituto de la Memoria Nacional dentro del que continuó su labor.[347] Apenas nueve años después del hundimiento de la dictadura comunista en Polonia, el Parlamento polaco promulgó la ley que creaba el Instituto de la Memoria Nacional (*Instytut Pamięci Narodowy*, IPN).[348] Como hemos visto, esta institución tenía por objeto investigar y perseguir «los crímenes nazis», los «crímenes contra la paz, la humanidad y los crímenes de guerra» así como «los crímenes comunistas» perpetrados desde el 1 de septiembre de 1939 (para los nazis) y el 17 de septiembre de 1939 (para los soviéticos) hasta el 31 de julio de 1990. Era evidente que, en el ánimo del legislador, el sujeto real que se planteaba como objeto de investigación para el IPN eran estos últimos crímenes, ya que por lo general las matanzas y masacres cometidas por los alemanes habían sido juzgadas y encausadas a lo largo de la posguerra mundial.[349] Y la asunción de las tareas de la comisión implicaba, por supuesto, una comparación clara, una igualación, incluso, entre los «crímenes nazis» y los «comunistas».

La definición de «crimen comunista» *(zbrodnia komunistyczna)* se había ido construyendo a lo largo de los años posteriores a 1989 y fue sustituyendo paulatinamente al concepto de «crimen estalinista», que era como se había denominado desde el «deshielo» de 1953-1956 a las represiones y ejecuciones llevadas a cabo en los años que iban desde 1929 hasta la muerte del dictador Stalin.[350] Por supuesto, el cambio de nombre no era baladí: si antes la mayoría de las sociedades recientemente poscomunistas habían seguido considerando los crímenes estalinistas como una desviación asesina de una norma en principio aceptable o al menos posible, ahora se introducía al régimen comunista en un *continuum* de injusticia y abuso que no tenía por qué haberse terminado con el fin del estalinismo. Según dicha ley, se consideraba «crimen comunista» a

> los hechos perpetrados por funcionarios del Estado comunista en el período del 17 de septiembre de 1939 hasta el 31 de julio de 1990 que consistieran en el empleo de la represión o de otras formas de violación de los derechos humanos contra individuos o grupos de población o relacionadas con su empleo, que constituyeran delito según el Código Penal polaco vigente en el momento de su perpetración.

La definición aprobada por el *Sejm* (la Dieta polaca) ejerció una inmediata y poderosa influencia sobre el resto de países de la zona, incluso sobre los antiguos disidentes de la RDA, que ahora participaban en diversas instituciones cívicas.[351] Los exdisidentes consideraban que, pese a la purga de la *nomenklatura* y la apertura de los archivos de la Stasi, no se había conseguido crear en la opinión pública alemana una conciencia de los crímenes de la dictadura comunista. La construcción de una categoría jurídica paralela a la de los «crímenes nacionalsocialistas» –que había cristalizado en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial– permitía aprovechar ese acerbo crítico y encuadrar el desaparecido socialismo de Estado en el mismo marco que el régimen hitleriano.[352]

Este intento igualador –más que comparativo– ya había comenzado antes, por ejemplo con la fundación en 1993 del Instituto Hannah-Arendt para la Investigación sobre el Totalitarismo (HAIT) en Dresde.[353] Este centro, creado por la Unión Demócrata Cristiana sajona (CDU) en buena medida como un arma intelectual en su lucha contra la posición de los poscomunistas en el paisaje político del momento, diseñó y llevó a cabo un programa de investigación en el que las «dos dictaduras», la del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) y la del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED), se examinaban a la par. Buena parte de las iniciativas que se tomaron desde arriba en la Alemania reunificada (la Comisión de Encuesta, que revisaba las consecuencias de la dictadura comunista, o la Fundación Federal para la Investigación y la Evaluación de la Dictadura Comunista en la RDA) bebían tanto de la ya establecida tradición historiográfica y de educación cívica alemana de análisis de la dictadura nazi como del modelo teórico del totalitarismo que, desacreditado intelectualmente en los años setenta y ochenta, volvía ahora como alternativa política –pero también científica– para la comprensión de lo que

había sucedido en Europa Central y Oriental durante buena parte del siglo XX. Aunque se han sucedido los intentos comparativos entre comunismo y nacionalsocialismo, el ejemplo primigenio de criminalización del comunismo fue impulsado desde la historiografía francesa: estamos hablando por supuesto del *Libro negro del comunismo*, publicado en 1998 y cuya influencia sobre la imagen y el concepto del comunismo en Europa Central y Oriental ha sido muy fuerte. Con el *Libro negro* se llegó a una cierta popularización de los crímenes del comunismo, con una cifra extremadamente exagerada de muertos (cien millones, repetida a partir de entonces), y a su igualación con el nacionalsocialismo.

La consideración de la violencia ejercida en el período como «crímenes comunistas» imponía en cualquier caso una dirección muy determinada a la conceptualización de la historia reciente que se estaba escribiendo en la región. Si al principio de la transición al capitalismo se presentaba el comunismo como un desastre económico, un régimen ineficaz, corrupto y desigual, pero en alguna medida legítimo en su búsqueda de la igualdad y la modernización del país, la criminalización historiográfica de los sistemas y partidos centró inevitablemente el foco de análisis sobre la violencia política y los asesinatos masivos. La memoria del comunismo como algo estrictamente negativo y preñado de violencia masiva –una memoria en parte construida por el activismo de la derecha política y civil– llegó a abarcar casi la totalidad de la esfera pública en países como Hungría, Polonia, los países bálticos y las repúblicas checa y eslovaca, aunque algo menos en la exRDA y sólo en algunos sectores sociales en Rumanía (intelectuales, antiguos disidentes…).

Al mismo tiempo, en la exRDA –por poner un ejemplo muy evidente– la gente acudía de forma masiva a los nuevos multicines de los flamantes *malls* a contemplar películas como *Sonnenallee* (*La Avenida del Sol* (1999), de Leander Haußmann) o –más tarde– *Good Bye Lenin* (2003, de Wolfgang Becker), que le permitía regocijarse contemplando artefactos e imágenes que habían desaparecido de pronto hacía ya una década. De igual manera, las películas realizadas por Sergiu Nicolaescu en Rumanía durante la época de Nicolae Ceauşescu, como *Nea Mărin Miliardar* (*El tío Marin*,

millonario, de 1979) o las de Stanisław Bareja en la Polonia de Edward Gierek, como *Miś* (*Osito*, de 1980) –por poner otros dos ejemplos muy relevantes–, seguían siendo emitidas de continuo por televisión y disfrutaban de los más altos índices de audiencia.

Esta *Ostalgie* [combinación entre las palabras alemanas *Ost* (este) y *Nostalgie* (nostalgia)] no repercutió con igual profundidad en todos los países de la región: fue más fuerte en Rusia o Alemania Oriental, por ejemplo, que en Polonia, adonde, como en Yugoslavia, llegó algo más tarde.[354] Pero no hay que olvidar que, ante el intenso sufrimiento de la transición al capitalismo, la segunda mitad de la década de 1990 había visto el triunfo electoral de partidos poscomunistas por toda la zona.

Es cierto que muchas de estas imágenes ofrecían a menudo un paisaje de unidad y placidez del régimen comunista que a muchas víctimas les parecía insoportable, y los medios de la Alemania Occidental –en lo tocante a la exRDA– así como los partidos derechistas o anticomunistas en general criticaron duramente el fenómeno. En cualquier caso, el surgimiento de una nostalgia por el tiempo pasado y vivido durante el socialismo de Estado se comenzó a plasmar en el terreno historiográfico en un reguero de libros populares y exposiciones exitosas que trataban de los automóviles, las películas, los libros y cómics, los grupos de rock y pop, y, en definitiva, de los artefactos culturales que habían conformado la vida cotidiana durante el comunismo.

Así pues, a una criminalización que parecía provenir «de arriba» le respondía una nostalgia «desde abajo» que podía dar lugar a la idea de que dicha nostalgia representaba una suerte de resistencia contra el intento oficial de recordar el pasado aún cercano en su versión más trágica y dolorosa. A un anticomunismo plasmado historiográficamente en publicaciones impulsadas desde arriba parecía responderle una voluntad de rescatar lo positivo de la experiencia comunista. En realidad, no era del todo así y, pese a la masiva extensión de la «nostalgia», ésta fue entendida sólo minoritariamente como «resistencia» y deseo de regreso al comunismo.

HISTORIA Y MEMORIA
DESDE «ARRIBA» Y DESDE «ABAJO»

La forma en que los actores estatales y no estatales de Europa del Este han hecho uso de la llamada «plantilla del Holocausto» para construir su propia versión de la «memoria europea» alrededor de la criminalización del comunismo está relacionada con un concepto que podría llamarse de «cosmopolitización de la memoria», cuyo núcleo es, precisamente, la memoria del Holocausto entendida como el problema ético universal.[355]

Los «centros de la memoria», acompañados por toda una serie de institutos y centros de investigación financiados por los gobiernos o por fundaciones –muchas veces de origen extranjero–, ayudaron a construir una memoria del comunismo estrictamente como empresa criminal. El Comisionado para los Archivos de la Seguridad del Estado de la antigua RDA (BStU), encargado de conservar desde 1990 los documentos de la Stasi, bien dotado de medios económicos y con un mandato claro, se convirtió pronto en una institución dinámica y eficaz no sólo en el ya bien ensayado ámbito de la educación cívica (siguiendo el modelo establecido de la *lustración* sobre el nacionalsocialismo) sino en el de la investigación historiográfica, reducida eso sí al estudio de la represión más cruda y de puntos oscuros de las relaciones entre la República Federal de Alemania (RFA) y la RDA: espionaje interno, topos de la Stasi, apoyo al terrorismo de izquierdas, etcétera.

Aunque con variaciones a veces considerables –sobre todo en lo relativo a la existencia de competencias judiciales o no–, el modelo del BStU se extendió a lo largo de toda el área. De este modo, la investigación sobre los confidentes de la policía política se convirtió en uno de los ámbitos temáticos esenciales, junto con el redescubrimiento de las guerrillas anticomunistas del período inmediatamente posbélico. Apenas se sabía nada de la extensión, calidad y profundidad de las resistencias al comunismo, que en casi todos los países del Este tuvieron una entidad desconocida hasta entonces. Esto último ha sido especialmente relevante para la construcción de las identidades públicas de muchos países poscomunistas, ya que ha

permitido enlazar la nueva estatalidad con la previa al comunismo, legitimando así la nueva/vieja nación surgida de la debacle del sistema en lugares como Lituania, Ucrania, Estonia, Letonia, Polonia o Rumanía… Ha cobrado especial importancia en países que, como Rumanía, no habían tenido movimientos disidentes de importancia durante los años setenta y ochenta, al permitir legitimar la caída del comunismo con la existencia de resistencias anteriores.

La historiografía «oficial» fue decisiva para la construcción de nuevos mitos nacionales y la recuperación de elementos del pasado –sobre todo del lado opositor o disidente– que sirven para cimentar las nuevas sociedades democráticas. Estos mitos nuevos se han basado a veces en hallazgos verdaderos y reales. Así, por ejemplo, el lugar que ocupa hoy día la rebelión anticomunista de 1953 en la memoria histórica alemana se debe al descubrimiento de los investigadores a través de los papeles conservados en el archivo de la Stasi de que el levantamiento había sido mucho más amplio, extendido e interclasista de lo que se había creído hasta entonces.[356]

En los medios académicos que, como el polaco o el checo, habían desarrollado una marcada autonomía con respecto al poder comunista en los tiempos finales del sistema, las academias de ciencias y los institutos de investigación procedentes de ellas fueron los que acometieron el examen histórico de la represión y la dictadura comunistas. El Centro de Investigación de Historia Contemporánea de Potsdam (*Zentrum für Zeithistorische Forschung*, ZZF), el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias Polaca *(Instytut Historii Polskiej Akademii Nauk im. Tadeusz Manteuffel)*, el Instituto de Historia Contemporánea de la Academia de Ciencias checa *(Ústav pro soudobé dějiny AV ČR)* o el Instituto de Historia de la Revolución de 1956 de Budapest *(1956-os Intézet)* son algunos de los principales organismos que, durante la segunda mitad de los años noventa y hasta hoy, han ido proporcionando muchos de los mejores trabajos sobre el comunismo. El primero de los citados, el ZZF de Potsdam, que en parte tuvo su origen en la antigua Academia de Ciencias de la RDA, desarrolló una intensa tarea de investigación que escapaba de la dicotomía represión-disidencia y establecía nuevas bases para realizar una historia social y

cultural del comunismo. Con un pie en la ya clásica historia social de la Escuela de Bielefeld y otro en la *Alltagsgeschichte* –la historia de la vida cotidiana centrada en el régimen nazi–, el centro estaba abierto a las aportaciones de la historia cultural anglosajona de los años noventa, desarrollando grandes proyectos en torno a la sociedad de la RDA que se fueron ampliando para abarcar a otros países de Europa del Este.

El ZZF muestra también una de las claves para comprender la forma de trabajar sobre el fenómeno del comunismo en toda la región: con financiación alemana –sobre todo a través de una amplia serie de fundaciones privadas y públicas–, se han desarrollado extensos proyectos multinacionales acerca de los más diversos complejos temáticos que han servido, entre otras cosas, para conseguir una suerte de homogeneización historiográfica de Europa Centro-Oriental. Esto es bastante evidente en lo que respecta al estudio de la memoria histórica. Pese a que en alguno de los países de la zona se habían desarrollado teorías propias acerca de la memoria colectiva, lo cierto es que, gracias a los proyectos académicos de financiación alemana, los paradigmas teóricos de Maurice Halbwachs, Pierre Nora, Reinhard Koselleck y Jan y Aleida Assmann se han convertido en estándares en los trabajos sobre memoria y política histórica, con los añadidos a veces de las investigaciones de Harald Walzer y del culturólogo austríaco Moritz Csáky.[357] Han sido especialmente interesantes algunos proyectos –de tono histórico-sociológico– dedicados a medir tanto el recuerdo de acontecimientos traumáticos –la Segunda Guerra Mundial o las represiones estalinistas– como a evaluar las transformaciones sociales de los años del socialismo de Estado.[358]

La construcción de la memoria negativa del comunismo se llevó a cabo a través de un amplio catálogo de medios (festividades, exposiciones, monumentalismo, filmografía…) que nunca fueron ejecutados de forma sistemática, ni siquiera en los lugares aparentemente más apropiados para ello, como la exRDA o Polonia. Esta memoria negativa tuvo que competir con las resistencias constantes de gobiernos –nacionales, regionales o locales– dominados por los poscomunistas, así como con las ansias de poner un punto final de buena parte de la población e incluso de antiguos

disidentes que habían participado en la transición y ansiaban una reconciliación nacional. Esto ha sido clarísimo en Polonia, donde los antiguos disidentes en torno a Adam Michnik y el periódico *Gazeta Wyborcza* han combatido las políticas de *lustración*, es decir, la exposición pública de los excomunistas y exagentes de la policía secreta.

Una corriente historiográfica de gran importancia ha sido la investigación en historia social desde una perspectiva enriquecida por el culturalismo y enfocada muchas veces hacia la vida cotidiana. En los casos de mayor interés académico, el trabajo sobre las festividades comunistas, los símbolos nacionales durante el comunismo o la semántica del poder se mezclaban con el análisis de las juventudes comunistas, de la resonancia de la prensa, de las experiencias de las colas, del consumo y la resistencia cotidiana.[359] Aunque ello no implicaba un intento de desestimar el alcance de la violencia de la policía secreta –algo de lo que se les ha acusado a menudo–, se intentaba buscar un análisis de mayor alcance que, a la hora de construir memorias frente a la experiencia comunista, podía ser interpretado por algunos –la derecha política o académica– como una banalización de la represión.

Algo similar ha sucedido con el auge de la historia oral y de las historias de vida por toda la región, de las biografías y memorias tanto de personajes anónimos como de grandes protagonistas. Aunque en este caso, y debido a la actuación de organizaciones de la sociedad civil como el Centro Karta en Polonia y Memorial en Rusia, o de universidades como la de Babeș-Bolyai en Rumanía, la memoria de la represión también ha sido recogida en grandes proyectos de historia oral cuyos archivos están, por lo general, a disposición de los historiadores. El boom de las historias de vida ha sido especialmente potente en la Federación Rusa, lo que seguramente está ligado a la escasa atención oficial que recibe la memoria de la represión desde el primer Gobierno de Vladímir Putin, lo que tampoco implica que el tema esté prohibido o no se pueda investigar, aunque los obstáculos oficiales han ido creciendo con el tiempo.

De hecho, el premio Nobel concedido a la investigadora Svetlana Aleksievich en 2015 sirvió para darle importancia al trabajo de los

historiadores –que a veces propiciaban que se les confundiera con literatos y periodistas– encargados de recopilar y analizar las vidas de quienes padecieron la experiencia del socialismo real. Estos testimonios han contribuido muchas veces a construir una memoria plural, diversa y nada acomodaticia del comunismo, conformándolo como un recuerdo donde hay lugar para conceptos, vivencias y experiencias muy diferentes: nacionalismo y a la vez solidaridad, religiosidad junto a ateísmo, crisis seguida de estabilidad, violencia real y sensación de placidez, odio racial pero también discursos de hermandad entre los pueblos. Ello no ha sido óbice para que el uso político del conocimiento histórico haya llevado a verdaderas «guerras por la memoria». Y el legado de las policías secretas ha sido una de las primeras causas para ello.

CONTEXTO: MEMORIA EN EL POSCOMUNISMO

Aunque el final del comunismo posibilitó alcanzar un discurso mucho más plural y multiforme, la verdad es que en muchos de estos países se fue desarrollando a partir de entonces un modelo bastante similar y homogéneo que los inscribía en el marco heroico de la lucha contra el comunismo. Es un modelo heredero de los disidentes de antaño, pero exacerbado por unas nuevas élites que echaban mano de las políticas de memoria para hacerse un hueco. Usaban como arma de combate los documentos de archivo, las acusaciones generalizadas y la revisión de los sentidos que se daban a los acontecimientos históricos. Tal acción ha influido en la memoria de la época comunista, considerando a una parte de la población como «verdaderos patriotas». Esto ha sido especialmente claro en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, los países bálticos, pero también ha habido intentos en países donde el poscomunismo tiene mayor peso, como Rumanía y Bulgaria. En este último, han sido los propios poscomunistas quienes han realizado una «política histórica nacionalista» que está dirigida a neutralizar todo ataque de la oposición liberal. En ese contexto, la policía secreta comunista ha sido considerada por lo general como un cabeza de

turco al que culpar de todos los problemas del pasado y el presente, y la han utilizado para acusar a todo adversario político de colaborar con ella.

La Federación Rusa ha construido una memoria que se quiere imperial, asumiendo fragmentos soviéticos e incluso más antiguos, y procesándolos en una narración cuya misión política es clara. La memoria rusa del comunismo como un camino duro, pero justo, que se hundió por la traición de ciertas élites y el esfuerzo occidental para derribarlo, es alimentada hoy por centenares de escritores de libros sensacionalistas, por películas y documentales, por la divulgación histórica, pero también por una acción estatal directamente dirigida a mantener una visión concreta de la historia. Los institutos de investigación de los organismos de seguridad rusos publican multitud de libros en los que se habla, de forma fría y casi cínica, de las policías secretas comunistas y de su labor contra la corrupción, los enemigos del Estado y los espías extranjeros. Y buena parte de los best sellers históricos se dedican a deformar, a veces a inventar sin más, los hechos históricos. Incluso se han publicado diarios –claramente falsificados– de personajes clave de las policías secretas estalinistas como, por ejemplo, de Lavrenti Beria.

La sociedad rusa es hoy lo suficientemente plural como para que sea imposible un retorno al *logos* monopolístico de la época soviética. Los discursos de disenso no son predominantes, pero los hay, y poseen una importancia relativa entre ciertos sectores de la sociedad.

En el resto de los países de Europa Centro-Oriental la construcción discursiva del recuerdo de la época comunista ha sido en cierta manera similar, pero ha tenido mayor éxito. La imagen que se ha desarrollado y que predomina hoy en Estonia, Letonia, Lituania y Polonia es la de un pueblo de víctimas entre dos poderosos agresores totalitarios, la Alemania de Hitler y la URSS de Stalin (en el caso de Lituania se incluye también la Polonia dictatorial).[360] Estos agresores que, en algunos casos desde hace siglos, han pretendido acabar con estos pueblos se confabularon en 1939 para destruirlos. El hecho de que en los países bálticos una parte importante de las *intelligentsias* colaboraran con uno u otro agresor se explicaba de dos formas: en el caso de la colaboración con los sóviets, los colaboradores no

eran propiamente lugareños, sino judíos, rusos, inmigrantes, o bien se trataba de casos aislados, de delincuentes o pervertidos comunistas. Sin embargo, quienes colaboraban con los alemanes –incluso formando batallones de las SS– lo hicieron por patriotismo, pensando que iban a conseguir restaurar la independencia de sus patrias y queriendo evitar el calvario de una nueva ocupación soviética como la sufrida entre 1940-1941. De hecho, hay una imagen más positiva de Alemania que de la URSS, a la que se percibe como algo «asiático», «antieuropeo», «salvaje». Esta visión se puede contemplar en los diversos museos de las ocupaciones, en las publicaciones de los institutos de memoria de estos países y hasta en los libros y manuales escolares. La retirada de monumentos y el deseo de lavar la historia soviética ha conducido a enfrentamientos como el de abril de 2007 en Estonia, en el que la población rusófona se opuso violentamente al desplazamiento del llamado «Soldado de Bronce», un monumento al soldado desconocido (del Ejército Rojo), creando así un conflicto tanto interno como externo. La imagen del comunismo, que, como hemos dicho, ha pasado a ser «criminal», es la de una opresión traída del exterior a punta de bayoneta a la que fueron sometidos los pueblos antes libres de la Europa Central y Báltica –nadie quiere ser «del Este».[361]

En Hungría, el anticomunismo radical produjo durante el primer Gobierno del partido derechista Fidesz (1998-2002) la construcción teórica de un modelo de equivalencia entre nacionalsocialismo, ultraderechismo y comunismo que encontró plasmación física en la llamada «Casa del Terror». Se trata de un museo de las «dos dictaduras» (la ocupación nazi y el régimen comunista) que intenta equiparar a las dos, utilizando incluso para ello deformaciones históricas bastante fuertes. El edificio albergó a la policía secreta de la dictadura húngara y luego a la policía secreta comunista. La poderosa presentación museística ha tenido gran éxito y ha contribuido sin duda a la cimentación de la imagen de las dos dictaduras, restándole importancia y peso a la actuación del régimen dictatorial húngaro durante la Segunda Guerra Mundial, en especial a su participación en el Holocausto.[362]

En Polonia la imagen no es muy diferente. El gran enemigo pasó a ser la URSS –hoy la Federación Rusa–, mientras que los esfuerzos de conciliación con Alemania impulsaron una imagen positiva del vecino occidental que, de alguna manera, redujo también su consideración como país ocupante. Sin embargo, algo cambió tras la crisis económica a partir de 2008, aunque con raíces a partir de 2002, cuando la derecha nacionalcatólica polaca cobró fuerza hasta el punto de alcanzar el poder. La tesis de un rearme –espiritual– de los alemanes y de un intento –a través del victimismo– de difuminar las responsabilidades de la guerra se abrió paso entre buena parte de las élites polacas y, en los años posteriores, entre la población, sobre todo en las capas más desfavorecidas. En esto, el populismo polaco no era muy diferente del de otros países europeos.

LA «AGENTOMANÍA» Y LOS DEBATES SOBRE EL PASADO

En julio de 2010 el historiador checo Jiří Suk afirmaba en una entrevista que la «agentomanía» –como él la denominaba– y la caza de informantes llevadas a cabo en los medios de comunicación tras la caída del comunismo habían sido un error.[363] En su opinión, el uso politizado de la exposición pública de quienes habían colaborado con la policía secreta había ocasionado más daño que provecho a la sociedad poscomunista. Es cierto que, desde el mismo momento en que comenzaron a caer los sistemas de socialismo de Estado, las policías secretas estuvieron en la línea de fuego. Muy pronto se extendió el temor a que quienes habían reprimido a los ciudadanos y ejercido su poder contra ellos pudieran seguir haciéndolo desde puestos privilegiados a los que habían tenido acceso gracias a su posición en el régimen extinguido. Por ello, en muchas de estas sociedades fue constante el clamor por una *lustración* de la vida pública, la expulsión y exposición de los implicados.

Cuando en 1990 la Alemania Federal se tragó a su hermana menor, la República Democrática Alemana, esta última fue purgada rápida y expeditivamente de funcionarios comunistas. Bien es cierto que la purga,

que se aplicó a todos los niveles y que en campos como el de la universidad hizo perder su puesto a la mayor parte de los profesores, levantó protestas de la propia sociedad germano-oriental.[364] Los exciudadanos de la RDA se quejaron de que esto no respondía más que al deseo de «colocar» a los académicos y funcionarios occidentales que estaban desempleados, lo que, empíricamente, parece bastante cierto. Ello llevó a que el denostado partido excomunista se arraigara con fuerza y sobreviviera a la debacle, convirtiéndose en una de las principales organizaciones políticas en el este.[365] El caso de la RDA es también el más extremo en lo que concierne a la apertura de archivos: como decíamos antes, el BStU contiene todos los documentos conservados por la Stasi y la mayor parte de éstos están a disposición de todo investigador, así como de toda persona afectada. Las víctimas han recibido ciertas reparaciones económicas, basadas en el modelo de las compensaciones a quienes padecieron bajo el nazismo. Pero al igual que éstas, las compensaciones han tendido a ser pequeñas y difíciles de conseguir.

En la Alemania reunificada se han llevado a cabo los debates más intensos en torno a la *Ostalgie*, que es entendida como la rememoración nostálgica y a veces benevolente de los tiempos vividos durante la dictadura comunista. Películas que ya hemos mencionado como *Sonnenallee* o *Good Bye Lenin* han contribuido a envolver el recuerdo de la llamada «segunda dictadura alemana» con un velo tragicómico, convirtiendo al régimen policial en poco menos que una farsa en la que los espectadores «vivieron los mejores años de sus vidas». Esto ha atraído vicariamente a muchos jóvenes que se sienten fascinados por la moda, la música o las organizaciones de masas de entonces, aunque esto último se lleva a cabo más bien en un tono *camp* e irónico. Lo cual, hemos de decir, levanta continuamente las iras de las organizaciones de afectados y de los antiguos disidentes. El debate en torno a la película *La vida de los otros* (*Das Leben der Anderen*, 2006) sólo fue acallado tras su enorme éxito internacional. En especial, los antiguos disidentes la han atacado por su edulcorada visión de la Stasi.

Los archivos del BStU han sido objeto de crítica acerba y loas sin cuento, y aunque cada cierto tiempo se vuelve a debatir acerca de su cierre y de la transmisión de sus materiales al archivo federal, la continuidad del instituto parece asegurada. Desde un principio las grandes polémicas surgidas a partir de los archivos han sido causadas por varios tipos de descubrimientos de fuentes. Por un lado, el hecho de que políticos germano-orientales como el poscomunista Gregor Gysi o el socialdemócrata Manfred Stolpe hayan podido ser colaboradores de la Stasi se repite casi en cada campaña electoral. A veces esto ha llevado a dimisiones, pero, en general, a la sociedad de los «nuevos estados federados» (la antigua RDA) no parece haberle afectado mucho estas revelaciones.

Por otro lado, y aquí han sido mayores los escándalos, han ido descubriéndose cada vez más datos acerca de la forma en que la Stasi se infiltró en la República Federal Alemana.[366] No olvidemos que ya en 1974 el canciller Willy Brandt se vio obligado a dimitir al conocerse que uno de sus más íntimos colaboradores era un agente de la Stasi. Con el acceso a los archivos, las acusaciones –y los datos probados– se han multiplicado. Revistas como *Konkret*, partidos políticos y asociaciones (tanto de izquierdas como de derechas) fueron financiados por la Alemania Oriental; políticos, agentes de policía y empresarios de toda Alemania Occidental habían sido informantes de la Stasi. En mayo de 2009, causó un gran impacto el descubrimiento de que Karl-Heinz Kurras, el policía que había asesinado al manifestante Benno Ohnesorg en 1967 y comenzado con ello la radicalización del movimiento estudiantil alemán, había sido agente de la Stasi.[367] La tesis de la «República infiltrada» constituye el centro de una agria discusión que dura ya tres décadas.

Tampoco ha sido menor el debate en torno al IPN polaco, sobre todo a causa de su instrumentalización política. Una de las tareas encomendadas al instituto ha sido llevar a cabo una amplia campaña para recuperar aspectos positivos de la historia reciente del país, como por ejemplo recordar a los muchos polacos que ayudaron a los judíos durante la Segunda Guerra Mundial o construir una memoria de los disidentes polacos del período comunista. Buena parte de la acción del IPN se ha dirigido a recuperar la

memoria de los partisanos anticomunistas de la inmediata posguerra y a promocionar a los héroes de la resistencia. A veces, esto ha implicado conflictos, pues parte de estos resistentes eran a la vez furibundos antisemitas o xenófobos. Un ejemplo es Józef Kuraś, *Ogień*, un partisano anticomunista, líder de un grupo guerrillero, que fue acusado de crímenes antisemitas y contra las minorías. Así, mientras el IPN polaco publicaba un libro hagiográfico sobre él y se le rendían homenajes, su equivalente en Eslovaquia, el Instituto para la Memoria Histórica (ÚPN), abría una investigación sobre los crímenes de Kuraś contra la minoría eslovaca.[368]

Otro caso interesante de uso del poder del IPN para defender la imagen de Polonia es la publicación de un libro del investigador polaco-americano Marek Jan Chodakiewicz sobre los conflictos entre polacos y judíos. Chodakiewicz, de tendencias ultraderechistas, plantea en su libro una defensa de Polonia, intentando librar al país de acusaciones de antisemitismo por el método de definir la «culpa» de los propios judíos en los pogromos llevados a cabo en el país tras el Holocausto. Para ello usaba las técnicas del revisionismo de derechas ya clásico (desde David Irving a Pío Moa). Curiosamente, este libro fue publicado por el IPN a toda prisa, tan sólo unas semanas antes de que apareciera en Polonia la traducción del libro del historiador americano de origen judíopolaco Jan Tomasz Gross. La obra, *Fear (Miedo)*, un intenso, aunque un tanto exagerado, análisis del antisemitismo polaco, había causado ya en su versión inglesa un cierto revuelo. Con la publicación del libro de Chodakiewicz los dirigentes del IPN pretendían evidentemente neutralizar las consecuencias de la obra de Gross, quien ya había creado polémica antes con su libro *Neighbors (Vecinos)*.

Aparte de la reconstrucción de una imagen positiva de Polonia, el otro pilar de la estrategia de este instituto ha sido llevar a cabo un feroz ataque contra el comunismo y un intento de deslegitimar simbólicamente el régimen. Una de sus acciones, aceptada por el Parlamento polaco, fue la propuesta de retirar las pensiones especiales de guerra a los polacos de las Brigadas Internacionales que lucharon en la Guerra Civil española. Esto condujo a una breve tensión diplomática entre España y Polonia. El Senado español votó unánimemente una petición al presidente José Luis Rodríguez

Zapatero para que actuara y lo impidiera.[369] Aunque en aquel entonces la propuesta se paralizó, años después, con el regreso al poder del partido Ley y Justicia (PiS), se retomó, envuelta en un contexto aún más represivo y persecutorio.

Una de las repercusiones más importantes del uso de los materiales de los confidentes tuvo lugar el 7 de enero del 2007, cuando Stanisław Wielgus entró en la catedral de la capital polaca para la ceremonia oficial de su nombramiento como arzobispo de Varsovia. Para entonces Wielgus ya sabía que estaba obligado a renunciar al cargo. Apenas unos minutos después de ser ordenado, con rostro compungido y voz quebrada, el arzobispo expresó su renuncia, que le había sido requerida por el Vaticano.[370] La causa de este hecho, sin precedentes en la historia de la Iglesia católica, fue su actividad como informante de los servicios secretos de la Polonia comunista en las décadas de 1960 y 1970, una actividad que desveló la prensa basándose en los archivos del IPN.[371] La renuncia del arzobispo, que creó una conmoción tremenda en el país, hizo que toda Europa cobrara conciencia una vez más de hasta qué punto el pasado se había convertido en un arma política en los países sucesores del comunismo.

El arzobispo dimisionario no fue el único afectado por el legado de las policías secretas comunistas.[372] La Iglesia católica –como muchas otras organizaciones religiosas en todos los países– fue vigilada con extraordinario cuidado. En contra de lo que a veces se ha mantenido, la Iglesia católica no fue sistemáticamente perseguida ni prohibida en Polonia y en determinadas ocasiones hasta llegó a colaborar con el régimen comunista. Los comunistas, antes que prohibir la Iglesia, prefirieron infiltrarla.[373] Un caso extremo fue el de Tomasz Turowski, un agente del SB que fue introducido en un seminario, se hizo jesuita y durante diez años estuvo informando acerca de Juan Pablo II y su entorno desde el mismo Vaticano:[374]

> Tenía que comportarse como un verdadero jesuita, especialmente durante el período del seminario, cuando se confesaba todos los días, rezaba a diario, mantenía conversaciones espirituales, recibía la comunión, hablaba de asuntos de fe con sus superiores... tenía que interpretar un papel todo el tiempo. Y éstos no fueron episodios, como sucedía en la vida de

> muchos «ilegales», no era una vida cómoda como la de alguien que encarna a un empresario, un extranjero o un periodista, sino que significaba meterse por completo en una piel totalmente extraña.[375]

Tras las revelaciones, buena parte de los medios de comunicación polacos tildaron a Turowski de traidor, pero éste se defendía diciendo que «no era creyente» y, por tanto, no significaba nada para él hacerse pasar por religioso y trabajar «por su país». Para Turowski, otros verdaderos sacerdotes, que habían sido captados por los servicios secretos, sí eran traidores a la Iglesia en la que creían. Las revelaciones sobre la colaboración de muchos sacerdotes con los servicios secretos supusieron un escándalo de gran calibre para la sociedad polaca, que había confiado a la Iglesia el relato de su liberación del comunismo.

La antigua policía secreta rumana, la Securitate, consiguió crear una leyenda de omnipotencia e infalibilidad que continuó después de la caída del comunismo, cuando se pensaba que los antiguos agentes habían logrado organizar la revolución para expulsar a Nikolae Ceauşescu y beneficiarse así de las ventajas de la transición. Se hablaba públicamente de la «mafia de la Securitate».[376] Parecía así que todos los problemas y desgracias del período eran culpa de los agentes y que descubrirlos, sacarlos a la luz y exponerlos serviría para superar la crisis de la postransición. De ahí el papel importantísimo de los archivos y su lucha por ellos.[377]

Por ejemplo, Traian Băsescu, que fue alcalde de Bucarest entre 2000 y 2004 y luego presidente de Rumanía de 2004 a 2014, fue acusado de ser confidente. La escasa evidencia llevó al Consejo Nacional para el Estudio de los Archivos de la Securitate (CNSAS) a emitir un certificado de «relación» con la policía secreta, pero sin entrar a afirmar que fuera de colaboración. El hecho de que durante cierto tiempo el dignatario hubiera podido trabajar fuera de Rumanía –algo que presuponía al menos el control por la Securitate– pareció confirmarlo. Sin embargo, no hubo pruebas suficientes. Pese a ello, Băsescu fue elegido presidente del país por dos veces –si bien con mayorías ajustadas–, lo que provocó una clarísima polarización en la sociedad rumana entre partidarios y opositores.[378]

Otra historia curiosa fue la de un antiguo disidente rumano, el fallecido matemático Mihai Botez, que al parecer aportó información para la Securitate sobre otro disidente, el poeta Dorin Tudoran. Pero en el archivo se conservan pruebas, no sólo de su colaboración con la policía, sino también de que, al mismo tiempo, Botez ayudó a Tudoran a publicar sus ensayos prohibidos en el extranjero. Las dos cosas, como vemos, podían ir unidas. El escándalo en torno a la colaboración de Botez con la Securitate dañó su credibilidad como disidente, aunque no la eliminó por completo.[379]

Eslovaquia es otro buen ejemplo del uso politizado de los archivos, de las acusaciones contra enemigos políticos a base de expedientes conseguidas por medios oscuros y de acusaciones de presunta colaboración con servicios secretos soviéticos o locales. Es ilustrativa la famosa rueda de prensa de Vladimir Meciar –por aquel entonces jefe del Gobierno eslovaco– en la que acusó a un adversario de ser delator a base de las informaciones del expediente que éste tenía en el archivo de la policía política. A la pregunta de los periodistas que de dónde había sacado la carpeta, Meciar respondió que «la había encontrado aquella mañana encima de su mesa», una contestación que acabó por convertirse en Eslovaquia en una frase hecha para hablar de algo que se ha conseguido por medios ilícitos.[380]

Uno de los principales problemas de la existencia de estos archivos es la facilidad con la que se han filtrado datos personales a los medios de comunicación. Ello ha conducido a veces a lo que se ha llamado *lustración silvestre*, es decir, a problemas de todo tipo y acusaciones a personas cuyos nombres han salido a la luz. En 1992 un antiguo disidente checo, Petr Cibulka, publicó una lista de 220.000 personas a las que acusaba de haber colaborado con la policía comunista como informantes. Con los años, una comisión oficial reconoció sólo a una parte como informantes, dado que la llamada «Lista de Cibulka» incluía también a muchos que estaban citados en los documentos policiales como «posibles objetivos», pero sobre los que no había pruebas. Ese mismo año una lista con algunas decenas de nombres preparada por el ultraderechista ministro del Interior polaco, Antoni Macierewicz, provocó un escándalo que derribó al Gobierno entero. El ministro, con toda probabilidad, usó sus prerrogativas para denunciar a

oponentes políticos, incluyendo al propio presidente del momento, Lech Wałęsa, el veterano opositor y premio Nobel de la Paz. Diez años después, a finales de 2004, un periodista polaco de derechas y antiguo disidente, Bronisław Wildstein, robó en el IPN una copia de la lista de expedientes de la Seguridad del Estado y la difundió a través de internet. No era posible saber por ella quiénes eran los delatores, quiénes los agentes ni quiénes las víctimas, de modo que el daño causado a la reputación de muchos inocentes fue bastante grave.[381]

Otro ejemplo fue el caso de Milan Kundera. El famoso escritor y disidente anticomunista checo fue acusado en 2008 de haber denunciado durante su juventud a una persona que, a consecuencia de ello, recibió una dura condena y pasó catorce años en la cárcel. Quien descubrió el documento correspondiente fue un historiador del Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios (ÚSTR). El documento se publicó en la revista *Respekt* y organizó un grave escándalo, al tiempo que ponía en entredicho a un centro de memoria que llevaba escaso tiempo funcionando. Esta historia nos muestra también cómo el deseo de jóvenes historiadores de crearse un perfil público y de los propios institutos de investigación de reclamar atención puede haber conducido a la búsqueda de documentos y la exposición de personajes célebres, en una actitud que tiene poco que ver con aspectos puramente científicos.[382]

En general, en todos estos países la llegada al poder de partidos o personajes populistas en distintos momentos de los últimos veinte años creó un ambiente en el que todo el mundo era culpable mientras no se demostrara lo contrario y, a veces, incluso así. Personajes como Lech Wałęsa, que han sido exonerados de cargos graves por las propias instituciones lustradoras, siguen estando bajo sospecha, pues se afirma que ello se debe a la desaparición –por oscuros motivos y a través de oscuros agentes– de los documentos de los archivos.

12

El caso de Lech Wałęsa

Un ejemplo claro y extendido en el tiempo del uso político durante la época poscomunista de las informaciones recopiladas por las policías secretas comunistas es el de Lech Wałęsa.[383] Durante la década de 1980 el activista sindical polaco y premio Nobel de la Paz se convirtió en uno de los principales símbolos que encarnaban la lucha cívica y popular contra las dictaduras de los partidos comunistas y contra la imposición de la URSS. Durante un corto período de tiempo, la figura de Wałęsa fue indiscutible en su país y alabada y premiada en el extranjero. Esto último continuó, pero en Polonia hoy es un personaje controvertido, atacado, defendido, valorado, enjuiciado y censurado como pocos. A ello contribuyeron sin duda las constantes acusaciones de haber sido confidente de la policía secreta.

Wałęsa llegó a ser presidente de Polonia desde su posición como cabeza de un sindicato semiclandestino en el contexto de una dictadura. El capital político acumulado por el sindicalista durante su lucha contra el Partido Comunista y contra la organización sindical única de la dictadura se trasvasó por completo a su candidatura como primer ministro electo democráticamente en el país. Esto llevó a que, cuando sus errores políticos y las noticias sobre su colaboración con la policía destruyeron su prestigio como presidente, su pasado como líder sindical también resultara dañado. Es cierto que su mito no llegó a desvanecerse nunca, pero se cubrió de tales fisuras que dejó de ejercer una función inspiradora de la memoria de la lucha contra el comunismo. Se acabó convirtiendo en la encarnación de todas las ambigüedades y los problemas de la transición desde la dictadura a la democracia liberal.

Lech Wałęsa nació el 29 de septiembre de 1943 en la pequeña aldea de Popowo, situada en la región de Kujawia, en la zona centro-occidental de Polonia. De origen extraordinariamente humilde, pertenecía a una familia de pequeños granjeros que durante la guerra padeció múltiples calamidades.[384] Wałęsa creció en el seno de una familia católica, campesina, pobre y tradicional. El contexto histórico de los primeros años de su vida fue el de las transformaciones sociales y económicas de la posguerra. La infancia del futuro líder transcurrió en medio del huracán de la construcción del socialismo de Estado en Polonia, con su violencia y represiones, pero también con su intensa industrialización y duradero cambio social. La épica del trabajo y del surgimiento de un nuevo mundo propia del estalinismo influyó sin duda en la construcción de la ética obrera del líder y en su idea de la justicia social, que a la vista de sus posiciones posteriores son más bien tradicionales. Su formación fue poco sólida, no brilló en el colegio, aunque cursó estudios secundarios en un instituto de enseñanzas técnicas. Durante unos años, entre 1961 y 1967, trabajó como mecánico en unas fábricas estatales cerca de su pueblo natal. En este último año emigró a Gdańsk, en la conurbación de las Tres Ciudades, una zona industrial muy desarrollada. Allí comenzó a trabajar como electricista en los Astilleros Lenin, la principal empresa de la ciudad y el núcleo alrededor del que se estructuraba buena parte de la vida social de ésta. En Gdańsk Wałęsa contrajo matrimonio en 1969 con quien fue su mujer desde entonces, Danuta, y en 1970 nació el primero de sus ocho hijos.

Hasta entonces, la biografía de Wałęsa había sido la típica de los años del socialismo consolidado. Hijo de campesinos, convertido en obrero, lo que significaba en el contexto del socialismo un ascenso social, había emigrado de zonas con peores oportunidades hacia lugares donde la industrialización forzada del socialismo de Estado permitía mejores condiciones de vida. Nada indicaba que hubiera una preocupación política ni sindical en el que luego sería líder de Solidaridad *(Solidarność)*.

La crisis económica que se cernía sobre el país fue empeorando y, cuando el 13 de diciembre de 1970 el Gobierno anunció drásticas subidas de precios de los alimentos, la tensión estalló. El 14 de diciembre los

obreros de los astilleros de Gdańsk se congregaron delante del edificio de la dirección y marcharon en columna hasta la la ciudad. Al día siguiente, los obreros no fueron a trabajar. Se volvieron a reunir delante del comité regional y de la comandancia de la milicia (la policía). Hubo vandalismo y saqueos en tiendas y oficinas. Una multitud enardecida atacó la sede del comité regional y la prendió fuego. Llovieron los disparos desde el inmueble, así como desde la estación de tren. Aquella noche, las noticias oficiales en televisión afirmaban que habían muerto cinco personas, lo que debe considerarse como cifra mínima. Ese mismo día se estableció un toque de queda en la ciudad entre las seis de la tarde y las cinco de la mañana. Los hechos se repitieron el día 16: hubo disparos contra los obreros que intentaron entrar en los astilleros.

Cuando el 17 de diciembre la prensa informó de lo que estaba sucediendo –en tono amenazador y acusatorio contra los obreros–, la revuelta se había extendido ya a otras ciudades de la región norte de Polonia (Elbląg, Szczecin, Gdynia). En todas ellas el Gobierno recurrió al Ejército, que usó armas pesadas y fuego real. La situación se hizo insostenible y en un pleno del Comité Central del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP) –el partido comunista– se decidió sustituir al veterano secretario general Władysław Gomułka por el más dinámico Edward Gierek. Una combinación de promesas, negociación y amenazas devolvió a los obreros a la fábrica y acabó con las revueltas. Gierek, que supo vender su nuevo liderazgo como una ocasión para el cambio y la modernización, inició un ambicioso programa de reformas que le dio, por un tiempo, una cierta popularidad entre la población.

El papel de Wałęsa durante estos días ha sido muy discutido, pero no cabe duda de que se trata del momento clave para comprender el comienzo de su compromiso político. Parece ser que Wałęsa, que no participó en el comienzo de la protesta –estaba comprando un carrito para su hijo recién nacido, algo bastante complicado en aquellos días–, se dirigió a los astilleros y se encontró en medio de una gran manifestación. Enseguida se convirtió en uno de los cabecillas del movimiento: sus compañeros ya conocían su determinación y su irónica y convincente forma de hablar. Le

encargaron, junto a otros dos compañeros, que llevara el diálogo con la dirección –que no dio resultados– y se puso a la cabeza de la manifestación que se dirigió a la sede regional del partido. Ante las primeras cargas de la milicia, el joven obrero se dio cuenta de que la radicalización del movimiento podía tener consecuencias muy graves; su talante era todo menos radical. Cuando los manifestantes se dirigieron a la comandancia de policía para exigir la liberación de los obreros detenidos el día anterior, Wałęsa penetró en el edificio, según él con la intención de dialogar con la policía para evitar males mayores, intentando llegar a un acuerdo que satisficiera a las dos partes. Puede resultar un tanto extraño que un obrero, desconocido y al parecer sin conexiones, intentara mediar en un conflicto de la entidad del de Gdańsk. Los críticos de Wałęsa han intentado mostrar este inesperado acto como una muestra de su ya por entonces presunta colaboración con el régimen, quizá incluso como «agente» de los servicios de seguridad. De esto último no existen pruebas y, sin embargo, el hecho de que Wałęsa se lanzara por decisión propia a defender a sus compañeros, intentando a la vez dialogar con el poder, resulta bastante consistente con la personalidad y las posteriores actuaciones del líder.

En cualquier caso, cuando en aquel momento Wałęsa salió a la ventana de la comandancia –por lo visto a petición de la propia policía–, sus compañeros le silbaron e insultaron, llamándole traidor. Parece ser –no hay versiones claras– que consiguió que dejaran libres a algunos de los detenidos.[385] Pero, poco después, la policía volvió a cargar contra los manifestantes y hubo disparos. Ante esa situación Wałęsa volvió a casa, renunciando a participar, aunque por el camino, asustado por las escenas de pillaje que presenció, intentó persuadir a algunos policías para que les permitieran a él y algunos obreros mayores de los astilleros convencer a los manifestantes de que se retiraran. No lo consiguió, y hubo luchas en la calle, ardieron los edificios de la comandancia de la policía, el comité regional del Partido Comunista y la estación central de tren. En los días siguientes, los obreros eligieron representantes para su consejo de huelga, entre ellos a Wałęsa. Las negociaciones con la patronal no funcionaron, el Ejército volvió a disparar y hubo más muertos. En la vecina ciudad de

Gdynia el Ejército mató a dieciocho personas. Para entonces las huelgas habían terminado y los obreros habían vuelto, resignados y rabiosos, a casa.[386] Era la hora de la policía secreta.

Los agentes del Servicio de Seguridad (SB), la policía secreta, habían empezado a seguir a Wałęsa durante las huelgas. El 19 de diciembre lo detuvieron en su propia casa. Para entonces, el SB ya sabía bien quién era él, conocía sus primeros intentos de participación política y el papel que había jugado en las recientes movilizaciones. Durante cuatro días se le mantuvo detenido, se le interrogó –al parecer con uso de violencia y amenazas– y, ante el miedo y la soledad, Wałęsa firmó algún documento de colaboración. Como él dice en su autobiografía «no salió de aquello completamente limpio». Está claro que para un joven obrero de veintisiete años, con un hijo recién nacido, sin apoyo alguno ni organización que lo respaldase, era casi imposible resistirse al ímpetu de la represión estatal. En su autobiografía también comenta la terrible soledad en que la represión le dejó: «Da miedo pensar qué siniestro, helado y solitario fue nuestro diciembre […] no se contaba con nada ni con nadie».[387] Wałęsa cedió y colaboró de alguna forma con la policía. Eso es seguro. Lo que no está claro, y ha llevado a batallas campales en la prensa y la historiografía posterior, es el alcance y el contenido de aquella colaboración.

En los informes de la policía secreta conservados en el Instituto de la Memoria Nacional polaco, al TW (*tajny współpracownik*, colaborador secreto) Lech Wałęsa se le adjudica el seudónimo de «Bolek» (diminutivo del nombre Bolesław, puede que por el nombre de su padre). Durante dos años el TW «Bolek» informó acerca de lo que sucedía en los astilleros, pero con el tiempo se fue distanciando y su ficha quedó archivada en 1976. En ella constaba su falta de «deseo de colaborar».[388] Es precisamente el carácter de esa colaboración con la policía –no su existencia– lo que ha levantado las mayores polémicas y las más agrias discusiones. Por un lado, existen ciertas evidencias de que, durante un tiempo al menos, delató a compañeros suyos, lo que pudo tener consecuencias negativas para ellos.[389] Por otro lado, el propio Wałęsa lo ha negado siempre, alegando que se trata de documentos de la policía política que contienen datos falsos y mentiras

elaborados durante la campaña de desinformación que el SB llevó a cabo a principios de los ochenta con la intención de desprestigiarle como líder de Solidaridad.[390] Los repetidos debates sobre el tema en la prensa, el Parlamento y los tribunales a lo largo de los años posteriores a 1989 representaron a menudo hitos en el proceso de evaluación del pasado de la dictadura comunista polaca.[391]

La actuación de Wałęsa en diciembre de 1970 y su contacto con el SB fueron la semilla de la deconstrucción del mito y de su cuestionamiento. Esto se llevó a cabo durante la transición a la democracia liberal y, sobre todo, durante la época de las «batallas por la memoria» del período de gobierno de Jarosław Kaczyński (2006-2007). En 1970, sin embargo, el mito estaba todavía por construir. En 1978 se fundaron los primeros comités de sindicatos libres de Polonia, de los que el de Gdańsk, donde pronto se integró Wałęsa, fue el primero. Creados por estudiantes y un grupo de intelectuales, el hecho de que se les unieran obreros hizo prender la llama de la oposición. Es cierto que el contexto era positivo: por un lado, estaba la experiencia organizativa acumulada por los principales cabecillas de la rebelión –personajes como Jacek Kuroń, Bogdan Borusewicz y Adam Michnik, que llevaban luchando desde los años sesenta. Por otro, se produjo la extensión de la disidencia en todo el Bloque del Este –impulsada, entre otras cosas, por el proceso de Helsinki y los diversos comités de defensa de los derechos humanos–, y, como algo específico del país, la elección de un papa polaco. Esto último ha sido mencionado a menudo, pero debemos subrayarlo y explicarlo adecuadamente: no se trata –sólo– de la «tradicional catolicidad del pueblo polaco», antes al contrario. Durante la década de 1960 se llevó a cabo un proceso modernizador de la sociedad polaca que corrió paralelo a una laicización de la juventud. Los jóvenes polacos de los sesenta dejaron de identificarse exclusivamente con la Iglesia católica de un modo muy similar al de sus coetáneos en Europa Occidental. Pero el hecho inaudito de la elección de un papa nacido en Polonia –oriundo de Cracovia, uno de los feudos del nacionalismo polaco– un personaje carismático, relativamente joven y ducho en las artes de la resistencia como fue Karol Wojtyła, provocó un vuelco intelectual y espiritual en el país de

consecuencias inimaginables. Para el poder laicizante comunista polaco –que, sin embargo, no había convivido mal con la Iglesia católica– aquello fue un mazazo. La Iglesia católica era la única organización realmente independiente del país y su prensa –en especial el *Tygodnik Powszechny (El Semanario General)*– también mantenía un alto grado de libertad.[392] Esta combinación, unida a la peligrosa coyuntura económica de la segunda mitad de los setenta, llevó a la oposición –incluso a aquella de tono liberal y laico (hasta entonces a menudo anticlerical) como la de los cabecillas varsovianos de los sindicatos libres a los que se unió Wałęsa– a refugiarse bajo el ala de la Iglesia.

A partir de ese momento, la figura de Lech Wałęsa fue ganando peso en la oposición.[393] Su compromiso con la construcción de unos sindicatos libres fue total, y su obstinación y persistencia se hicieron proverbiales. Al mismo tiempo, conservó siempre su capacidad de diálogo y de tomar en serio al adversario, algo que le diferenciaba de otros miembros más radicales de su entorno y que, posiblemente, hizo que las masas confiaran en él. Como líder obrero volvió a los astilleros Lenin –de donde había sido despedido– y dirigió la exitosa huelga de agosto de 1980 que prendió la mecha por todo el país y que logró arrancar al Gobierno la legalización, inédita en un país comunista, de unos sindicatos libres e independientes, Solidaridad.[394] La federación sindical se conformó así como «una escuela de democracia práctica en los centros de trabajo y en el nivel de las estructuras regionales que también renovó las palabras subjetividad y ciudadanía».[395]

En su papel de líder de Solidaridad, Wałęsa intentó abanderar, y al mismo tiempo moderar, las huelgas y tensiones que se desarrollaron durante 1981, dirigiendo las acciones de modo que, aun siendo avanzadas y rupturistas, no provocaran la acción indiscriminada del poder. En sus diversas ramas, la federación sindical se desarrolló hasta alcanzar más de nueve millones de miembros (en un país de treinta millones de habitantes). Abrió una espita a través de la que surgieron demandas de la sociedad largamente esperadas. La prolongada serie de huelgas y reivindicaciones culminó durante el verano de 1981 en una situación de desabastecimiento

material y de caos político dentro y fuera del Partido Comunista, que se hizo crítica en otoño –justo cuando Wałęsa comenzó a ver cuestionado su liderazgo dentro de Solidaridad. Finalmente, las presiones del ala más dura del aparato del Partido Comunista así como de los «aliados» del Pacto de Varsovia condujeron a una acción militar interna: la proclamación del estado de guerra el 13 de diciembre de 1981.[396] Lech Wałęsa fue detenido nada más comenzar aquel autogolpe de la jerarquía comunista que instauró a una junta militar en el poder de un Estado presuntamente obrero. En los años que siguieron su tozudez y persistencia en la lucha contra la dictadura –primero como preso político, luego en libertad vigilada– le convirtieron en símbolo de resistencia. La concesión del premio Nobel de la Paz en 1983 significó, al tiempo que un mazazo propagandístico para el poder, la constatación de la importancia que Wałęsa iba a tener en las reformas que los dirigentes comunistas estaban dispuestos a efectuar –dentro de un orden– para continuar en el poder y mantener los rasgos esenciales del sistema. Está claro que la extraordinaria capacidad de Wałęsa y de su entorno para mantener la rebelión en unas pautas pacíficas y moderadas (la llamada «revolución autolimitada» descrita por la socióloga Jadwiga Staniszkis)[397] sirvió también para que el poder viera en él la posibilidad de una negociación que no implicara un desmantelamiento del Estado ni una fricción con el gendarme del Este, la URSS. Esto funcionó de tal manera que, cuando la *Perestroika* y el fin de la doctrina de la soberanía limitada abrieron las puertas a cambios más profundos, Wałęsa se convirtió en la figura clave a la hora de legitimar el paulatino paso hacia un sistema democrático.

Fue entonces, a partir de 1988 y sobre todo a lo largo de 1990, cuando el mito Wałęsa, en apariencia en su apogeo, comenzó a tener sus primeras fisuras públicas. Para la oposición liberal y democrática, Wałęsa se convirtió de pronto en una muestra de autoritarismo, nacionalismo y brutalidad proletaria. Por su parte, la derecha nacionalista y anticomunista le consideraba demasiado blando y complaciente con los comunistas, y pensaba que su actitud era poco radical. Sin embargo, fue Wałęsa quien el

31 de agosto de 1988 consiguió arrancar al representante gubernamental (el ministro de Asuntos Exteriores Czesław Kiszczak) la promesa de que se comenzarían negociaciones entre el Gobierno y la oposición a cambio de detener las huelgas que estaban colapsando el país. El 6 de febrero de 1989 comenzaron las conversaciones de la llamada «mesa redonda».[398] Las largas y complicadas negociaciones condujeron a cambios en la Constitución y en junio de 1989 se celebraron las elecciones parlamentarias. Estas elecciones, en las que Solidaridad ganó todos los escaños libres del Parlamento –el 35%; el resto estaba destinado a los partidos del régimen– supusieron el canto del cisne de la unidad de la oposición. Las fisuras y tensiones que acompañaban al movimiento desde su comienzo se manifestaron abiertamente y la competencia por el alcance que debían asumir las reformas –con mayor o menor radicalidad– llevó a una encarnizada lucha dentro de la antigua oposición. Esto supuso que, tras las elecciones presidenciales de 1990 en las que Wałęsa fue elegido presidente del país, se abriera la veda y el mítico luchador obrero acabara en el punto de mira de las críticas de la izquierda y la derecha.

La presidencia de Wałęsa entre 1990 y 1995 se recuerda como un período ambiguo y ambivalente.[399] Por un lado, se produjo una rápida democratización de la vida pública, una modernización a ojos vistas del país –unida a una destrucción económica importante, pero localizada en sectores– y una apertura al exterior que introdujo a Polonia en la esfera pública europea. Por otro lado, estos fueron los años de la pauperización económica de amplias capas de la población, del hundimiento de muchas esperanzas con respecto a la democratización –con el consiguiente desplome moral– y del crecimiento de la corrupción.[400] Y también fueron años de unas tensiones políticas intensísimas, en buena parte propiciadas y acrecentadas por el propio Wałęsa, que desprestigiaron el joven sistema y trajeron al poder a los poscomunistas. El presidente demostró pronto un talante autoritario y poca paciencia para llevar a cabo las negociaciones y consensos propios de toda democracia.

Una de las acciones presidenciales que iba a tener mayores consecuencias posteriores fue el cese repentino del primer ministro Jan

Olszewski y de su Gabinete (a petición de Wałęsa y votado por el Parlamento la noche del 4 al 5 de junio de 1992). Las tensiones entre el presidente y su Gabinete –que propugnaba un curso más prooccidental y más radical en la descomunistización del Estado– llegaron a su extremo cuando el ministro del Interior, un viejo enemigo político de Wałęsa, presentó ante la opinión pública una lista de supuestos agentes de los servicios secretos comunistas que incluía no sólo a Wałęsa, sino a más de sesenta políticos de entre los más importantes del país. En realidad la lista recogía los nombres de colaboradores del SB, pero sin explicitar si su cooperación había sido voluntaria o no. En todo caso, fue admitida mayoritariamente como una lista de agentes. El cese del Gabinete se convirtió en un mito para la derecha radical polaca, que clamaba que los agentes comunistas encubiertos (entre ellos supuestamente Wałęsa) eran quienes lo habían impulsado para evitar la descomunistización completa y la expulsión de los comunistas del poder –ahora legitimada por las urnas. Todo esto sería usado repetidamente por la derecha radical para combatir a Wałęsa.

Sus enemigos políticos supieron utilizar desde muy pronto sus actividades como informante de la policía para atacarle. Cuando durante los años 1988-1990 se recrudecieron los conflictos en el interior de Solidaridad, buena parte de sus rivales políticos (en especial los más carismáticos, como Anna Walentynowicz, Andrzej Gwiazda y los hermanos Lech y Jarosław Kaczyński) utilizaron los rumores acerca de su papel como TW en su contra. La propia policía había difundido información sobre el compromiso firmado en 1970 ya desde el principio del movimiento, en los años 1980-1981. Pero entonces –como cuenta la propia Walentynowicz– no habían querido tenerlo en cuenta: fuera verdad o mentira, lo importante era mantener la unidad del movimiento.

Sin embargo, desde 1990 las acusaciones fueron creciendo. El asunto del cese del Gobierno de Olszewski en 1992 fue retratado en un famoso documental televisivo *(Turno de noche)*, muy crítico con Wałęsa, ya en 1994. Sus enemigos políticos agitaban una y otra vez el fantasma de su

colaboración con el SB. Es cierto que, durante sus años en la presidencia, Wałęsa había hecho buscar la información que la policía secreta guardaba sobre él y que parte de esos documentos desaparecieron y jamás volvieron a los archivos. El rastreo minucioso realizado por historiadores –no precisamente simpatizantes de Wałęsa– ha demostrado que faltan numerosos papeles, aunque es imposible saber cuándo desaparecieron (o lo que es lo mismo, si fueron destruidos a petición del propio interesado o, como él asegura, los hicieron desaparecer para comprometerle). Con los documentos que encontraron, dos historiadores del Instituto de la Memoria Nacional Polaco, Sławomir Cenkiewicz y Piotr Gontarczyk, escribieron un libro que intenta mostrar la posible colaboración de Wałęsa con la policía política.[401] Hay también una biografía radicalmente anti-Wałęsa que, pese a tener un manifiesto propósito de descrédito, utiliza fuentes diversas y aporta ciertos datos curiosos, en especial acerca de su infancia y juventud, dando por sentada su colaboración con la policía.[402]

Las declaraciones del oficial de la policía secreta que se ocupó de él cuando fue confidente en los años setenta parecieron liberarlo de las acusaciones de cobrar dinero por sus delaciones y de que alguien hubiera sufrido perjuicio por ellas, pero el hecho clave de su colaboración con la policía es hoy casi indiscutido.[403] El propio Wałęsa, aunque nunca ha admitido de pleno los cargos, sí ha insinuado algunas veces, cómo habría de entenderse su colaboración –y las de otros– con las policías secretas. En un libro escrito como reacción a las acusaciones lanzadas durante el Gobierno de Kaczyński se define como partidario de una «purga [de los comunistas] inteligente», llevada a cabo en tres estadios: primero habría que sacar a la luz a los que durante el comunismo

> dirigieron la completa maquinaria totalitaria. En segundo lugar, a los miembros del aparato que reclutaban agentes, los dirigían, les otorgaban tareas, los amenazaban y chantajeaban. Y sólo en último lugar habría que ocuparse de aquellos desgraciados que habían sido reclutados. Porque no es poco importante el hecho de cómo llegaron a serlo. A veces pudo pesar el chantaje, otras el dinero o un carácter débil.[404]

Probablemente la mayoría de los polacos entiende así este problema: Wałęsa era un pobre diablo que fue chantajeado o amenazado por la policía.

La presidencia de Wałęsa acabó en 1995 con la derrota, en la segunda vuelta de las elecciones, ante el candidato de los poscomunistas, Aleksander Kwaśniewski. Éste, un candidato más joven y dinámico que pronto fue aceptado por la mayoría de la población, encauzó la dirección prooccidental de Polonia con una seguridad y un saber hacer que a Wałęsa le faltaban. Debió de resultar bastante amargo para el viejo sindicalista que fuera precisamente un exmiembro del Partido Comunista –y antiguo líder de las juventudes comunistas– quien llevara a Polonia hacia la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Unión Europea.

Wałęsa se convirtió en una figura altamente controvertida en su propio país. Es cierto que se recordaba su infatigable lucha de los años ochenta y su opción indomable por la lucha sindical y política contra un sistema injusto. Pero otros aspectos habían venido a añadirse a ello, aspectos negativos, que venían desde el momento en que las decisiones para enfrentarse al Estado surgido del autogolpe de diciembre de 1981 habían dividido por primera vez a los luchadores anticomunistas. Wałęsa seguía siendo importante para muchos polacos, pero las críticas tanto de la izquierda como, aún más, de la derecha habían deteriorado y desgastado su imagen de líder hasta un punto difícil de comprender. Para la derecha el antiguo dirigente sindical se había convertido en lo que se llamaba una «falsa autoridad», el símbolo de unas «élites-mentira» que, se decía, habían vendido la revolución, llegando a componendas con los comunistas y permitiéndoles mantener intacto su poder social y económico mediante una transición pactada y artificial. Los ataques fueron apostillados con unas continuas revelaciones de documentos comprometedores que, sin llegar a ser nunca del todo concluyentes, permitían dejar al otrora líder en una situación delicada. Las defensas –incluso judiciales– enarboladas por Wałęsa no sirvieron para liberarlo de sospecha.

Incluso las innegables cualidades de Wałęsa para organizar y aglutinar una oposición dispersa hasta entonces, y su liderazgo indiscutible fueron cuestionados cada vez más a través de la escenificación de los escándalos en los medios. De este modo, su figura se convirtió en la representación palpable de una transición detestada por una parte de la población por ser –presuntamente– incompleta, fallida, pactada. Para llegar allí Wałęsa había recorrido un largo camino: desde ser un simple obrero huérfano de padre que se convirtió en un líder sindical lleno de ironía e influencia hasta convertirse en el presidente discutido, para terminar siendo un mito gastado y perseguido, más respetado en el extranjero que en su patria. Aunque este proceso de deconstrucción del mito tuvo su origen en las informaciones sobre su dosier en la policía política comunista también reflejaba un malestar mucho más hondo y profundo que, a la larga, estallaría en el triunfo del ultranacionalismo del partido Ley y Justicia (PiS) en las elecciones de 2015. Años después, el uso de los materiales de la policía secreta se entrelazaba con la fatiga por la transformación del país hacia un capitalismo globalizado que levantaba cada vez menos adhesiones.

Epílogo

Al llegar al final debo confesarlo. No resistí la tentación de introducir en un buscador de internet los nombres y apellidos de algunos de los innombrados, involuntarios héroes de este libro. De aquellos sobre cuya identidad, escondida en los archivos durante los años que siguieron a la caída del Muro, ni siquiera eran conscientes, muchas veces, de que había un informe. Como «Laura», y como muchos otros.

No hubo grandes sorpresas: a través de la red, pude reconstruir las trayectorias de algunos de ellos con casi tanta fidelidad y complejidad como con los cientos de páginas y grabaciones recogidas por la Stasi o el KGB. Los detalles sórdidos de alguna vida cobraban sentido al reconocer en internet los principios o finales de aquellas historias. En comparación con Google o Facebook, la Securitate o la Stasi resultaban ingenuas, artesanales. No he usado, sin embargo, esa información para este libro. No me parecía… honesto.

Alexander Avakov, un disidente soviético que, vigilado por el KGB, se exilió a Estados Unidos y también fue espiado por la CIA, habla de un nuevo «paradigma totalitario».[405] Las revelaciones de WikiLeaks y organizaciones similares apuntan en la misma dirección: la posibilidad de la vigilancia total. Los sueños de algunos de los jerifaltes de las policías secretas comunistas parecen haberse convertido en realidad gracias a una interconexión electrónica que recoge cada huella que el ser humano deja en el contacto personal o en la actividad cotidiana. Las referencias cruzadas de los informes de las policías secretas comunistas acerca de confidentes o personas investigadas, que iban de un caso abierto a una carpeta personal y

de ahí a otras distintas, no eran muy diferentes a las que hacen Google o Bing, aunque resultaban menos eficaces. En el escenario geoestratégico posterior al 11-S de 2001 puede que nos acerquemos a un mundo en el que las llamadas «democracias iliberales» (o «aliberales») tengan en sus manos el control total con el que tan sólo pudieron soñar los coroneles de la Stasi o del Servicio de Seguridad (SB). Y como dijo alguien, una democracia con adjetivos no es democracia.[406]

Aunque por razones diferentes, tanto el Comité para la Seguridad del Estado (KGB) como el Buró Federal de Investigaciones (FBI) vigilaron, persiguieron y trataron de desacreditar a Martin Luther King. El FBI lo veía como un peligro para la estabilidad del Estado y para el equilibrio construido sobre la discriminación racial; el KGB, por su parte, pensaba que su amor por el consenso, el perdón y la cooperación iban a contribuir a que no estallara la guerra entre razas que ellos deseaban que tuviera lugar en el territorio de su gran enemigo. En las democracias occidentales, el papel del Estado de información o vigilancia puede argumentarse como una necesidad política en términos de protección de los ciudadanos contra amenazas exteriores y de defensa y control del Estado del Bienestar. Pero esas razones, en un mundo hipercontrolado, apenas nos bastan.[407]

Hay, sin embargo, diferencias.

Peter Holquist explica que una forma de conceptualizar la Unión Soviética es como «una polis cuya revolución fijó o congeló técnicas de guerra total y de movilización total de forma duradera, más que provisional, en algunas características de su orden político».[408] La temida Cheká sería la semilla de las policías políticas en los estados comunistas. Formada en principio con la intención de proteger la marcha de la revolución en un contexto de guerra civil, la Cheká desarrolló pronto una serie de tareas de vigilancia y prevención que iban más allá de la simple represión. La Cheká y sus organizaciones sucesoras poseían una dimensión militar innegable, con la existencia de tropas bien armadas y pertrechadas que fueron ampliamente usadas contra la resistencia de campesinos, anarquistas y minorías étnicas.

Sin embargo, las necesidades de la instalación de un sistema monopartidista condujeron a la creación de secciones de investigación e infiltración.

El emblema de las policías secretas soviéticas desde la Cheká fue siempre la espada y el escudo. Su misión era constituirse en el brazo ofensivo del Partido Comunista y su protección más eficaz. Ambos aspectos de la organización soviética –defensa y ofensiva– merecen una aclaración más detenida para mostrar mejor las especificidades de las policías secretas comunistas. Como la Cheká, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD) disponía de tropas armadas propias que resultaron de primordial importancia para la organización de las operaciones de ingeniería social típicas de los años treinta, pero también para la ocupación de los territorios en Europa a partir de 1939. Las detenciones y deportaciones masivas y la organización del sistema de campos de trabajo del sistema del Gulag, llevadas a cabo por la policía política, fueron esenciales para la construcción del sistema comunista. Esto demuestra que, aunque las tareas de policía secreta en el interior y de espionaje exterior eran muy similares a las de sus equivalentes en el oeste, el NKVD poseía también esta otra dimensión, llamémosla «constructiva» para diferenciarla de la mera represión. Esto no duró demasiados años, pero dejó una huella indeleble. Como ha demostrado Amir Weiner, tras la muerte de Iósif Stalin las autoridades amnistiaron a decenas de miles de deportados y a sus familias. Moscú reemplazó las costosas políticas de terror con las prácticas modernas de ingeniería social y categorización, que no precisaban de una violencia masificada.[409]

Más tarde, las policías políticas del socialismo de Estado maduro –en la Unión Soviética y fuera de ella– sirvieron de elemento de cohesión al sistema: por un lado, su acción represiva y de eliminación de la disidencia real impedía el crecimiento de alternativas al poder; por otro, el sentimiento de miedo acumulado en la URSS desde el inicio de la Revolución bolchevique y en el resto de los países del Bloque comunista por las acciones violentas de la inmediata posguerra, unidos al temor proveniente de un mito de infalibilidad mantenido y acrecentado con el tiempo, animaban a la atomización y paralización de la sociedad. Aunque las

policías políticas usaron continuamente la violencia –a veces legal, en ocasiones incluso ilegal dentro del propio sistema–, lo cierto es que fue ese mito de omnipotencia, más que los actos físicos reales, el que les dio poder sobre las voluntades. La efectividad real de las policías políticas, que era muy diversa y vacilante, y que cambiaba con el tiempo y las circunstancias, fue lo de menos. Importaba más esa memoria de una violencia antigua y la proyección de unos temores presentes, que no siempre eran reales pero que convertían al opositor en poco más que un loco a los ojos de sus conciudadanos. Como decía el disidente soviético Anatoli Yakobson, «éramos un puñado de intelectuales enfermos».[410]

El análisis que hemos hecho aquí de la policía secreta nos propone otro tipo de cuestiones completamente distintas acerca del papel de los ciudadanos en la información y la represión. Éstos fueron partícipes de la vigilancia, y con ella de la represión, no sólo de arriba abajo como miembros de la policía o como representantes de un Estado, fuera dictatorial o no. También se convirtieron en consumidores de vigilancia y en usuarios de ella cuando cargaban sobre los antiguos informantes el peso de la denuncia. Esto no es muy diferente del hecho, narrado por sociólogos, de la cooperación entre Estado y ciudadano en la elaboración y recopilación de información, y en su consumo mediante estadísticas e informes ofrecidos por el propio Estado. La distribución intencionada de esta información a través de la prensa o los medios de comunicación ha servido para implicar en la vigilancia y la represión a ciudadanos que se consideraban al margen de ello: la agitación antisemita en la Polonia de 1968 fue apoyada por los ciudadanos al tiempo que la policía secreta lanzaba campaña tras campaña contra los disidentes, acusándolos de sionistas. El Gran Terror estalinista no se explica sin la delación de miles y miles de personas y la venganza o el deseo de medrar que esto llevaba consigo. La colaboración, como hemos visto aquí, no siempre fue forzosa, sino en muchos casos voluntaria y deseada. No sólo hubo vigilancia por parte del Estado, sino también entre unos ciudadanos y otros. Si recurriéramos a Michel Foucault y su imagen del panóptico en el que todos son vigilados, pero no pueden ver quién lo hace, las sociedades comunistas –y en realidad todas las modernas– serían

gigantescos panópticos donde nadie estaría libre de ser vigilado, controlado, grabado o convertido en parte de un dosier o una lista, pero en los que también participarían todos vigilando, mirando y controlando a otros.

La importancia que posee el examen histórico de las policías secretas comunistas resulta, en este contexto, más que evidente. El papel que jugaron sus órganos de seguridad en la construcción y mantenimiento de los estados socialistas fue tan decisivo que ningún análisis de estas sociedades estará completo sin una referencia a ellos. Y no sólo por sus tareas policiales y represivas. Lo repetimos: es cierto que las policías secretas cumplían una función «negativa», es decir, de represión de enemigos reales, potenciales o imaginarios. Pero, por otro lado, estas organizaciones utilizaban esa represión para construir una realidad social específica como instrumento «positivo» de unas élites partidistas que necesitaban esa violencia organizada para sus fines de transformación social.

Esto es lo que distingue a las policías políticas comunistas de, por ejemplo, la policía secreta del régimen franquista. Las policías comunistas eran parte consustancial del sistema, mientras que la franquista no pasaba de ser un mero apéndice represor de un régimen por sí represivo. En sus primeros años, la intensa violencia de la ingeniería social franquista se dejó en manos del Ejército, no de la policía, mientras que la intromisión en la vida privada de los regímenes socialistas, que tenía sobre todo funciones «pedagógicas», le correspondió por lo general en el franquismo a la Iglesia católica y sus actividades. Esto explica también por qué, a diferencia de la España posfranquista, ha alcanzado tanta relevancia en los países poscomunistas la evaluación de las policías secretas y el descubrimiento y el castigo a informantes y soplones. El legado envenenado de estas policías continúa interfiriendo en la vida política de muchas de estas sociedades décadas después de la caída del propio sistema.

El peso que siguen teniendo los antiguos servicios secretos comunistas en las vidas de las sociedades posdictatoriales centroeuropeas no se reduce a la persistencia de sus hombres y sus estructuras, que, por lo general, ha sido de cierto peso. El legado de las policías secretas abarca un amplio terreno que va de lo simbólico a lo político y que dificulta la posibilidad de

que se superen los resquemores y resentimientos producidos por la acción represiva de los órganos de las dictaduras. Los partidarios de la apertura de los archivos solían apuntar que la exposición de los agentes y la claridad sobre las policías políticas traerían la tan deseada concordia nacional, en una especie de catarsis producida por la verdad. No ha sido así. En todos los países, incluyendo la Alemania Federal, los expedientes de la Seguridad del Estado han producido polémicas y siguen provocando y alimentando ambientes de paranoia, difundidos sobre todo por los medios de comunicación de masas y, ahora, por las redes sociales.

La naturaleza de estos problemas depende en buena medida del grado de politización e instrumentalización que envuelva a los archivos y centros de la memoria. La política ha encontrado el medio de volver a la historia de un modo muy distinto al de la época comunista, pero no menos efectivo. Se ha utilizado el concepto de «memoria histórica» –y se ha abusado de él– para intentar construir monopolios de significado no menores que los del comunismo de antaño, ahora, en buena medida, proyectados contra él y su recuerdo.

Por otro lado, es cierto que el acceso libre a los archivos y una investigación científica que, por fuerza, habrá de ir renunciando poco a poco a la urgencia vengativa de las generaciones afectadas permitirán a la larga aclarar el papel de la policía en la represión, desmontando algunos mitos y alcanzando algún grado de consenso. A medida que los testigos de la época vayan saliendo de la escena pública, los historiadores podrán ir utilizando los materiales de los archivos sin tantas presiones, aprovechando así unas fuentes increíblemente ricas para reconstruir un pasado que no sea sólo el de las derrotas morales, las traiciones ocultas y las miserias impuestas por un Estado opresor.

Pero hay algo más, algo que tiene que ver con la memoria de la policía secreta y con su función.

La memoria del pasado traumático no siempre es dolorosa, al menos no para todos. La imagen de la violencia del pasado puede usarse con afán

«profiláctico», como se utilizó tras el estalinismo (o el franquismo, por cierto), para controlar a través del miedo. Pero también se puede usar como en la Unión Europea, cuando, al recordar la violencia del estalinismo y del fascismo, nos negamos a cederle el paso a los mecanismos autoritarios y nacionalistas que trajeron las dos grandes guerras y destruyeron el continente.

El recuerdo de la violencia también puede transformarse en gozosa imagen de un pasado inexistente, proyectándolo hacia un futuro que se quiere controlar y dirigir. No se necesita siquiera una declaración formal de dictadura. Basta con crear un estado de opinión. Stalin fue un gran líder, dicen, aunque hiciera cosas malas. La policía secreta tenía sus cosas, pero perseguía la corrupción y a los espías extranjeros. Sin el pacto con Hitler no se habría ganado tiempo para vencerlo después. Y este pasado policial que hemos examinado aquí –los miembros supervivientes de la Stasi son especialmente militantes en ello– puede ser visto tan sólo como un mecanismo «normal», como un sistema de protección que, de una forma u otra, tienen todos los regímenes. Incluso, se dice, los democráticos. Hay mucho de cinismo en ello, de autodefensa por parte de los perpetradores. Y, sin embargo, no podemos olvidar esa perspectiva. Cuando uno examina vidas destrozadas, anuladas, deformadas por la violencia o la acción de las policías secretas, cuando uno ve un régimen de terror tras otro, se vuelve consciente de que la libertad, a menudo, es algo por lo que hay que luchar cada día. Al explicar el surgimiento del Estado de vigilancia con la modernidad no lo estamos justificando. Antes lo contrario. La modernidad no produce inevitablemente democracia ni crea automáticamente Estado de Derecho.

En San Petersburgo hay todavía hoy un museo en la sala donde estaba la oficina de Feliks Dzierżyński, en la calle Gorojovaya, en el que fuera el primer edificio de la Cheká antes de su traslado a Moscú. En 2017, con la celebración del centésimo aniversario de la Cheká, hubo multitud de voces que pedían que el edificio entero se transformara en un museo del KGB para conmemorar el centenario. Aunque la idea fue rechazada, el Gobierno ruso acuñó una medalla con el rostro del fundador de la Cheká. No hace falta ir

muy lejos de allí para encontrar, por ejemplo, un café bastante agradable cuyo logotipo incluye el perfil de Dzierżyński. Junto a la catedral, los vendedores de souvenirs ofrecen pequeños bustos de Lenin, Stalin y, también del propio «Feliks de Hierro».

Agradecimientos

En 2005 fui enviado, como representante del Centro de Investigación de Historia Contemporánea de Potsdam (ZZF), donde yo trabajaba por aquel entonces, a un multitudinario congreso dedicado a las policías secretas comunistas. El encuentro tuvo lugar en Varsovia, dentro del Palacio de la Cultura y de la Ciencia, el monstruoso rascacielos estalinista que domina la ciudad entera desde los años cincuenta. Aquella experiencia proporcionó una nueva dirección a mi investigación que se confirmó cuando en 2009, tras quince años en Alemania, regresé a Madrid, a mi alma mater, la Universidad Complutense (UCM). Gracias a un contrato del programa Ramón y Cajal del Ministerio de Investigación y Ciencia, me encontré con tiempo y medios para profundizar en el proyecto. Poco a poco fui publicando algunos fragmentos en revistas académicas e impartí también numerosas conferencias con los materiales que había ido recogiendo (en Santiago de Compostela, Madrid, París, Berlín, Viena, Bremen, Bogotá…). El impulso final y la forma concreta que ha adoptado el proyecto en este libro tienen que ver con la editorial en la que se publica. Propuse el libro a María Cifuentes, la editora de no-ficción de Galaxia Gutenberg, y en una conversación en su casa logramos fijar la dirección del proyecto. Algunos encuentros más con María y con Joan Tarrida, el director de la editorial, me llevaron a limar algunos aspectos y a añadir otros. A María le debo también su increíble esfuerzo para transformar mi pesado manuscrito en un texto coherente. Mi agradecimiento no puede ser mayor.

Es cierto que los agradecimientos en un libro son a menudo embarazosos: se cita a determinadas personas para que ellas sepan que les

tienes en cuenta y son, con frecuencia, interpelaciones inoportunas a alguien que no puede defenderse ni rebatirlas. Pero en el caso de este trabajo resulta inevitable: la ayuda, consejo, atención, amistad, intercambio y, por qué no decirlo, el esfuerzo invertido generosamente por muchas personas han contribuido de modo decisivo a que esta empresa concluyera. Un recuerdo muy especial ha de ir a Christian Domnitz, al que vi por última vez precisamente en el BStU de Berlín. Christian, que empezó siendo doctorando en mi equipo de Potsdam y se convirtió en amigo, murió de improviso, en verdadero acto de servicio como historiador, durante una estancia de investigación en Varsovia, sobre su mesa de trabajo. Su último libro, póstumo, trataba de la vigilancia de la Stasi en otros países comunistas.[411]

Por supuesto, están mis amigos y en buena medida maestros en el arte de usar los dosieres: Dragoş Petrescu (director del CNSAS rumano) y Cristina Petrescu (de la Universidad de Bucarest); Krzysztof Persak (del IPN y de la PAN de Varsovia), Łukasz Kamiński (el mejor director del IPN, sin duda alguna), Natalia Jarska, Anna Piekarska, Patryk Pleskot, Sławomir Łukasiewicz (también del IPN), Tobias Wunschik, Helge Heidemeier (ambos del BStU de Berlín); Amir Weiner, de la Universidad de Stanford, uno de los mayores expertos en la policía secreta soviética, tuvo a bien recibirme en California (y yo me tomé la revancha en Madrid) para discutir conmigo algunos aspectos de nuestras investigaciones. A Juan Pablo Fusi le debo el contacto con Galaxia Gutenberg y un magisterio que se extiende a algunas décadas. A Xosé M. Núñez Seixas, de Santiago de Compostela, como es habitual, le debo muchas horas de discusión y de crítica productiva. A Thomas Lindenberger, ahora director del Hannah-Arendt-Institut de Dresde lo tengo que citar siempre; si entré en el ZZF fue por su apoyo. A Carolina Rodríguez-López le debo mucho, todo, pero en el contexto de este libro, su inteligencia, percepción y la lectura que hizo de algunos fragmentos, me ayudaron a ver mis inconsistencias.

Con el Centro de la Memoria de Salamanca y su directora de entonces, María José Turrión, tuve la suerte de colaborar en la celebración del III Encuentro de centros de la memoria, en el que invitamos a varios de los

colegas aquí citados y en el que debatimos acerca de muchos de los aspectos tratados en este libro. Antes habíamos celebrado en la Universidad Complutense de Madrid (UCM) el seminario *Las vidas de los otros* y años después, con mi colega de departamento y especialista en Alemania, Carlos Sanz, organizamos el coloquio *La otra Alemania,* donde examinamos las relaciones entre la RDA y España. El proyecto ha recibido, además de la financiación del programa Ramón y Cajal, la ayuda de una beca Del Amo-Complutense para mi estancia en California, y, dentro del proyecto del MINECO HAR-2015-64155-P, FEDER «Collapsed empires», financiación para trabajo de archivo en la Federación Rusa. A la UCM y al Departamento de Historia Contemporánea (ahora de Historia Moderna e Historia Contemporánea), mi mayor agradecimiento por las posibilidades de trabajo ofrecidas. No hay duda de que la «Complu» es una de las mejores universidades europeas y estoy orgulloso de trabajar en ella. Y dentro de la UCM, debo agradecer también a mi antiguo doctorando Fernando Jiménez, *Chekas,* (en este momento ya flamante doctor) por sus comentarios en nuestras conversaciones.

Un agradecimiento, en este caso más justificado que nunca, es para los archiveros y archiveras del IPN, el CNSAS y el BStU, quienes resolvieron siempre mis necesidades de forma eficaz y solícita. En Stanford, guardo un recuerdo especial de Irena Czernichowska, de la Hoover Institution, cuya ayuda fue imprescindible para navegar aquellos procelosos mares de archivos; en el BStU he de mencionar a Angelika Weiss. Por último, el agradecimiento ha de ir dirigido, esta vez oficialmente, a la dirección de los propios centros de la memoria: al IPN, al BStU, al CNSAS y a la Hoover Institution por las facilidades otorgadas para trabajar allí.

Ah, y mi profundo respeto y afecto a «Laura», por permitirme usar su historia. Y por su coraje.

Acrónimos

ABS: Archivo de la Seguridad del Estado *(Archiv Bezpečnostních Složek)*

ÁBTL: Archivo Histórico de los Servicios Secretos Húngaros *(Állambiztonsági Szolgálatok Történeti Levéltára)*

AfNS: Oficina de Seguridad Nacional *(Amt für Nationale Sicherheit)*

ÁVH: Departamento de Seguridad del Estado *(Államvédelmi Hatóság)*

BStU: Comisionado Federal para los Archivos de la Stasi *(Bundesbeauftragter für die Stasi-Unterlagen)*

CDU: Unión Demócrata Cristiana *(Christlich Demokratische Union Deutschlands)*

Cheka: Comisión Panrusa Extraordinaria para Combatir el Sabotaje y la Contrarrevolución *(Vserossíiskaya chrezvicháinaya komíssiya po borbié s kontrrevoliútsiyey i sabotázhem)*

CHON: Destacamentos especiales *(Chasti Osobogo Naznacheniya)*

CIA: Agencia Central de Inteligencia *(Central Intelligence Agency)*

CNSAS: Consejo Nacional para el Estudio de los Archivos de la Securitate *(Consiliul National pentru Studierea Arhivelor Securitatii)*

CESID: Centro Superior de Información de la Defensa

COMDOS: Comité para la Apertura de los Documentos y la Pertenencia de los Ciudadanos Búlgaros a la Seguridad del Estado y a los Servicios de Inteligencia del Ejército Popular Búlgaro *(Komitsiia za razkrivane na dokumentite i za obyavyavane na prinadlezhnost na bŭlgarski grazhdani kŭm Dŭrzhavna sigurnost i razuznavatelnite sluzhbi na Bŭlgarskata narodna armiya).*

DGSP: Dirección General de Seguridad del Pueblo *(Direcţia Generală a Securităţii Poporului)*

DS: Departamento de Seguridad *(Departamentul Securităţii)*

DSS: Departamento de Seguridad del Estado *(Departamentul Securităţii Statului)*

DVI: Administración Alemana de Interior *(Deutsche Verwaltung des Innern)*

ETA: *Euskadi Ta Askatasuna* (País Vasco y Libertad)

FBI: Buró Federal de Investigaciones *(Federal Bureau of Investigation)*

FSB: Servicio Federal de Seguridad *(Federálnaya Sluzhba Bezopásnosti Rossíyskoi Federatsii)*

Gestapo: Policía Secreta Estatal *(Geheime Staatspolizei)*

GPU: Departamento Político del Estado *(Gosudárstvennoye politícheskoye Upravléniye)*

GRU: Servicio de Inteligencia Militar *(Glavnoye razvedyvatel'noye upravleniye)*

GUGB: Directorado Principal de Seguridad del Estado *(Glavnoie Upravlenie Gosudarstvennoi Bezopasnosti)*

Gulag: Administración Principal de Campos de Trabajo Correccional *(Glavnoie Upravlenie Ispravitelno-Trudovykh Lagieriei)*

IM: Colaborador no oficial *(Inoffizielle Mitarbeiter)*

IME: Colaboradores no oficiales expertos *(Inoffizieller Mitarbeiter im besonderen Einsatz)*

IMK: Colaboradores no oficiales para asegurar la conspiración y los contactos *(Inoffizieller Mitarbeiter zur Sicherung der Konspiration und des Verbindungswesens)*

IMS: Colaboradores no oficiales de seguridad *(Inoffizieller Mitarbeiter zur politisch-operativen Durchdringung und Sicherung des Verantwortungsbereiches)*

INO: Departamento Exterior *(Inostrannyj Otdiel)*

IPN: Instituto de la Memoria Nacional *(Instytut Pamięci Narodowy)*

IRA: Ejército Republicano Irlandés *(Irish Republican Army)*

IU: Izquierda Unida

KBP: Comité de Asuntos de Seguridad Pública *(Komitet do spraw Bezpieczeństwa Publicznego)*

KGB: Comité para la Seguridad del Estado *(Komitet gosudarstvennoy bezopasnosti)*

KgU: Grupo de Lucha contra la Inhumanidad *(Kampfgruppe gegen Unmenschlichkeit)*

KPD: Partido Comunista de Alemania *(Kommunistische Partei Deutschland)*

KRO: Departamento de Contrainteligencia *(Kontrrazvedyvatelnii otdel)*

MBP: Ministerio de Seguridad Pública *(Ministerstwo Bezpieczeństwa Publicznego)*

MfS: Ministerio para la Seguridad del Estado *(Ministerium für Staatssicherheit)*

MGB: Ministerio de Seguridad del Estado *(Ministerstvo Gosudarstvennoi Bezopasnosti)*

MTS: Estaciones para Máquinas y Tractores *(Mashinno-Traktornaia Stantsia)*

NEP: Nueva Política Económica *(Nóvaya Ekonomícheskaya Polítika)*

NKGB: Comisariado Popular de Seguridad del Estado *(Narodnyi Komissariat Gosudarstvennoi Bezopasnosti)*

NKIu: Comisariado Popular de Justicia *(Narodnii Komissariat Yustitsii)*

NKVD: Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos *(Naródny Komissariat Vnútrennij Del)*

NSDAP: Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán *(Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei)*

OGPU: Departamento Político Unificado del Estado *(Obiediniónnoye gosudárstvennoye politícheskoye upravléniye)*

OMS: Departamento de Relaciones Exteriores *(Otdel Mezhdunarodnoy Svyazi)*

PAN: Academia de Ciencias Polaca *(Polska Akademia Nauk)*

PCE: Partido Comunista de España

PCPE: Partido Comunista de los Pueblos de España

PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética

PGU: Primer Directorio Principal *(Piervoje Glavnoje Upravleniie)*

PiS: Ley y Justicia *(Prawo i Sprawiedliwość)*

POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista

POUP: Partido Obrero Unificado Polaco *(Polska Zjednoczona Partia Robotnicza)*

PSOE: Partido Socialista Obrero Español

PSUC: Partit Socialista Unificat de Catalunya

PVRK: Comité Militar Revolucionario de Petrogrado *(Petrogradskii Voyenno-Revoliutsionnii Komitet)*

RBP: Departamento de Seguridad Pública *(Resort Bezpieczeństwa Publicznego)*

RDA: República Democrática Alemana *(Deutsche Demokratische Republik)*

RFE: Radio Europa Independiente *(Radio Free Europe)*

RSFSR: República Socialista Federativa Soviética Rusa *(Rossiiskaya Soviétskaya Federatívnaia Socialistícheskaya Respublika)*

SB: Servicio de Seguridad *(Służba Bezpieczeństwa)*

Securitate: véase DGSP, DS y DSS

SED: Partido Socialista Unificado de Alemania *(Sozialistische Einheitspartei Deutschland)*

SIM: Servicio de Investigación Militar

SOUD: Sistema Unificado de Evidencia de Datos del Enemigo *(Sistema Obyedinennogo Ucheta Dannykh o Protivnike)*

SPD: Partido Socialdemócrata de Alemania *(Sozialdemokratische Partei Deutschland)*

SRI: Socialrevolucionarios de Izquierda *(Partiya levykh sotsialistov-revolyutsionerov)*

SS: Escuadras de Protección *(Schutzstaffel)*

Stasi: véase MfS

TW: colaborador secreto *(tajnego współpracownika)*

UB: Departamento de Seguridad *(Urząd Bezpieczeństwa)*

ÚDV: Departamento de Documentación y Persecución de los Crímenes del Comunismo *(Úřad dokumentace a vyšetřování zločinů komunismu)*

ÚPN: Instituto de la Memoria del Pueblo *(Ústav Pamäti Národa)*

ÚSD AV ČR: Instituto de Historia Contemporánea de la Academia de Ciencias checa *(Ústav pro soudobé dějiny AV ČR)*

ÚSTR: Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios *(Ústav pro studium totalitních režimů)*

URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas *(Soyuz Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik)*

VChK: véase Cheká

VGU: Segundo directorio principal *(Vtoroje Glavniei Upravleniie)*

VOJR: Las tropas de defensa interna de la República *(Voiska Vnutrennei Ojrany Respubliki)*

VTsIK: Cómite Ejecutivo Central Panruso *(Vserossi´yskiy Tsentra´l'nyy Ispolni´tel'nyy Komite´t)*

ZZF: Centro de Investigación de Historia Contemporánea de Potsdam *(Zentrum für Zeithistorische Forschung)*

ZOMO: Reserva Motorizada de la Milicia Ciudadana *(Zmotoryzowane Odwody Milicji Obywatelskiej)*

Notas

INTRODUCCIÓN

1. Vitali Shentalinski, *La palabra arrestada*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.

2. Remigiusz Ryziński, *Foucault w Warszawie*, Varsovia, Dowody na Istnienie, 2017.

1. LOS COMIENZOS DEL ESTADO DE VIGILANCIA

3. James C. Scott, *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven, CT, Yale University Press, 1998.

4. Tom Weller, *Information History in the Modern World: Histories of the Information Age*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010; J. Beniger, *Control Revolution: Technological and Economic Origins of the Information Society*, Londres, Harvard University Press, 1986.

5. Zygmunt Bauman, *Modernidad y Holocausto*, Toledo, Sequitur, 2010.

6. David, Hoffmann, *Stalinist Values: The Cultural Norms of Soviet Modernity (1917-1941)*, Ithaca, Cornell University Press, 2003.

7. Edward Higgs, *The Information State in England: The Central Collection of Information on Citizens Since 1500*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2004.

8. Dos buenas síntesis: Henry Kamen, *La inquisición española: una revisión histórica*, Barcelona, Crítica, 2011; Ricardo García Cárcel y Doris Moreno Martínez, *Inquisición: historia crítica*, Madrid, Temas de hoy, 2000.

9. Manuel Peña Díaz, Jaqueline Vassallo y Luis René Guerrero Galván (Eds.), *La Inquisición: viejos temas, nuevas lecturas*, Córdoba, Editorial Brujas, 2015.

10. Véase el número monográfico de la revista *Ayer*, «El final de la Inquisición en el mundo hispánico», n.º 108, 2017.

11. Un estudio innovador del racismo hispánico y su relación con el control estatal se encuentra en los trabajos de Max S. Hering Torres. Véase, por ejemplo, Max S. Hering Torres, «La limpieza de sangre. Problemas de interpretación: acercamientos históricos y metodológicos», en *Historia Crítica*, 45, 2011, pp. 32-55, y Max S. Hering Torres, «Judenhass, Konversion und genealogisches Denken in Spanien», en *Historische Anthropologie* (2007/I), pp. 42-64.

12. Adolfo Kuznitzky, *De la Inquisición española a Franco y el Holocausto: una controversia historiográfica*, Córdoba, República Argentina, Ediciones del Corredor Austral, 2013.

13. Igal Halfin, «Looking into the Oppositionists' Souls: Inquisition Communist Style», en *The Russian Review*, 60 (julio de 2001), pp. 316-339.

14. Por ejemplo, Michael Sibalis, «The Napoleonic Police State», en Philip G. Dwyer (Ed.), *Napoleon and Europe*, Londres y Nueva York, Longman, 2001, pp. 79-94. La afirmación de Jacques Godechot, *Les institutions de la France sous la Révolution et l'Empire*, Vendôme, Presses Universitaires de France, 1989, p. 624 (original de 1951).

15. Peter Hicks, «The Napoleonic "police" or "security state" in context», *Napoleonica. La Revue*, 2009, 1 (n.° 4), p. 2-10.

16. Ernst Kohn-Bramstedt, *Dictatorship and political police: the technique of control by fear*, Londres, Paul, Trench, Trubner & Co., 1945, p. 7.

17. Richard Stites, «Decembristas con acento español», en *Cuadernos de historia contemporánea*, n.º 38, 2016, pp. 15-30.

18. Mathieu Deflem ay Stephen Chicoine, «History of Technology in Policing», en Gerben Bruinsma y David Weisburd (Eds.) *Encyclopedia of Criminology and Criminal Justice*, Berlín, Springer, 2014, pp. 2269-2277. Sobre el comienzo y la transnacionalización de las policías políticas: C. Ruud, «Crosscurrents of French, Austrian, and Russian Security Policing, 1750-1900», en Catherine Evtuhov y Stephen Kotkin, (Eds.), *The Cultural Gradient: The Transmission of Ideas in Europe, 1789-1991*, Lanham, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers, Inc., 2003, pp.131-144.

19. Wolfgang Knöbl, *Polizei und Herrschaft im Modernisierungsprozeß. Staatsbildung und innere Sicherheit in Preußen, England und Amerika 1700-1914*, Fráncfort, Campus 1995.

20. «Bericht Julius Mottelers an italienische Genossen über die revolutionäre Anti-Geheimbundtaktik die Rolle des "Sozialdemokrat" und die Rote Feldpost», en Ernst Engelberg, *Revolutionäre Politik und Rote Feldpost, 1878-1890*, Berlín, Akademie Verlag, 1959, pp. 239-282.

21. Howard C. Payne, «An Early Concept of the Modern Police State in Nineteenth Century France», en *Journal of Criminal Law and Criminology*, 1952, Volumen 43, n.º 3, pp. 368-381.

22. Iain Lauchlan, «Security Policing in Late Imperial Russia», en Ian Thatcher (Ed.), *Late Imperial Russia: Problems and Prospects. Essays in Honour of R. B. McKean*, Manchester, Manchester University Press, 2005, pp.44-63.

23. Carter Ellwood, *The non-geometric Lenin. Essays on the Development of the Bolshevik Party, 1910-1914*, Londres, Anthem Press, 2011, pp. 89-110.

24. Hoover Institution Archives, VSTIK Tribunal Revolucionario Corte Suprema de la RFSR, Comisión extraordinaria, Fond R-1005, Opis 8, delo 1 y ss.; para su conexión con la Ojrana, véase Hoover Institution Archives, Okhrana, Box 200, Folder 1, y Okhrana, Box 103, folder 1.

25. Robert Gellately, *Die Gestapo und die deutsche Gesellschaft. Die Durchsetzung der Rassenpolitik 1933-1945*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 1993; Walter Otto Weyrauch, *Gestapo V-Leute. Tatsachen und Theorie des Geheimdienstes. Untersuchungen zur Geheimen Staatspolizei während der nationalsozialistischen Herrschaft*, Fráncfort, Fischer-Taschenbuch-Verlag, 1992; Gerhard Paul, Klaus-Michael Mallmann (Eds.), *Die Gestapo. Mythos und Realität*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1995.

26. Kohn-Bramstedt, *Dictatorship and political police*, p. 1.

27. Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo, vol. 3: Totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1974, pp. 520-547.

28. Sigmund Neumann, *Permanent Revolution. Totalitarianism in the Age of International Civil War*, Londres, Pall Mall, 1965 (2), p. 1.

29. Carlos Domper lleva algún tiempo trabajando en esa dirección con las elecciones en las dictaduras: Carlos Domper, «La otra cara de las urnas. Elecciones, dictaduras y Guerra Fría en Europa. Propuesta para un marco conceptual», *Rúbrica Contemporánea*, vol. 3, n.º 5 (2014), junio de 2014.

30. Los trabajos de Anna Krylova, Jochen Hellbeck y Egal Helfin fueron pioneros a la hora de explicar la subjetividad estalinista como recurrentemente a-liberal: Anna Krylova, «The Tenacious Liberal Subject in Soviet Studies», en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, n.º 1, Invierno 2000 (2000), pp. 119-146; Jochen Hellbeck, *Revolution on My Mind. Writing a Diary Under Stalin*, Harvard, Harvard University Press, 2009; Igal Halfin, *Terror in My Soul. Communist Autobiographies on Trial*, Harvard, Harvard University Press, 2003.

2. EL ORIGEN DE LAS POLICÍAS SECRETAS COMUNISTAS

31. «Autobiografía de F. E. Dzerzhinski», en F. E. Dzerzhinski, *Izbrannyye proizvedeniya*, Moscú, Gospolitizdat, 1967, pp. 1-3. Las citas siguientes sobre su vida provienen de la misma fuente.

32. Las biografías más interesantes de Dzierżhiński son: Ilya Ratkovskii, *Dzeryinskii. Ot «astronoma» do «yeleznogo Feliksa»*, Moscú, Algoritm, 2017; Sylwia Frołow, *Dzierżyński. Miłość i rewolucja*, Cracovia, Znak, 2014; centrada en sus primeros años: Robert Blobaum, *Feliks Dzierżyński and the SDKPiL: A Study of the Origins of Polish Communism*, Nueva York, Columbia University Press, 1984 y, con nuevos documentos: Iain Lauchlan, «Young Felix Dzerzhinsky and the Origins of Stalinism», Edinburgh Research Explorer, 2013 (acceso libre).

33. José M. Faraldo, *La Revolución rusa: historia y memoria*, Madrid, Alianza Editorial, 2017.

34. Richard Pipes, *The Russian Revolution*, 1990 (ebook: 1510,4 / 2718).

35. Como dice, Isaac N. Steinberg, *Quand j'étais commissaire du peuple*, París, Les Arènes, 2016, pp. 17-18.

36. Se trata de un «Informe sobre estructura y funciones de los departamentos y subdepartamentos del Comisariado Popular de Asuntos Internos» del 29 de diciembre de 1918, en GARF, f. 393, o. 1, d. 265. pp. 1-7 (Archivos de la Hoover Institution).

37. A. I. Kokurin, N. V. Petrov, *Lubyanka: VCHK- OGPU - NKVD - NKGB - MGB - MVD - KGB, 1917-1960: Spravochnik*, Moscú, MFD, 1997.

38. Sobre la Ojrana, una síntesis excelente es la de Iain Lauchlan, «Security Policing in Late Imperial Russia», en Ian Thatcher (Ed.), *Late Imperial Russia: Problems and Prospects. Essays in Honour of R. B. McKean*, Manchester, Manchester University Press, 2005, pp. 44-63.

39. Igor Simbirtsev, *VChK v leninskoy Rossii. 1917-1922. V zareve revolyutsii*, Moscú, Litres, 2017 (ebook: 8.1/776).

40. Hay un número muy elevado de trabajos sobre la Cheká, pero buena parte de ellos contienen muchos errores o son sólo obras sensacionalistas. Algunos nuevos trabajos que usan materiales de

archivo: Liudmila Boeva, *Osobennaia Kasta. VChK-OGPU i Ukreplenie Kommunisticheskogo Rezhima v Gody NEPa*, Moscú, AIRO-XX, 2009; ibid. *Deiatelnost VChK-OGPU po formirovaniiu deiatelnosti grazhdan politicheskomu rezhimu (1921-1924 gg.)*, Moscú, Kompaniia Sputnik, 2003; Ilya Ratkovskii, *Jronika krasnogo terrora VCHK. Karayushchiy mech revolyutsii*, Moscú, Litres, 2017. Más antiguas, pero útiles: George Legett, *The Cheka. Lenin's Political Police. The All-Russian Extraordinary Commission for Combating Counter-Revolution and Sabotage (December 1917 to February 1922*), Oxford, Oxford University Press, 1986; Christopher Andrew y Oleg Gordievski, *KGB: la historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*, Barcelona, Plaza y Janés, 1991. En inglés hay que contar –pese a las polémicas en torno a él– con las publicaciones del desertor ruso Vladímir Mitrojin (p. ej. Christopher Andrew y Vladímir Mitrokhin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB*, Nueva York, Basic Books, 1999). Véanse también las colecciones de documentos con excelentes anotaciones: A. I. Korukin y N.V. Petrov, *Lubianka, VChK-OGPU-NKVD-NKGB-MGB-MBD-KGB, 1917-1960*: *Spravochnik*, Moscú, MFD, 1997; A. I. Korukin y N.V. Petrov: *Lubianka: Organi VChK-OGPU-NKVD-NKGB-MGB-MBD-KGB, 1917-1991: Spravochnik*, Moscú, MFD, 2003; V. N. Jaustov, *Lubianka: Stalin i VChK-GPU-OGPU-NKVD, ianbar 1922-dekabr 1936*, Moscú, MFD, 2003; *V. I. Lenin i VChka. Sbornik dokumentov (1917-1922)*, Moscú, Izdatielsva politicheskii literatur, 1975 (edición alemana: *W. I. Lenin und die Gesamtrussische Tscheka. Dokumentensammlung (1917-1922)*, Potsdam, MfS, Juristische Hochschule Potsdam, 1977; V. Vinogradov, A. Litvin y V. Jristoforov (Eds.), *Arjiv VChK. Sbornik dokumentov*, Moscú, Kuchkovo Polie, 2007.

41. V. I. Lenin, *Obras completas*, tomo 27, p. 439. Publicado originalmente el 12 de noviembre de 1917 en el diario *Izvestia*, núm. 223.

42. Steinberg, *Quand j'étais commissaire*, p. 47.

43. John Keep, *The Debate on Soviet Power. Minutes of the All-Russian Central Executive Committee of Soviets. Second Convocation, October 1917 – January 1918*, Oxford, Oxford University Press, 1979, pp. 173-177.

44. «Resolución del Segundo Congreso de Sóviets de toda Rusia sobre la lucha contra las acciones contrarrevolucionarias», en *Dekrety Sovetskoi vlasti*. Moscú, Gospolitizdat, 1957, tomo I, pp. 16-17 (26 de octubre de 1917).

45. *Petrogradskiy voyenno-revolyutsionnyy komitet. Dokumenty i materialy v trekh tomakh*, tomo I, Moscú, Nauka, 1966, pp. 37-38.

46. Ilya Ratkovskii, *Dzeryinskii. Ot astrónoma* (ebook: 191/748).

47. Martin Ivanovich Latsis, *Dva goda bor'by na vnutrennem fronte: populjarnyj obzor dvuhgodichnoj dejatel'nosti Chrezvychajnyh Komissij po bor'be s kontr-revoljuciej, spekuljaciej i prestuplenijami po dolzhnosti*, Moscú, Gos. izd-vo, 1920.

48. «Protocolo número 20 de la sesión del Sovnarkom», 6 (19) de diciembre de 1917, en S. Zwigun (Ed.), *W. I. Lenin und die Gesamtrussische Tscheka. Dokumentensammlung (1917-1922)*, Potsdam, Ministerium für Staatssicherheit, 1977, p. 40.

49. «Protocolo número 21 de la sesión del Sovnarkom», 7 (20) de diciembre de 1917, en: RGASPI, f. 19, op. 1, d. 21, l. 2-2b. (facsímil en: <http://www.1000dokumente.de/index.html?c=dokument_ru&dokument=0001_tsc&object=facsimile&pimage=2&v=100&nav=&l=ru>).

50. V. D. Bonch-Bruevich, *Na boevych postach fevralskoi i oktiabriaskoi revolutsii*, Moscú, Federatsia, 1930, p. 199.

51. Dzerzhinski, *Izbrannyye*, p. 3.

52. *V. I. Lenin i VChK (1917-1921). Sbornik dokumentov*, Moscú, 1975, p. 37.

53. El esbozo de Lenin en *XX Lat VchK-GPU-NKVD*, Moscú, OGIS, 1938, p. 10. También en Zwigun (Ed.), *W. I. Lenin und die Gesamtrussische Tscheka.*, pp. 41-42; George Legett, *The Cheka. Lenin's Political Police. The All-Russian Extraordinary Commission for Combating Counter-Revolution and Sabotage (December 1917 to February 1922*), Oxford, Oxford University Press, 1986, p. 18-19.

54. Véase: GARF, F. 130, op. 1, d. 1, p. 1.3 (citado por Michael Melancon, «Revolutionary Culture in the Early Soviet Republic: Communist Executive Committees versus the Cheka, Fall 1918», en *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, vol. 57, n.º 1 (2009), pp. 1-22.

55. «Protocolo de la reunión de organización de la Cheka», en el CA FSB Rossii. F. 1. Op. D. 1. L. 1; véase <http://www.alexanderyakovlev.org/fond/issues-doc/1018031>.

56. Boieva, O*sobennaia kasta*, especialmente pp. 69-101.

3. DEL TERROR ROJO A LA GUERRA CIVIL

57. GARF, f. 391, o. 3, d. 1, p. 16b (Archivos de la Hoover Institution).

58. GARF, f. 130, o. 2, d. 134, pp. 26-27 (citado por Nicolas Werth, «Soviet Union», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *A Handbook of the Communist Security Apparatus is East Central Europe 1944-1989*, Varsovia, IPM, 2005, p. 14).

59. George Legget, *The Cheka: Lenin's Political Police*, Oxford, Clarendon Press, 1981, p. 29.

60. George Leggett, *The Cheka: Lenin's Political Police*, pp. 252-253.

61. S. S. Dzerzhinskaya, *V gody velikij boiev*, Moscú, Mysl, 1975, pp. 283-284.

62. Véanse toda una serie de decretos organizativos de 1918 a 1922 en GARF, f. R 393, o. 1, d.1b (Archivos de la Hoover Institution).

63. Michael Melancon, «Revolutionary Culture in the Early Soviet Republic: Communist Executive Committees versus the Cheka, Fall 1918», en Jahrbücher für Geschichte Ostenropas, vol. 57, n.º 1 (2009), pp. 1-22.

64. «El desarme de los anarquistas. Entrevista con un empleado del periódico *Izvestia*», *Izvestia*, n.º 75, 16 de abril de 1918, citado según F. E. Dzerzhinski, *Izbrannyye proizvedeniya*, vol. 1, Moscú, Gospolitizdat, 1967, pp. 257-259.

65. Martin Latsis, «Tov. Dzerzhinskii i VCHK», en: *Proletarskaia revolutsia*, n 9 (56), 1926, pp. 81-97.

66. GARF, f. R 393, o. 1, d. 1a 4, fondo NKVD, una resolución del 7 de septiembre (¿1918?) en la que se establece que la VCheKa pueda tener sus propios tribunales (Archivos de la Hoover Institution).

67. Sergey Petrovich Melgunov, *The Red Terror in Russia*, Westport, Conn., Hyperion Press, 1926 (reimpresión 1975), pp. 5-6.

68. V. I. *Lenin i VChK (1917-1921). Sbornik dokumentov,* Moscú, 1975, p. 167.

69. S. Zuigun (Ed.), *W. I. Lenin und die Gesamtrussische Tscheka Dokumentensammlung (1917-1922)*, Potsdam, Ministerium für Staatssicherheit, 1977, p. 164.

70. Véanse un buen número de ellos en Yuriy Georgiyevich Felshtinski, VCHK/GPU: dukumenty i materialy, Moscú, Izdatel'stuo gumanitarnoy literatury, 1995.

71. Lutz Häfner, *Die Partei der linken Sozialrevolutionäre in der russischen Revolution von 1917/18*, Colonia, Böhlau Verlag, 1994.

72. Alter Lvovich Litvin (Ed.), *Leviie esery i VChK: Sbornik dokumentov*, Kazan, Assotsiatsiia NKT, 1996.

73. F. E. Dzierżyński, «Sobre la traición de los SRI. Informe al Sovnarkom», en *Pravda*, nª 139, 8 de julio de 1918, citado según F.E. Dzierżyński, *Izbrannyye proizvedeniya*, vol. 1, Moscú, Gospolitizdat, 1967, pp. 264-267, aquí 267.

74. *Novaya Zhizhn (Nueva vida)*, 14 de julio de 1918.

75. Ilya Ratkovskii, *Dzerzhinskij* (ebook: 300/748).

76. Nicolas Werth, «Un État contre son peuple. Violences, répressions, terreur en Union soviétique», en S. Courtois, N. Werth et al., *Le Livre Noir du Communisme*, París, Robert Laffont, 1997, p. 118.

77. Para el terror francés, últimamente: Jean-Clément Martin, *La Terreur. Vérités et légendes*, París, Perrin, 2017.

78. Ilya Ratkovskii, *Krasnyi terror i deiatelnost' VChK v 1918 gody*, San Petersburgo, SPUP, 2006.

79. «Resolución del Sovnarkom sobre el Terror Rojo», 5 de septiembre de 917, véase en: <http://www.alexanderyakovlev.org/fond/issues-doc/1018315>.

80. Jörg Baberowski, *Der Rote Terror. Die Geschichte des Stalinismus*, Múnich, Deutsche Verlagsanstalt, 2003.

81. Entrevista en *Iutro Moskvy*, 4 de noviembre de 1918, citado por Melgounov, *Red Terror in Russia*, p. 5.

82. Melgounov, *Red Terror in Russia*, p. 8.

83. Ilya Ratkovskii, *Krasnii terror*, p. 199.

84. «Informe del Comité Central de la Cruz Roja Rusa sobre las actividades de la Comisión Extraordinaria en Kiev», en *Arjiv russkoy revolyutsii*, tomo VI, Berlín, 1922, pp. 339-365.

85. Alexei Litvin, *Krasnii i belii terror v Rossii, 1918-1921*, Moscú, Eksmo, 2004.

86. Nicolas Werth, «Mass Deportations», en Donald Bloxham y A. Dirk Moses (Eds.), *The Oxford Handbook of Genocide Studies*.

87. George Leggett, *The Cheka*, pp. 359-360.

88. Liudmila G. Novikova, «Russia's Red Revolutionary and White Terror, 1917-1921: A Provincial Perspective», en *Europe-Asia Studies*, vol. 65, n.º 9, noviembre de 2013, pp. 1755-1770.

89. Véase Lennard D. Gerson, *The Secret Police in Lenin's Russia*, Filadelfia, Temple University Press, 1976, p. 161.

4. INGENIERÍA SOCIAL Y TERROR

90. RGASPI, Fond 76, opis 3, delo 345, pp. 1-2, citado por Nicolas Werth, «Soviet Union», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *A Handbook of the Communist Security Apparatus is East Central Europe 1994-1989*, Varsovia, IPM, 2005, p. 26.

91. Nicolas Werth, «Soviet Union», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *A Handbook of the Communist Security Apparatus is East Central Europe 1994-1989*, Varsovia, IPM, 2005.

92. Boris Volodarsky, *El caso Orlov. Los servicios secretos soviéticos en la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2013, p. 48.

93. George Lin, *Fighting in Vain: NKVD RSFSR in the 1920s*, Tesis doctoral, Universidad de Stanford, 1997.

94. V. Izmozik, *Glaza i ushi rezhima: Gosudarstvennii politicheskii kontrol' za naseleniem sovetskoi Rossii v 1918-1928 godaj*, San Petersburgo, 1995.

95. Nicolas Werth, «Soviet Union», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *A Handbook of the Communist Security Apparatus is East Central Europe 1994-1989*, Varsovia, IPM, 2005, p. 20.

96. Nicolas Werth, «Soviet Union», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *A Handbook of the Communist Security Apparatus is East Central Europe 1994-1989*, Varsovia, IPM, 2005, pp. 27-28.

97. V. Popov, «Gosurstvennyi terror v SSSR», en: *Otechestvennye Arkjivy*, 1992, n.º 2, p. 28, citado en Nicolas Werth, «Soviet Union», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *A Handbook of the Communist Security Apparatus is East Central Europe 1994-1989*, Varsovia, IPM, 2005, p. 29.

98. Isaac Deutscher, *The Prophet Unarmed: Trotsky, 1921-1929*, Oxford, Oxford University Press, 1970, p. 85.

99. Su lucha contra la corrupción es algo que recuerdan algunos de los hagiógrafos modernos de la Cheká, conectándolo claramente con la actualidad, es decir, la intervención del presidente Vladímir Putin. Véase A. YU. Yepijin, O. B. Mozojin, *VCHK-OGPU v borbe s korruptsiei v gody novoy ekonomicheskoy politiki (1921-1928)*, Moscú, Kuchkovo pole-Giperboreya, 2007.

100. Iain Lauchlan, «Young Felix Dzerzhinsky and the Origins of Stalinism», en Markku Kangaspuro y Vesa Oittinen (Eds.), *Discussing Stalinism. Problems and Approaches*, Helsinki, Kikimora Press, 2015, pp. 93-113.

101. Archivos de la Hoover Institution, *RGASPI*, Fond 17, opis 2, delo 236, pp. 204-205.

102. «Estenograma de la reunión del pleno conjunto del Comité Central y de la Comisión Central de Control del Partido Comunista Panruso (bolchevique)», 14-23 de julio de 1926, sesión del 20 de julio, en: Archivos de la Hoover Institution, *RGASPI*, Fond 17, opis 2, delo 236, p. 100.

103. Anne Applebaum, *Red Famine. Stalin's War on Ukraine*, Nueva York, Double Day, 2017.

104. Gábor Tamas Rittersporn, *Stalinist Simplifications and Soviet Complications. Social Tensions and Political Conflicts in the USSR, 1933-1953*, Chur, Harwood Academic Publishers, 1991.

105. Lynne Viola (Ed.), *The war against the peasantry, 1927-1930: the tragedy of the Soviet countryside*, New Haven, CT: Yale University Press, 2005.

106. Nicolas Werth, «Soviet Union», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *A Handbook of the Communist Security Apparatus is East Central Europe 1994-1989*, Varsovia, IPM, 2005, pp. 29-30.

107. Jörg Baberowski, «Die Kollektivierung der Landwirtschaft und der Terror gegen die Kulaken», en *Themenportal Europäische Geschichte*, 2007, <www.europa.clio-online.de/essay/id/artikel-3160>.

108. Vyacheslav Michailovich Molotov, «Rech' pered sobraniyem partiynykh liderov respublik i oblastey Sovetskogo Soyuza. Moskva, 11 fevralya 1930», *Themenportal Europäische Geschichte*, 2006, <www.europa.clio-online.de/quelle/id/artikel-3851>.

109. A. I. Kokurin, N.V. Petrov, *Lubyanka: Organy VCHK-OGPU-NKVD-NKGB-MGB-MVD-KGB, 1917-1991: Spravochnik*, Moscú, MFD, 2003, pp. 5-6.

110. Paul M. Hagenloh, «Chekist in essence, chekist in spirit: regular and political police in the 1930s», en *Cahiers du monde russe*, 2001/2-3-4 vol. 42, pp. 447-476.

111. Anne Applebaum, *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, Debate, 2004.

112. J. Arch Getty, Oleg V. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolschewiks, 1932-1939*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1999.

113. Rolf Binner, Marc Junge: «Wie der Terror "groß" Wurde», en *Cahiers du monde russe*, 42 (2001) 2-4, pp. 557-613.

114. Wendy Z. Goldman, *Inventing the Enemy: Denunciation and Terror in Stalin's Russia*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

115. Un documento muy completo con la conformación de las *troikas* y algunas biografías de sus miembros en: <http://www.alexanderyakovlev.org/almanah/inside/almanah-doc/1007240> (visto el 28 de noviembre de 2017).

116. Timothy Snyder, *Tierras de sangre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, pp. 121-137.

117. Jörg Baberowski, *Verbrannte Erde*, Múnich, C. H. Beck, 2012, pp. 350-351.

118. Władysław Gomułka, *Pamiętniki*, tomo I, Varsovia, BGW, 1994, pp. 400-402.

119. Alexander Vatlin, *Terror rayonnogo masshtaba: «Massovyye operatsii». NKVD v Kuntsevskom rayone Moskovskoy oblasti 1937-1938 gg*., Moscú, ROSSPEN, 2004.

120. Jörg Baberowski, *Verbrannte Erde*, p. 322.

121. Nikita Petrov, Mijail Yansen, *Stalinskii pitomets– Nikolay Yezhov*, Moscú, ROSSPEN, 2008.

122. Jörg Baberowski, *Verbrannte Erde*, p. 363.

123. Para un balance del terror véase Nicolas Werth, «Repenser la Grande Terreur», *Le Débat*, n.º 122, 2002, pp. 118-140; Wladislaw Hedeler (Ed.) *Stalinscher Terror 1934-41: eine Forschungsbilanz*, Berlín, Basisdruck, 2002; I. E. Zelenin, *Stalinskaja «revolutsia sverju» poslie «vielikogo piereloma» 1930-1939. Politika, osushestvliennie, rezultaty*, Moscú, Nauka, 2006, este último especialmente pp. 228-273.

124. Las penurias de la vida cotidiana soviética: Nataliia Lebina, *Sovietskaya povsednievnost: normy i anomalii*, Moscú, NLO, 2015; Carsten Goehrke, *Russischer Alltag. Sowjetische Moderne und Umbruch*, Zúrich, Chronos Verlag, 2005; Sheila Fitzpatrick, *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, Oxford/Nueva York, Oxford University Press, 1999.

125. Jörg Baberowski ve el origen del estalinismo en la cultura de la violencia propia de los campesinos del imperio ruso. Muy claro en Jörg Baberowski, «Zivilisation der Gewalt. Die kulturellen Ursprünge des Stalinismus», en *Historische Zeitschrift*, n.º 281, 2005, pp. 59-102.

126. Peter Holquist, «State Violence as Technique. The Logic of Violence in Soviet Totalitarianism», en David L. Hoffmann (Ed.), *Stalinism*, Oxford, Oxford University Press, 2003, p. 130.

127. Mijail Schreider, *NKVD iznutri. Zapiski chekista*, Moscú, Vosvrasheniie, 1995, pp. 25-26.

5. EL ESTADO DE VIGILANCIA: DE STALIN AL KGB

128. David Moorehouse, *The Devils' Alliance: Hitler's Pact with Stalin, 1939-1941*, 2014, [epub], párrafo 134 y ss.

129. Elena Zubkova, *Kreml i pribaltika, 1940-1953*, Moscú, ROSSPEN, 2008.

130. Jan Tomasz Gross, *Revolution from Abroad. The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia*. Princeton, Princeton University Press, 2003.

131. Sławomir Poleszak, *Polskie podziemie niepodległościowe na tle konspiracji antykomunistycznych w Europie środkowo-wschodniej w latach 1944-1956*, Varsovia-Lublin, IPN, 2008.

132. Vladimir Kozlov, *Massoviie bespariadki v SSSR pri Khrushcheve i Brezhneve, 1953-1980gg*, Novosibirsk, Sibirskii khronograf, 1999.

133. Vladimir Kozlov, *Nieisvienni SSSR. Protivostoianniie naroda I vlasti, 1953-1985*, Moscú, Olma-press, 2006, pp. 63-70.

134. Vladimir Kozlov, *Massoviie bespariadki*, pp. 95-101.

135. James W. Heinzen, «Informers and the State under Late Stalinism: Informant Networks and Crimes against «Socialist Property, 1940-53», en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 8, n.º 4, Otoño de 2007, pp. 789-815.

136. B. S. Popov, V. T., Oppokov, «Bieriiovshchina», en V. F. Nekrasov (Ed.), *Bieriia: koniec kariery*, Moscú, 1991, p. 374.

137. Nikita Petrov, *Palachi: Oni vypolnyali zakazy Stalina*, Moscú, Novaya gazeta Moskva, 2011.

138. Christopher Andrew, The *Sword and the Shield. The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB*, Nueva York, Basic Books, 2000, p. 3.

139. Roy Medvedev, *Andropov*, Moscú, Molodya Gvardia, 2006, capítulo segundo.

140. Nataliia Gorbanevskaya, *Polden': Delo o demonstratsii 25 avgusta 1968 goda na Krasnoy ploshhadi*, Fráncfort, Posev, 1970.

141. Leonid Mlechin, *Yurii Andropov. Posledniaya nadezhda rezhima*, Moscú, Tsentrpoligraf, 2008 (epub: 311,8 / 1000).

142. Documentos del Archivo Bukovski, <https://bukovskyarchive.files.wordpress.com/2015/07/11-mar-85-14-pp-politburo-para-1.pdf>.

143. Amy Knight, «The KGB, Perestroika, and the Collapse of the Soviet Union», en *Journal of Cold War Studies*, 2003, 5:1, pp. 67-93.

6. UN EJEMPLO DE DISIDENCIA: ALEXANDER SOLZHENITSYN

144. Alexander Solyenitsin, *Solyenitsin acusa* (Selección de Leopold Labedz), Barcelona, Editorial Juventud, 1974, p. 19.

145. Michael Scammel, *Solzhenitsyn: a Biography*, Londres, Hutchinson, 1984, p. 58.

146. En el acta de rehabilitación de Solzhenitsyn, en 1956, se dice: «si bien Solzhenitsyn en su diario y en sus cartas a un amigo, N. D. Vitkevich, reconocía la justicia de la doctrina marxista-leninista [...] se pronunciaba contra la personalidad de Stalin, citando las imperfecciones artísticas e ideológicas de las obras de un gran número de escritores soviéticos, así como su falta de realismo [...]». Decisión n.º 40-83/56 de la Corte Suprema de la URSS, en. Alexander Solyenitsin, *Solyenitsin acusa*, pp. 16-17.

147. El mismo acta de rehabilitación citado en Alexander Solyenitsin, *Solyenitsin acusa*, pp. 16-17, revoca «por falta de pruebas» la condena que contra Solzhenitsyn se emitió en 1945, y afirma que ésta se basó «en su diario y en sus cartas a un amigo».

148. Alexander Solyenitsin, *Solyenitsin acusa*, pp. 39 y ss.

149. Alexander Solzhenitsyn, *Memorias. Coces al aguijón*, Barcelona, Argos Vergara, 1977, p. 41.

150. *Vtaroi siesd pisatelei RSFSR. 1965*. Moscú, Sovremiennenik, 1965, pp. 204-5.

151. Alexander Solzhenitsyn, *Memorias*, p. 207.

152. *Kriemlievskii samosud: sekret. dokumenty Politburo o pisatielie A. Solyenitsine*, Moscú, Iz. yurnal Rodina, 1994.

7. LA EXPANSIÓN POR EUROPA: EL BLOQUE DEL ESTE

153. Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006; Keith Lowe, *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012; Timothy Snyder, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011. Para la resistencia contra la sovietización véase José M. Faraldo, «Terror y sueño. Europa del Este tras 1945», en Javier Rodrigo (Ed.), *Políticas de la violencia. Europa, siglo XX*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 401-422.

154. Para esto véase Vladimir Tismaneanu (Ed.), *Stalinism Revisited: The Establishment of Communist Regimes in East-Central Europe*, Budapest, Central European University Press, 2009.

155. José M. Faraldo, «Las policías secretas comunistas y su legado. Valoración general y posibilidades para la investigación», en *Ayer*, 82/2011 (2), pp. 105-135; Trabajos monográficos sobre casos nacionales: para la RDA, Jens Gieseke, *Mielke-Konzern. Die Geschichte der Stasi 1945-1990*, Stuttgart/ Múnich, Deutsche Verlagsanstalt, 2001 (hay una segunda edición revisada); para Polonia: Ryszard Terlecki, *Miecz i tarcza komunizmu: historia aparatu bezpieczeństwa w Polsce 1944-1990*, Cracovia, Wydawnictwo Literackie, 2009; para Rumanía: Dennis Deletant, *Ceausescu and the Securitate: Coercion and Dissent in Romania, 1965-89*, Londres, Hurst & Co., 1996; y Marius Oprea, *Bastionul cruzimii: o istorie a Securității (1948-1964)*, Bucarest, Polirom, 2008.

156. José M. Faraldo, *La Europa clandestina. Resistencias contra las ocupaciones nazi y soviética (1938-1948)*, Madrid, Alianza Editorial, 2011.

157. Por ejemplo: Roger Engelmann, «“Schild und Schwert” als Exportartikel: die Sowjets und der Aufbau der DDR-Geheimdienste», en Wolfgang Krieger (Ed.), *Geheimdienste in der Weltgeschichte. Spionage und verdeckte Aktionen von der Antike bis zur Gegenwart*, Múnich, C. H. Beck, 2003.

158. Por ejemplo, doscientos polacos recibieron un curso de tres meses de duración en la escuela de oficiales del NKVD de Kuibishev. Cf. Andrzej Dudek, Andrzej Paczkowski, «Polska», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *Czekiści: organy bezpieczeństwa w europejskich krajach bloku sowieckiego 1944-1989*, Varsovia, IPN, 2010, pp. 393-468, aquí p. 417.

159. Liesbeth van de Grift, *Securing the Communist State. The Reconstruction of Coercive Institutions in the Soviet Zone of Germany and Romania, 1944-1948*, Lanham, Md., Lexington Books, 2012.

160. Dennis Deletant, «Romania», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *A Handbook of the Communist Security Apparatus in East Central Europe, 1944-1989*, Varsovia, IPN, 2005.

161. CNSAS D 010335, p.1. <http://www.cnsas.ro/documente/colonii%20munca/D%20010335%20Watermark.pdf> (09/05/2018).

162. Virgil Ierunca, *Fenomenul Pitești*, Bucarest, Editura Humanitas, 1990, p. 37.

163. CNSAS D 1114, <http://www.cnsas.ro/reeducarea.html> (09/05/2018).

164. Cf. Jochen Laufer, «Die Ursprünge des Überwachungsstaates in Ostdeutschland: zur Bildung der Deutschen Verwaltung des Innern in der Sowjetischen Besatzungszone (1946)», en Florath, B. / Mitter, A. y Wolle, S. (Eds.), *Die Ohnmacht der Allmächtigen: Geheimdienste und politische Polizei in der modernen Gesellschaft*, Berlín, Links, 1992, pp. 146-168.

165. Jens Gieseke, «German Democratic Republic», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *A Handbook of the Communist Security Apparatus in East Central Europe, 1944-1989*, Varsovia, IPN, 2005.

166. <https://www.mfs-insider.de/Lit-gd/UZII.htm#2> (08/03/2018).

167. Enrico Heitzer, *Die Kampfgruppe gegen Unmenschlichkeit (KgU). Widerstand und Spionage im Kalten Krieg 1948-1959*, Colonia/Weimar/Viena, Böhlau-Verlag, 2015.

168. Antoni Dudek, Andrzej Paczkowski, «Poland», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *A Handbook of the Communist Security Apparatus in East Central Europe, 1944-1989*, Varsovia, IPN, 2005, pp. 225-226.

169. Véase el monumental «Manual del Ministerio de Seguridad» que va editando poco a poco el BStU: <http://www.bstu.bund.de/nn_712454/DE/Publikationen/Anatomie-der-Staatssicherheit/anatomie-der-staatssicherheit__node.html__nnn=true>. (visto el 2 de febrero de 2011).

170. Cifras en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *Czekiści: organy bezpieczeństwa w europejskich krajach bloku sowieckiego 1944-1989*, Varsovia, IPN, 2010, y Lavinia Stan (coord.), *Prezentul trecutului recent. Lustratie si decomunizare în post-comunism*, También datos aportados por Dragoş Petrescu, Krzysztof Persak y Tobias Wunschik.

171. Jens Gieseke, «German Democratic Republic», en *A Handbook of the Communist Security Apparatusin East Central Europe*, 1 p. 208.

172. Dennis Deletant, «Romania», en Krzysztof Persak, Lukasz Kaminski, *A Handbook of the Communist Security Apparatus in East Central Europe, 1944-1989*, Varsovia, IPN, 2005, p. 317.

8. LAS POLICÍAS POLÍTICAS COMUNISTAS Y ESPAÑA

173. Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España (1919-1939)*, Barcelona, Planeta, 1999.

174. En especial en el volumen central de su trilogía de la Guerra Civil: Ángel Viñas, *El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Barcelona, Crítica, 2007; Boris Volodarsky, *El caso Orlov*, Barcelona, Crítica, 2013; Jonathan Haslam, *Vecinos cercanos y distantes. Nueva historia del espionaje soviético*, Barcelona, Ariel, 2016.

175. Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Nikolaevich Sevostianov (Eds.), *Spain Betrayed: The Soviet Union in the Spanish Civil War*, New Haven, Yale University Press, 2001.

176. También en Maria Thomas, *La Fe y la Furia. Violencia Anticlerical Popular e Iconoclastia en España, 1931-1939*, Granada, Comares Historia, 2014.

177. Javier Cervera, «"No todos eran iguales": chequistas anarquistas, chequistas comunistas y chequistas entre las fuerzas del orden», en Antonio César Moreno Cantano (Ed.), *Checas: miedo y odio en la España de la Guerra Civil*, Oviedo, Trea, 2017, pp. 91-116; Soraya Gahete Muñoz y Fernando Jiménez Herrera, «Relaciones personales y de poder en los centros libertarios madrileños: el caso del ateneo libertario de Ventas (verano-otoño de 1936)», en *HISPANIA NOVA, Revista de Historia Contemporánea*, n.º 15, año 2017.

178. Véase Julius Ruiz, *Paracuellos. Una verdad incómoda*, Barcelona, Espasa, 2015.

179. José M. Faraldo, «Conmemorar 1917 en 1937: Moscú-Madrid-Moscú», *Revista de Occidente*, n.º 437, 2017, pp. 19-40.

180. Boris Volodarsky, *El caso Orlov*, p. 297.

181. Boris Volodarsky, *El caso Orlov*, pp. 297-298.

182. David Ginard i Feron, *Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942)*, Mallorca, Edicions Documenta Balear, 2000.

183. Antonio Niño y José Antonio Montero (Eds.), *Guerra Fría y propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012; Antonio Niño, *La americanización de España*, Madrid, La Catarata, 2012.

184. Véase Ricardo Martín de La Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez, «Bajo la influencia de Mercurio: España y la Europa del Este en los últimos años del franquismo», en *Historia del Presente*, n.º 6, 2005, pp. 43-59.

185. Pilar Urbano, *Yo entré en el Cesid*, Barcelona, Plaza y Janés, 1997, pp. 205 y ss.

186. Algunos ejemplos: Nils Abraham, *Die politische Auslandarbeit der DDR in Schweden. Zur Public Diplomacy der DDR gegenüber Schweden nach der diplomatischen Anerkennung (1972-1989)*, Berlín, LIT Verlag, 2007; Gösta A. Eriksson, *DDR, Stasi und Schweden*, Berlín, BWV, 2003; Anthony Glees, «The Stasi and UK-GDR Relations», en Stefan Berger, Norman LaPorte (Eds.), *The Other Germany. Perceptions and Influences in British-East German Relations, 1945-1990*, Augsburgo, Wissner Verlag, 2005, pp. 75-90. Jérôme de Wiel, *East German Intelligence and Ireland, 1949-90: espionage, diplomacy & terrorism*, Manchester, Manchester University Press, 2015; Beatrice de Graaf, «West-Arbeit (Western Operations). Stasi Operations in the Netherlands, 1979-89», en *Studies in Intelligence*, vol. 52, n.º 1 (marzo de 2008).

187. Sobre todo se ha investigado acerca de su importancia en la RDA: Arnold Krammer, «The Cult of the Spanish Civil War in East Germany», en *Journal of Contemporary History*, 2004, n.º 39, pp. 531-560. Josie McLellan, *Antifascism and Memory in East Germany: Remembering the International Brigades 1945-1989*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

188. Nicholas Deakin (Ed.), *Radiant Illusion? Middle-class Recruits to Communism in the 1930s*, Edenbridge, Eve Eden Valley Editions, 2016.

189. Andrea Görldt y Rudolf Herrnstadt, *Wilhelm Zaisser. Ihre Konflikte in der SED-Führung im Kontext innerparteilicher Machtsicherung und sowjetischer Deutschlandpolitik*, Fráncfort, Peter Lang, 2002.

190. Xosé Manoel Núñez Seixas y José M. Faraldo, «The First Great Patriotic War. Spanish Communists and Nationalism, 1936-1939», *Nationalities Papers*, 37(4), 2009, pp. 401-424.

191. Lisa A. Kirschenbaum, *International Communism and the Spanish Civil War: Solidarity and Suspicion*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015, p. 9.

192. Véase Paweł Chmielewski, *Dyplomacja sowiecka w Radzie Bezpieczeństwa ONZ wobec zadań utrzymania pokoju i bezpieszczeństwa międzynarodowego u progu zimnej wojny*, Łódż, UL, 2005, tomo II, pp. 308-378.

193. Véase la protesta de Carrillo porque Polonia había comenzado a intercambiar cónsules y delegados comerciales: «Carta de Santiago Carrillo, secretario general del PCE al CC del POUP, 28-julio-1969», en AHPCE, Relaciones internacionales, Polonia, box 142, folder 16.1.

194. «Discurso de Santiago Carrillo, el 19 de abril, ante un grupo de militantes, en una reunión cerrada, no pública», en AHPCE, Dirigentes, Box 6, folder 2.

195. Véase el intercambio: BStU, MfS, SED-KL 4774, pp. 4-16.

196. Véase la información recopilada por la Stasi sobre el CESID en 1985: BStU, MfS, HA II 41637.

197. «Informator o siłach zbrojnych Hiszpanii i Portugalii», en IPN BU 01521/1876.

198. BStU, MfS, HA VII 4539, pp. 24-29.

199. BStU, MfS, HA VII 4539, pp. 17-19.

200. Como ejemplo, uno de los boletines secretos de la Stasi informa con detalle acerca de España, citando fuentes «que no pueden ser reveladas para salvaguardarlas»: *Militärpolitische Informationsübersicht* Nr. 4/83 vom 11. März. 1983, pp. 276-277: «Einbeziehung Spaniens in das NATO-Nachrichtenverbindungssystem».

201. Rainer Rupp (con Karl Rehbaum y Klaus Eichner), *Militärspionage: die DDR-Aufklärung in NATO und Bundeswehr*, Berlín, Edition Ost, 2011; Klaus Eichner y Karl Rehbaum, *Deckname Topas. Der Spion Rainer Rupp in Selbstzeugnissen*, Berlín, Edition Ost, 2013.

202. Acerca de los «topos» en la RFA –aunque algo sensacionalista–: Hubertus Knabe, *Die unterwanderte Republik*: *Stasi im Westen*, Berlín, Propyläen Verlag, 1999.

203. Por ejemplo, desde el punto de vista del SB: IPN BU 1585/3966, MSW II, Department I Hiszpania – Elementy sytuacji wewnętrznej i polityki zagranicznej, 1978.

204. Véase por ejemplo informaciones sobre el convenio marítimo rumano-español (1978) CNSAS D014867, vol. 8 o sobre el convenio consular (1979) CNSAS D014867, vol. 13, pp. 114-119.

205. Véase: BStU, MfS, HVA Nr. 83, *Aktuelles Informationsübersicht*, Nr. 12/77, (21.3.1977), «Auffasungen führender BRD Regierungskreise zum Madrider Treffen der Führer der IKP, der FKP und der KP Spaniens».

206. Por ejemplo: BStU, MfS, HA XVIII 5611 y MfS, HA XX/9 1941. El último contiene una traducción de unos infames artículos publicados en la revista teórica soviética *Novoie Vremia* atacando el libro de Carrillo *Eurocomunismo y Estado*.

207. BStU, MfS, HA II 28796.

208. Por ejemplo, para Rumanía: CNSAS, D014323, vol.5, pp. 1, 2 y 49 (sobre la fundación de Izquierda Unida); para Polonia, IPN, BU 1585 1362, pp. 322-341 (visita a Pasionaria en su noventa cumpleaños, 1985).

209. «Kommunisten. Oliven im Sinn», en *Der Spiegel*, 13 de junio de 1977, pp. 94-95.

210. Wolf Biermann, «Die Ausbürgerung», en *Der Spiegel*, n.º 46, 2001, pp. 74-86.

211. BStU, MfS HA XX/9 Nr. 1605.

212. Manuel Sacristán, *The Marxism of Manuel Sacristán: From Communism to the New Social Movements*, traducido y editado por Renzo Llorente, Leiden, Brill, 2014; Juan-Ramón Capella, *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Madrid, Trotta, 2005.

213. Wolfgang Harich, «Europa, el comunismo español actual y la revolución ecológica-social», en *Materiales: crítica de la cultura*, n.º 6, 1977, pp. 15-44; Wolfgang Harich, *¿Comunismo sin crecimiento? Babeuf y el club de Roma*, Barcelona, Materiales, 1978.

214. BStU, MfS, HA XX 13 121, pp. 27-50 y 56.

215. «Una conversación con Wolfgang Harich y Manuel Sacristán», en *Mientras tanto*, n.º 8, 1981, pp. 33-52.

216. Juan Andrade Blanco, «Manuel Sacristán y la transición. Más allá del cambio institucional, pensando y actuando por caminos periféricos», en *Con-ciencia social: anuario de didáctica de la geografía, la historia y las ciencias sociales*, n.º 19, 2015, pp. 115-130.

217. Algunos ejemplos: Archivos de la Hoover Institution, Colección Russian State Archive of Contemporary History (*Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv noveishei istorii* RGANI), Fond 89, opis 51, file 21, 1; Fond 89, opis 13, file 27, 1-4. Para la RDA, Aurélie Denoyer habla de un «Comité de solidaridad con el pueblo español» y cita para ello fuentes del partido: SAPMO-BArch, DY 57/785, Solidaritätskomitee für das spanische Volk, 1963-1965 en Aurélie Denoyer y José M. Faraldo, «Es war sehr schwer nach 1968 als Eurokommunistin». «Emigration, Opposition und die Beziehungen zwischen der Partido Comunista de España und der SED«, en Arnd Bauerkämper y Francesco Di Palma (Eds.), *Bruderparteien jenseits des Eisernen Vorhangs Die Beziehungen der SED zu den kommunistischen Parteien West- und Südeuropas (1968-1989)*, Berlín, Ch. Links, 2011, pp. 186-202.

218. *Diario de sesiones del Congreso de los Diputados. Comisiones no permanentes sobre la financiación de los partidos políticos, V Legislatura*, n.º 406, Sesión n.º 18, 29 de diciembre de 1994, pp. 12493-12506.

219. La Securitate en 1985-1986, por ejemplo: CNSAS D014323, vol.5, pp. 47-49. (Crearea «Coalitiei Stingii Unificate» – un pas spre unificarea miscarii de stinga nesocialiste din Spania).

220. Véase Aurélie Denoyer y José M. Faraldo, «Es war sehr schwer nach 1968», pp. 186-202.

221. IPN BU 1585 1362, p. 2.

222. MfS HA XXII 696/3, informe del 5 de abril de 1984, p. 6.

223. MfS HA II 36005, pp.2-4. La fuente era de su embajada en Madrid.

224. Szilvia Pethö, «Los emigrantes republicanos españoles en Budapest en los años 1951 y 1952», *Acta Hispanica*, tomo VIII, 2004, pp. 99-104, Szilvia Pethö, «Vivir en la emigración. Autobiografía de los comunistas españoles en Checoslovaquia», *Acta Scientiarium Socialium*, tomo XV, 2004. pp. 87-94; Enrique Líster, *L'Exil communiste espagnol en France et en URSS (1939-1950)*, (Tesis doctoral no publicada), Poitiers, 2002; Enrique Líster, «Vorgeschichte und Voraussetzungen der Ansiedlung der spanischen kommunistischen Emigranten in Osteuropa», *Totalitarismus und Demokratie*, 2, 2 (2005), pp. 289-316; Dorota Molska, «Losy hiszpanskich emigrantów politycznych przybylych do Polski w latach 50 tych», en Dorota Sepczyńska (Ed.), *Z myśli hiszpańskiej i iberoamerykańskiej. Filozofia – literatura – mistyka*, Olsztyn, Instituto Cervantes de Varsovia, 2006, pp. 327-334; Justyna Wozniak, «El colectivo de exiliados en Polonia», *Acta Scientiarum Socialium*, tomo XXVII, 2008, pp. 121-134; Harmut Heine, «El exilio republicano en Alemania Oriental (República Democrática Alemana-RDA)», en *Migraciones y Exilios*, 2 (2001), pp. 111-121; Aurélie Denoyer, «L'exil communiste espagnol en RDA: accueil, intégration, retour», en *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, 9, 2012, publicado el 11 de diciembre de 2012 (<http://ccec.revues.org/4229>) y consultado el 22 de junio de 2016. Para la URSS, A. B. Yelpatyevskiy, *Ispanskaya emigratsiya v SSSR. Istoriografiya i istochniki. Popytka interpretatsii*, Moscú, Gers, 2002; Alicia Alted Vigil (Ed.), *Los niños de la guerra de España en la Unión Soviética. De la evacuación al retorno (1937-1999)*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 1999.

225. Aurélie Denoyer, «L'opération Boléro-Paprika: Origines et conséquences. Les réfugiés politiques Espagnols: de l'expulsion à leur Installation en RDA», en *Resonances francaises de la guerre d'Espagne*, París, Editions d'Albret, 2012, pp. 295-312.

226. Luis Zaragoza, *Radio Pirenaica. La voz de la esperanza antifranquista*, Madrid, Marcial Pons, 2008; Fundación Domingo Malagón, *Radio España Independiente: única emisora española sin censura de Franco*, Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2000; Luis Galán, *Después de todo: recuerdos de un periodista de La Pirenaica*, Barcelona, Anthropos, 1988; Ramón Mendezona, *La Pirenaica y otros episodios*, Madrid, Libertarias-Prodhufi, 1995.

227. IPN BU 1218/22903, Akta Santiago Carrillo.

228. Aurélie Denoyer, *L'exil comme patrie. Les réfugiés communistes espagnols en RDA (1950-1989)*, Rennes, PUR, 2017.

229. BStU, MfS, HA II 29443, pp. 71-73.

230. IPN Wr 054/521, pp. 8-10.

231. IPN BU 0236/209, 27.II-3.III.1978.

232. Un ejemplo: Frank Hirschinger, *Der Spionage verdächtig. Asylanten und ausländische Studenten in Sachsen-Anhalt 1945-1970*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2009.

233. CNSAS, Fond Informativ, D003424, vol. 33.

234. BStU, MfS, HA XXII 817/2.

235. Richard H. Cummings, *Cold War Radio. The Dangerous History of American Broadcasting in Europe, 1950-1989*, Londres, McFarland, 2009, pp. 103 y ss.

236. También Luis R. Aizpeolea, «Pacto por el terror en Europa», *El País*, 29 de julio de 2012, <https://politica.elpais.com/politica/2012/07/27/actualidad/1343408884_834971.html> (visto 24/02/2018).

237. Richard H. Cummings, *Cold War Radio*, p. 224.

238. Marian K. Leighton, «Strange Bedfellows: The Stasi and the Terrorists», *International Journal of Intelligence and CounterIntelligence*, vol. 27, Iss. 4, 2014.

239. Véase como mínimos ejemplos, para la RDA: BStU, MfS, HA XXII Nr. I 19157; para Rumanía: CNSAS, D014323, vol.5, p. 80.

240. Por ejemplo: BStU, MfS, HA XXII 5539/11, pp. 111-120.

241. Véase: BStU, MfS, HA XXII 5834/1, especialmente pp. 48-49.

242. BStU, MfS, HA II 28388.

243. Unos informes sobre ello de 1983 del SB polaco: IPN BU 01304/546; para 1985, desde la Stasi: BStU, MfS, HA II 28388.

244. Véase Oliver Schröm, *Im Schatten des Schakals. Carlos und die Wegbereiter des internationalen Terrorismus*, Berlín, Aufbau, 2004, y Michael Sontheimer, *«Natürlich kann geschossen werden». Eine kurze Geschichte der RAF*, Múnich, DVA, 2010.

245. MfS HA XXII 16746, pp. 5-16.

246. BStU, MfS, HA II 34827.

247. «Am 7.6.84 um 18.00 fand in der IMK/KW “Stock” die Werbung der IM Kandidatin», BStU, MfS, HA II 34827, pp. 31-32.

248. BStU, MfS, HA II 34827, pp. 33-34.

249. IPN BU 0665/219 (MSW, Tajne, MSW Department II Nr. 222/9/72, 8-5-1972).

250. IPN BU 0665/219 (MSW, Tajne, MSW Department II Nr. 222/9/72, 8-5-1972). p. 2.

251. IPN BU 01216/21 t. 2.

252. De hecho, en conversación con un antiguo miembro de los servicios diplomáticos, supimos que el hombre ni siquiera volvió a su casa, sino que se dirigió directamente a la estación de ferrocarril, tomó un tren a Berlín Occidental y de allí voló a Madrid. Se trata de un extremo que no hemos podido confirmar documentalmente.

253. BStU, MfS, H II 34841.

254. BStU, MfS, H II 34841, citas en pp. 23, 26, 27.

255. IPN Wr 053/2686.

256. La fotografía –como el uso de micrófonos ocultos– constituyó un elemento esencial en el trabajo de la policía secreta. Véase Karin Hartewig, *Das Auge der Partei. Fotografie und Staatssicherheit*, Berlín, Ch. Links Verlag, 2004.

257. BStU, MfS, HA II 34973.

258. IPN BU 01216/21 t. 3.

259. IPN Wr 053/2686, p. 8.

260. Sobre estas comunidades de exiliados véase José M. Faraldo, «Defending the Nation in a New Fatherland. Polish Émigrés in Franco’s Spain (1939-1969)», en José M. Faraldo, *Europe, Nation, Communism. Essays on Poland*, Nueva York y Fráncfort, Peter Lang Verlag, 2008, pp. 93-108; y José M. Faraldo, «Dreams of a Better Past. Central European Exiles in Franco’s Spain and the Projects of the interwar Period», en Carolina Rodríguez López y José M. Faraldo (Eds.), *Reconsidering a lost intellectual project. Exiles’ reflections on cultural differences*, Cambridge, Cambridge Scholar Publishings, 2012, pp. 89-114.

261. Josep Calvet, *Las montañas de la libertad. El paso de refugiados por los Pirineos durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1944)*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, p. 19.

262. Como ejemplo, la odisea de un soldado checo: Josef Beneš, *Život v odboji. Autentické svědectví o osudech čs. vojáků za druhé světové války*, Olomouc, Votobia, 1999.

263. Matilde Eiroa, «Refugiados extranjeros en España. El campo de concentración de Miranda de Ebro», en Ángeles Egido y Matilde Eiroa, «Los campos de concentración franquistas en el contexto europeo», *Ayer*, n.º 57 (2005), pp. 125-152.

264. Para los ucranianos: V. P. Troitshinskiy y A. A. Shevchenko, *Ukraintsi v sviti*, Kiev, Alternativa, 1999, pp. 154-155; para los polacos: Vicente Rodríguez Rodríguez, «Los polacos en España: De refugiados a inmigrantes», *Estudios Geográficos*, n.º 220 (1995), pp. 521-546; Elda González Martínez y Asunción Merino Hernández, «Polacy na tle innych grup imigranckich w Hiszpanii. Specyfika osiedlania», en Elda González Martínez y Małgorzata Nalewajko, *Hiszpania-Polska: Spotkania*, Academia Nauk, Varsovia, 2003, pp. 77-93.

265. Matilde Eiroa, «España, refugio para los aliados del Eje y destino de anticomunistas (1939-1956)» *Ayer*, n.º 67 (2007), pp. 24-25.

266. José M. Faraldo, «Azyl Ariberta Heima. Powojenna Hiszpania», en *Tygodnik Powszechny*, 39 (24 de septiembre de 2006), p. 14.

267. Todavía lo mejor en castellano: Francisco Veiga, *La mística del ultranacionalismo: historia de la Guardia de Hierro, Rumanía, 1919-1941*, Barcelona, Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 1989.

268. CNSAS, Fond informativ, D 124 vol 8 par 1.

269. CNSAS, Fond informativ, D 124.

270. Citado en Mihai Pelin, *Opisul emigraţiei politice. Destine în 1222 de fişe alcatuite pe baza dosarelor din arhivele Securităţii*, Bucarest, Compañía, 2002, p. 339.

271. CNSAS, SIE 6754, Fişa personală, p. 2. Sobre la relación de Uscătescu con la policía política, véase también las memorias de Monica Lovinescu, *Monica Lovinescu: La apa Vavilonului, vol. 2. 1960-1980*, Bucarest, Humanitas, 2001.

272. En el dosier se mencionan *România Literară* (la revista de la Unión de Escritores) y *Tribuna României* (una revista oficialista para emigrados), CNSAS, SIE 6754, p.2. También sabemos de otras publicaciones en *Revista de istorie şi teorie literară*, Bucarest, Academia Republicii Socialiste Romania.

273. Radio Free Europe, *Background report, 130*, Eastern Europe, 16 de septiembre de 1986, p. 38.

274. Radio Free Europe, *Background report, 130*, Eastern Europe, 16 de septiembre de 1986, pp. 38-39.

275. J. Arthur Johnson, «The Rumanian Cultural Scene On The Eve Of The Party Congress», *Radio Free Europe Research*, Eastern Europe, Rumania/13 (31 de julio de 1969), p. 6. Sobre la revista y sus diferentes períodos: Florea Firan, *Destinul unei reviste. Ramuri, (1905-1947)*, Craiova, Scrisul Românesc, 2004, y Florea Firan, *Destinul unei reviste. Ramuri (1964-2005)*, Craiova, Scrisul Românesc, 2005.

276. Véase IPN 01069/139. Citado por Paweł Machcewicz, «Walka z Radiem Wolna Europa (1950-1975)», en Ryszard Terlecki, *Aparat Bezpieczeństwa wobec emigracji politycznej i Polonii*, Varsovia, IPN, 2005, pp. 11-104, aquí pp. 70-79.

277. IPN BU 01136/613.

278. IPN BU 01136/613, informe de «Redaktorka», 24 de diciembre de 1955, p. 13. El informe, como era habitual, contenía algunos errores. Por ejemplo: sí que había estado en el Ejército.

279. IPN BU 01136/613, p. 5.

280. Jan Nowak-Jeziorański, *Wojna w eterze. Wspomnienia*, tomo I, 1948-1956, Londres, Odnowa, 1986, pp. 18-19.

281. Paweł Machcewicz, «Walka z Radiem Wolna Europa (1950-1975)», editado por Ryszard Terlecki, Aparat bezpieczeństwa wobec emigracji politycznej i Polonii, Varsovia, IPN, 2005, pp. 11-104.

282. Archivo Szumlakowski (OBTA, Varsovia), Caja: Szumlakowski, działalność po wojnie; Carpeta: Sprawy Polskie w Hiszpanii po wojnie.

283. Josef Łobodowski, «Tu mówi Madryt», en *Zeszyty Historyczne*, n.º 84 (1980), pp. 113-128; Irena Szypowska, «Wstęp' Józef Łobodowski», en *Wiersze i poematy*, Varsovia, PIW, 1991, pp. 32-33.

284. Véase: Pavao Tijan, «Dvadeset godina u eteru: osvrti na djelovanje hrvatskih radioemisija iz Madrida», en *Hrvatska Revija*, n.º 2 (1988), pp. 281-309. Pavao Tijan, «Dvadeset godina u eteru: osvrti na djelovanje hrvatskih radioemisija iz Madrida», en *Hrvatska Revija*, n.º 3 (1988), pp. 488-521.

285. Archivo Szumlakowski (OBTA, Varsovia), Caja: Szumlakowski, działalność po wojnie; Carpeta: Sprawy Polskie w Hiszpanii po wojnie, documento sin datación.

286. IPN BU 01136/613, p. 16.

287. Informe de encuentro con «Grafem», Londres, 1968, IPN BU 01136/613, p. 19.

288. Instytut Zachodni (IZ), Poznan, Polonia, sign. P 127.

289. Horst Kopp, *Der Desinformant*, Berlín, Das neue Berlin 2016 (e-book).

290. BStU, MfS, HA I 13771, pp. 16-19.

291. Pilar Urbano, *Yo entré en el Cesid*, pp. 205 y ss.

HISTORIA DE LAURA II

292. Las signaturas siguientes se refieren a varios dosieres guardados en el archivo que conserva en Berlín los materiales de la Stasi. Véase BStU, MfS, HA II 34839, p. 13.

293. Tim Haberstroh, *Die DDR und das Franco-Regime. Außenpolitik zwischen Ideologie und Pragmatismus*, Schkeuditz, Schkeuditzer Buchverlag, 2011.

294. BStU, MfS, HA II 34839, p. 169.

295. BStU, MfS, HA II 34839, p. 18.

296. BStU, MfS, BV Bln Abt II Nr. 497, Operative Sonderinformation Nr. 1/76, pp. 163-170, p. 166.

297. Sobre los problemas de las peticiones para emigrar: Renate Hürtgen, *Ausreise per Antrag: Der lange Weg nach drüben. Eine Studie über Herrschaft und Alltag in der DDR-Provinz*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2014.

298. Véanse distintos informes sobre esto en BStU, MfS, HA II 34839, pp. 157-158, 161, 162, 165-167.

299. BStU, MfS, HA II 34839, p. 215.

9. ALMACENES DE LA MEMORIA

300. Ilko-Sascha Kowalczuk, *Stasi konkret. Überwachung und Repression in der DDR*, Múnich, C. H. Beck, 2013, pp. 344-347.

301. Carola Lau, *Erinnerungsverwaltung, Vergangenheitspolitik und Erinnerungskultur nach 1989. Institute für nationales Gedenken im östlichen Europa im Vergleich*, Gotinga, V&R, 2017; José M. Faraldo, «Las policías secretas comunistas y su legado: valoración general y posibilidades para la investigación», en *Ayer*, n.º 82, 2011, pp. 105-135.

302. La institución correspondiente española es el Centro de la Memoria de Salamanca. También se organizó allí el II Encuentro Internacional de Centros de la Memoria (Salamanca, 26, 27 y 28 de abril de 2010), en el que participaron varias de estas instituciones poscomunistas.

303. Véase la carta fundacional de la Red Europea de las Instituciones encargadas de los Archivos de las Policías Secretas en *Das «Europäische Netzwerk der für die Geheimpolizeiakten zuständigen Behörden». Ein Reader über die gesetzlichen Grundlagen, Strukturen und Aufgaben europäischer Aufarbeitungsbehörde*, Berlín, BStU, 2010, p. 84.

304. Antonio González Quintana, «Los archivos de los "servicios de seguridad de los Estados" en los procesos de transición política: de la represión a la reparación», en M. D. de la Calle Velasco y M. Redero San Román (Eds.), *Guerra civil: documentos y memoria*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2006, pp. 111-130.

305. Acerca de las dificultades del acceso a los archivos de la seguridad rusa, véase Pavel Chinsky, *Micro-histoire de la Grande Terreur. La fabrique de culpabilité à l'ére stalinienne*, París, Denöel, 2005, pp. 17-22, y Vitoria Prozorova-Thomas, «L'accès aux archives soviétiques: difficultés du passé, contradictions du présent», en Sonia Combe (Ed.), *Archives et histoire dans les sociétés postcommunistes*, París, La Découverte, 2009, pp. 33-65.

306. Paweł Machcewicz y Krzysztof Persak, *Wokół Jedwabnego*, 2 vols, Varsovia, IPN, 2002.

307. Jan T. Gross, *Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Barcelona, Crítica, 2016 (original de 2002).

308. Dragoş Petrescu, *Explaning the Romanian Revolution of 1989: culture, structure and contingency*, Bucarest, Editura Enciclopedică, 2010.

10. MATERIALES DE LA MEMORIA

309. Lo conté de forma parecida, pero con otro contexto en el *Huffington post:* <http://www.huffingtonpost.es/jose-m-faraldo/la-sangre-del-pasado_b_5520129.html>.

310. Archivos de la Hoover Institution, Fondo Edward Ellis Smith, Box 1-13.

311. Stefan Lehr, *Ein fast vergessener «Osteinsatz»: Deutsche Archivare im Generalgouvernement und im Reichskommissariat Ukraine*, Düsseldorf, Droste Verlag, 2006; Sophie Coeure, *La mémoire spoliée. Les archives Français, butin de guerre nazi puis soviétique*, París, Payot, 2007.

312. Oleksandr Melnyk, «Archives, Surveillance, and the Politics of Historical Knowledge in Stalinist Ukraine, 1942-1944», Ponencia presentada en la Conferencia Internacional «World War II and the (Re-) Creation of Historical Memory in Contemporary Ukraine» (Kiev, 23-25 de septiembre de 2009).

313. Sobre cómo leer las actas y documentos de la Seguridad de distintos países: Tina Krone, Irena Kukurtz y Henry Leide, *Wenn wir unsere Akten lesen - Handbuch zum Umgang mit den Stasi – akten*, Berlín, Basisdruck, 1992; Ryszard Graczyk, *Tropem SB. Jak czytać teczki*, Cracovia, IPN, 2007; Carmen Chivu-Duta, Mihai Albu, *Dosarele Securitatii. Studii de caz*, Bucarest, Polirom, 2007.

314. Inwentarz Archywalne, <https://inwentarz.ipn.gov.pl/slownik?znak=A> (8 de marzo de 2018).

315. Monika Komaniecka, «Organizacja i funcjonowanie kartotek ogólnoinformacyjnej i zagadnieniowej aparatu bezpieczeństwa», en Filip Musiał (Ed.), «Wokół teczek bezpieki», *Zagadnienia metodologiczno-źródłoznawcze*, Cracovia, IPN, 2006, pp. 231-262.

316. Robert Gellately, «Denunciations in Twentieth-Century Germany: Aspects of Self-Policing in the Third Reich and the German Democratic Republic», en *Journal of Modern History*, 68, 4 (1996), p. 966.

317. Sobre los confidentes: Markus Mohr y Klaus Viehmann (Eds.), *Spitzel. Eine kleine Sozialgeschichte*, Berlín y Hamburgo, Assoziation A, 2004, y Mihai Albu, *Informatorul. Studiu asupra colaborarii cu Securitatea*, Iaşi, Polirom, 2008.

318. Jens Gieseke, *Die Stasi, 1945-1990*, Múnich, Pantheon, 2011, pp. 114-115.

319. BStU, MfS, HA II 34909, p. 169.

320. Mihai Albu, *Informatorul Securităţii*, pp. 163-165.

321. CNSAS, Fond Informativ, N. 147880, citado en Mihai Albu, *Informatorul Securităţii*, p. 163.

322. Timothy Garton Ash, *El Expediente: una historia personal*, Barcelona, Tusquets editores, 1999.

323. Péter Esterházy, *Armonía celestial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2003; Péter Esterházy, *Versión corregida*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005.

324. Klaus Behnke, «Zersetzungsmaßnahmen – Die Praxis der “Operative Psychologie” des Staatssicherheitsdienstes und ihre traumatischen Folgen», en Ulrich Baumann y Helmut Kury (Eds.), *Politisch motivierte Verfolgung: Opfer von SED-Unrecht*, Friburgo de Brisgovia, Ed. Iuscrim, 1998.

325. Ilko-Sascha Kowalczuk, *Stasi konkret. Überwachung und Repression in der DDR*, Múnich, C. H. Beck, 2013, p. 219.

326. Peter Raina, *Bliski szpieg*, Varsovia, Wydawnictwo von Borowiecky, 2007.

327. Peter Raina, *Bliski szpieg*, p. 7.

328. Peter Raina, *Bliski szpieg*, p. 7.

329. <http://teatrtelewizji.vod.tvp.pl/18520169/agnieszka-lipiecwroblewska-mnie-bardziej-interesuje-psychologia> (visto el 6 de marzo de 2018).

330. Cezary Łazarewicz, «Podwójne życie żony Jasienicy. Nesia wszystko doniesie», en *Polityka*, 12 de marzo de 2010, <https://www.polityka.pl/tygodnikpolityka/kraj/1504026,1,podwojne-zycie-zony-jasienicy.read> (visto el 6 de marzo de 2018).

331. Przemysław Kucharczak, «Żona z bezpieki», en Tygodnik Gość Niedzielny, 10 de enero de 2007 <http://gosc.pl/doc/761493>.Zona-z-bezpieki (visto el 6 de marzo de 2018).

332. Cezary Łazarewicz, «Podwójne życie żony Jasienicy».

333. Michał Grocki, *Konfidenci są wśród nas...*, Varsovia, Spotkania, 1993.

334. Ewa Beynar-Czeczott, *Mój ojciec Paweł Jasienica*, Varsovia, Prószyński i S-ka, 2006.

335. Jens Gieseke, *Die Stasi*, p. 165.

336. Catriona Kelly, *Comrade Pavlik: The Life and Legend of a Soviet Boy Hero*, Londres, Granta Books, 2006.

337. Julie Fedor, *Russia and the Cult of State Security. The Chekist Tradition, from Lenin to Putin*, Londres, Routledge, 2011.

338. I. I. Shmelev (Ed.), *Chekisty rasskazyvayut...*, Moscú, Izdatelstvo «Sovetskaya Rossiya», 1970, p. 7.

339. I. I. Shmelev (Ed.), *Chekisty rasskazyvayut*, p. 7.

340. I. I. Shmelev (Ed.), *Chekisty rasskazyvayut*, p. 7.

341. Ingeborg Dummer, «Vom Beginn und vom Ende. Wie ich das MfS in Greifswald aufbauen half», en Wolfgang Schwanitz y Reinhard Grimmer (Eds.), *Wir geben keine Ruhe. Unbequeme Zeitzeugen II*, Berlín, Verlag am Park in der Edition Ost, 2015.

342. Archivo del Instytut Zachodni (Poznań), signatura P 328-100. Estas memorias, rigurosamente inéditas, son parte de casi ochocientas, entre diarios y memorias, guardadas en el archivo del IZ de Poznań, recogidas por los sociólogos del instituto a lo largo de más de veinte años. Sobre las memorias y por qué fueron recolectadas se puede ver José M. Faraldo, «Materials of Memory. Mass memoirs of the Polish Western Territories», en José M. Faraldo, *Europe, Nationalism, Communism. Essays on Poland*, Fráncfort, Peter Lang, 2007, pp. 39-55.

343. Simon Menner, *Top Secret. Bilder aus den Archiven der Staatssicherheit*, Ostfildern, Hatje Cantz, 2014, pp. 66-67.

11. EL LEGADO: COMUNISMO ENTRE CRIMEN Y NOSTALGIA

344. Joachim Gauck, *Winter im Sommer – Frühling im Herbst: Erinnerungen*, Múnich Siedler Verlag, 2009 (epub: 374,6 / 644).

345. *Dziennik Urzędowe*, 1945, n.º 51, posición 293, <http://dokumenty.rcl.gov.pl/DU/rok/1945/wydanie/51/pozycja/293>. Con «ciudadanos polacos», el legislador incluye también a los judíos, ucranianos y otras minorías que, pese a haber nacido en el territorio polaco y poseer su pasaporte, no eran considerados «de nacionalidad polaca», mientras que estos últimos podían haber nacido y vivir en otro Estado (la URSS, o en la emigración) y ser sin embargo considerados «parte de la nación polaca».

346. José M. Faraldo, «Desde las tinieblas de la Edad Media. Los mitos medievales anti-germanos y el nacionalismo polaco», en Ludger Mees (Ed.), *La celebración de la nación. Símbolos, mitos y lugares de memoria en el discurso nacional*, Granada, Comares, 2012, pp. 63-82.

347. Stanisław Kaniewski, «Główna Komisja Badania Zbrodni Przeciwko Narodowi Polskiemu – Instytut Pamięci Narodowej. Kierunki I Perspektywy Działań», en *Studia Iuridica, XXXV/1998*, pp. 159-170; *Edwin Kęsik*, «Działalnosść Okręgowej Komisji Badania Zbrodnich Hitlerowskich w Polsce», en *Stutthof. Zeszyty Muzeum*, n.º 4, pp. 5-16.

348. Dziennik Urzędowe, 1998, n.º 155, posición 1016.

349. Czeslaw Pilichowski (Ed.), *Ściganie i karanie sprawców zbrodni wojennych i zbrodni przeciwko ludzkości* (Wybór dokumentów), Varsovia, PWN, 1978.

350. Robert Kopydłowski, «Analiza definicji zbrodni komunistycznej», en Radosław Ignatiew y Antoni Kura (Eds.), *Zbrodnie przeszłości. Opracowania i materiały prokuratorów IPN*, T. 4: Ściganie, Varsovia, IPN, 2012, pp. 21-28.

351. Sobre las discusiones en el Parlamento polaco sobre la memoria histórica del comunismo: Paulina Gulinska-Jurgiel, «Die diskursive Übersetzung des Wandels. Parlamentarische Debatten zur Vergangenheitsaufarbeitung in Polen nach 1989», en *Geschichte und Gesellschaft*, 38 (2012), n.º 2, pp. 304-330.

352. Para un análisis detallado en inglés de la justicia transicional en la región: Lavinia Stan (Ed.), *Transitional Justice in Eastern Europe and the Former Soviet Union: Reckoning with the Communist Past*, Nueva York, Routledge, 2009.

353. Véase un amplio panorama de los diversos institutos de historia contemporánea alemanes: «German institutes of contemporary history: Interviews with the directors», en *GHI Bulletin*, 38 (primavera de 2006), pp. 59-79. (Disponible en: <http://www.ghi-dc.org/publications/ghipubs/bu/038/59.pdf>.)

354. Los trabajos seminales sobre esta nostalgia son los de Svetlana Boym: *Common Places: Mythologies of Everyday Life in Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 1994, y *The Future of Nostalgia*, Nueva York, Basic Books, 2001. Para Yugoslavia: Ulf Brunnbauer y Stefan Troebst (Eds.), *Zwischen Amnesie und Nostalgie. Die Erinnerung an den Kommunismus in Südosteuropa*, Viena, Böhlau Verlag, 2007.

355. Maria Mälksoo, «Criminalizing Communism: Transnational. Mnemopolitics in Europe», en *International Political Sociology*, 2014, 8, pp. 82-99.

356. Karl Wilhelm Fricke y Roger Engelmann, *Der «Tag X» und die Staatssicherheit. 17. Juni 1953 – Reaktionen und Konsequenzen im DDR-Machtapparat*, Bremen, Ed. Temmen, 2003; Bernd Eisenfeld, Ilko-Sascha Kowalczuk y Ehrhart Neubert, *Die verdrängte Revolution. Der Platz des 17. Juni 1953 in der deutschen Geschichte*, Bremen, Ed. Temmen, 2004.

357. Moritz Csáky y Peter Stachel (Eds.), *Die Verortung von Gedächtnis*, Viena, Passagen, 2001; Moritz Csáky y Peter Stachel (Eds.), *Mehrdeutigkeit. Die Ambivalenz von Gedächtnis und Erinnerung*, Viena, Passagen, 2002; Moritz Csáky, *Das Gedächtnis der Städte. Kulturelle Verflechtungen - Wien und die urbanen Milieus in Zentraleuropa*, Viena, Colonia y Weimar, Böhlau, 2010.

358. Por ejemplo, en Polonia las numerosas publicaciones de la serie «Współczesne Społeczeństwo Polskie wobec Przeszłości» («La sociedad contemporánea polaca con respecto a su

pasado») con autores como Barbara Szacka o Andrzej Szpoczinski, o para Rusia, las publicaciones del Levada-Center y la Sociedad Memorial.

359. Muy importantes para toda la región han sido las series de la Editorial Trio de Varsovia (sobre todo *W krajna PRL*, «En el país de la República Popular Polaca») que han abierto perspectivas antropológicas y culturalistas dentro de una historia fuertemente enraizada en lo social y también en lo comparativo. Véanse libros como el de Anna Pelka sobre la moda juvenil, Małgorzata Mazurek sobre las colas y el consumo, Pawel Sowiński sobre las vacaciones, las comparaciones de historiografías socialistas de Maciej Górny o la historia urbana de Błazej Brzostek.

360. Eva-Clarita Onken, «The Baltic States and Moscow's 9 May Conmemoration: Analysing Memory Politics in Europe», en *Europe-Asia Studies*, n.º 1, 2007, pp. 23-46.

361. Karsten Brüggemanny Andres Kasekamp, «The Politics of History and the "War of Monuments" in Estonia», en *Nationalities Papers*, n.º 3, 2008, pp. 425-448.

362. Krisztián Ungváry, «Der Umgang mit der kommunistischen Vergangenheit in der heutigen ungarischen Erinnerungskultur», en Bernd Faulenbach y Franz-Josef Jelich, *«Transformationen» der Erinnerungskulturen in Europa nach 1989*, Essen, Klartext Verlag, 2006, pp. 201-220, aquí pp. 211-216.

363. «Polowanie na agentów było błędem», en *Gazeta Wyborcza*, 29 de julio de 2010.

364. Véase Helga Schulz, «La nación tras el diluvio: una perspectiva germano-oriental», en *Cuadernos de historia contemporánea*, n.º 22, 2000, pp. 303-324.

365. Ricardo Martín de La Guardia, «Los orígenes del Partido del Socialismo Democrático (1989-1993): el Ave Fénix roja en Alemania», en *Ayer*, ISSN 1134-2277, n.º 60, 2005, pp. 285-308.

366. H. Amos, *Die Westpolitik der SED 1948/49-1961. «Arbeit nach Westdeutschland» durch die Nationale Front, das Ministerium für Auswärtige Angelegenheiten und das Ministerium für Staatssicherheit*, Berlín, Akademie Verlag, 1999; con un tono sensacionalista y vindicativo, pero buenos datos, Hubertus Knabe, *Die unterwanderte Republik. Stasi im Westen*, Berlín, Propyläen Verlag, 1999.

367. Stefan F. Kellerhoff, *Die Stasi und der Westen. Der Fall Kurras*, Hamburgo, Hoffmann und Campe, 2010.

368. «Słowacki IPN "prześwietli" polskiego partyzanta», *Gazeta Wyborcza*, 20 de diciembre de 2008.

369. «El Senado defiende a los brigadistas comunistas polacos repudiados en su país», *El País*, 23 de marzo de 2007. Para el debate: José M. Faraldo, «Rozmówki hiszpańsko-polskie», en *Polityka*, 23 de junio de 2007, pp. 52-55.

370. *Rzeczpospolita*, 8 de enero de 2007, pp. 1-4, *Gazeta Wyborcza*, 8 de enero de 2007, pp. 1-3, y Jacek Żakowski, «Warszawska Canossa», en *Polityka*, 13 de enero de 2007, pp. 20-23.

371. <http://web.archive.org/web/20130127031257/>, <http://www.episkopat.pl/?a=dokumentyKEP&doc=200715_1> (visto el 16 de julio de 2017).

372. Henryk Dominiczak, *Organy bezpieczeństwa PRL w walce z Kościołem katolickim 1944-1990 w świetle dokumentów MSW*, Varsovia, Bellona, 2000.

373. Ks. Jan Szczepaniak, «Jak werbowano tajnych współpracowników (informatorów, agentów) spośród duchownych», en Kościół katolicki w czasach komunistycznej dyktatury. Między bohaterstwem a agenturą. Studia i materiały, vol. 3, Varsovia, IPN, 2010.

374. Agnieszka Kublik y Wojciech Czuchnowski, *Kret w Watykanie. Prawda Turowskiego*, Varsovia, Agora, 2013.

375. <http://natemat.pl/77771,byl-kretem-w-watykanie-ambasadorem-na-kubie-dyplomata-w-moskwie-dzis-walczy-z-ipn-jaka-jest-prawda-turowskiego>.

376. Emil Constantinescu, *Adevărul despre Romania, 1989-2004: Un preşedinte in război cu mafia securisto-comunistă*, Bucarest, Universalia, 2004.

377. Cristina Petrescu, «Entangled Stories: On the Meaning of Collaboration with the Securitate», en Péter Apor, Sándor Horváth y James Mark (Eds.), *Secret Agents and the Memory of Everyday Collaboration in Communist Eastern Europe*, Londres y Nueva York, Anthem Press, 2017, pp. 225-246.

378. Florin Abraham, «To Collaborate and to Punish: Democracy and Transitional Justice in Romania», en Péter Apor, Sándor Horváth y James Mark (Eds.), *Secret Agents and the Memory of Everyday Collaboration*, pp. 129-148.

379. Cristina Petrescu, «Entangled Stories».

380. Patrycja Bukalska y S. Tekieli (Eds.), *Problem lustracji w Europie Środkowej i krajach bałtyckich*, Varsovia, Ośrodka Studiów Wschodnich, 2005, p. 12.

381. Para los males causados por estas listas véase, para Chequia: Zdena Salivarová-Škvorecká (Ed.), *Osočení. Pravdivé příběhy lidí z ‚Cibulkova seznamu*, Brno, Host, 2000; para Polonia: Małgorzata Niezabitowska, *Prawdy jak chleba*, Varsovia, Prószyński, 2007. También «Złamani, wrobieni w TW», en *Gazeta Wyborcza*, 14 de julio de 2010.

382. Muriel Blaive, «L'ouverture des archives d'une police politique communiste: le cas tchèque, de Zdena Salivarová à Milan Kundera», en Sonia Combe, *Archives et histoire*, pp. 203-225.

12. EL CASO DE LECH WAŁĘSA

383. Lech Wałęsa, *Droga nadziei, Cracovia Znak, 1990; Lech Wałęsa, Droga do wolności: 1985-1990 decydujące lata*, Varsovia, Spotkania, 1991.

384. Jan Skórzyński, *Zadra. Biografia Lecha Wałęsy*, Gdańsk, ECS, 2009.

385. Jan Skórzyński, *Zadra...*, p. 16.

386. La síntesis más importante: Jerzy Eisler, *Grudzień 1970. Geneza, przebieg, konsekwencje*, Varsovia, Wydawnictwo Sensacje XX Wieku, 2000. Excelentes colecciones de documentos sobre los sucesos: Tomasz Balbus y Łukasz Kamiński (Eds.), *Grudzień 1970 poza Wybrzeżem w dokumentach aparatu władzy*, Breslavia, IPN, 2000, y Jerzy Eisler (Ed.), *Grudzień 1970 w dokumentach MSW*, Varsovia, IPN, DW Bellona, 2000.

387. Citado en Jan Skórzyński, *Zadra*, p. 19.

388. Véase IPN, 00552/48, carpeta 1, pp. 111-112, publicado en Sławomir Cenckiewicz y Piotr Gontarczyk, *SB a Lech Wałęsa. Przyczynek do biografii*, Varsovia, IPN, 2008, pp. 296-297.

389. Por ejemplo, con respecto a un tal Jozef Szyler, al parecer un obrero muy activo de los astilleros. Véase IPN Gd 003/14, carpeta 12, pp. 173-176, en Sławomir Cenkiewicz y Piotr Gontarczyk, *SB a Lech Wałęsa*, pp. 296-297.

390. Referencias a esto en los documentos publicados en Sławomir Cenkiewicz y Piotr Gontarczyk, *SB a Lech Wałęsa*, pp. 387-394.

391. José M. Faraldo y Katarzyna Stoklosa, «From Regulated Revolution to the Historical Wars», en *Revista de historia actual*, n.º 6, 2008, pp. 115-125.

392. Paulina Gulińska-Jurgiel, *Die Presse des Sozialismus ist schlimmer als der Sozialismus. Europa in der Publizistik der Volksrepublik Polen, der CSSR und der DDR*, Bochum, Winkler Verlag, 2009.

393. Un completo «calendario de Solidaridad» que describe paso a paso lo sucedido entre 1980 y 1989 nos sirve también para ver la intervención progresivamente creciente de Wałęsa: Jan Skórzyński y Marek Pernal (Eds.), *Kalendarium Solidarności, 1980-1989*, Varsovia, Świat Książki, 2005.

394. En castellano la tesis de Mercedes Herrero de la Fuente, (*Papel de «Solidaridad» en el proceso de transición democrática en Polonia*, Madrid, Universidad Complutense, 2003) narra todo el proceso con profusión de entrevistas a protagonistas, incluyendo al propio Wałęsa. Véase un concienzudo análisis social del movimiento en Izabela Barlińska, *La sociedad civil en Polonia y «Solidaridad»*, Madrid, CIS, 2006. También el clásico: Timothy Garton Ash, *The Polish Revolution: Solidarity 1980-82*, Londres, Jonathan Cape, 1983.

395. Marek Latosek, «"Solidarność": ruch społeczny, rewolucja czy powstanie?», en Marek Latosek (Ed.), *«Solidarność» w imienu narodu i obywateli*, Cracovia, Arcana, 2005, pp. 240-274, aquí citado en p. 245.

396. Andrzej Paczkowski, *Wojna polsko-jaruzelska. Stan wojenny w Polsce. 13 XII 1981-22 VII 1983*, Varsovia, Proszynski i S-ka, 2006.

397. Jadwiga Staniszkis, *Poland's Self-Limiting Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1984.

398. Jan Skórzyński, *Rewolucja Okrągłego Stołu*, Cracovia, Znak, 2009.

399. Antoni Dudek, *Historia polityczna Polski 1989 – 2005*, Cracovia, Arcana, 2005.

400. Jerzy J. Wiatr, Jacek Raciborski, Jerzy Bartkowski, Barbara Frątczak-Rudnicka y Jarosław Kilias, *Demokracja polska 1989-2003*, Varsovia, SCHOLAR, 2003, especialmente pp. 57-73.

401. Sławomir Cenckiewicz y Piotr Gontarczyk, *SB a Lech Wałęsa. Przyczynek do biografii*, Varsovia, IPN, 2008.

402. Paweł Zyzak, *Lech Wałęsa. Idea i historia*, Cracovia, Wydawnictwo Arcana, 2009.

403. Véase la entrevista en *Gazeta Wyborcza* (<http://wyborcza.pl/1,76842,6045290,Nigdy_nie_dalem_Walesie_pieniedzy.html>) visto el 24 de julio de 2011.

404. Lech Wałęsa, *Moja III RP*, Varsovia, Świat Książki, 2007, p. 59.

EPÍLOGO

405. Alexander V. Avakov, *Plato's Dreams Realized Surveillance and Citizen Rights, from KGB to FBI*, Nueva York, Algora Publishing, 2006.

406. Miguel Delibes, refiriéndose a la vez a la «democracia popular» comunista y a la «democracia orgánica» franquista, en su obra *La primavera de Praga*, Madrid, Alianza Editorial, 1968.

407. Toni Weller, «The information state: An historical perspective on surveillance», en Kirstie Ball, Kevin D. Haggerty y David Lyon (Eds.), *Routledge Handbook of Surveillance Studies*, Oxford, Routledge, 2012, pp. 57-63.

408. Peter Holquist, «Tools for Revolution: Wartime Mobilization in State Building, 1914-1921», en *Ab Imperio*, n.º 4 (2001), p. 226.

409. Amir Weiner, «The Empires Pay a Visit: Gulag Returnees, East European Rebellions, and Soviet Frontier Politics», *Journal of Modern History*, 78:2 (2006), pp. 333-376.

410. Anatolij Jakobson, «Wobec biegu wydarzeń», en *Karta*, 16, 1995, pp. 24-28, aquí, p. 26.

AGRADECIMIENTOS

411. Christian Domnitz, *Kooperation und Kontrolle. Die Arbeit der Stasi-Operativgruppen im sozialistischen Ausland*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2016.

Índice

Introducción

Historia de Laura I

1. Los comienzos del Estado de vigilancia
   - La vigilancia en el pasado
   - La era moderna
   - ¿Qué es una policía secreta comunista?

2. El origen de las policías secretas comunistas
   - Feliks Dzierżyński y Octubre
   - El comienzo de la Cheká

3. Del Terror Rojo a la Guerra Civil
   - Pioneros del terror
   - La rebelión de los socialrevolucionarios
   - Terror Blanco, Terror Rojo

4. Ingeniería social y terror
   - De la NEP al dominio de Stalin
   - La muerte de Dzierżyński
   - La tormenta del Primer Plan Quinquenal
   - El Gran Terror
   - ¿Cómo interpretar el Terror?

5. El Estado de vigilancia: de Stalin al KGB
   - El NKVD y el imperialismo estalinista
   - Guerras palaciegas
   - El fin del sistema

6. Un ejemplo de disidencia: Aleksandr Solzhenitsyn

7. La expansión por Europa: el Bloque del Este
La violencia de la policía secreta
La Securitate
La Stasi
El SB
Características

8. Las policías políticas comunistas y España
Las policías secretas soviéticas y la Guerra Civil
La Guerra Fría y España
Vigilancia a España como Estado
La relación con el PCE: vigilancia y solidaridad
La vigilancia de los españoles en el exilio
La colaboración con ETA
Vigilancia a los diplomáticos
Exiliados del Este en España
Un espía –o dos– en Madrid
Un país en Guerra Fría

Historia de Laura II

9. Almacenes de la memoria
Los «centros de la memoria»
El caso soviético
BStU
IPN
CNSAS
Otros casos

10. Materiales de la memoria
Carpetas, legajos y dosieres
Cómo leer las carpetas
Confidentes
Objetivos de la vigilancia
Delación en familia
Perpetradores: el *ethos* del chekista
Perpetradores: la hija del hombre con pasado
Demasiada información

11. El legado: comunismo entre crimen y nostalgia
La criminalización del comunismo
Historia y memoria desde «arriba» y desde «abajo»
Contexto: memoria en el poscomunismo
La «agentomanía» y los debates sobre el pasado

12. El caso de Lech Wałęsa

Epílogo
Agradecimientos
Acrónimos
Notas